UNIV. OF ARIZONA
860.9 D542 mn
Diaz-Plaja, Fernand/Verso y prosa de la
3 9001 03793 7102

FERNANDO DIAZ PLAJA
Doctor en Historia y
Correspondiente de la Real Academia de la Historia

VERSO Y PROSA
DE LA
HISTORIA ESPAÑOLA

MADRID
EDICIONES CULTURA HISPANICA
1958

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

Gráficas Santo Tomás - 34 77 19 - Madrid

860.9
D542

L A   I D E A

Este libro quiere devolver a los poetas hispanos su sabor primitivo, es decir, su sabor homérico. El rapsoda narra en verso lo que vió, oyó y, sobre todo, sintió próximamente. Adelantado de la literatura por su especial sensibilidad, va a tomar aquí el puesto del cronista en prosa para decirnos *qué* pasó y, si es posible, *cómo* pasó.

El poeta no lo sabe todo, pero debe percibirlo todo. Y de ahí el haberle elegido como maestro en la difícil tarea de enseñarnos la historia española. Al pedirle que nos describa una situación, le damos una cierta amplitud de expresión y un margen de confianza en su trabajo. Desde el erudito mester de clerecía a la copla popular y desenfadada, trata de decirnos qué era lo que pasaba en los momentos grandes y pequeños de la historia patria. Sin embargo, no le exigimos capacidad de evocador, porque desconfiamos de su rigor erudito, y así Quintana, hombre de letras y gran cultura, cuyo romanticismo liberal le ciega a la hora de hablar de Felipe II, nos dará, en cambio, una válida y, sobre todo, actualísima descripción de la batalla de Trafalgar.

Por las páginas que siguen van a desfilar, pues, los acontecimientos principales de la historia de España. En el título "Verso y Prosa de la Historia Española" se juega, al mismo tiempo, a dos cartas. La primera es una honrada definición del contenido, en el que la imagen poética va cortada de vez en cuando por la prosa del autor. La segunda quiere ser un símbolo de nuestro devenir histórico, que da bandazos constantes desde lo más alto del empeño idealista—el verso—hasta la dura realidad antagónica. "Hablar en prosa" es hablar prácticamente. Viejo tema de España: Verso y prosa, Don Quijote y Sancho.

LA OBRA

La preocupación de utilizar al poeta como un cronista contemporáneo y no como un historiador posterior, presentaba el problema de la poesía medieval española con el gran luminar aislado del Poema del Cid. Tanto el cantar como otras composiciones nos dan ideas clarísimas sobre sentimientos y realidades del español de la época, pero sin seguir ésta totalmente. Un empeño de empezar esta historia en el siglo XII hubiera producido un desequilibrio a favor de la prosa. Para evitarlo y aprovechar al mismo tiempo algunos ejemplos de poesía medieval se presenta ésta con el nombre de "Pórtico", dentro y fuera del libro al mismo tiempo. No dará una relación histórica completa, pero sí una visión plástica del período anterior, desde el siglo XII al XV. Luego hasta nuestros tiempos, la poesía va siguiendo paso a paso los acontecimientos que han contribuído a nuestra formación histórica.

* * *

La mayor parte de los ejemplos poéticos son de autor conocido y de fácil acceso. Por ello he reducido las citas bibliográficas a los casos menos corrientes y más difíciles de localizar.

DEDICATORIA

A mis alumnos de "Pennsylvania State University" (EE. UU.), curso 1950-51, a cuya inteligente curiosidad tanto debe este libro.

PORTICO

Desde el 720 España está en trance. Un trance de lucha a muerte del que saldrá cuando vea domeñados a los dueños de ayer (hacia 1250), pero que ahora, al nacer la poesía española, sigue manifestándose en el obsesionante *leit motiv* de la guerra. El español medio y, por tanto, el poeta medio no puede hablar de otra cosa que de la lucha contra el moro, que es razón y vida de su existencia. El país está invadido. Enemigos de raza, pero, mucho más grave, enemigos de religión ocupan los palacios y las iglesias, relegando el hispanogodo a la condición secundaria. No importa que esa posición sea elástica y que a través de bodas o consejeros astutos la vieja España gobierne a veces la España mora. El hecho es que el orgulloso español está fuera en su propia casa.

Menéndez Pidal nos dice que desde 1002 a 1045 empezó la descomposición del Califato y el cristiano a su socaire levantó la cabeza que hasta entonces se había limitado a defender (reino astur leonés, marca catalana) de los golpes del invasor. Con Alfonso VI se parte a la violenta reconquista, y cuando llegamos a la cifra antes señalada del siglo XIII los españoles estarán ya seguros de que "pueden" con sus enemigos, que a veces son sus hermanos.

El primer poeta español, pues, Per Abbat, lanza su grito de júbilo poético cuando la gran contraofensiva ha comenzado. Y el Poema del Cid nos dará por un lado esta sensación de triunfo, e inmediatamente después de la desunión que en España acostumbra a seguir a la victoria. Porque el caballero que lucha en la frontera con el moro se niega a que otro—monarca—se lleve lo que sus esfuerzos gana, y que el cortesano prive con hipócritas e intencionados consejos..., y, en fin, porque el español es siempre un rey.

Lo primero es la lucha contra el moro. Pero el cristiano lucha también contra el cristiano. Y el Poema del Cid, compendio y resumen de nuestra edad media, nace de la lucha entre hermanos, el rey contra Rodrigo, que impulsa a éste hacia la gran aventura. Aquí empieza el poema (1).

El Cid salió de Vivar, a Burgos va encaminado;
allá dejó sus palacios, yermos y desheredados;
de sus ojos mío Cid va tristemente llorando;
volvió atrás la cabeza y se quedaba mirándolos.
las alcándaras vacías, sin pellizas y sin mantos,
Vió allí las puertas abiertas, los postigos sin candado,
y sin halcones de caza y sin azores mudados.
Suspiró entonces mío Cid de pesadumbre cargado
y comenzó a hablar tan justo y tan mesurado:
"Loado sea Dios Padre que están en lo alto,
todo esto me han urdido mis enemigos malvados."

Ya esto es historia, porque muestra el ánimo del hidalgo del tiempo que no se amilana por el disfavor real y que sale en busca de sustento y gloria para él y los suyos, caballero a quien la desventura no le hace perder el tino ni la mesura, ni, mucho menos, la fe en Dios. "Loado sea siempre el Señor"—dice Rodrigo—, aunque la suerte terrena se vuelva.

El mismo poema nos describirá con precisión la toma de un castillo. El de Alcocer. El Cid finge retirarse:

"Saliéronse de Alcocer con precipitada marcha.
El Cid cuando los vió afuera, salió como a desbandada.
Y por el Jalón abajo con los suyos cabalgaba.
Decían los de Alcocer: "Ya se nos va la ganancia";
y los grandes y los chicos a salir se apresuraban,
y tan gran codicia tienen que otra cosa no pensaban,
dejando abiertas las puertas por ninguno custodiadas.
El buen Cid Campeador hacia atrás volvió la cara;
vió que entre ellos y el castillo quedaba mucha distancia;
manda volver la bandera, aguijar también les manda.
¡Heridlos mis caballeros sin temor con vuestras lanzas!,
¡que con la merced de Dios, nuestra sea la ganancia!"
Revueltos están con ellos por toda aquella llanada.
¡Dios y qué grande fué el gozo de toda aquella mañana!

(1) Utilizo la adaptación moderna de Luis Guarner.

Mío Cid y Alvar Fáñez delante de todos marchan;
tienen muy buenos caballos y a su antojo caminaban;
entre ellos y el castillo apenas queda distancia.
Los vasallos de mío Cid sin piedad les atacaban,
y en poco más de un momento, a trescientos moros matan.
Daban grandes alaridos los que había en la celada
y hacia delante salían desnudando las espadas
y defendiendo el castillo a la puerta se paraban.
Pronto llegaron los suyos y comenzó la batalla.
Mío Cid ganó el castillo de Alcocer por esta maña.

Y la defensa del mismo contra los enemigos en la contraofensiva.

Bien puebla todo el otero — y allí las tiendas levanta,
los unos contra la sierra, — los otros contra las aguas.
El buen Cid Campeador, — que en buena hora ciñó espada,
alrededor del otero — y muy cerca ya del agua,
a todos sus mesnaderos — mandó cavar una zanja
para que de día o noche — no les hiciesen celada
y que supiesen que el Cid — con los suyos allí estaba

Los moros los sitian en Alcocer:

Plantas las tiendas en tierra — y preparan la batalla;
sus fuerzas van aumentando, — ya tienen gente sobrada.
Los centinelas que ponen — los moros ya se destacan,
y ni de noche y de día — se desnudaban las armas;
muchos son los centinelas — y mucha la gente armada.
A mío Cid y los suyos, — al fin, les cortan el agua.
Las mesnadas del mío Cid — quieren salir a batalla.

Salida de los sitiados:

¡Qué prisa se dan los moros! — Van las armas a empuñar.
El ruido de los tambores — la tierra quiere quebrar;
vierais armarse a los moros — para pronto pelear.
Al frente de todos ellos — dos enseñas grandes van
y los pendones mezclados, — ¡quién los podría contar!
... Los pelotones de moros — su avance comienzan ya
para llegar frente al Cid — y a los suyos atacar.
... Aquel buen Pero Bermúdez — ya no se puede aguantar,
la enseña lleva en la mano — y comienza a espolear:
"¡Que Dios Creador nos valga, — Cid Campeador leal!"
En medio del enemigo — voy vuestra enseña a clavar;
los que a ella están obligados — ya me la defenderán.

... porque, entonces como ahora, la bandera representaba el símbolo vivo del honor de la milicia:

Díjole el Campeador: "No lo hagáis por caridad."
Repuso Pero Bermúdez: "Dejar de ser no podrá."
Espoleó su caballo — y a los moros fué a buscar.
Ya los moros le esperaban — para la enseña ganar,
y aunque le dan grandes golpes — no le pueden derribar.
Dijo así el Campeador: "Valedle por caridad" (2).

Los mahometanos de los alrededores llaman al rey de Valencia, recordándole el peligro que representa la estancia del Cid en tierras de moros. El rey Tamin manda a dos emires suyos para presentar batalla al Cid, y la descripción de la lucha es de las más lucidas que hemos de encontrar en esta excursión por el terreno histórico-poético. Recuérdese, para la mejor comprensión de este momento, la costumbre medieval de luchar. La masa principal del combate era la caballería. Esta atacaba a media rienda y la lanza en ristre. Cuando se había atravesado las filas enemigas se daba la vuelta y se atacaba de nuevo al revés. Esto se llamaba el "rebato" (o "torna-huye"), y de ahí el toque de campanas:

Embrazan ya los escudos delante los corazones,
bajan las lanzas en ristre, envueltas con los pendones,
inclinan todas las caras encima de los arzones
y arrancan a combatir con ardidos corazones.
El que en buena hora nació, díceles a grandes voces:
"¡Heridlos mis caballeros por los más altos amores!
Yo soy Ruy Díaz, el Cid Campeador, que os socorre."
Todos van sobre la fila donde Bermúdez entróse;
trescientas lanzas serían, todas llevaban pendones
y a sendos moros mataron, todos de sendos golpes.
Y a la vuelta otros trescientos, dejaron sobre los trojes.
Vierais allí tantas lanzas todas subir y bajar
y vierais tantas adargas horadar y traspasar,
tantas lorigas perderse y sus malas quebrantar,
y tantos pendones blancos rojos de sangre quedar,
y tantos buenos caballos sin sus jinetes marchar.
A Mahoma y a Santiago unos y otros claman ya,
y por los campos caían tendidos en el lugar
de la batalla, los moros, unos mil trescientos ya.

(2) Ed. Luis Guarner, pág. 39.

Eran muchas las relaciones que había entre cristianos y moros, españoles todos, y era guerra con intervalos de paz, amistad y concordia la de la Reconquista. Tras la sangre podía llegarse fácilmente a un acuerdo de venta.

... Estéril y pobre — aquella tierra tan mala,
todos los días a mío — Cid Campeador espiaban
los moros de las fronteras — con otras gentes extrañas.
Curado ya el emir Fáriz — todos de él se aconsejaban.
Entre los moros de Ateca — y los que en Ferrer estaban
y los de Calatayud, — ciudad de más importancia,
convienen con mío Cid — por escrito, en una carta,
que Alcocer le comprarán — por tres mil marcos de plata.

El servicio como forma de vida.

Mío Cid Rodrigo Díaz. — Ya tiene Alcocer vendido;
así pagó a los vasallos — que en la lucha le han seguido
Lo mismo a los caballeros — que a los peones hizo ricos;
ya no queda ni uno pobre — de cuantos le hacen servicio.
Aquel que a buen señor sirve — siempre vive en Paraíso.

Tributos de todas partes...

... Aguijó el Cid su caballo — siguiendo su caminar,
hasta acampar en un Poyo — que está sobre Monreal.
Alto y grande el cerro era, — tan maravilloso y tan
inexpugnable que no — se le podía asaltar.
A la ciudad de Daroca — tributo le hizo pagar,
y lo mismo hizo en Molina, — que hacia el otro lado está,
y la tercera Teruel, — que está del lado de acá:
en su mano tiene el Cid — a Cella la del Canal (3).
... Estando allá Mío Cid — muchas tierras saqueaba,
todo el valle de Martín — ya le pagaba las parias.
A la misma Zaragoza — noticias de Cid llegaban,
no placían a los moros, — firmemente les pesaba.
... Todas las tierras aquéllas — a su antojo sojuzgaban
y a la misma Zaragoza — su tributo le pagaba.
Cuando aquesto hecho fué, — al cabo de tres semanas,
de Castilla regresó — Alvar Fáñez de Minaya
con doscientos caballeros — que todos ciñen espada,
y no podían contarse — los que a pie con él llegaban.

(3) Guarner, pág. 48.

La tala para ahogar la economía.

... Los moros que hay en Valencia — escarmentados están,
no osaban salir afuera — ni siquiera a buscar;
todas las huertas talaron — haciéndoles grande mal,
durante aquellos tres años — el Cid les dejó sin pan.
Se quejan los de Valencia — que no saben no lo que harán
porque de ninguna parte — llegarles podía el pan.
... Por Aragón y Navarra — pregones hizo enviar,
y a las tierras de Castilla — sus mensajeros se van.
Quien quiera dejar trabajos — y su soldada ganar,
véngase con Mío Cid — que desea guerrear, —
y cercar quiera a Valencia que a los cristianos dará.

La conquista y defensa de Valencia marcan el punto máximo del poema cidiano. Se lucha por la religión y el rey. Se combate también para ganar el pan. La esposa e hijas llegadas de Castilla se darán cuenta de lo que significa.

Hincadas son las tiendas y aparecen los albores,
con gran prisa tañían los atambores;
alegrábase Mío Cid y dijo: "¡Tan buen día es hoy!"
Miedo tiene su mujer que le quiebra el corazón,
así hacía a las dueñas y a sus hijas ambas dos
del día que nacieran no tuvo igual temor.
.. Los moros de Marruecos cabalgan con vigor,
por las huertas adentro entran sin pavor.
Vióle el atalaya y sonó la esquila
prestas son las mesnadas de las gentes de Ruy Díaz,
prepáranse de corazón y salieron de la villa.
Dos toparon con los moros, acometiéronlos con prisa,
sacáronlos de las huertas de muy mala guisa;
quinientos fueron los muertos, cumplido es este día.

Otro combate:

... Salidos son todos armados por las torres de Cuarto,
Mío Cid a sus vasallos muy los va ordenando.
Dejan a las puertas hombres de gran recaudo.
Saltó Mío Cid en Babieca, su caballo;
de todas guarniciones muy adornado.
La enseña sacan fuera, de Valencia dieron salto,
cuatro mil menos treinta con Mío Cid van a cabo
a los cincuenta mil van a herirlos de grado;
.. Mío Cid empleó la lanza, a la espada metió mano,
a tantos mata de moros que no fueron contados;
por el codo abajo la sangre iba bajando.

Pero no sólo se combate por la gloria, sino por el botín. Hay que vivir del terreno.

Mesnadas de mío Cid robado habían el campo;
entre oro y plata hallaron tres mil marcos,
de las otras ganancias no había recaldo (4).

DESAFIO

El Poema del Cid nos dará, además, el mejor ejemplo de desafío medieval.

Tres caballeros del Cid, Martín Antolines, Pero Bermúdez y Muño Gustios, tenían que batirse con los dos infantes de Carrión, ofensores del Cid, Fernando González, Diego González y con un primo, Asur González. La prueba del desafío es la típica de los juicios de Dios medievales que daban la razón al vencedor. Poniánse enfrente un combatiente del otro con el sol partido para que no hubiera ventajas y con el campo marcado. Al que fuese derribado y se rindiera y el que saliere de los límites era el perdidoso y el otro el ganador:

Martín y Diego González se acometen con las lanzas
y tales los golpes fueron que quebradas quedan ambas.
Martín Antolines luego le metió la mano a la espada
que hace relumbrar el campo, tan limpia es y tan clara,
y dió un golpe a su adversario que de lado lo tomara,
la parte alta del casco, del golpe se lo arrancara,
las agujetas del yelmo todas así las cortara;
arrancándole el almófar y hasta la cofia llegaba,
y la cofia y el almófar todo así se lo arrancara;
los pelos de la cabeza cortó, a la carne llegara;
lo uno cayó en el campo, mas él, derecho quedaba.
Cuando este golpe le dió con la Colada preciada
Diego González ya ve que no escapará con alma;
volvió la rienda al caballo para volverse de cara.
La espada lleva en la mano, mas no se atrevía a usarla.
Entonces el buen Martín le recibió con la espada,
un golpe le dió de plano, el filo no le tocara.
Entonces Diego, el infante, con grandes voces clamara:
"¡Valedme Señor glorioso, libradme de aquella espada!"

(4) Ed. J. Menéndez Pidal. Madrid, 1923.

La salida del campo equivalía a perder...

El caballo refrenó y huyendo de aquesta espada
sacólo del mojón mientras Martín en el campo estaba.
Entonces dijo así el rey: "Venid vos a mi campaña,
por cuanto habéis hecho, ya vencido habéis la batalla."
Así dijeron los jueces que era verdad su palabra.

Todavía el Cid es respetuoso con su señor natural. No así Fernán González, a quien el siglo XII consideraba ya el gran rebelde. Muy avezados a luchar solos contra los moros, los caudillos de la frontera no saben obedecer.

Castellanos y leoneses tienen grandes divisiones.
El Conde Fernán González y el buen rey Sancho Ordóñez,
sobre el partir de las tierras ahí pasan malas razones:
llámanse de hideputas, hijos de padres traidores;
echan mano a las espadas, derriban ricos mantones;
no les pueden poner tregua cuantos en la corte sone,
pónenselas dos hermanos, aquellos benditos monjes,
el uno es tío del Rey, el otro hermano del Conde.
Pónenlas por quince días, que no pueden por más, non;
que se vayan a los prados que dicen de Carrión.
Si mucho madruga el Rey, el Conde no dormía, no;
el Conde partió de Burgos, y el Rey partió de León.
Venido se han de juntar al vado de Carrión,
y a la pasada del río movieron una cuestión:
los del Rey que pasarían y los del Conde que non.

La ofensa:

El Rey como era risueño, la su mula revolvió;
el Conde con lozanía su caballo arremetió,
con el agua y el arena al buen Rey le salpicó.

La amenaza:

Allí hablara el buen Rey su gesto muy demudado:
"Buen Conde Fernán González, mucho sois desmensurado;
si no fuera por las treguas que los monjes nos han dado,
la cabeza de los hombros yo vos la hubiera quitado,
con la sangre que os sacara yo tiñera aqueste vado."
El Conde le respondiera, como aquel que era osado:
"Eso que decís, buen Rey, véolo mal aliñado;
vos venís en gruesa mula, yo en ligero caballo;
vos traéis sayo de seda, yo traigo un arnés trenzado;
vos traéis alfanje de oro, yo traigo lanza en mi mano;

vos traéis cetro de Rey, yo un venablo acerado;
vos con guantes olorosos, yo con los de acero claro;
vos con la gorra de fiesta, yo con un casco afinado;
vos traéis ciento de mula, yo trescientos de caballo."
Ellos en aquesto estando, los frailes que han llegado:
"¡Tate, tate, caballeros! ¡Tate, tate, hijosdalgo!
¡Cuán mal cumplisteis las treguas que nos habíais mandado!" (5).

Si esta resistencia a la autoridad se realiza antes de afianzar la Reconquista, ¿qué será luego, cuando los cristianos crean que el peligro árabe ya ha pasado, es decir, en el siglo XIV? El temple forjado en tantas luchas daba en orgullo extremado, y éste en susceptibilidad. Las ofensas se pagaban con sangre y el carácter de ofendido se extendía a todos los familiares. Los siete Infantes de Lara son un ejemplo típico. Muertos en una traición en que los cristianos utilizan a los moros, serán vengados años después por el hermano nacido en el cautiverio: Mudarra:

Ellos buscando el azor, don Mudarra que asomaba
con él mil caballeros de Castilla y de Lara
los atalayas llegaron a donde Ruy Velázquez estaba
los otros des que les vieron a don Rodrigo hablaban:
"Señor, pensemos de huir, a fe aquí don Mudarra
con grandes caballerías, cubierta tiene la jara."
Allí dijo Ruy Velázquez: "Por aquel que vive y reina
aquí me tiene que hallar, en este valle de Espera."
... Subiéronse en sendos cabezos que estaban en aquel valle,
y sin quererse saludar, así habló Ruy Velázquez:
"Digadesme el caballero, ¿que venides vos buscar?"
Respondióle don Mudarra: "Soy vuestro enemigo mortal,
y vengo a vengar la muerte de mis hermanos los infantes,
que vos, como traidor, llevasteis a descabezar."
"Vos sois el traidor—respondióle Ruy Velázquez—;
desque llegasteis a Lara hicísteisme mucho mal;
matásteisme mis vasallos y mis villas quemaisteis;
ahora me lo pagaréis, que en tal lugar estáis."

Se propone el duelo individual:

Respondióle don Mudarra: "Mentís, falso traidor;
castiguemos la caballería, estén quedas nuestras haces,
lidiemos uno por otro si os place,
os he de entregar mi cuerpo o vengaré los infantes."

(5) Mediados del siglo XIII, de una composición de 1160.

Espoleó el caballo y descendió por el valle
muy agradoso el traidor a recibírselo sale.
Allí soltaban las riendas, uno contra otro van,
y las lanzas abajadas, tan fieros golpes se dan;
quebrantaron los escudos que ninguna pro les han,
desmallaban las lorigas como si fuera cendal.

* * *

Estamos ya en el siglo XIV. Los granadinos se defienden en su reducto que los cristianos no aciertan a derribar obsesionados con sus problemas internos.

Los reyes pugnan por imponerse a una nobleza ensoberbecida. Cuando ese deseo de afirmar la autoridad se une a un carácter violento, la lucha se matiza de sangre. Este es el caso de Pedro I, llamado el *Cruel* por sus enemigos y *Justiciero* por sus amigos. Representación de una época bárbara todavía, en que el rey era un soldado más, atrae la atención de los poetas. Un contemporáneo hace hablar a su hermano don Fadrique, víctima ilustre del rey. La ingenua voz es la representación de su inocencia:

"Yo me estaba allá en Coímbra, que yo me la hube ganado,
cuando me vinieron cartas del rey don Pedro mi hermano
que fuese a ver los torneos que en Sevilla se han formado.
Yo maestre sin ventura, yo maestre desdichado,
tomara trece de a mula, veinticinco de a caballo,
todos con cadenas de oro y jubones de brocado;
jornada de quince días, en ocho la había andado.
... En entrando por las puertas, las puertas me habían cerrado;
quitáronme la mi espada, la que yo traía a mi lado;
quitáronme mi compañía, la que me había acompañado.
Los míos desque esto vieron de traición me han avisado,
que me saliese yo fuera que ellos me pondrían en salvo.
Yo como estaba sin culpa de nada hube curado.
fuíme para el aposento del rey don Pedro, mi hermano.
—Mantengaos Dios el rey, y a todos de cabo a cabo.
—Mal hora vengáis, maestre. Maestre, mal seáis llegado:
nunca nos venís a ver sino una vez en el año,
y esta que venís, maestre, es por fuerza o por mandado.
Vuestra cabeza, maestre, mandada está en aguinaldo.

—¿Por qué es aqueso, buen rey? Nunca os hice desaguisado,
ni os dejé yo en la lid, ni con moros peleando.
—Venid acá, mis porteros, hágase lo que he mandado.
Aún no lo hubo bien dicho la cabeza le han cortado" (6).

La lucha civil llega al peor crimen: al fratricidio de 1369. Los poetas anónimos han cantado la muerte del rey don Pedro:

Los fieros cuerpos revueltos
entre los robustos brazos
están el cruel don Pedro
y don Enrique, su hermano.
No son abrazos de amor
los que los dos se están dando,
que el uno tiene una daga
y el otro un puñal acerado.
El rey tiene a Enrique estrecho
y Enrique al rey apretado,
uno en cólera encendido
y otro de rabia abrasado;
y en aquesta fiera lucha
sólo un testigo se ha hallado,
paje de espada de Enrique
que de afuera mira el caso.

Duguesclin, símbolo de quien desde fuera interviene en las luchas civiles más o menos hipócritamente.

... diciendo: No quito rey
ni pongo rey de mano,
pero hago lo que debo
al oficio de criado.
... A los pies de don Enrique
yace muerto el rey don Pedro
más que por su valentía
por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
el pie le puso en el cuello,
que aun allí no está seguro
de aquel invencible cuerpo.

Aguda visión del poeta. Son culpables ambos.

(6) Contemporáneo (D. A.) hacia 1358.

Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,
que fuera Caín el vivo
a no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
a compasión y contento,
mezclados unos con otros
corren a ver el suceso;
Y los de Enrique
cantan, repican y gritan:
"¡Viva Enrique!" Y los de Pedro
clamorean, doblan, lloran
su rey muerto (7).

(7) Romancero general.

CAPITULO PRIMERO

EL DECLINAR DE CASTILLA

Se empezó el siglo (1402) tomando algunas de las islas Canarias e incorporándolas a la Corona. Al desaparecer Enrique III, los nobles, a quienes su presencia mantuvo a raya, alegran el semblante: Un rey niño, Juan II, y una madre de corto seso, doña Catalina de Lancáster. ¡Buenas perspectivas!

Ruy Paes de Ribera exalta al nuevo rey don Juan, dejado bajo la tutoría de Fernando, infante, luego rey de Aragón.

> ... Diciendo: Bendicho el Dios Criador
> que así nos quiso dar por señor
> aqueste por quien seremos honrados.
> Ya no tenemos ninguna razón
> que podamos decir contra este tal fecho,
> que éste por cierto es rey con derecho
> de toda Castilla sin conturbación.
> Magüer hasta aquí gran tribulación
> habemos pasado sin merecimiento.
> Bendicho el señor que aseguramiento
> puso en rei — no con su bendición:
> Hidalgos y nobles muy poco valían
> y eran del mundo con él desechados
> y por este Señor serán reservados
> en sus propias obras como antes solían
> que por sus pecados perdida tenían,
> Asturias y Castro, Vizcaya y Villena...

Tenía razón. El infante don Fernando, hermano del difunto, se niega a participar en el botín que le ofrecían los nobles y se lanza a

la empresa nacional de Castilla: el ataque a la morisma. Toma Antequera, y con la plaza el nombre. Cómo fué, lo explica el poeta anónimo:

La mañana de San Juan,
al tiempo que alboreaba,
gran fiesta tienen los moros
por la vega de Granada.
Revolviendo sus caballos
y jugando de las lanzas
ricos pendones en ellas
bordados por sus amadas.
Ricas marlotas vestidas,
tejidos de oro y grana,
el moro que amores tiene
señales de ello mostraba,
y el que no tenía amores
allí no escaramuzaba.
Las damas moras los miran
de las torres del Alhambra;
también se los mira el rey
de dentro de la Alcazaba.

Para que el contraste con la realidad de la derrota, llanto tras la alegría, sea más fuerte:

Dando voces vino un moro,
sangrienta toda la cara:
"Con tu licencia, buen rey,
diérate una nueva mala:
el infante don Fernando
tiene a Antequera ganada;
muchos moros deja muertos;
yo soy quien mejor librara,
y siete lanzadas traigo;
la menos me llega al alma.
¡Los que conmigo escaparon
en Archidona quedaban!"
Cuando el rey oyó tal nueva
la color se le mudaba;
mandó tocar sus trompetas
y sonar todas las armas;
mandó juntar a los suyos
para hacer gran cabalgada.

La pérdida de Antequera no fué en la mañana de San Juan, sino en el septiembre de 1410. El cronista poeta finge esa fecha que se

celebraba con igual alegría en terreno musulmán que en el cristiano (con gran disgusto de los faquíes o sacerdotes), para que la emoción del hecho sea mayor en un pueblo en fiestas.

Luego caen a su brazo Xara, Pruna y Cañete. Orgullosa estaba Castilla del hombre que seguía la verdadera tradición del reino luchando contra los infieles, pero pronto hubo de perderlo; pues el fallo de Caspe se llevó a Aragón al infante convertido ya en rey Fernando I. En 1412, Castilla de nuevo está acéfala.

Así lo entienden los cortesanos y van al reparto. La reina madre inculca al hijo mezquinas doctrinas de partido, y Juan II tiene ante sí, en cuanto empieza a gobernar, el pavoroso espectáculo de su propia nulidad, a la que se opone un gigantesco núcleo de personajes encumbrados, que contemplan con cierto aire desdeñoso al joven rey que parece asustarse del ruido de las armas.

Figura característica de la época es el marqués de Santillana, Iñigo López de Mendoza, que cambia de partido sacando siempre mucho más de su doblez de lo que podría obtener de su lealtad. En un primer tiempo, está con la nobleza contra el rey y su valido. Desacata con el infante don Enrique la majestad real en Tordesillas y Avila (1420), y no vacila en cercar a su señor en Montalbán. Nueve años más tarde está con el rey y don Alvaro en su lucha con el rey de Navarra y el infante don Enrique, que amenazaba invadir Castilla por la frontera aragonesa. Desde su puesto de combate en Agreda lanza un cartel de mofa.

Uno piensa el bayo,
otro el que lo ensilla;
no será gran maravilla,
pues tan presto viene el mayo
que se vistan negro sayo
navarros y aragoneses,
y que pierdan los arneses
en las faldas del Moncayo.

A lo que por parte contraria contestó Juan de Dueñas:

Aunque visto mal argayo (8),
ríome desta fablilla,
porque algunos de Castilla
chirlan más que papagayos;

(8) Prenda de abrigo tosco usado por los religiosos.

ya vinieron al ensayo
con aquellos montañeses:
preguntadlo a cordobeses
cómo muerden en su sayo.

Tuvo razón él, y el marqués de Santillana, aunque valiente, fué derrotado. Pero recompensado magníficamente (9).

Para Jorge Manrique, a pesar de todo, no ha habido época más brillante que la de don Juan II, y a ella alude cuando quiere cantar las glorias perecederas, en las coplas a la muerte de su padre de 1476:

... ¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón,
¿qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán?
¿Qué fué de tanta invención
como trujeron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?
¿Qué se hicieron las damas
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
... ¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?

Frente a este esplendoroso pero intranquilizador ambiente, el monarca busca un amigo, un solo amigo en quien confiar. Al príncipe le urge el favorito que todos los reyes sin coraje han necesitado para descargar el peso de una gobernación desagradable.

Vedlo. Se llama Alvaro de Luna, y es bastardo como lo será el famoso don Juan de Austria. Hijo de noble, tiene un lejano parentesco con el antipapa Luna, y como su familiar, este joven dará que hablar a la historia.

Por ahora no es más que un joven cortesano. Baila a la perfección, pero también sabe manejar las cañas en los juegos frente a palacio;

(9) Menéndez Pelayo. Poetas de la corte de Juan II. Buenos Aires, 1943.

hombre que lo sabe hacer todo, imponiendo en todo su vigorosa personalidad, no es un cualquiera. El rey don Juan, tímido y sensible sólo a la poesía, necesita ese ser completo que parece adelantarse al Renacimiento cabalgando, escribiendo y haciendo política. Pero en contra de la primacía está la sangre real. Viven los infantes de Aragón, primos del rey e hijos de Fernando de Antequera. Para ellos el valido era poca cosa, baja ralea que había subido por medios tortuosos. No compartían el amor de Miguel Lucas de Iranzo, que impulsaba al rey a arrojarse en brazos del nuevo Condestable:

Lealtad, ¡oh lealtad!
Lealtad, dime: ¿dó estás?
Vete, Rey, al Condestable,
y en él la fallarás,
porque en todos tus criados
otro tal no me darás,
y en el regazo de aqueste
el buen sueño dormirás.
Desea la tu venida,
espera cuándo vendrás,
con Jaén y con Andújar
tus reinos recobrarás.
Tal caudillo las gobierna,
questo y mucho más farás,
y de los que te han errado
fío en Dios te vengarás.

Este era el sentimiento de la época, y los poetas no hacen sino hacerse ecos del sentir popular. ¡Allá abajo, hacia el Sur, estaba la verdadera guerra! Allá la tierra irredenta que hay que salvar, allá las almas y los cuerpos que tienen que volver a nuestro lado. Y, por el contrario, "ellos están folgados", como decía López de Ayala, y los nobles luchan entre ellos. Unas veces sube el partido del rey y don Alvaro; otras, el de sus enemigos. Ambos pasan, de ser prisioneros, a hacer gran alarde de sus lanzas. La incruenta y, a nuestros ojos, curiosa guerra del tiempo favorece la duración y la extraña facilidad del rebelde para aceptar conversaciones de paz. Esta no era muy perjudicial en cuanto a vidas humanas; pero, en cambio, producía la ruina del agricultor, la muerte de la pequeña industria local, el desasosiego constante y, sobre todas estas cosas, la eternidad de la guerra con los moros. Los ancianos recordaban hechos gloriosos acometidos por los

antecesores del rey don Juan, incluso por su padre, don Enrique, y todos se maravillaban de que se perdiese tiempo tan precioso en golpear por el fantasma de la ventaja política cuando allí, tan cercana, estaba la verdadera honra y logro. Sólo una empresa guerrera contra los mahometanos es llevada a cabo en tiempos de Juan II y repercute en el triunfo de la Higueruela, en la vega de Granada (1431). El gozo de la operación contra el moro vibra en la poesía de Juan de Mena, cordobés, cronista y secretario de letras latinas de Juan II.

Con dos cuarentenas y más de millares
les vimos de gentes armadas a punto,
sin otro más pueblo inerme allí junto,
entrar por la vega talando olivares,
tomando castillos, ganando lugares,
haciendo por miedo de tanta mesnada
con toda su tierra temblar a Granada,
temblar las arenas, fondón de los mares.

Este es lugar donde ganar honra, no en las luchas civiles, que no harán más que cubrirnos de oprobio ante los extranjeros.

¡Oh virtuosa, magnífica guerra,
en ti las querellas volverse debían,
en ti do los nuestros muriendo, vivían
por gloria en los cielos y fama en la tierra;
en ti do la lanza cruel nunca yerra,
ni teme la sangre verter de parientes
revoca concordes a ti nuestras gentes,
de tales cuestiones y tanta desferra.
... ...
Hayan envidia de nuestra victoria
los reinos vecinos y non tomen gloria
de nuestra discordia mayor que convenga.

El sentido prerrenacentista de Juan de Mena ve a España formando un todo, unida, victoriosa como ha de ser en el XVI.

Vi las provincias de España poniente,
la de Tarraco y la Celtiberia,
... mostróse Vandalia la bien paresciente
y toda la tierra de la Lusitania,
la brava Galicia con la Tingitania,
donde se cría feroces la gente (10).

---

(10) MENÉNDEZ PELAYO. Poetas de la corte de Juan II. Buenos Aires, 1943.

La guerra civil representa por sí misma un buen mal en la vida de un país, pero se acompaña además de otras muchas desgracias. La baja en los sentimientos religiosos, por ejemplo, es citada con un realismo muy típico en la literatura española:

¿Quién asimismo decir me podría
de cómo las cosas sagradas se venden
y viles usos en que se desprenden
los diezmos ofertos a Santa María?
Con buenos colores de la clerecía
disipan los malos los justos sudores
de simples y pobres y de labradores
cegando la santa católica vía.

Mientras, lo que interesa es el poder. Y este don Alvaro parece tenerlo bien en la mano. Efectivamente, en Olmedo cargó tan enérgicamente al frente de sus escuadrones, que los enemigos tuvieron que darse a la huída y Alvaro de Luna volvió a quedar señor del campo y del ánimo del monarca.

Rey virtud, Rey vencedor,
príncipe nunca vencido,
sólo vos a quien, señor,
victoria dando rigor,
clemencia hizo sufrido.

El rey va cobrando altura. Ya no es solo el *primum inter pares* del Medioevo. Mena necesita ya el estilo romano para elogiar al caudillo. El rey lo es todo en la vida del país.

Cesárea celsitud (ex),
super augusto columna,
dé vos Dios mucha salud,
pues nos da vuestra virtud
treguas contra la fortuna.
Dios os deje bien vivir,
Dios os dé tiempo quieto,
y a los vuestros conseguir
un amor para servir
a vos, Rey plus quan perfecto.

Estando tan alto evidentemente quien no lo reconozca como tal es un enemigo de la sociedad, un traidor.

El que por otra manera
obrase como adversario,
él se mate y no se muera
bien como Judas cualquiera
que pensare lo contrario.
Todo el mundo lo persiga
a los que vos persiguiereis,
no les fallezca fatiga
ni tierra fallen amiga
si vos, Rey, no se la dijereis.
Quien nuestro temor olvida,
o servir no os desea,
vuestra bondad infinita
tantas veces les dé vida
que el vivir muerte les sea (11).

Pero los dioses ciegan a los que quieren perder; don Alvaro introdujo el mismo su daño en la casa real en forma de una figura femenina. Se llamaba Isabel y era infanta de Portugal. Con esta boda, don Alvaro pensaba asegurarse el apoyo de la nación lusitana, que bien necesitaba; entre sus enemigos se contaban los nobles de Castilla entera, que con sus relaciones familiares con los reinos de Aragón y Navarra, reforzaban el cerco diplomático y guerrero contra la figura del Condestable.

Quiso curar y agravó su enfermedad con el matrimonio. Isabel tenía genio y carácter. No sufrió desde el primer momento que nadie, fuera de ella, gobernase al Rey, y acabó con la privanza del Maestre de Santiago en seis años, con mimos de esposa y consejos de reina. El fin de sus gestiones fué la prisión y condena de don Alvaro, que, tras largas dudas, concedió don Juan como prenda de paz a las reiteradas presiones de familiares y deudos.

Había gobernado treinta y tres años en nombre y representación de su rey. Cuando murió, se alzó el clamor de alegría que siempre trae en España la desaparición de quien ha mandado demasiado. Pero no faltó quien lo sintiera, y Juan Poeta se angustia ante la muerte de aquel cuya figura humana considera más que la política. Lamenta la afrenta final que sólo se hacía a gente malnacida, siervos, al atar sus

(11) *Cancionero castellano del siglo XV*. Fouché Delbosc. Bae. Madrid, 1912, página 214.

manos con un grosero cordel (él lo sustituyó por una cinta de seda) antes de descargar el fúnebre golpe...

> ¡Oh mundo fallescedor!
> ¿Qué valió tanto subir,
> pues que había de venir
> a tan vil muerte morir
> como un pobre caballero?
> "Las mis manos que besadas
> fueron de comendadores
> y de grandes y menores
> mando que sean juntadas
> y con un cordón ligadas
> de muy fuerte ligadura,
> que para esto la ventura
> me las hubo así criadas."

Pero otros no sintieron así su muerte. Uno de sus enemigos mayores fué el marqués de Santillana. En su "Doctrina de Privados", finge que habla don Alvaro ya muerto y haciendo pública confesión de sus pecados:

> Abrid, abrid vuestros ojos;
> gentíos, mirad a mí;
> cuanto visteis, cuanto vi
> fantasmas fueron y antojos.
> Con trabajos, con enojos,
> usurpé tal señoría
> que si fué non era mía
> más indebidos despojos.

Cita sus injustas atribuciones, sus rapiñas:

> Casa a casa, ¡guay de mí!,
> y campo a campo llegué,
> cosa ajena no dejé,
> tanto quise cuanto vi;
> agora, pues, ved aquí
> cuánto valen mis riquezas,
> tierras, villas, fortalezas,
> tras quien mi tiempo perdí.

Pero aprovechando su posición privilegiada, el marqués le hace arrepentirse de otros mil pecados. Dirigiéndose a Dios, dice:

De los tus diez mandamientos,
Señor, no guardé ninguno,
ni limosna, ni ayuno,
ni cuaresmas, ni advientos,
ni de tales documentos
puestos so cristiano yugo
non los hice ni me plugo
más todos sus vedamientos.

Impiedad de alma, dureza de corazón, enemigo del prójimo:

Los menguados non farté,
alguno, si me pidió
de vestir non lo falló,
ni los pobres recepté.
Cautivos non los saqué
ni los enfermos cuitados
fueron por mí visitados
ni los muertos sepultados.

Juan II moría un año después. En rigor, estaba muerto ya cuando hizo degollar a quien había sido el verdadero rey, en Valladolid.

El marqués de Santillana, en un soneto fecho al itálico modo, se queja de los daños de este reino:

Oh qué diré de ti, triste hemisferio;
Oh patria mía, que veo del todo
ir todas cosas ultra el recto modo
donde se espera inmenso lacerio.
Tu gloria y laude torno vituperio,
y la tu fama clara en escureza;
por cierto, España, muerta es tu nobleza
y tus loores tornados hacerio.
¿Dó es la fe? ¿Dó es la caridad?
¿Dó la esperanza? Que por cierto ausentes
son de las tus regiones y partidas.
¿Dó es justicia, templanza, igualdad,
prudencia y fortaleza? ¿Son presentes?
Por cierto no, que lejos son huídas (12).

(12) Santillana, 1398-1458. *Cancionero castellano del siglo XV*. Bae. Lacerio—miseria, trabajo, desventura; escureza,—oscuridad; haceria,—suma aflicción.

ENRIQUE IV

hijo de Juan II
Hno. de Isabel I

Reinó desde 1454 a 1474. Fueron veinte años tan sólo, veinte años que han sido considerados los peores de la historia patria. Su personalidad no existió sino para el mal. Gustaba de lo monstruoso y lo deforme, iba desaseado y apetecía la soledad. Fué un monarca que quiso engañar a todos, un rey que rompía alianzas con la misma facilidad que las firmaba; fué hombre desdichado que tenía que hacer desdichados a los demás.

¿Qué hacía Castilla bajo su gobierno? Así define Juan Alvarez Gato, poeta madrileño, los tiempos aquellos:

¡Oh juicios soberanos
y justas persecuciones,
pecados de los humanos,
engaños, vicios mundanos,
peligrosas ocasiones!
¿Dó la fe, dó la verdad?
¿Dó la paz, dó la mesura?
¿Que se hizo caridad?
¿Dó justicia? ¿Dó cordura?
¿Dó los reinos bien regidos?
¿Dó los buenos regidores?
¿A dó los sabios sabidos?
¿A dó los malos punidos?
¿A dó los buenos señores?
¿Adónde los buenos reyes?
¿Dónde los buenos prelados?

Antes Castilla tenía grandes riquezas, una administración eficaz garantizaba un fondo de reserva y ahora...

¿A dó los dorados techos?
¿A dó los grandes tesoros?
¿Qué se han hecho grandes hechos?
¿Artificios, los pertrechos?

Y, por fin, la espina que todos los españoles tenían en la garganta:

¿Dó las guerras de los moros?

No habrá verdadera y real paz mientras estén los invasores en la Península. Porque, además del peligro material, está el otro, muy grave también, de la difusión de sus doctrinas y de sus costumbres inmorales. El homosexualismo llega a ser una enfermedad contagiosa, y se dice que incluso el mismo rey se entrega a prácticas infames. Moros y judíos son enemigos del español, y mientras vivan en tierra nuestra, grande será el peligro si el rey los protege. Por eso, el Provincial, en sus famosas "Coplas", ataca al cantador Diego Arias de Avila y le acusa de judaizante, reprochándole el uso indebido de insignias cristianas en su escudo:

Aguila, castillo y cruz,
dime: ¿de dónde te viene,
pues que tu pila, capuz
nunca la tuvo ni tiene?
El águila es de San Juan;
el castillo, de Emaús,
y allí pusiste a Jesús
siendo yo allí capitán.

¿Y ese otro advenedizo a quien el favor real ha encumbrado y que atiende por Miguel Lucas de Iranzo y es condestable? Tampoco le perdona el Provincial, que finge revisar un convento a sus órdenes:

¡Ah fray Conde sin condado,
condestable sin derecho!
¿A cuánto vale el derecho
a ser villano probado?

Mal gobernante, amigo de quien no lo merece, protector de enemigos de la fe católica... Si al menos fuese Enrique hombre leal... Pero, como mezquino, desconfía de todos los que a su vera están y cree ver en cada alma la traición que siempre anida en la suya. Así favorece el atentado de que es víctima su fiel Pedrarias, que se siente dolorosamente humillado cuando sabe quién es el instigador de su herida. Lo explica Alvarez Gato:

Los reyes que eran guardados
esos son los que recelan,
no se fían de sus criados,
antes dellos resguardados
ya se rondan, ya se velan.

Y el poeta hace sentir la voz del ofendido vasallo que se aleja de un rey que tan mal corresponde a sus desvelos:

No me culpes en que parto
de tu parte,
que tu obra me desparte
si malparto.
Que cosa parece fuerte
de seguir,
quien remunera servir
dando muerte.

Y aprovecha la ocasión para insistir en el consejo general para que el monarca no tire el dinero que le legaron sus abuelos:

Mira, mira, rey muy ciego,
y mira tus aparceros,
que las prendas y dineros
quédanse en los tablajeros.
Acallanta tantos lloros
y recuerda, rey muy saje,
cómo en este tal viaje
tus reynos y tus tesoros
no se vayan en tablaje.

Mientras los bravos caballeros exponen vida y honor en las justas de cañas y lanzas, los hombres que construyeron el tablaje ganan siempre. Esta es la metáfora de Alvarez Gato.

A Mosén Diego de Valera, el estado de su patria en el tiempo no lo provoca más que preguntas sin fin. Porque toda Castilla es una constante interrogación, una pregunta angustiada con que se quiere salvar una duda de conciencia. ¿Cómo es posible que todo esté tan fuera de lugar; cómo puede ser lógica la codicia, la irresponsabilidad en los mandos, la soberbia vana?

¿Por qué anda de vagar
alguno que más solía?
¿Y por qué tan mal seguía
alguna que es muy loada
y por qué ni dan posada
en la corte sin dinero?

... miseria y estrechez en todas partes, incluso en la antaño opulenta corte de Castilla...

¿y por qué tanto bandolero
dice que es nuestro señor?

... el ansia de buscar un jefe, un único y auténtico jefe late en toda la poesía; todos quieren ser señores, aún los menos calificados para ello. Si hubiese un hombre... Y todo será distinto cuando Castilla encuentre este hombre que, cosa curiosa, será mujer.

¿Y por qué es tan sin sabor
en Castilla la libranza?
¿Por qué andan en balanza
algunos que no lo saben,
y por qué los malos caben
donde no debían caber?

La queja contra el mando inepto:

¿Por qué tiene gran poder
quien no sabe ejecutar
y por qué se da lugar
a que siempre desmedremos
y por qué menos valemos
siempre sirviendo mejor?
... ...
¿Por qué no es maravilla
que se pierda cuando vedes
y por qué pescan sin redes
algunos a manos llenas
y por qué dan graves penas
a veces por chico error?

La injusticia social dolorosamente sentida, injusticia que pena pequeñas faltas con penas gravísimas mientras otros aprovechan el turbio estado de la hacienda pública para llenarse los bolsillos...

¿por qué no es maravilla
que se pierda cuando vedes?

... porque de tales causas, tales efectos. Castilla está naufragando. Y el rey parece no saberlo, a pesar de que a voz en grito y recordándole sus peores vicios se lo diga toda la nación.

Ese Rey ofendido continuamente... ¿quién tenía a su lado para consolarle de esta maledicencia pública? Acabamos de ver a una infanta portuguesa, Isabel, hacerse con el corazón maduro de Juan II. A Enrique IV le llega también su esposa de la Lusitania. Tras la desunión con su primera mujer, Blanca de Navarra, separación que mostró ya la impotencia del rey, se convino el nuevo matrimonio con la infanta portuguesa, doña Juana. Esta llegó, y con ella sus damas, bellísimas todas y livianas. La forma de embadurnarse, sobre todo, impulsaba a la sátira. No desperdicia la ocasión el Provincial atacando a la reina, sin mencionarla directamente:

A ti, diosa del deite,
gran señora de vasallos,
dícenme que tienes callos
en el rostro del afeite,
y que vuestra señoría
tiene tres dientes postizos
que sabe mucho de hechizos
y estudia nigromancía.

Hechicera y nigromántica, mujer dada a la frivolidad por un lado, a las ciencias ocultas por otro; no se requería más para que de ella se esperase siempre lo peor. Y así, cuando la reina da a luz una hija, nadie piensa que su padre sea el rey, sino su valido, Beltrán de la Cueva. La inocente niña pasa a la historia con el nombre-estigma de la "Beltraneja", y los nobles se pasan a bandadas al campo de los enemigos del rey, a pesar de que el comendador haga oír su voz poética en favor de la reina ofendida:

Alta reina y apurada
do la beldad se esclarece;
la canción va sentenciada
y no va tan bien glosada
como su causa merece.
Pero, Reina, donde están
virtudes llenas de fe,
en Alba me hallarán;
mandad saber de Román,
que yo soy el que pequé.

Toda la segunda parte del reinado de Enrique IV se desarrolla alrededor de este secreto de alcoba: saber si la princesa Juana es

hija del rey o no lo es. Si lo es, hay que jurarla como sucesora. Si no, el heredero es el infante don Alfonso, hermano de Enrique, y, en su defecto, su hermana doña Isabel, que así se asoma a la historia de España, que tantos triunfos le deberá. El rey duda y vacila a cada momento; unas veces cede ante el clamor popular y declara heredero a don Alfonso, negando la paternidad de la princesa. Más tarde anula lo hecho, y en Avila es destronado en efigie. Los partidarios del rey vencen en Olmedo. Muere Alfonso y los suyos ofrecen la corona a Isabel. Esta se niega a aceptarla mientras su hermano viva. La política logra, sin embargo, que sea reconocida como heredera del trono.

Muy revuelta está Castilla;
quejoso está y fatigado
aquese rey don Enrique,
rey no bien afortunado.
Quéjase de muchos hombres
a quienes puso en estado,
por haberlo descompuesto
en auto solemnizado.

Fué en 1465:

Y haber alzado por rey
a don Alfonso su hermano;
y aunque murió don Alfonso
su intento no habían dejado
grandes partidos se mueven
estando en aqueste estado,
y en un concierto muy justo
al rey han encaminado
para ser obedecido
por todos y acatado;
y para aqueste concierto,
siendo por él aprobado,
muy grandes gentes se ajuntan
en los Toros de Guisando.
Señores y caballeros
y también muchos prelados
vienen con doña Isabel
para verse con su hermano,
porque por su sucesora
el rey la había señalado (13).

(13) Fuentes: *Libro de los cuarenta cantos.*

Pero todavía el cisma quiere dar las últimas coletadas y Enrique, indignado con la boda de Isabel con un príncipe de Aragón que se llama Fernando, revoca el convenio anterior y vuelve a nombrar heredera del trono a la tan traída y llevada doña Juana. Otra vez lucha, otra vez disturbios al socaire de la falsa situación... Los nobles se aprovechan y se van apoderando cada vez más de las prerrogativas reales. Los Villena, los Cueva, los Plasencia, los Carrillos, actúan por su cuenta, piden rehenes y se comportan como verdaderos señores de la tierra. La reina, mientras, se lanza a una aventura amorosa con un Pedro de Castilla, biznieto del *Cruel,* y el tijereteo de comadres halla nuevos motivos para enturbiar su vida anterior.

Mientras tanto, Enrique IV agoniza en 1474. A todas las falsedades en que se ha desenvuelto su vida, opone la única verdad de su muerte. Deja Castilla en trance de dispersión y escándalo. Pero ya está en su trono—a su muerte es proclamada en Segovia—la nueva reina Isabel, y su marido, don Fernando, aparecerá muy pronto a su vera. En el timón hay ya una mano firme y Castilla ve nuevos mares donde bogar.

CAPITULO II

EL ASCENSO DE ARAGON

A principios del siglo XV, Aragón nos ofrece una fisonomía notablemente distinta de la de Castilla. Iniciada la centuria con la presencia en la corte de la dinastía castellana en la figura de Fernando de Antequera, rey gracias al compromiso de Caspe, el estado de la monarquía catalano-aragonesa presentaba un aspecto de fuerza y cohesión muy distinto del de la débil y atormentada Castilla. Asomada al mundo de la Reconquista más tarde que el otro reino, sin desgastar todavía, Aragón podía considerarse fuerte y dichosa.

En el siglo XIII había extendido sus conquistas hasta Murcia y Baleares; en el XIV hasta Grecia con la expedición de los Almogávares, que terminó en la fundación de un reino catalano-aragonés en Atenas. En Sicilia había gobernado Pedro IV, y la cadena de islas, Baleares, Córcega, Cerdeña, Sicilia, Malta, Gozo, Gelbes, hasta la lejana Chipre, favorecía la expansión comercial catalana y con ella su poderío militar. Dominados en gran parte los nobles aragoneses tras los esfuerzos infructuosos de la Unión, el problema aristócrata no ofrecía más encono que el de tener en el país una serie de bravos avezados a la guerra y a quienes la paz molestaba como una ofensa personal. Dar salida a estos instintos guerreros era tarea normal en un rey que supiera su oficio, encaminándolos a la expansión allende los mares.

Fernando de Antequera hizo poco porque poco le dejó hacer el tiempo en que reinó en Aragón, que no excedió de cinco años. Sin embargo, pactó una tregua sobre los asuntos de Cerdeña con Génova,

nuestra enemiga de "la acera de enfrente". Pero la política italiana en gran escala la tenía que llevar a cabo su hijo y sucesor, Alfonso V, a quien la historia conoce con el nombre de *Magnánimo*.

Su objetivo principal se llama Nápoles, y éste, junto a la isla siciliana, era una buena presa para un monarca potente. Reinaba en la ciudad del Vesubio la reina Juana II, perteneciente a la dinastía húngara que había derribado a los Anjou de su trono. Juana, de costumbres licenciosas, tenía enfrente al partido angevino y su impopularidad concedía a éste grandes posibilidades de éxito. En el temor de perder la corona, la reina busca un apoyo fuerte, ¿y cuál mejor que el del joven rey Alfonso, de la vecina corona de Aragón? Y así salen las peticiones de auxilio con una reprocidad: Alfonso será declarado heredero de la corona de Nápoles.

El rey aragonés acepta, y su flota sale hacia la aventura. Primero, disimulando, a Túnez; luego, a Italia. El anónimo poeta, que se presume ser Carvajales, aprovecha el motivo lírico del abandono de la reina María, esposa de Alfonso, que la deja por la gloria, para hacer una brillante descripción de su rey:

Retraída estaba la reina,
la muy casta donna María
mujer de Alfonso el Magno,
hija del rey de Castilla.

Se exalta en la pena y condena metafóricamente a Italia por quien la dejó su marido. Y también a la invocadora que tal culpa tiene:

¡Oh, maldita seas, Italia,
causa de la pena mía!
¿Qué te hice, reina Joanna,
que robaste mi alegría?
Y tomásteme por hijo
un marido que tenía,
hiciste perder el fruto
que de mi flor atendía.
¡Oh madre desconsolada
que fija tal parido había!
Y dióme por marido un César
que en todo el mundo no cabía.
Animoso de coraje,
muy sabio; con valentía,
no nasció por ser regido,
mas por regir a quien regía.

La nostalgia es empleada para el panegírico. La elegía se convierte en canto épico:

Siguiendo el planeta Mars,
dios de la caballería,
dejó sus reinos y tierras,
las ajenas conquería,
dejó a mi desventurada
annos veinte y dos había,
dando leyes en Italia,
mandando a quien más podía.
En Africa y en Italia
dos reyes vencidos había
que venciste al rey africano
y otro rey nascido en Gallia,
tú venciste por tu mano
al mejor reyno de Italia.

Por la expedición de 1432 a Túnez y contra el rey francés. Pero a su hambre de gloria no le bastaba...

Mas por dos mundos regir,
más quisiste conquerir
por más seguro rescebir
el sumo placer eterno.

La admiración sin límites, sin embargo, no le evitó los peligros. La reina Juana, tan ajena a la ética como al derecho, cambia de idea y nombre heredero a Luis, el angevino que antes era su enemigo. Luego llama de nuevo al rey de Aragón, y éste acude. Mandando sus ballesteros, cayó en Ceriñola Jaumot de Torres, a quien Carvajales saluda en un elogio fúnebre. Démoslo aquí como un símbolo del soldado catalán que atravesó el Mediterráneo:

Encima de un alto pujante corser
con armas flagante, ardido, armado,
vestía una córnea de damasco morado,
mostraba de todos, padios, señor ser,
¡oh, quién los viera, pues, armas hace;
allí do ganó la honrada tumba
por cuyos hechos la fama retumba,
que hacen los buenos envidia crescer:
Quiso sin tiempo con seso ser hombre
el tanto famoso Jaumote nombrado,
del rey don Alfonso querido y criado;

honró su persona, su causa y su nombre,
dejó en los siglos por siempre renombre;
pugnó con la muerte su mucha virtud,
por ende a ninguno tal muerte no asombre.

No todo fueron lauros en la vida de Alfonso. Tras la expedición a Nápoles y como resultas de ella, cuando sitiaba Gaeta, el Papa lanzó contra él a los Genoveses y al duque de Milán. Sobrevino la batalla de Ponza, triste conmemoración para las armas españolas. El marqués de Santillana nos da cuenta de ella en su "Comedieta". A través de sus evocaciones mitológicas, surge la estampa del combate en el que fué hecho prisionero el rey Alfonso y su hermano el rey de Navarra.

Habla en primer término la reina madre, gozosa de su hijo:

Este deseoso de la duradera
o perpetua fama, non dudó elegir
el alto ejercicio de vida guerrera
que a los militantes aún face vivir.

Recuerda, como recordaba su esposa, la atracción que sobre el gran príncipe del Renacimiento ejercía Italia.

Por qué me detengo ahora en hablar
y dejo mil otras victorias primeras,
ca éste, forzando las olas del mar,
obtuvo de Italia muy grandes riberas.

Invectiva el poeta luego a la batalla que tan malamente se portó con Alfonso:

Y serás tú, Ponza, jamás memorada
por esa lid fiera, cruel, sanguinosa,
y habrá tu nombre perpetua durada
e de todas islas serás más famosa.
En ti gritada con voz pavorosa
en dos estoles ¡batalla!, ¡batalla!

Empieza ésta. El espectáculo es espeluznante...

Viril fué la vista que pudo miralla
sin temor de muerte y más animosa...

... se preparan los dos contendientes:

aquí las enseñas fueron desplegadas,
así de los reyes como de los barones
y todas las naves de fecho entoldades,
y vistos en punto inmensos pendones
en unos las cruces, en otros bastones,
en los otros pommas, lirios y calderas,
en otros las jarras, en otros veneras,
en totros castillos y bravos leones.

Los enemigos izan también sus enseñas:

En la parte adversa, bien como señora
o reina de todos, era la bandera,
la cual tenía la devoradora,
bixa milanesa, fiera y temedera,
e luego cercana como compañera,
era allí la cruz señal genovesa;
Aquiles y flores en la gran empresa
ornaban las proas por la delantera.

Empieza el combate. Ruge la primaria artillería del tiempo, cañones gruesos y cortos (bombardas) o de largo perfil (rebabdoquines):

Las gruesas bombardas y rebabdoquines
de nieblas fumosas el aire llenaron
así que las islas y puertos confines
apenas se vía ni se divisaban.

Descalabro ante la fuerte embestida enemiga:

como el granizo que hiere en línea
traído del viento aquilonar,
inmensas saetas de aquella manera,
herían los nuestros por cada logar,
allí todas gentes cuidaban llamar
¡Sant. Jorge!, con furia, como quien desea
traer a victoria la cruda pelea
jamás non pensando poderse fartar.

Los gritos de guerra animan a los combatientes:

La gente de España llamaba ¡Aragón!,
e todos ¡Navarra!, los de su cuadrilla,
y los que guardaban el noble pendón,
donde era pintada la famosa silla,
llamaban "Mallorca, Cerdeña, Sicilia,
Córcega y Lega, Salermo y Taranto".

Y todos herían por questo el espanto
así virilmente que era maravilla.
Las gentes contrarias llamaban ¡Milán!,
e ¡Génova!, muchos asaz vigor...

Principio del desastre. La nave capitana empieza a hacer aguas:

En el filo estaba la lid espantosa,
así como Febo en el medio día,
tocando al efecto, dejando la glosa
asaz trabajada la caballería
la principal nave de la señoría
real navegaba, rompidos los robles
así receptaba las aguas salobres
que era miraglio que non se fondía.

Circula el rumor entre los demás buques de la escuadra:

Y como del fuego la yerba curada (seca)
veloce se aprende universalmente,
por toda la flota fué divulgada
que el rey se anegaba...

Con lo que no queda más remedio que rendirse al enemigo...

así, concluyendo, la flota fué presa
con todos los reyes, duques y barones
y puesta en Savona la notable presa
en lo cual se acuerdan las más opiniones.

Así fué hecho prisionero Alfonso V el *Magnánimo*. Y, sin embargo, su carrera triunfal siguió aún en el cautiverio. Logró hacerse con la benevolencia de su carcelero, el duque de Milán, y éste le puso en libertad. Así consiguió el ex cautivo atacar a Nápoles de nuevo y acabar allí triunfador sus días, admirado y celebrado como protector de las Letras y de las Artes. Una medalla grabada por el Pisanello muestra su divisa con un águila: "Liberalitas augusta." Y así fué la suya con todo escritor o artista que a sus estados llegara.

A la muerte de Alfonso V, su hermano Juan II, que ya llevaba la lugar tenencia de la corona aragonesa por la ausencia de Alfonso y era, además, rey de Navarra por su boda con doña Blanca, hereda a Sicilia, Aragón, Cataluña, Mallorca y Cerdeña. El reino de Nápoles pasaba al hijo bastardo de Alfonso, Fernando.

Juan II tenía un hijo, ese hijo intelectual y misterioso que la Historia conoce con el nombre de Carlos de Viana. Encargado del gobierno de Navarra por testamento de su madre, gobierna con celo y procura rehuir las guerras. Esta independencia irrita a su padre, que quería influir en el gobierno de Castilla. Envenena la cuestión la rivalidad antañona de beamonteses y agramonteses, que se hace política al apoyar los primeros al de Viana y los segundos al rey Juan. El príncipe buscó la de su protección, Alfonso V, pero, fallecido éste, quedó en inferioridad de condiciones ante su rencoroso padre, que ya una vez le había encarcelado. Hubo otro arresto. Se levantó Cataluña en peso, demandando la libertad del príncipe, a quien sus desgracias y finos modales hacían simpático y lo reciben en triunfo en Barcelona; había sido nombrado heredero cuando murió.

A su muerte quedaron catalanes y rey frente a frente, porque ninguno de los dos bandos quiso olvidar. Rebelión en el principado. Ni don Juan ni su esposa Juan Enríquez rehuyen el combate contra los súbditos exasperados, y empieza a asolar, al igual que en Castilla, la guerra de partidas y venganzas feroces. Lo político se mezcla con lo social, y los payeses de la Remensa apoyan a los reyes contra los nobles, sus señores y enemigos. Los catalanes buscan un rey y se ofrecen a Luis XI de Francia, a Enrique IV de Castilla y al Condestable de Portugal don Pedro, que muere. Finalmente es elegido conde de Barcelona, Juan, duque de Lorena e hijo de Renato de Anjou, que parece ha de devolver, apoyado en los catalanes, los golpes recibidos por los angevinos en Nápoles. Pero, como sucede muchas veces, entre las dos corrientes apasionadas, existe una gran masa de gente honrada que, si no confían en el malévolo Juan II, creen en la honradez y buenas dotes de gobierno del príncipe heredero, Fernando de Aragón, en quien se reúne la juventud—esperanza siempre de las naciones en peligro de perecer—, la valentía y la liberalidad. A ese grupo debía de pertenecer el poeta que lanza sus jubilosos gritos al aire el enterarse de la boda de Fernando e Isabel, en 1469:

Muy crueles voces dan
  talanes blasfemando.
¡Fuera, fuera, duque Johan,
que es casado el rey Fernando!

Torna, torna, Barcelona,
a tu señor natural;
Francia juega dedos mal,
sus e mate per la dona.

El poeta recela de las apetencias imperialistas de Francia, que sólo apoya al duque de Lorena, para quedarse con parte de la tierra catalana. Pero ha jugado mal y la "dona" (Isabel) sabe darle jaque mate.

Correos vienen, correos van
por todo'l mundo gritando
¡fuera, fuera, duque Johan,
ques casado el rey Fernando!
Rey Enrique de Castilla,
porque así es profetizado,
toma por fijo e cuñado
al nuestro rey de Sicilia.

El versificador comprende que de esta boda puede venir la paz no sólo para el reino, sino para todo el territorio peninsular:

Huelguen, huelguen los arneses
por todo el reino d'España;
inmortal gloria tamaña
reciban aragoneses,
los cuales diciendo van
la muerte poco estimando.
¡Fuera, fuera, duque Johan,
ques casado el rey Fernando!

Y termina con una amenaza al intruso:

Si deseas que no muera
tu gente desesperando,
señor duque, ¡fuera!, ¡fuera!,
ques casado el rey Fernando.

CAPITULO III

LA GRAN EPOCA

Estamos entrando ya en el reinado de los Reyes Católicos. Isabel de Castilla y Fernando de Aragón se han dado las manos, y con ellos se han unido las fuerzas españolas. Desde luego que esta unión todavía no es perfecta, y de una manera explícita tuvieron que fijarse las mil normas que ambos países habían de seguir. En el reino de Castilla, por ejemplo, se estableció que firmaría en cabeza el rey Fernando porque, como varón, tenía preferencia; pero que, en cambio, el escudo castellano iría en el lugar de honor, o sea a la derecha, por la preeminencia del reino. En general, se mantuvo la equiparación de fuerzas que dió el famoso dístico: "Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando."

Los hechos de armas, política y letras de los Reyes Católicos son numerosos, y muchos son los poetas del tiempo, pero todos tienen un concepto general idéntico: la exaltación de las figuras reales y de sus empresas. El triste tono de lamentación o sátira que hasta aquí hemos encontrado se trueca, en el reino de los Reyes Católicos, en una jubilosa comprobación de lo que ocurre.

Concretemos las efemérides con su respectivo comentario y glosa poética. Si establecemos una tabla cronológica de los principales hechos ocurridos en el reinado de Fernando e Isabel, encontraremos:

1. Guerra con Portugal.
2. Sumisión de la nobleza rebelde.

Sta Hndad

3. **La Inquisición.**
4. Guerra de Granada, con sus precedentes políticos y bélicos.
5. Expulsión de los judíos.
6. Descubrimiento de América.
7. Devolución del Rosellón.
8. Guerra con Francia en Italia.

GUERRA CON PORTUGAL

Tras la guerra triunfante con Portugal, Castilla expulsa de su suelo y, además, logra, pues era una guerra dinástica amén de nacional, el respeto para su reina Isabel y don Fernando; la lucha principal fué en las cercanías de Toro, ciudad declarada por el rey Alfonso de Portugal y por la Beltraneja; allí fueron a buscar al primero el rey don Fernando y sus parciales. Juan del Encina, en el "Triunfo de la Fama", lo explica así:

> Estaban encima de su real silla
> a los portugueses matando y prendiendo,
> lanzándolos fuera de nuestra Castilla;
> la fuerte batalla que puso mancilla
> en sus corazones cubiertos de lloro:
> del todo vencido allá cabe Toro
> y en Cantalapiedra dejaron la villa.

SUMISION DE LA NOBLEZA REBELDE

Pero no basta vencer a Alfonso de Portugal. Ya hemos dicho que hay un monarca en cada villa y en cada castillo, y contra esto actúan el rey y la reina con coraje extraordinario. Isabel no vacila en presentarse en León y exigir la entrega de las torres a su alcaide, de quien había sospechas. De la misma y tajante forma zanja las diferencias entre el marqués de Cádiz y el duque de Medinasidonia, en Sevilla, y a unos rebeldes que se hicieron fuertes en el castillo de Utrera los mandó ahorcar sin contemplaciones.

Allí vi que estaban pintados
de mil robadores, ladrones, traidores
y de otras maneras otros malhechores
por modos diversos allí ajusticiados.

Suma y compendio de la fuerza de la nobleza española eran las Ordenes de Caballería, con inmensas posesiones y una milicia dispuesta a servir al maestre que libremente habían jurado y no al rey. Así nos lo explicará Lope de Vega al tratar, en "Fuenteovejuna", del esfuerzo real para ir domeñando voluntades al servicio de la patria. Al principio (acto 1.º, escena 11), el Comendador explica que la Orden de Calatrava se pone al lado del rey de Portugal contra Isabel y Fernando:

... advertir que es honra vuestra
seguir en aqueste caso
la parte de vuestros deudos,
porque muerto Enrique IV
quieren que al rey don Alfonso
de Portugal, que ha heredado,
por su mujer a Castilla,
obedezcan sus vasallos,
que aunque pretende lo mismo
por Isabel, don Fernando,
gran príncipe de Aragón,
no con derecho tan claro
a vuestros deudos, que, en fin,
no presumen que hay engaño
en la sucesión de Juana,
a quien vuestro primo-hermano
tiene agora en su poder;
y así vengo a-consejaros
que juntéis los caballeros
de Calatrava en Almagro,
y a Ciudad Real toméis,
que divide como paso
a Andalucía y Castilla...

... y en la escena IX, los regidores de Ciudad Real pueden lamentarse de la desgracia:

... Católico rey Fernando,
a quien ha enviado el cielo,
desde Aragón a Castilla,
para bien y amparo nuestro:

en nombre de Ciudad Real
a vuestro valor supremo
humildes nos presentamos,
el real amparo pidiendo.
A mucha dicha tuvimos
pero pudo derribarnos
deste honor el hado adverso.
El maestre don Rodrigo
Téllez Girón, cuyo esfuerzo
es en valor extremado,
aunque es en la edad tan tierno,
maestre de Calatrava,
el ensanche pretendiendo
y el honor de la encomienda
nos puso apretado cerco.
Con valor nos prevenimos,
a su fuerza resistiendo,
tantos que arroyos corrían
de la sangre de los muertos...

Para Isabel el peligro es cierto...

"Ese caso no requiere
ser de espacio remediado;
que es dar al contrario osado
el mismo valor que adquiere;
y puede el de Portugal,
hallando puerta segura,
entrar por Extremadura
y causarnos mucho mal."

La lucha por Ciudad Real entre nobles y soldados del rey hace latir la esperanza de los villanos de Fuenteovejuna. Cuando los desmanes del Comendador llegan a su colmo en el pueblo, el alcalde suspira por la autoridad suprema que está por encima del señor. Así dice Esteban:

"..."Y esto baste,
que reyes hay en Castilla,
que nuevas órdenes hacen,
conque desórdenes quitan.
Y harán mal, cuando descansen
de las guerras, en sufrir
en sus villas y lugares
a hombres tan poderosos
por traer cruces tan grandes.

No ha de haber más que un señor:

Póngasela el rey al pecho;
que para pechos reales
es esta insignia y no más.

Rematado por el grito tras la rebelión contra **Fernán Gómez**:

¡Vivan Castilla y León
y las barras de Aragón
y muera la tiranía!

Por su lado, el maestre de Calatrava se rinde al rey y se ofrece a ser uno más en la campaña nacional. La de Granada (esc. XXII):

Rodrigo Téllez Girón,
que de loaros no acaba,
maestre de Calatrava,
os pide humilde perdón.
Confieso que fuí engañado,
y que excedí de lo justo
en cosas de vuestro gusto
como mal aconsejado.
... Y si recibir merezco
esta merced que suplico
desde aquí me certifico
en que a serviros me ofrezco,
y que en aquesta jornada
de Granada, a donde vais,
os prometo que veáis
el valor que hay en mi espada,
donde sacándola apenas,
dándoles fieras congojas,
plantaré mis cruce rojas
sobre sus altas almenas;
y más quinientos soldados
en serviros emplearé,
junto con la firma y fe
de en mi vida disgustaros.

¿De qué fuerza organizada se sirvieron los reyes para pacificar a España? La Santa Hermandad cumplió a todo. No era creación de los reyes; pero éstos le dieron fuerza y vigor nuevo. Para el atemorizado pueblo que antes atrancaba sus puertas por la noche era maravilloso oír de madrugada el canto:

¡Dios ayuda! Sancta María val,
a San Juan de Letrán,
y San Cristóbal de las aguas pasar,
y San Pedro de Ultramar,
y los reyes nuestros señores
y a todos los que tienen y sostienen
a la Santa Hermandad
de Toledo e Talavera y Ciudad Real.

con que empezaba el día de la Santa Hermandad y sus justicias.

LA INQUISICION

Creada por Gregorio IV en el siglo XI, los Reyes Católicos no hicieron más que obtener del Papa la facultad de nombrar los inquisidores por su real mano.

En una sociedad como la española de aquella época, en que la lucha secular contra el árabe se había realizado tanto por un motivo nacional, como por otro religioso, el hecho de que en España hubiera oficialmente doscientos mil judíos, que con conversos oficiales y renegados se acercaban a los tres millones, era para preocupar a un Estado. Que el pueblo español les odiaba lo demuestra las matanzas de judíos que, de una manera periódica, se habían llevado a cabo en la Edad Media lo mismo en Barcelona que en Sevilla o Cádiz. Del entusiasmo con que fueron acogidas las medidas contra ellos dan idea los versos de Juan del Encina:

Al un cabo estaban herejes quemados
y al otro la fe muy mucho ensalzada,
por un cabo estaba la Santa Cruzada,
por otro salían judíos malvados.

Es curioso anotar también el envés de la moneda, es decir, la queja de un judío converso. Se llamaba Antón de Montoro, y era sastre de profesión, "ropero" se llama a sí mismo. Fanático de la reina, le dedicó unos versos exaltados comparándola a la Virgen María:

Alta reina soberana
si fuéredes, ante vos
que la hija de Sant Ana
de vos el hijo de Dios
resciviera carne humana.

Ni a los mismos fieles a Isabel les pareció lógica tal comparación, y pidieron la hoguera para el poeta irreverente. Tal era la fama que de judío tenía, que con motivo de una de las persecuciones desencadenadas contra sus hermanos de raza, invoca a la reina, muestra de la confianza que en su gobernante tenían todos los españoles, judíos o cristianos.

Empieza llamándose a sí mismo y lamentándose de su suerte:

¡Oh Ropero, amargo, triste,
que no sientes tu dolor!
Setenta años que naciste
y en todos siempre dixiste:
"Inviolata permaneciste."

como muestra de cristianismo, porque es sabido que los judíos no reconocían la virginidad de María. Además, come con delectación de los manjares prohibidos por el Talmud:

Nunca juré al Criador,
hice el Credo, y adorar
ollas de tocino grueso,
torreznos a medio asar,
santiguar y persignar,
¡y nunca pude matar
este rastro de confeso!

¡Siempre le han de tomar por judío! Suplica entonces que la persecución cese, porque Jesús perdonó, estando en la cruz, a los mismos enemigos:

Pues reina de gran estado
hija de angélica madre
aquel Dios crucificado,
muy aliento su costado,
con vituperios bordado,
e inclinado
dijo: "Perdónales, Padre."
Pues reina de autoridad
esta muerte sin sosiego
cesa ya por tu piedad
y bondad;

Y termina la copla con una broma macabra, una expresión que

muestra que si era judío no tenía nada de cobarde. Pues pidiéndole que no se le queme, dice que al menos espere...

> ... hasta allá por Navidad
> cuando sabe bien el fuego.

LA GUERRA DE GRANADA

Pacificado el país, en paz con Portugal, que ya ha reconocido a los reyes y su derecho, en tranquilidad los caminos, la aristocracia domeñada, no había sino lanzar todo el ímpetu que la Reconquista había puesto en sus venas contra los moros.

El pretexto fué fácil de encontrar. La anécdota histórica lo cuenta en su amor a la frase grandilocuente. Abulhasan es requerido para pagar tributo a Castilla, conforme a la antigua costumbre de los naziritas. El rey moro, creyendo hablar con emisarios de Enrique IV, les contesta: "En las fábricas de Granada hoy ya no se labra oro ni plata para pagar las parias, sino lanzas, saetas y alfanjes para impedir se paguen."

Del mismo moro salió el primer golpe. Zahara, escarpada y segura de sus fuerzas, se deja sorprender.

La respuesta se llama Alhama, y su conquista es la réplica exacta de la insospechada toma de Zahara. Igualmente una noche oscura, igualmente la sorpresa, presidieron el esfuerzo. El vencedor se llama ahora Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz; los prisioneros tienen esta vez nombres árabes, y la impresión producida en Granada es extraordinaria. Alhama estaba bien provista de murallas y bastimentos, y sólo a ocho leguas de la capital. El romance explica el pesar producido en el rey árabe:

> Paseábase el rey moro
> por la ciudad de Granada
> desde la puerta de Elvira
> hasta la de Bibarrambla.
> ¡Ay de mi Alhama!

El pesar se convierte en ira y venganza sobre inocentes:

Cartas que le fueron venidas
de que Alhama era tomada,
las cartas echó en el fuego
y al mensajero matara.
¡Ay de mi Alhama!

El rey manda tocar a llamada y reúne a los vecinos:

Habéis de saber, amigos,
una nueva desdichada,
que cristianos de braveza
ya nos han tomado Alhama.
¡Ay de mi Alhama!

Ante la noticia sobreviene la reprobación de un anciano venerable. Porque el mismo rey había enturbiado la necesaria unidad entre las fuerzas combatientes.

¡Bien se te emplea, buen rey!,
¡buen rey, bien se te empleará!
Matastes los Abencerrajes
que era la flor de Granada.
... Por eso mereces, rey,
una pena muy sonada,
que se pierde ese tu reino
y así se pierda Granada.

Llega la guerra, una guerra que es todavía medieval, con algaras en territorio enemigo, predominio de la caballería y sitio de las plazas fuertes. Brillan por sus hechos: Hernando del Pulgar, el de las Hazañas, el marqués de Cádiz y el maestre de Calatrava. El verdadero gobernante del país granadino era el tío de Abdala (Boabdil el *Chico)*, llamado el *Zagal*, quien mantenía al país en vigilancia contra las agresiones cristianas, y pertrechó fuertemente a Baza para que fuera capaz de sostener un largo sitio. Un romance explica el asedio y las argucias moras para lograr se levantase:

Sobre Baza estaba el rey,
lunes después de yantar;
miraba las ricas tiendas
que estaban en el real;
miraba las huestes grandes
y miraba el arrabal;

miraba el adarve fuerte
que tenía la ciudad;
miraba las torres espesas
que no las puede contar.
Un moro tras una almena
comenzóle de fablar:
"Vete el rey don Fernando,
non queráis aquí invernar,
que los fríos desta tierra
no los podréis comportar;
pan tenemos por diez años,
mil vacas para salar,
veinte mil moros hay dentro
todos de armas tomar.
ochocientos de a caballo
para el escaramuzar;
siete caudillos tenemos
tan buenos como Roldán
y juramento tienen hecho
antes morir que se dar."

No les valió tal riqueza en hombres y provisiones. La villa se rindió tres meses después, en diciembre de 1489.

Después de la toma de Málaga y Baza, caen Almería y Guadix, que entregó el *Zagal* con su persona y tropas. Uno a uno van tomándose los pueblos, uno a uno los riscos y los peñascales. Juan del Encina explica esta fase de la conquista poniéndose en el lugar del rey moro:

Una sañosa porfía
sin ventura va pujando,
ya nunca tuve alegría,
ya mi mal se va ordenando,
ya fortuna disponía
quitar mi próspero mando,
que el bravo león de España
mal me viene amenazando.

Importancia de la artillería:

Su espantosa artillería
los adarves derribando,
mis villas y mis castillos,
mis ciudades va ganando.
La tierra y el mar gemían
que viene señoreando
sus pendones y estandartes
y banderas levantando.

Pero los jinetes constituyen la fuerza principal:

La muy gran caballería,
hela viene relumbrando,
sus huestes y peonaje
al aire viene turbando.
Córreme la morería
los campos viene talando,
mis compañas y caudillos
viene venciendo y matando.
Las mezquitas de Mahoma
en iglesias consagrando;
las moras lleva cautivas
con alaridos llorando.
¡Viva el rey don Fernando!
¡Viva la muy gran leona!
Alta reina prosperando...
Una generosa Virgen
esfuerzo les viene dando,
un famoso caballero
delante viene volando
con una cruz colorada
y una espada relumbrando,
de un rico manto vestido
toda la gente guiando.

La antes rebelde nobleza está totalmente a su lado. Citemos el romance fronterizo del maestre don Rodrigo Téllez de Girón.

"Ay Dios que buen caballero — el maestre de Calatrava,
cuán bien corre los moros por la vega de Granada,
desde la puerta de Elvira hasta la de Bibarrambla.
Con su brazo arremangado, arrojara la su lanza,
aquesta injuria que hace, nadie osa demandalla:
Cada día mata moros, cada días los mataba,
vega abajo, vega arriba, ¡oh, cómo los acosaba!
Hasta a lanzadas metellos por las puertas de Granada.
Tiénenle tan gran miedo, que nadie salir osaba,
nunca huyó a ninguno, y a todos les esperaba,
hasta que a espaldas vueltas los hace entrar en Granada.
El rey, con gran temor, siempre encerrado se estaba,
non osa salir de día, de noche bien se guardaba."

Y he aquí que, por fin, en 1492, están ya sobre Granada, islote mahometano en una península católica. Estaba tan cerca el fruto de la Reconquista, que ni el incendio del campamento pudo hacer retroceder a Fernando e Isabel. Se mudó la tela en piedra, al campamento

sucedió la ciudad, y Santa Fe nació como un símbolo de persistencia y confianza en el esfuerzo último. Hasta que la ciudad sitiada, en el día 2 de enero, mandó a su rey y señor, Abdalá, a entregar las llaves. Se las dió a don Fernando, y éste a doña Isabel. De su mano las recibió el príncipe don Juan y éste se las ofreció al nuevo alcaide de la plaza, conde de Tendilla. La emoción de la entrega es plasmada por Sepúlveda:

En la ciudad de Granada
grandes alaridos dan,
unos llaman a Mofomat,
otros a la Trinidad.
Por un cabo entraban cruces,
de otro sale el Alcorán,
donde antes veían cuernos,
campanas se oyen sonar.

Interesa el contraste, porque, con la artillería, llevaba el ejército las campanas que desde las antiguas mezquitas dijesen al país vecino que había una nueva ciudad cristiana. Eran odiadas por los moros, que las llamaban cencerros "sin vacas donde colgarlos".

El *Te Deum laudamus* se oye
en lugar del *Alah Alah.*
No se ven por altas torres
ya las lunas levantar;
mas las armas de Castilla
y de Aragón ven campear.
Entra un rey ledo en Granada,
el otro llorando va,
mesada su barba blanca
grandes alaridos da.

Por fin terminaba la pesadilla de la Reconquista. No es raro que Juan del Encina compusiese el villancico que había de correr por todo el pueblo de boca en boca, villancico de pastores, que dice:

Levanta, Pascual, levanta,
aballemos a Granada,
que se suena que es tomada.

Con la alegría habrá feria y posible negocio:

... Oh, qué reyes tan benditos;
vámonos, vámonos yendo,
que ya te voy percreyendo,

según oyo grandes gritos.
Llevemos estos cabritos,
porque habrá venta chapada,
que se suena ques tomada.

¿Cómo sucedió tal triunfo? El pastor lo explica, y su descripción tiene más creencia en milagro que en la estrategia:

Yo te diré cómo fué
que nuestra reina y el rey
Luceros de nuestra ley,
partieron de Santa Fe,
y partieron, socas, que
dicen que esta madrugada,
que se suena que es tomada.
¡Qué consuelo y qué conorte...
ver por torres y garitas
alzar las cruces benditas,
¡oh, qué placer y deporte!,
y entraba toda la corte
a milagro ataviada.

El triunfo se debe, claro está, a la fortaleza de los príncipes, pero especialmente a la ayuda de Dios Nuestro Señor.

Por vencer con tal vitoria
los reyes nuestros señores,
demos gracias y loores
al eterno Rey de gloria,
que jamás quedó memoria
de reyes tan acabada;
que se suena ques tomada.

Como recalca el mismo poeta en otra poesía dirigida al desdichado Boabdil, incitándole a buscar su riqueza eterna, ya que ha perdido definitivamente la de este mundo:

¿Qu'es de ti, desconsolado?
¿Qu'es de ti, rey de Granada?
¿Qu'es de tu tierra y tus moros
¿Dónde tienes tu morada?
Reniega ya de Mahoma
y de su secta malvada,
que vivir en tal locura
es una burla burlada.
Torna, tórnate buen rey,
a nuestra ley consagrada,
porque si perdiste el reino
tengas el alma cobrada.

De tales reyes vencido
honra debe serte dada.
¡Oh Granada enoblecida,
por todo el mundo nombrada!
¡Hasta aquí fuiste cautiva
y agora ya liberada!

Encina separa curiosamente la dualidad del esfuerzo del rey y la reina. Aquella polémica que al principio del reinado se estableció sobre quién gobernaría, queda solventada por el poeta:

Perdióte el rey don Rodrigo
por su dicha desdichada;
ganóte el rey don Fernando
con ventura prosperada.
La reina doña Isabel,
la más temida y amada,
ella con oraciones
y él con mucha gente armada.

Pon fin la reiteración en el apoyo que al Cielo se debe.

Según Dios hace sus hechos,
la defensa era excusada,
que donde El pone la mano
lo imposible es quasi nada.

Juan del Encina insiste en que empieza una época brillante para la historia de España. Quizá el único caso, con Goethe en Valmy, de visión del futuro lograda por un poeta.

Oh rey don Fernando y doña Isabel,
en vos comenzaron los siglos dorados;
serán todo tiempo los tiempos nombrados
que fueron regidos por vuestro nivel;
tenéis él y vos y así vos como él
con Dios tanta fe, que sus deservicios
habéis destruído y todos los vicios
y alguno si queda daréis cabo dél.

EXPULSION DE LOS JUDIOS

Los reyes, después de consolidada la unidad política con la toma de Granada, creen llegada la hora de acabar la unidad religiosa. Con ello no hacen más que servir a la enemiga del pueblo por los circuncisos, una enemiga que, cuando trágica, se refleja en las matanzas, y cuando humorística, en las mil pullas que a los conversos y judíos declarados echaban:

Lloviendo y haciendo frío
son las gracias del judío;
lloviendo y haciendo sol
son las gracias del Señor.

El 11 de marzo se firmaba la expulsión de los judíos públicos. 1492
Les quedaban dos soluciones: bautizarse o salir en el plazo de tres meses de los reinos de Castilla y Aragón. Invocaron los semitas a sus profetas y a los nobles amigos. Intentaron ganar con promesas económicas el ánimo de los reyes. Fué inútil. Como no podían llevarse oro ni plata, los judíos vendían sus propiedades y preparaban a toda prisa sus bártulos. Corrió de Norte a Sur y de Este a Oeste la canción de mofa:

Ea, judíos, a enfardelar,
que mandan los reyes
que paséis la mar.

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Un genovés, al servicio de España, cree hallar un camino para las Indias orientales, y topa con un fabuloso continente. Veamos a Castellanos glosar, años después, la hazaña en sus "Elegías de los claros Varones de Indias".

Providencialidad de la empresa:

Pues porque nuestro mundo poseyese
un mundo tan remoto y escondido,
y el Sumo Hacedor se conociese
en mundo donde fué bien conocido,
levantó Dios un hombre, que le diese
al rey que lo tenía merecido,
y ansí los dos y sus distantes gentes
vinieron a ser deudos y parientes.

Sobre el mítico Cristóbal Colón...

El autor, pues, de tan heroico hecho
dicen tener oscuro nacimiento,
lo cual repugna a tan ardiente pecho
y tan engrandecidos pensamientos,
prueba bastante para su derecho
y para deshacer falsos intentos,
y así creemos ser esclarecido
y en las tierras de Génova nacido.

Primeros pasos:

En aquesta razón que voy contando,
desarraigando toda mala planta,
reinaba Isabel y don Fernando,
rey todo valeroso, reina santa;
Colón estos designios publicando,
la fama como suele se levanta,
y de las novedades que pregona
quiso hablar al rey en su persona.

Habla el navegante:

"Invictísimo rey, cuya grandeza
de ningún mortal es excedida,
quería dar razón a vuestra alteza
de cierta novedad jamás oída;
... y mis servicios han de ser tan llenos,
que queden atrasados los más buenos."

Esfuerzo real en su ayuda:

Libran dineros para sus avíos,
aquellos que le fueron suficientes;
danle, bien pertrechados, tres navíos,
real conducta para hacer gentes;

desde la misma hora mostró bríos
de bajas condiciones diferentes;
de la costa partió con su designio
y a Palos y a Moguer hizo camino.

La llegada:

Habiendo, pues, rompido la mañana
aquel velo que nuestra vista cierra,
el grumete Rodrigo de Triana
a grandes voces dice: "¡Tierra!, ¡tierra!;
oyeron esto de tan buena gana,
que toda pesadumbre se destierra;
sale para mirar toda la gente
y conocieron serlo claramente.

Relación del viaje; asombro y satisfacción de Isabel:

Holgó la reina mucho de la cuenta
que daba y de las cosas que decía;
mas sin comparación fué más contenta
viendo la nunca vista compañía,
y mucho más de ver que le presenta
aquellos granos de oro que traía
y aquellas aves verdes coloradas,
de hombres jamás vistas ni halladas.

Se solicita del Papa la protección moral y material:

Luego consulta la romana sede,
mediante petición en todo pía,
para que les conceda como puede
el mando desta nueva monarquía;
la cual el Padre Santo le concede
y sus bastantes letras les venía;
y el que les concedió las bulas desto
fué Alejandro, deste nombre sexto.

Tratos con el descubridor:

Teniendo, pues, la rueda con el clavo,
con el Colón hicieron el concierto,
que fué si le durara harto bravo
o con salud o ya después de muerto,
pues de sus rentas daba el dozavo
de lo que por descubrir y descubierto
y mandar que se parta bravamente
con copias de navío y con gente.

La solicitud por el hallazgo hace embarcar a predicadores que propaguen la fe de Cristo en las lejanas tierras:

Enviaron también estos señores,
como reyes en todo proveídos,
bastante copia de predicadores
en costumbres y letras escogidos,
porque de tan buenos preceptores
fuesen los naturales instruídos,
de quien por previsor vino conscrito
fray Buil, catalán, fraile benito.
Demás de catalanes y soldados
instrutos con el uso de las guerras,
envían hombres llanos y casados
para labor y culto de las tierras
y muchas diferencias de ganados
que huellen así llanos como sierras,
y a vuelta de los hombres principales
mecánicos y diestros oficiales.

Colonización:

Porque la majestad sacra quería
también entre banderas y estandartes,
entrejerir razón y policía,
divina religión y buenas artes,
y todo lo que el mundo producía
sembrar y trasplantar en estas partes;
dar a los naturales beneficio
de provechosas artes y de oficios.
Quisieran estos reyes singulares
en aquestos sus amplios señoríos,
que hasta las savanas y manglares
y todas las riberas de los ríos
se les tornaran viñas y olivares
y no campos inmensos tan vacíos,
sino hacer las tierras provechosas
y en ellas jamás ver gentes ociosas.

LA DEVOLUCION DEL ROSELLON

Después de la guerra granadina y de la expulsión de los judíos, hubo que volver la mirada a Francia. Como buen aragonés, Fernando tenía agravios que vengar de la vecina nación. Esta había sido

durante la Edad Media la aliada natural de Castilla y la rival de Aragón; pero desde la unión de ambas coronas no había más que un problema para España, e Isabel acompañó a Fernando a Cataluña. El viaje pretendía obtener la devolución del Rosellón, ocupado por los franceses desde el tiempo en que Luis XI había prestado una fuerte suma —300.000 ducados—a Juan II para gastos de guerra, quedándose como prenda el susodicho territorio.

El pleito sobre el papel parecía difícil, y coincidiendo con la ida de los reyes a Cataluña, se rumoreó la posibilidad de una guerra. Juan del Encina pone en boca del gracioso, en la *Egloga del Carnaval,* ese temor:

> Desde que primeramente
> una nueva se sonó,
> y tal nueva discutir,
> es morir;
> yo siempre llanteo y clamo;
> que se suena que nuestramo
> se quiere a las Francias ir.

Pero, después, el personaje se arrepiente de su miedo y encomienda a Dios sus deseos:

> Si guerras forzadas son
> El nos dé tanta ganancia
> que a la Flor de Lis de Francia
> le venza nuestro león.

Contra todo pronóstico, sin embargo, Carlos VIII se mostró complaciente y devolvió las fortalezas ocupadas hasta entonces, no queriendo tampoco aceptar el pago de la deuda hecha por su padre. Los historiadores creen que tal generosidad tenía miras ocultas. En efecto, hombre medieval, de temperamento apasionado, Carlos quería ir a Jerusalén y a Bizancio. Como jalón obligado en su ruta estaba el reino de Nápoles, y a él quería encaminar sus esfuerzos.

Efectivamente, en 1494, empezó su campaña. Allí el Papa, que había prometido resistirle, pactó con él, entregándole sus Estados. En el mismo lugar alcanzó al rey francés el embajador de los Reyes Católicos, Antonio de Fonseca, advirtiendo que su monarca consideraría *casus belli* la prolongación de la marcha a través de territorio italiano:

Entre el rey Carlos de Francia
y el católico Fernando,
la liga y tratados paces
habiendo capitulado;
el francés pasó los Alpes
con grueso y lucido campo,
comenzando a conquistar
de Nápoles el estado;
y habiendo un día a Belitres,
lugar de Italia llegado,
llamó a Consejo de Guerra;
mas antes de comenzarlo,
don Alfonso de Fonseca,
español de tronco claro,
que la embajada del reino
era entonces a su cargo.

... entra a ver a Carlos VIII:

"... ¡Por cierto tu proceder,
me tiene, rey, admirado!
¿No sabes que esta concordia
entre tú y el rey Fernando
se hizo contra los turcos
y no contra los cristianos?
¿Cómo contra su tenor
vais a Nápoles marchando?
Débese de hacer en Francia
de palabra poco caso.

... indignación en los cortesanos...

"El rey cumple lo asentado;
y repórtate, español,
que has hablado demasiado."

Don Antonio los replica
ya de cólera llevado:
"Ya hablé lo que es verdad,
y acá tratáis lo contrario."
Tras lo cual hizo el papel
entre las manos pedazos,
donde estaban los conciertos
de entrambos reyes firmados (14).

La guerra estaba declarada, y por el objetivo napolitano a donde se dirigía Carlos y donde se proclamó rey no era sino una prolongación de la pugna entre los Anjou y Alfonso V. Fernando II, biznieto de este monarca, era ahora el rey sin corona a quien fué a ayudar la figura insigne del Gran Capitán.

Segunda campaña. A Carlos había sucedido Luis XII. Tenía más inteligencia que su padre y las mismas ambiciones italianas. Las fuerzas francesas y españolas llegaron a Nápoles con la consigna de repartirse el reino del que se había despojado a Fadrique; pero muy pronto llegaron a las manos. El Gran Capitán vence a los galos en Barletta, Seminara y Ceriñola.

Mientras, la guerra se había extendido hasta el Rosellón. El mariscal de Rieux sitió a Salsas y allí estuvo hasta que se aproximó el propio Fernando, que llegaba de Gerona. Rieux abandonó el campo; pero el rey atacó su retaguardia y le tomó algunas piezas de artillería, obligándole a refugiarse en Narbona. La musa de Tordesillas glosó festivamente la retirada:

Franceses, ¿por qué razón
huisteis del Rosellón?
Franceses de la grangera,
decidme: ¿de qué manera
huisteis de la frontera
con gran miedo del león?
Los franceses de París,
devotos de San Dionís,
dejaron la flor de lis
metida en un botijón.

---

(14) Lobo Lasso de la Vega: *Romancero y tragedias*...

Y les achaca el amor al buen vino:

...ellos son nobles gentiles;
mas los nobles y hábiles,
si les fallan los barriles,
les falesce el corazón.

De Italia llegan las mejores noticias. Gonzalo de Córdoba atacó por el río Garellano, a cuya espalda estaba el ejército francés. Lo pasó y acosó al enemigo a pesar de la enérgica defensa del legendario Bayardo, caballero sin miedo y sin tacha, que aquel día perdió tres caballos. Tras la victoria se rindió la plaza de Gaeta, importante y muy fortificada. La alegría española al saber la noticia se refleja en la poesía anónima que sigue:

Los poderosos leones,
reyes de muy gran estado,
descuiden de su cuidado,
descansen sus corazones;
pasadas son sus pasiones,
y de bien en bien irán,
que todo lo ganarán.
Pues es ganada Gaeta
por el gran duque Gonzalo,
la Francia dió tal resbalo
que se le quebró la teta.

La "teta", haciendo un juego de palabras francoespañol, de *tête*, cabeza y teta.

No beberán con galleta;
de Nápoles botarán;
a Francia a beber de ahutan.

Toma de nuevo el poeta un modismo francés: *de ahutan es d'autant,* beber tantas veces como se brinda. Luego alude a los generales galos; primero el señor de la Tremouille...

Mosseur de la Tramulla,
condes, duques y marqueses,
han dejado sus arneses
para volar como grullas;
hanles dado en las cogullas
que nunca más volverán
a beber en San Germán.

Esta de Garellano fué la victoria definitiva de la guerra. El 11 de febrero de 1504 se firmaba la paz que daba al reino español la corona de Nápoles. Entonces surgió la canción que ironizaba, sobre todo, el esfuerzo francés en la guerra. Finge Joannes Ponce preguntar al país vecino lo que sucedió, y éste contesta cada vez como encogiéndose de hombros: "*Par mom âme, je ne sais*", frase que el poeta transcribe como la oye: "Par mon arme ye ne se."

Francia cuenta tu ganancia
par mon arme ye ne se,
pues yo te lo contaré.

... recuerda primero el desastre de Carlos VIII:

El rey Charles cabezudo,
que en las Italias pasó,
nuestra España le quebró
su poder, fuerzas y escudo.
Diga la Francia, ¿qué pudo?
Par mon arme ye ne se,
pues yo te lo contaré.

Tras referirse a la retirada de Salsas, pasa al triunfo francés de Ravena, de donde se retiró la infantería española en buen orden y fué muerto el joven jefe Gastón de Foix:

En aquella de Ravena
do tanta sangre se vido,
tú te llevaste el sonido,
nosotros la dicha buena,
¿cómo no te quedó almena?
Par mon arme ye ne se.

Luego glosa el ataque hecho a Navarra por los franceses. Eliminado el gobierno de Juan de Albrit, Navarra se incorpora a España:

Vinisteis a remediar
a Navarra con Pamplona,
corridos como una mona
os fuisteis sin esperar;
¿si es huir o retirar?
Par mon arme ye ne se...

Y, tras la alusión a Turín, termina:

Mira Francia la victoria
de nuestro humilde león;
su intención, su corazón
gobierna el rey de la gloria.
¿Qué es de ti y de tu memoria?
Par mon arme ye ne se.
Pues yo te lo contaré.

Pero éstas son ya campañas tardías que ha emprendido el rey Fernando solo. Porque desde 1504 no hay más que un rey en España. El 26 de noviembre de este año murió la reina Isabel, tan querida por los españoles. Juan del Encina, que tanto la celebrara en vida, pone en cuatro versos la muestra del sentimiento en general:

Triste España sin ventura,
todos te deben llorar,
despoblada de alegría,
para nunca en ti tornar.

Pues los tristes sucesos impresionan no sólo por lo que representa en sí, sino por sus consecuencias. Así ocurrió con la muerte del príncipe Juan, que abría un pavoroso interrogante de sucesión. La sabia política matrimonial de los reyes había conseguido que Manuel de Portugal, casado con su hija Isabel, fuese su heredero a la muerte de Juan. El hijo de ambos, Miguel, debía heredar a España y a Portugal; pero murió también, y, necesariamente, la corona recayó en la princesa Juana, luego la *Loca,* y en su esposo Felipe el *Hermoso.*

1506 Mil quinientos seis. El 25 de septiembre sobreviene la muerte de Felipe el *Hermoso.* Si como príncipe extranjero y no muy cuidadoso de atraerse la amistad del país no era muy querido en la alta cuna de donde procedía, las circunstancias de su muerte hicieron lamentarse a un poeta anónimo:

... que tanto mal ha causado
que llora toda Castilla—también todo su reinado;
las voces que ella daba—en Alemania han sonado,
y de oír sus grandes voces—alta Alemania ha hablado:
Decid, hermana (Castilla),—por qué haces tal;
allí respondió Castilla—con dolor desigualado:

Ay triste de mi cuitada...,
que he perdido mi gran rey—don Felipe el señalado,
que entre los reyes del mundo—éste fuera el más nombrado,
que antes de muchos días—fuera emperador alzado,
por derecho le venía—y habíanlo heredado
emperador de Alemania... (15).

Las quejas del poeta anónimo por la coyuntura que Castilla se deja escapar en la persona de Felipe, debían refrenarse pronto; pocos años después, su hijo Carlos alcanza la corona imperial.

(15) Sánchez Cantón: *Revista de Filología Española,* t. VII, cuaderno 1.° Madrid, 1920.

CAPITULO IV

EL EMPERADOR

Tras el breve reinado de Felipe el *Hermoso,* tras la segunda regencia de Fernando el *Católico,* llega al solio real de España un príncipe extranjero. Se llama Carlos, y es hijo de Juana la *Loca* y el susodicho Felipe, y nieto de Maximiliano de Austria, por un lado; de los Reyes Católicos, por el otro. Por ambas fuentes debía recibir herencias capaces de reunir en su persona el máximo poder del mundo en aquella época.

Agítabase el territorio español tras la muerte de Isabel, gestora de la unidad. Los antiguos reinos exigían sus privilegios, y los nobles volvían a levantar la cabeza tantos años dominada, porque olían acontecimientos en que apoyar primacías nuevas. Apenas bastó la integridad del cardenal Francisco Ximénez de Cisneros para hacer llegar sin menoscabo a manos del príncipe Carlos la unidad de la monarquía española. Una vez cumplida su misión, Cisneros falleció en Roa.

Hemos dicho que Carlos venía de Flandes. Con él trajo a una serie de caballeros de aquel país con quienes se entendía, material y moralmente, porque ni hablaba español ni pensaba como se piensa en España. Entre sus compañeros repartió los más pingües cargos y beneficios, y la codicia de los extranjeros los hizo pronto odiosos al pueblo castellano. De uno de ellos, Guillermo de Croy, señor de Xévres, se decía que retiraba de la circulación las monedas de oro que podía, y la ironía hizo popular aquel dicho del que saludaba:

Guárdeos Dios,
ducado de a dos,
que monsieur de Xévres
no topó con vos.

El rey fué reconocido a duras penas por los congregados en las cortes de Valladolid, en Zaragoza y Barcelona; los castellanos se resintieron más porque consideraban propietaria del reino a doña Juana, que todavía vivía, y sólo el convencimiento de que había perdido sus facultades mentales les impedía aclamarla como reina única en lugar de don Carlos.

El año 1519 murió el emperador Maximiliano de Austria, abuelo de Carlos, y éste presentó inmediatamente su candidatura al trono; era la más sólida de todas por razón de sangre y nacimiento, y después de obtener difícilmente unos créditos de sus súbditos españoles, sale para Aquisgrán. Luis Zapata, en su *Carlo famoso,* hará explicar al mismo rey de Castilla su ascenso a emperador de Alemania. Según Zapata, la narración la hace al rey de Inglaterra, Enrique VIII, con motivo de su visita a aquel Estado de vuelta de la elección.

... Allí de todo el mundo embajadores
hallé, y los del Imperio me aguardaban,
diciéndome que ya los electores
en Aquisgrán venidos me esperaban:
a Bruselas fuí oyendo estos rumores,
y por la extrema priesa que me daban
allí traté las cosas con la maña
que pude, por pasar luego a Alemaña.

Describe la envidia de Francisco, que repercutirá en su entera política exterior:

Mas quiero atrás volver, que de contarte
lo que más hace al cuento, se me olvida:
sabiendo el rey de Francia que a esta parte
era por coronarme mi venida,
con toda diligencia, industria y arte
cuanto hombre imaginar pueda en la vida,
trató de lo estorbar, como si un pelo
el hombre atrás volver pudiese el cielo.

Como si lo que escrito en metal duro
está, aún pudiesen revolver los hados
más por los huesos, yo, Enrique, te juro
a donde quiera que están de mis pasados,
que en mis reinos vivir quedo y seguro
holgara harto yo, y sin más cuidados,
si me dejara estar en mi hemisferio
con sus nuevos cuidados el Imperio.

... Pues volviendo al francés deseando (tanto
como el avaro el oro) coronarse
y ser emperador, o por mi espanto
o porque a tanto honor quería él alzarse,
a Alemaña envió a tratarlo, en tanto
su almirante de Francia, y si él llegarse
allá a tal tiempo a lo acabar pudiera,
o pensara hacerlo él mismo fuera.

Esfuerzos de soborno por parte del francés:

Y nunca al pastor de Ida tantas cosas
le ofrecieron mano así abundante,
en su contienda grande las tres diosas
como a los del Imperio el almirante,
estados, reinos, tierras populosas
en que escogiesen púsoles delante,
y tantas riquezas que creería persona
si al rey daban el cetro y la corona.

Mas nada aprovechó y volvió afrentado
el almirante a Francia, y desto luego
contra mí quedó el rey empozoñado,
de aquí contra mí en él se encendió el fuego
como queda un terrible oso enojado
contra el árbol que, yendo él como ciego,
derribar quiso, y como al fin no pudo,
le muerde, y siempre mal le quiere el crudo.

Solemne investidura y primera coronación:

... Allí me apeé y besé de Carlo Magno
la honorable cabeza y entré armado,
y con un gran placer del pueblo ufano
al templo de la Virgen fuí llevado,
donde juré de estar contra el insano
furor del paganismo siempre armado,
y de amparar la Iglesia, y su milicia
ser muro de fe y árbol de justicia.

Pues los seis generosos electores
que son los arzobispos de Colonia,
de Trevers, y Maguncia, y los señores
del Rin, de Brandaburque y de Sajonia
(que de Bohemia el rey que estos rumores
suele aquietar que está hacia Liconia
no pudo allí venir) se concertaron
y entre sí con gran pompa se tornaron.

... Y después que con ruegos píos al cielo
me consagraron ellos y me ungieron,
la corona primero que mi abuelo
tuvo, y antes que él Carlo, me pusieron;
lo cual Otón y Jorge con buen celo
de sus días agora instituyeron
que no por sucesión, como antes era,
mas por elección darse esta honra entera.

Con tal atavío luego sentado
sobre una piedra grande antigua y duera,
que era asiento de Carlo ya, y guardado
se ha y hasta hoy en reverencia dura;
así esta primera vez fuí coronado,
que aún otras dos siguiendo la escritura
para cumplir con esto que hombre toma,
lo he de ser del Pontífice de Roma.

Mientras tanto se había alzado en España el tradicionalismo medieval y caballeresco, uniendo el natural deseo de tener un rey español y viviendo en España y la defensa desesperada de dos libertades, que se intuía iban a desaparecer sumidas en el molde del Imperio: la libertad del señor feudal en su tierra y la de las ciudades viviendo por sí y sin cuidado de responsabilidades nacionales. En resumen: se levantaron las cortes viejas, los antiguos conceptos que temían desaparecer ante los tiempos nuevos, cesáreos y renacentistas. Zapata anematiza violentamente la rebeldía.

Aunque en el Canto V, reconoce que no debía irse...

Señor, después que nos dejaste, entrando
con tus naos en el mar que a Asturias baña,
por tu ausencia, por tu te andar errando,
gran mal padece y gran trabajo España;
que en ella una gran bestia destrozando
cuanto hay del todo la arruina y daña,
y con ímpetu loco, extraño y ciego,
lo mete todo a saco, a sangre y fuego.

... conceptúa la rebelión contra el legítimo señor como un sacrilegio, y no llamará a la Comunidad sino sierpe o bestia dañina...

> ... En Ruiseco así luego se juntaron
> contra ésta entrambos los gobernadores
> y muchos caballeros esforzados,
> marqueses, duques, condes y prelados,
> o ciertos de morir en la demanda
> o matar una bestia tan maligna,
> ella, pues ahora a una, ora a otra banda,
> desde Avila primero fuí a Medina.

Quien habla es Fonseca, jefe imperial que en el Canto VI seguirá diciendo a su rey:

> La plebe sierpe cruel hecho carbones
> allí haciendo siempre estrago, en tanto
> metió a Valladolid en gran espanto.
> Y volvió a Villa Braxima, y tornando
> a Torre Lobatón la sierpe fiera
> a Villalar al fin llegó, dañando
> cuanto podía empecer de tal manera:
> pues los que allí en Ruyseco deseando
> tu servicio seguíamos, tu bandera,
> salimos al campo allí a buscalla
> para darle a día cierto la batalla.

Y en Villalar se termina la aventura con la ejecución de los responsables principales.

Ese mismo patriotismo que consideró odiosa una empresa que le alejaba de nosotros, se sintió luego curiosamente halagado al saber que el rey era el más importante príncipe de la cristiandad y heredero del gran Carlomagno. Placía mucho a nuestros antepasados el famoso título. Gatinara le escribía tras la elección: "Sire, ya que Dios os ha dado esta merced gigantesca, colocándoos sobre todos los reyes y príncipes de la cristiandad..., estáis en camino de la monarquía mundial para reunir a la cristiandad bajo un solo pastor." Que es exactamente lo que dice Hernando de Acuña en el verso famoso:

> Ya se acerca, Señor, o es ya llegada,
> la edad gloriosa en que promete el cielo,
> una grey y un pastor solo en el suelo
> por suerte a vuestros tiempos reservada.

Como en los tiempos de los Reyes Católicos, late en la voz del poeta admiración sin límites, casi una adoración religiosa:

Ya tan alto principio, en tal jornada,
os muestra el fin de vuestro santo anhelo,
y anuncia al mundo, para más consuelo,
un monarca, un imperio y una espada.

Todo el mundo en una sola y poderosa mano:

Ya el orbe de la tierra siente, en parte,
y espera en todo vuestra monarquía,
conquistada por vos en justa guerra.

Sentido de la divinidad presidiendo los actos reales:

Que a quien ha dado Cristo su estandarte
dará el segundo más dichoso día
en que, vencido el mar, venza la tierra.

Ya han empezado los españoles a sentirse solidarios de una empresa extraordinaria: la de apoyar el catolicismo y el imperio como si fuesen ambas necesidades españolas. Había empezado el Renacimiento, y los nombres de los héroes César, Alejandro, Hércules, eran familiares. El mismo Hernando de Acuña, en otro soneto, se goza en el apelativo clásico:

Invictísimo César, cuyo nombre
el del antiguo Carlo ha renovado,
al sonido del cual tiemble y se asombre
la tierra, el mar y todo lo creado.

Espera el poeta que sostendrá vigorosamente la religión:

... en quien Roma su imperio y gran renombre
conoce más que nunca sublimado,
y del dichoso siglo que os alcanza
pone primera y última esperanza.
Ved, pues, Señor, en cuya fortaleza
el nombre se sustenta y ser cristiano,
y en el supremo grado de grandeza
tenéis siempre delante al ser humano.
Si del don bajo suple la bajeza
un puro corazón sincero y sano,
de él aceptad esta señal presente
como César humano, humanamente.

Cuando Carlos antepuso el título de emperador al de rey de España en sus cartas oficiales, lo explica "porque este título siempre ha precedido a todas las dignidades reales y es la mayor que Dios instituyó sobre la tierra, sin que esta precedencia signifique mengua de los reinos españoles". Así lo entendieron los tratadistas de su esfuerzo, y la llaman siempre con ese nombre, desde los poetas, que hemos visto y veremos, hasta los prosistas, como fray Antonio de Guevara y Alfonso de Valdés.

El romance de la colección Durán lo demuestra paladinamente:

Saldrán todas las naciones
de tierra del preste Juan,
y aqueste nuestro gran César
todo lo ha de conquistar,
pues hasta el Monte Calvario
a en persona de llegar.
Ganadas las tres Armenias,
Arabia no ha de dejar;
Egipto, Siria, las Indias,
todos se les han de dar.
Agarenos, ismaelitas,
también ha de conquistar,
más dichoso que Alejandro,
por la tierra y por el mar.
A todos en un aprisco
él los tiene que encerrar.

LOS PELIGROS DEL REINADO

Un monarca admirado por su suerte suele ser también un rey envidiado y odiado. Carlos V, que tenía por herencia fastuosísima el reino de Castilla y posesiones americanas, recién descubiertas, por parte de su abuela doña Isabel; la corona de Aragón y reino de Italia con Cerdeña, por su abuelo materno don Fernando; los Estados de Flandes y Borgoña, por su abuela paterna doña María, hija de Carlos el *Temerario,* y los dominios de los Habsburgos, por su abuelo paterno Maximiliano de Austria, tuvo que luchar también por defenderla. Fueron sus enemigos más importantes los franceses, los protestantes y los turcos. Con los franceses luchó, por decirlo así, desde antes

de nacer. Porque la sagaz política de los Reyes Católicos ocasionó el bloqueo de la Galia por fuerzas españolas, y por otra parte estaba la manzana de discordia de Italia, hacia la que se sentía atraído el francés, como le ocurriera a Carlos VIII y a Luis XII. En Italia se desarrolló la mayor parte de las batallas en la guerra mantenida por los dos monarcas, guerra que, por parte nuestra, se exalta con el nombre de Pavía, donde quedó prisionero Francisco.

Cristóbal de Monroy la describe en toda su brillantez en su obra titulada precisamente *La batalla de Pavía*. La admiración caballeresca del rey de Francia no empaña el entusiasmo por nuestros soldados. Suenan los gritos de guerra de ambos lados:

LOBÓN:

... Que ya
toca el enemigo al arma,
ya el rey deja las trincheras,
ya presentan en campaña
de batalla los dos campos.

UNOS:
¡Santiago, cierra España!

OTROS:
¡Cierra Francia, San Dionís!

LISARDA:
El corazón en el pecho
me está sirviendo de caja; (tambor)
qué valiente, qué brioso
el gran marqués de Pescara
anima sus españoles
su primo el del Basto, anda
alentando eternizando
los blasones de su casa;
bien pelean los tudescos (alemanes)
el virrey los acompaña,
dando a los italianos
aliento con su palabra,
disimulado Borbón → (Fran pasado al enemigo Esp.)
rige el tercio de Alemania
ya don Antonio de Leyva
noble asunto de la fama
de los muros de Pavía
sale, y por la retaguardia
acomete al enemigo.

VOCES:

¡Santiago, cierra España!

La decisión favorable a España se basa principalmente en los arcabuceros.

LISARDA:

¡Qué gran soldado es el rey!
Oh Marte invicto de Francia,
no te juzgues vencedor;
tus presunciones te engañan;
mira que son españoles
con los que mides las armas.
El duque de Memoransi
acomete en la vanguardia,
a quien sigue Bonibeto,
el almirante ya saca
el monsieur de la Palisa;
de arcabuceros las mangas
cada soldado es un rayo,
un Vesubio cada espada,
un volcán es cada tiro
y una ruina cada bala.
Los andaluces caballos
y los bridones de Francia,
en vez de cándida espuma
tascando coral y grana
fuego vierten por los ojos,
rayos pisan con las plantas;
pero a Carlos de Lannoy
le han muerto el caballo; salga
a defenderlo mi brío.

El dramático momento de la prisión de un rey que no quiere entregarse a su desleal servidor, el condestable de Borbón, que abandonara su servicio por el de España.

BORBÓN:

Dadme las armas.

REY:

¿Quién sois?

BORBÓN:

Capitán del rey de España
Carlos Quinto, que Dios guarde,
emperador de Alemania.

Rey:

¿Y cómo os llamáis?

Borbón:

(Descubriéndose.) Borbón.

Rey:

¿Borbón sois? ¡Hay tal infamia!
Primero daré la vida
que os entregue a vos las armas.
Llamadme a un capitán
español.

Lannoy:

Aquí, a tus plantas,
está Carlos de Lannoy,
virrey de Nápoles.

Rey:

Alza,
no te rindas a un rendido.

La noticia de la prisión del rey llena de asombro al mundo y de gozo a España. Así lo refleja en su poema Martín de Albio, desde Barcelona:

Año de mil quinientos
veinte y cinco se decía,
diecinueve eran de junio,
lunes era aquel día,
cuando vino por la mar
una armada de valía:
pasan de veinte galeras
y otras velas que había.

La gente, muy espantada,
pensando lo que sería,
unos dicen que corsarios,
otros turcos de Turquía,
otros que serán franceses
o moros de Berbería.

Hasta que vino la nueva,
nueva de mucha alegría,
que la trujo un bergantín
bogando con gran porfía
de parte del visorrey,
que de Nápoles se decía.

Vino al Gobernador
la embajada que traía,
rogándole buenamente,
y el ruego así decía:
"Hágoos saber, don Pedro,
cómo vuestra compañía
trae preso al rey de Francia
y otros que con él había."

... Villancico del fin:

Viva leda nuestra España;
llore Francia su dolor,
pues es preso su señor.
Vos, ciudad de Barcelona,
quedáis con gran presunción,
pues que Francia y su corona
en vos tuvo su prisión:
sobre todas cuantas son
por cierto vos sois la flor
que tuvisteis tal señor (16).

Está luego la lucha contra los turcos. Este pueblo oriental tras abrazar la religión musulmana, ha visto sus banderas ondear triunfantes en Constantinopla en 1453, años antes que sus hermanos de religión fuesen sojuzgados en Granada. Lo que perdía Mahoma en un lado de Europa lo ganaba por otro, y, desde el comienzo de su reinado, Carlos tuvo que mantenerse alerta contra su peligro, que se hacía sentir hasta las entrañas de Austria.

En la campaña de Viena, Carlos defendió la civilización cristiana y al catolicismo pensando en emperador antes que en rey de España con el concepto supernacional que le distinguió. Francisco de Rojas Zorrilla, en su *El desafío de Carlos V*, describe el típico momento angustioso de las tropas españolas, la falta de dinero, con la invocación a un Dios por quien se estaba seguro de luchar.

CARLOS:

Mi ejército, Señor, está sin paga
porque se satisfaga,
socorrerle primero,
porque vos sois mi seguro tesorero.

(16) Romances nuevamente hechos por la venida del rey de Francia. Pliego suelto.

Si en el cielo divino a vuestro lado
se amotinó vuestro mayor soldado
siendo espíritu puro,
¿qué hará, pues, el soldado mal seguro
en aquesta aspereza,
expuesto a la desdicha y la flaqueza?
El dinero de España no ha venido;
el cerco, por instantes, ha crecido,
y mi ejército perece;
y aunque Carlos, Señor, no lo merece,
merézcalo el que llega satisfecho
a poner la muerte el frágil pecho
por la fe solamente,
mucho más de cristiano que valiente.
Socorro a mis soldados, Cristo mío,
vos le daréis, Señor, de vos lo fío;
muera el soldado de la herida fiera
y de mal socorrido no se muera (17).

Hay dos cabezas en la vida de la época: la temporal y la espiritual, emperador y Papa; pero no siempre están de acuerdo. Más que un tratado de derecho lo definen estos versos de Rojas Zorrilla. Sobre todo en su final. Porque aparte de rencillas, no hay, no puede haber más que una causa para ambos, y ésta dirigida por Dios mismo.

Así, mientras va leyendo la carta del Papa...

El título de mis reinos
juzgo que se le ha olvidado;
mas si me llamo obediente
y su hijo me ha nombrado,
ser obediente es más cetro;
ser su hijo, blasón más alto.
¡Oh, cómo se echa de ver
que ordena Dios este caso,
pues con su mayor aviso
me socorre mis trabajos!
Si con Dios Clemente priva,
es evidente y es claro
que lo que el rey no quisiera
no ejecutase el privado.

¿Dónde terminaba el concepto católico del soldado español para empezar el amor de patria? Es difícil establecerlo, porque ambas co-

(17) Jornada segunda.

sas estaban totalmente unidas en el alma del militar del XVI y XVII. Lope de Vega, en el *Cerco de Viena por Carlos V*, demuestra el carácter más religioso que político de las empresas españolas del tiempo. España, adelantada de la Iglesia, tenía que acudir a donde ésta se viera atacada, aunque sus intereses inmediatos salieran mal parados. Habla el emperador:

La fe sustento; cristianos,
la fe me han cargado a cuestas,
la mejor joya del mundo
y el mayor bien de la Iglesia.
Ayudadme a sustentarla,
ayudadme a defenderla...
Para esto quiero las armas,
para este fin son mis guerras,
sólo por su aumento salgo
de mi quietud y mi tierra;
por ella vierto mi sangre,
por su honor, por su defensa,
por ella son mis trabajos,
mis vigilias son por ella...
¡Ea, soldados de España,
defendamos nuestra Iglesia!
¡Católicos españoles,
muramos todos pos ella!
¡Viva la fe! ¡Viva, amigos,
y los enemigos mueran!
¡Al arma contra el Gran Turco!
¡Guerra, aquí de España, guerra!

El turco, señor y protector de los piratas de Argel, ponía en alarma la costa española e italiana, haciendo presa en los barcos mercantes y vendiendo como esclavos a sus tripulantes. Contra una de sus guaridas, Túnez, llevó sus armas el emperador, y en el romance anónimo, finge hablar Muley-Hacén, que quedó como rey en la ciudad conquistada.

Vi venir el mar cubierto
de la armada de cristianos,
y aunque muchos los resisten,
por fuerza han desembarcado...
Dan a la goleta saco;
murieron cinco mil turcos
por armas y en el estanco...
Eran quince mil cautivos
que a ventura se han librado.

Entran dentro sin batalla,
que se les dieron a saco.
Carlos me volvió mi reino,
quedando yo su vasallo.

El recuerdo clásico está patente en Garcilaso de la Vega, actor y cronista del hecho, cuando explica en un soneto dirigido a Boscán:

Boscón, las armas y el furor de Marte,
que, con su propia sangre el africano
suelo regando, hacen que el Romano
Imperio reverdezca en esta parte...

... siempre el recuerdo de lo antiguo. Carlos es Julio, y España la nueva Roma enemiga de los bárbaros mahometanos:

... han reducido a la memoria el arte
y el antiguo valor italiano,
por cuya fuerza y valerosa mano
Africa se aterró de parte a parte.
Aquí donde el romano entendimiento,
donde el fuego y la Italia silenciosa
sólo el nombre dejaron a Cartago,
vuelve y revuelve amor mi pensamiento
hiere y enciende el alma temerosa,
y en llanto y en ceniza me deshago.

Si en Túnez fué vencedor, en cambio, en Argel, conoció la derrota. El desembarco fué feliz, pero la tragedia sobrevino en forma de tempestad. El Canto XLV de Zapata es bien explícito:

... sobre el ejército y armada
de mar, que sin temer esto vivía,
cayó una espesa lluvia tan pesada,
que la noche duró y todo otro día:
ya la playa, a lo oscuro atormentada:
de olas grandes de allí sonarse oía,
aunque no podían bien estando atentos,
con las lluvias oírse y con los vientos.

El campo imperial se encharca...

... Todo era un lodazal, y todo un cieno,
que poner el pie en seco no bastaba;
todo estaba de lodo y de agua lleno,
que el suelo en el mar mismo se tornaba.

Todo era un horror de agua, todo un trueno,
y el cielo acá y allá relampagueaba,
no cielo, antes en ser turbio y oscuro,
una boca de infierno propio y puro.

El momento es propicio para el ataque turco a los auxiliares italianos.

Los turcos que en Argel ven esto, alzando
gran grita, dan allí en los italianos,
que con el frío que he dicho, y en pie estando,
no tenían bien las armas en las manos,
los hieren con sus flechas, y ellos, cuando
sin fuego o en sus mechas o en las manos
se vuelven a huir, y aquel que espera
fuerza es que así a poder de turcos muera.

El agua ha quitado la mayor ventaja al ejército imperial: el uso de los arcabuces. Y ahora en forma de olas gigantes destroza también los barcos...

... Se juntan muchas dellas, y a porfía
se están nave con nave golpeando,
torre de dura piedra no podría
resistir a mal tanto peleando:
se abren dellas por esto el agua fría
del victorioso mar las va anegando,
y Metafús y Argel, y a los Quejines
van destas tristes naves las ruinas.

El emperador se decide a dar la orden final:

... pero su alto consejo le presenta,
que era tentar a Dios ser atrevido,
conoce la verdad, gime y suspira,
y a Metafús su ejército retira.

* * *

Otro peligro en que también lo religioso se unía a lo político fué la reforma protestante. Para Pedro de Palencia, natural de Ecija, tan enemigo de la fe es el del Norte como el del Sur, el que sigue a Lutero y el que cree en Mahoma:

Todas setas de Mahoma,
moros y los luteranos,
temed a Carlos, que os doma,
que os vale más ser cristianos.
Dejad ya las herejías,
malas setas y otros modos,
no sigáis por estas vías
cata vos perderéis todos;
toma vuestra ley de Roma,
no viváis ciegos y vanos,
temed a Carlos que os doma,
que os vale más ser cristianos.

Tras las doctrinas de Lutero se levantó la rebelión de los príncipes alemanes, que aprovechaban la división para volver a ser dueños de unos Estados que un gobierno fuerte y unitario ponía en peligro. Salieron a campaña tras de muchas cartas y polémicas religiosas los dos bandos contendientes. Junto al Elba y cerca del pueblecillo de Mühlberg, se encontraron las fuerzas, que conducía el emperador y Fernando de Toledo, duque de Alba, y las que llevaba el elector de Sajonia. Duró la batalla desde las once de la mañana a las siete de la tarde, y Carlos V, cubierto de su armadura, estuvo en todos los lugares de la pelea. En tal actitud de combate lo retrató Ticiano, y, por su parte, Fernando de Herrera explica:

Do el suelo hórrido el Albis frío baña
al Sajón, que oprimió con nuestra gente
y rebosó espumoso su corriente
con la esparcida sangre de Alemaña.

Recuerda el poeta con ello las apetencias protestantes:

el celo del excelso rey de España,
el seguro consejo y pecho ardiente,
inclina el duro orgullo de su frente,
medroso, y su pujanza a tal hazaña.

El rebelde al emperador, cae dominado por el esfuerzo de éste:

La desleal cerviz cayó, que pudo
sus ondas con semblante sobra fiero
y sus bosques romper con osadía.

Interviene el elemento mitológico...

Marte vió y dijo y sacudió el escudo.
¡Oh, gran emperador, gran caballero,
cuánto debo a tu esfuerzo en este día!

Forzado a defenderse de sus enemigos, Carlos se había visto obligado a combatir con el Papa Clemente VII. Este, alma de una Liga Santa o antiimperial, vió atacada, tomada y entregada al pillaje su capital y la de la cristiandad. El "saco de Roma" produjo consternación en el mundo, empezando por el propio emperador.

Oigamos a la musa popular contarlo en su glosa al romance *Triste estaba el Padre Santo*:

Por los Alpes y altas sierras
con nieves pasa Borbón
para castigar las tierras
causadoras de las guerras
de Salerno y Fresalón.
Cuando vido el poder tanto
del ejército que suena
suspira con gran quebranto,
triste estaba el Padre Santo
lleno de angustia y pena.
Triste está porque veía
que su gente desmayaba,
y cuando el alma reía,
España, España decía,
dentro, dentro con voz brava.
Y viendo por un portillo
tanta vida se cercena,
párase muy amarillo
en Sant Angelo su castillo
de pechos sobre una almena.
... y viendo cuán a la clara
Dios la su prisión ordena,
arroyos van por su cara,
su cabeza sin tiara,
de sudor y polvo llena.
Viéndose en tal agonía
su papal trono desprecia,
y a los campos atendía,
por ver si descubría
el socorro de Venecia.
Miraba monte rotundo
hacia el camino de Siena
sentía dolor profundo
viendo la reina del mundo
en poder de gente ajena.
Contemplaba el desconcierto
que por Trastíber andaba,
sentía su mal despierto;
en oír: Borbón es muerto,

algún consuelo tomaba.
De sus consejos mal sanos
a sí mismo se condena,
viendo por fuerza de manos
los tan famosos romanos
puestos so yugo y melena.
Miraba por cuantos modos
en ciudad tan principal
roba en las casas todas,
la destrucción de los godos
bien creo que no fué tal.
Cada cual de los soldados
al que topa le condena,
llevando por los mercados
los cardenales atados,
los obispos en cadena.
... Lindas romanas doncellas
por la tierra y por las plazas
sembraban triste querellas;
tudescos iban tras ellas
como perros tras las cazas.
... Hizo tan gran sentimiento
el Tíber en este día,
que después acá no siento
su color si no es sangriento
de la sangre que bebía.
... Cónsules y senadores
de quejas hacen su cena.

... el poeta compara la Roma clásica y fuerte con su débil imitación renacentista.

... Su color triste y muy lacio
despiden todo solacio,
por faltarles un Horacio
como en tiempos de Porsena,
que si aquél les defendiese
la puente del hondo Tibre
como aquella vez primera,
Borbón victoria no hubiera
y Roma quedara libre.
Mas por la entera carcoma
de que siempre está muy llena
por su pecado se doma,
la gran soberbia de Roma
ahora España le enfrena.
... Plaza de Campo de Flor
de muertos estaba llena;

oh juicio de dolor,
por la culpa del pasto
el ganado se condena.
Por ti vence cada hora
España tanta batalla,
por virtud que en ella mora
ella sola es la señora,
la señora es su vasalla.
... A César, su gran león,
ellos le pagaron mal,
ya no hay Tulio ni Catón,
ahora paga Escipión
la victoria de Aníbal.
Ya no hay laurel ni cedro,
ya pasó la gente buena,
que yo de Roma me arriedro,
pues la nave de San Pedro
grabada lleva la entena.

... la culpa es de la desmoralización y vicio que en ella había.

Primero sus blancas velas
virginidad las tejía,
ahora son negras telas,
téjense a la luz de candelas
de noche en la simonía.
Escotes se han olvidado
de la virtud que refrena;
las áncoras se han quebrado,
el gobernalle quitado,
la aguja se desgobierna.
... Tú, siendo amparo y caudillo,
nuestro daño no te pena,
si pagas sabes sufrirlo,
tú mismo fuiste cuchillo
para te cortar la vena (18).

El mismo 1527 nace en Valladolid, el 5 de junio, el infante Felipe, luego el II de su nombre. Antonio Ruiz de Santillana mostró en sus versos un entusiasmo que es, además, una descripción del tiempo y de sus esperanzas.

... Pues nació el que juzgará
a los reinos de cristianos
y de turcos y paganos

(18) Fouché Delbosc: *Cancionerillos de Praga*, t. LXI, 1924; *Revue Hispanique*, página 575.

a todos nos vengará,
pues nadie le vencerá
ni él se llamará vencido,
Dios a España ha ya cumplido
lo que no merecerá.
Pues se hinchen de alegría
toda la gente cristiana
y la gente castellana,
con la gran caballería,
muera, pues la morería,
moros, turcos y paganos,
pues la ley de los cristianos
quitará su gran falsía.
Gócese la Inglaterra
y también la gran Sevilla,
pues saldrán ya de mancilla
ellos y toda su tierra,
ya nunca tendrán más guerra,
más siempre estarán en paz
con los placeres assaz
por quien todo bien se encierra.
Gócese toda Aragón
y todos los que son vivos
y los cristianos cautivos,
pues que tienen defensión
rueguen muy de corazón
al gran Dios con humildad
que guarde a su Majestad,
pues que saben que es razón.
Gócense los alemanes,
así grandes como chicos,
las aves y pajaricos
y también los gavilanes,
ya no ladren más los canes
con placer y sin dolores
hombres pobres labradores
no tendrán ya más afanes.
Gócense las alemanias
con grande sobra de amor
y con muy grande frescor
se florezcan las montañas,
los lobos en sus cabañas
sientan el placer entero
por haber dado heredero
el Señor en las Españas (19).

---

(19) Biblioteca Nacional. Cita J. El Guillet: *Hispanic Review*, vol. IX, 1941.

La cima de la trayectoria política de Carlos fué su coronación como sacro-romano-germánico emperador por la mano del Papa. Era la consagración total; Zapata lo describe emocionado:

Así el emperador llegó a apearse,
do el Papa en San Petronio le atendía,
pero Antonio de Leyva donde hubo de pararse
con los su escuadrones que regía;
cuando el emperador llegó a humillarse
al Papa, disparó la artillería,
que pareció entre tantas casas tanto
el humo, el fuego, el son, cosa de encanto.

Los antiguos resquemores han desaparecido entre los dos grandes poderes.

El alto emperador, muy humildemente,
al Papa besó el pie como llegara,
y la mano, y el Papa a él blandamente,
como a hijo le dió paz en la cara;
fué allí dicho, de uno a otro cortésmente,
lo que tenía pensado, o no pensara.
Y en un mismo palacio, y muy contentos,
cada uno se metió en sus aposentos.
Y después el dichoso día del santo,
que al mundo Dios nos dió tanta alegría,
que nació Carlos Quinto, o Carlo Santo,
y ganó la batalla de Pavía:
se coronó del arte y forma en tanto
que un ceremonial esto lo diría...

Esto fué en 1529. Más tarde, la suerte se tuerce. A la vuelta de una de sus expediciones desafortunadas contra los franceses (la invasión de la Provenza), el ejército imperial sufrió una baja sensibilísima: la del poeta Garcilaso de la Vega. La importancia de la operación, el asalto a una torre al margen del camino, no obligaría a este recuerdo si no fuese simbólica la estampa del emperador ya viejo y malhumorado, impaciente ante la adversidad que se ceba en él, contrastando con la joven audacia del literato que, aún reconociendo lo menguado de la empresa, no vacila en jugar por ella su vida. Luis Zapata es el cantor:

Y así, con gran enojo, luego manda
que se combata aquel turrión roquero;
pusiéronle dos piezas, y a una banda

le hicieron en medio un agujero;
estaba esto mirando a cada banda
mucho señor, soldado y caballero,
y en una rueda de alta compañía
Garcilaso batir la torre había.
Y burlándose dijo, desdichado
será el que en una empresa tan vil muera
lo oyó la hada, el diablo, el caso, el hado,
y corrió a tomar luego la tijera;
corrió luego un murmullo, que enojado
rugía el emperador en gran manera
de que, batida así de un solo encuentro,
no hubiesen a la torre entrado dentro.
Y así, escalas pedidas con voz clara,
fueron por todo el campo en continente;
Garcilaso, cual si de esto le tocara,
por ser maese de campo de su gente,
de la rueda movió, y puso la cara
en subir a la torre osadamente;
teníanle sus amigos abrazado,
porque le veían que estaba desarmado.
Soltóse y corrió allá y subió ligero
por la escala que al muro se arrimaba,
tomando una ruin gorra, antes de acero,
de un su soldado acaso que pasaba;
llegaba casi al escalón postrero,
cuando una gran almena que bajaba,
con gran dolor del campo allí presente,
le envió mortal a tierra finalmente.

Labor tenaz, una veces compensada con el triunfo y otras probada con la amargura de la derrota, el emperador Carlos estuvo siempre en las mil brechas abiertas en el edificio del imperio y de la religión. Sin embargo, en esta empresa no le faltó nunca el cariño de sus súbditos españoles. Aquel monarca que había llegado tan ajeno a las costumbres de un pueblo que iba a gobernar, acabó compenetrado con él, por eso no le faltó en ningún momento su apoyo, y los soldados del país se dejaron matar bajo sus órdenes no sólo en España, sino en Italia, en Africa, en Francia y en Alemania como en el Méjico conquistado bajo su reinado. Fernando de Herrera recuerda sus efemérides con el gozo de quien admira una cosa propia:

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
sublime Carlo, el bárbaro africano
y el bravo horror del ímpetu otomano
su altiva frente humilla quebrantada.

El peor enemigo, el mahometano, marroquí o turco. Luego...

Italia en propia sangre sepultada,
el invencible, el áspero germano,
y el estado francés, con fuerte mano,
al yugo la cerviz trae inclinada.

Por ello merece agradecimiento eterno:

Alce España los arcos en memoria
y en colosos a una y otra parte,
despojos y coronas de victoria,
que ya en la tierra y más no queda parte
que no sea trofeo de tu gloria.
Ni le resta más honra al fiero Marte.

Llegó a agotar al emperador tanta lucha. No era sólo la fatiga física, sino el cansancio moral de ver tan pujantes las fuerzas enemigas de un Imperio y de una Religión que él se había obligado a sostener. Por eso, a los cincuenta y cinco años de edad, y a los treinta y nueve de su gobierno, Carlos V cree en la necesidad de abdicación. Apoyado en el hombro de quien después será feroz enemigo de su hijo, el príncipe de Orange, Carlos hizo historia de su esfuerzo: "He estado nueve veces en Alemania, seis en España, siete en Italia y diez en Flandes. En paz y en guerra cuatro veces en Francia, dos en Inglaterra y dos en Africa. Total, cuarenta expediciones sin contar los viajes para visitar mis reinos. Ocho veces he atravesado el Mediterráneo y tres el Océano; estoy en paz con todos y a todos pido perdón si he ofendido a alguien." Esta fué la síntesis de su discurso y el de su reinado antes de trasladarse—como otra muestra de su entrañable amor a España—al monasterio de Yuste, en Extremadura. En verso lo dijo Francisco de Quevedo, años después, en la inscripción a la estatua del emperador en Aranjuez:

Las selvas hizo navegar, y el viento
al cáñamo en sus velas respetaba
cuando, cortés, su anhélito tasaba
con la necesidad del movimiento.

Univ. of Arizona Library

Glosa del ataque a los turcos que amenazaban Viena:

> Dilató su victoria el vencimiento,
> por las riberas que el Danubio lava;
> cayó Africa ardiente; gimió esclava
> la falsa religión en fin sangriento.

Como buen español de su tiempo, explica, aunque no elogie, el famoso saco de Roma llevado a cabo por los imperiales de Borbón:

> Vió Roma en la desorden de su gente,
> si no piadosa, ardiente valentía,
> y de España el rumor sosegó ausente.

E hizo más, porque hizo el último y más difícil sacrificio:

> Retiró a Solimán, terror de Hungría,
> y, por ser retirada más valiente,
> se retiró a sí mismo el postrer día.

* * *

Mientras Europa arde en guerra, los españoles embarcados hacia la aventura, emprenden la increíble hazaña de alcanzar la mayor parte del continente americano. Desde 1502 se inician las expediciones, pero especialmente en los años que van desde 1519 hasta 1550 los españoles exploran, conquistan y colonizan desde el río Mississipí al estrecho de Magallanes.

La conquista de Méjico es narrada por Luis Zapata. En su *Carlo Famoso*, y, precisamente, en el Canto XII, describe la llegada a tierra firme de la expedición que partió de La Habana:

> ... Pero no osó entrar dentro, que hallaron
> la tierra baja y llena de bajíos,
> a la boca las áncoras echaron
> de las popas al mar de los navíos;
> a ver las naos los indios se allegaron
> con armas y plumajes muy sombríos,
> que quien desde acá tanta color veía
> lucida y noble gente parecía.

El rapsoda sitúa la acción...

... La tierra que es más de tres seiscientas
leguas, que en sí muchas provincias tiene,
que unas subjetas son y otras exentas,
según más ello a México conviene;
el mar del Norte, por sus playas lentas,
y del Sur, por las otras la contiene
a aquestos en paz larga en breve suma
tenía su rey supremo Moctezuma.

El jefe se adelantaba y se dirigía a los indios a través del intérprete, la "lengua" o "tercero":

Cortés se adelantó, y por su tercero
Aguilar les habló, paz les pidiendo,
que no había allí venido a su terreno
para hacerles mal, él les diciendo:
sino para comprar por su dinero,
como los que el mar andan discurriendo,
vitualla, y tomar agua de los ríos,
para la provisión de sus navíos.

Los indígenas no aceptan el trato. Sus primitivas armas hacen estragos...

... Que con hondas las piedras relucientes
por el metal un puño nos metían,
nos quebraban los brazos, y en las frentes,
y en las sienes sobre él nos aturdían,
ellos, que no tenían inconvenientes,
ni armas en su defensa más morían,
cortaban las espadas como espuma,
su algodón, sus cortezas, y su pluma.

Tras los destrozos causados, Cortés vuelve a ofrecer la paz:

Cortés, con muchos presos que había habido,
a decir envió a aquel pueblo extraño,
que del mal que habían tanto recibido,
ellos tenían la culpa, y de su daño,
por nunca haber querido dar oído
a la embajada que el muy sin engaño
del más bueno y mayor Rey les traía
que por la redondez del mundo había.

Intercalamos aquí la voz de un poeta anónimo para glosar el

legendario acto de dar de través a los navíos. Hernán Cortés dejó sólo uno para que sirviera de escapatoria a los cobardes:

... El navío que he dejado
es para el que irse quisiere
con todo lo necesario;
que no pelean los muchos,
sino los pocos honrados;
este tal se embarque luego,
dejando el bélico ornato.
Que el que de la guerra huye
no ha menester ir armado;
goce de su dulce patria
y del lecho regalado;
si d'esta suerte se adquiere
la opinión y nombre claro,
no dilate su partida
ni inficione más mis hados,
que de Cortés no tropieza
la suerte en pecho tan bajo...
¡Pésame de que se diga
que fué Cortés tan liviano
en elegir compañeros
de quien no estaba enterado.

Volvamos a Zapata. El poeta teme que el rey don Felipe se canse. Así remata en pocos versos la gigantesca empresa:

... Lo que oído
has, baste, y en sólo esto se resuma,
que esta pelea Cortés que he proferido
de decir, y otras muchas venció en suma,
y ganó muchos reinos, y atrevido,
prendió en Méjico mismo a Moctezuma,
y tomó con su rey a sus compañas,
haciendo él y los suyos mil hazañas (20).

Otro poeta, Jerónimo Ramírez, exaltará dentro de la gran empresa de Hernán Cortés su nunca desmentida lealtad que en otro ánimo hubiera puesto en peligro el ser tan gran señor de nuevos reinos.

---

(20) *Carlo Famoso*. Valencia, 1566.

... En medio de estas victorias
sabe tener tal templanza,
que aunque quita y pone reyes,
la ley del vasallo guarda,
obediente a los decretos
del gran monarca del España,
a quien por primicia ofrece
el fruto de sus hazañas:
ricas tierras populosas,
naves cargadas de plata,
que del mundo han desterrado
toda la pobreza humana,
dejando para sí solo
la parte que no se acaba
con mudanza de fortuna
que es el pregón de la fama (21)

Si Méjico fué la gran epopeya del Norte, pronto y a su ejemplo nació más al Sur la del Perú. Zapata, en el Canto XXXVI, da nuevas del país tal como llegaron a oídos de sus contemporáneos:

En Barcelona, en tanto Carlo estando
manteniendo en grande honra su alto estado,
con nuevas del Perú llegó Fernando
Pizarro, un caballero muy nombrado.
El que él y sus hermanos peleando
habían de multitud de indios ganado,
y de los que usan ídolos de barros,
ganaron al Perú los tres Pizarros.

En pocos versos hemos de concretar la maravillosa aventura peruana. Lo más novelesco de ella fué la prisión del Inca y los tesoros asombrosos que éste se obligó a dar por su libertad, según un romance de la época.

Ataliba está preso,
está preso en su prisión,
juntando está los tesoros
que ha de dar al español.
No cuenta como el cristiano
sino en cuentas de algodón.
El algodón se le acaba,
pero los tesoros no.
Los indios que se los traen
le hacen la relación.

(21) Lobo Lasso de la Vega: *Elogios en loor de los famosos varones.*

Este metal es la plata
que al Potosí se arrancó,
este metal es el oro
de vuestro templo del sol,
estas perlas, que el mar
en la playa vomitó;
estas piedras, esmeraldas,
que el reino de Quito dió;
estos bermejos rubios...
—Estos no los quiero yo,
que son las gotas de sangre
que mi hermano derramó.

Se refiere a Huáscar, hecho matar por orden de Atahualpa para evitar que los españoles se lo enfrentasen como candidato (22).

Con el sometimiento del indígena no siempre terminaba la guerra en América. El esfuerzo que todos habían puesto en la empresa les llevaba a un mayor empeño de independencia. Esto ocurrió, sobre todo, en el Perú.

Las guerras civiles de Perú con la rebelión del hermano Pizarro y la intervención decisiva de Lagasca, está narrada por un poeta anónimo del tiempo que parece pleitear a favor del rebelde, condenado a muerte:

Non creyades, rey Felipe,
lo que acaso os contaran,
que el hermano de Pizarro
rey se quiso coronar.
Si vos sois el sol de Austria,
¿quién puede el sol eclipsar?
Yo bien quise ser la luna,
pero no ser vuestro igual.
Vos el oro de la Europa,
yo la plata de Ultramar;
una liga de tal mena
no han dejado amalgamar.
Si el marqués os ganó un reino,

Francisco Pizarro, marqués de Altavillos.

yo bien lo supe aumentar;
el ensanchar vuestro reino
llaman lesa majestad.

(22) Ciro Bayo: *Cantos populares americanos, Revue Hispanique*. Nueva York-París, 1906.

Mañanita, rey Felipe,
el cuello me cortarán;
mis cabellitos al aire
uno a uno los darán.
Las señoras peruleras
luto por mí llevarán;
meteránme en una urna
de azabache y de cristal,
y en una "huaca" de plata
aluego me enterrarán.
El bonete venció al casco,
bien le podéis, rey, premiar
haciendo al bonete mitra
o birrete cardenal.

Los últimos versos retratan o anticipan la noticia de la promoción a obispo de Sigüenza del licenciado Lagasca, a su vuelta del Perú como recompensa a sus servicios (23).

En la Argentina la incursión era continuada, y tenía las mismas características de audacia y, sobre todo, de seguridad en su destino. Martín del Barco Centenera será el cantor de esta expedición a la hoy floreciente tierra. Alude, primero, al que rozó las costas en su viaje alrededor del mundo:

... navegando
Magallanes también vino derecho
las costas del Brasil atrás dejando
en busca fué y damanda del estrecho,
salió del mar del Sur atravesando
... y al mundo da una vuelta con Victoria
ganando en este caso fama y gloria.
Después, a los quinientos y trece años,
contados sobre mil del nacimiento
de aquel que padeció por nuestros daños,
Juan Díaz de Solís dió vela al viento,
al Paraná aportó, do los engaños
del Timbú le causaron finamiento.
en un pequeño río de gran fama,
que a causa suya de traición se llama.

Era la segunda vez que iba a aquellas tierras pidiendo licencia al rey Carlos I;

---

(23) Ciro Bayo: *Romance de Bolivia. Cantos populares americanos, Revue Hispanique*. Nueva York-París, 1906.

Por piloto mayor de Magallanes
al estrecho venido aqueste día,
no harto de pasar penas y afanes,
la conquista a don Carlos le pedía,
entra el río arriba con desmanes
hasta que ya el postrero le venía,

Pero como despedida de la tierra, pone al Paraná el nombre argentífero con que se le conoce desde entonces:

en que su alma del cuerpo se desata
poniendo al Paraná nombre de plata.

Le sigue—el espíritu era el mismo, aunque cambiase el hombre—Sebastián Caboto, genovés al servicio de España.

La muerte, pues, de aqueste ya salida,
el gran Carlos envía al buen Caboto,
con una flota al gusto proveída,
como hombre que lo entiende y que es piloto.
Entró en el Paraná, y ya sabida
la más fuerza del río ha sido roto,
del Guaraní, dejando fabricada
la torre de Galeoto bien nombrada.
Algunos de los suyos se escaparon
de aquel río Timbuz do fué la guerra,
a San Salvador río bajaron,
a do la demás gente estaba en tierra,
a nuestra dulce España se tornaron,
huyendo de esta gente infiel y perra;
mas no pone temor esta destroza
a don Pedro Guadix y de Mendoza.

El nuevo voluntario de infinitos es noble y militar luchador en Italia. Desde Roma al Plata muestra el estilo universal que sirve al Imperio. Dice el Canto IV:

... Borbón perdió la vida; Juan de Urbina
entró en Roma cantando la victoria,
de aqueste asalto y saco y grande ruina;
don Pedro, enriquecido en vana gloria,
a don Carlos pedía la Argentina
provincia, pretendiente su memoria
levantar en conquista de paganos,
con dinero robado entre romanos.
Como fuese de suyo gran guerrero,
viéndose de riquezas abastado,

ofrecióse a gastar mucho dinero
y el río de la Plata ha demandado.
Don Carlos, en valor claro lucero,
el título lo da de adelantado,
y así hizo una gruesa y rica armada,
de gente muy lucida y extremada.

Esta era la "gruesa armada" para conquistar un reino como el que bañan las aguas del Plata:

Dos mil soldados salen de Castilla,
sin gente de la mar y marineros,
juntáronse en alarde allá en Sevilla,
y viendo tan lucidos caballeros
salían a los ver a maravilla,
tan apuestos a punto de guerreros;
mas dicen, pues, se van estos soldados,
recemos los oficios de finados.

Intuición del pueblo. Porque si aún al principio la aventura se llevaba al ritmo previsto...

... con próspero Nordeste favorable
camina alegremente nuestra armada,
y el mar más sosegado y navegable
la línea en breve tiempo fué pasada.
Con viento en popa vía y amigable
de cabo Frío punta fué doblada,
en costa del Brasil tierra tomaron,
y aun isla Santa Bárbara nombraron.
Del gran Carlos las armas se poniendo
y posesión por él allí tomando...

... Luego empiezan las tragedias típicas (enfermedad, hambre, traición) de toda la colonización americana.

... Don Pedro en este tiempo hubo enfermado
del morbo que de Galia tiene nombre,
con miedo de morirse en aquel río,
a Castilla se vuelve en un navío.
Quedó por capitán y por teniente,
y en muerte sucesor de aquella tierra,
Ayolas, que fué arriba con la gente;
acá Francisco Ruiz hace la guerra
en Buenos Aires, y anda diligente,
mas poco le aprovecha que la perra
pestífera cruel hambre canina,
a todos abandona, y los arruina.

La gente ya comienza a enflaquecerse,
las raciones se acortan cada día,
no puede al padre el hijo socorrerse,
que cada cual su muerte más temía,
y aunque es muy natural el condolerse,
y cada cual del otro se dolía,
empero más suvida procuraba,
y caridad de sí la comenzaba.

La desesperación lleva al Norte...

... Ayolas pasó el río y los pantanos
diciendo a Salazar que le aguardase,
llegó donde hinchó muy bien las manos,
mas Dios no fué servido que tornase...
... Salazar, como vido que tardaba,
bajóse al Paraguay...;
en esto vuelve Ayolas diligente
con plata, mas no halla los navíos,
el hecho viendo el indio de repente,
la carga de la plata deja Ilios,
y acude contra Ayolas de repente,
no puede escabullirse, que los ríos
están delante de él, y así murieron
el pobre y los demás que con él fueron (24).

La cordillera de los Andes, pasadas por los españoles en una heroica empresa, es referida por Alonso de Ercilla, en su Canto XXXV. Iban primero enardecidos por el afán de aventura, gloria y dinero con el guía indígena mostrándoles el camino:

Ibamos sin cuidar de bastimentos
por cumbres, valles hondos, cordilleras,
fabricando en los llanos pensamientos,
máquinas levantadas y quimeras;
así, ufanos, alegres y contentos,
pasamos tres jornadas, las primeras,
pero a la cuarta, al tramontar del día,
se nos huyó la temerosa guía.

El síntoma amenazador no los para...

El cruel indicio, la sospecha cierta,
los ánimos turbó más esforzados,

---

(24) Martín del Barco Centenera: *Argentina y conquista del Río de la Plata.* Lisboa, 1602, M. B. N.

viendo la falsa trama descubierta,
y los trabajos ásperos doblados;
mas, aunque sin camino y en desierta
tierra, del gran peligro amenazados,
y la hambre y la fatiga todo junto
no pudo detenerlos sólo un punto.
Pasamos adelante, descubriendo
siempre más arcabucos y breñales,
la cerrada espesura y paso abriendo
con hachas, con machetes y destrales;
otros con pico y azadón rompiendo
las peñas y arraigados matorrales,
do el caballo hostigado y receloso
afírmase seguro el pie medroso.

Es sólo una expedición pero un símbolo y ejemplo de cómo eran todas las realizadas por los españoles en aquella selvática América del Dieciséis...

Nunca con tanto estorbo a los humanos
quiso impedir el paso la Natura,
y que así de los cielos soberanos
los árboles indicases el altura;
ni entre tantos peñascos y pantanos
mezcló con tanta maleza y espesura
como en este camino defendido,
de zarzas, breñas y árboles tejido.

Y el hambre...

Y además del trabajo incomportable,
faltando ya el refresco y bastimento,
la aquejadora hambre miserable
las cuerdas apretaba del tormento;
y el bien dudoso y daño indubitable
desmayaba la fuerza y el aliento,
costando un dejativo sudor frío
de los cansados miembros todo el brío.

Si la empresa sigue es sólo por la reacción siguiente...

Pero luego también considerando
la gloria que el trabajo aseguraba,
el corazón, los miembros reforzando,
cualquier dificultad menospreciaba,
y los fuertes opuestos contrastando,
todo lo porvenir facilitaba;
que el valor más se muestra y se parece
cuando la fuerza de contrarios crece.

Las mismas dificultades sólo vencidas a fuerza de amor propio y constancia, encontraron los expedicionarios al Dorado. Cualquier rumor vago de riquezas lejanas bastaba para poner en pie una expedición que se entraba por las selvas y los caminos prácticamente cegados, abriéndose paso sin dejar de defenderse contra las asechanzas del enemigo emboscado. En la aventura del Dorado—muestra entre mil de su heroísmo—el capitán Lorenzo Martín animaba alegremente a sus compañeros contra uno de los enemigos mayores: la falta de víveres. Tal es la copla, según Castellanos:

Sus, sus, hermanos míos;
trastornemos y busquemos
algo con que reforcemos
los estómagos vacíos.
Sacad de flaquezas bríos,
aunque estáis puestos del lodo,
si no queréis que del todo
nos quedemos patifríos.
Tenemos las camisetas
flojas y anchos los jubones;
pretinas de los calzones
encogen las agujetas.

A través de la ironía puede advertirse el tremendo problema de la expedición cuando perdía contacto con el punto de procedencia y no veía más que selva o montañas altísimas. El hambre hacía presa en ellos cuando se negaban a retroceder, porque imaginaban que pronto iban a alcanzar el pueblo ubérrimo y los yacimientos de oro y plata. Expedición hubo en que salieron cuatrocientos hombres y regresaron sólo noventa, vencidos más de la tierra que de los indios; los que regresaban, enflaquecidos, hambrientos, destrozada la ropa, parecían cadáveres que caminasen. En la expedición de Quesada, por ejemplo:

Al cabo de tres años de jornada
y de más de trescientos españoles
sólo sesenta y cuatro se escaparon,
que, del mal que traían en el cuerpo
después desto, murieron los más dellos.
Sin que bastasen curas ni regalos
para se restaurar; y de los indios,
que eran mil y quinientos, sólo cuatro;
de mil y cien caballos, dieciocho;
y haría de daño la jornada
sobre doscientos mil pesos de oro.

Según cuenta Castellanos en su *Historia de Nueva Granada.* Pero esto fué topando pocos enemigos y casi todo por enfermedades y de hambre. Porque si no era de temer demasiado la macana o maza del indígena, sí era peligrosa la hierba o veneno que se ponía en las flechas y que había matado, entre otros grandes conquistadores, a Juan de la Cosa y a Alonso de Ojeda. El mismo poeta explica lo que sucede:

> Si ves que peleando lo más fuerte
> muere, razón no pide que te asombres;
> mas si morir de yerba fué la suerte,
> es mal que de mil males tiene nombres.
> Y ansí la muerte tal es más que muerte,
> y los de la tal guerra más que nombres.
> Pues una muy ligera picadura
> basta para te dar la sepultura.

Los condenados por la infección sabían morir:

> Aconteció ver uno descubierto
> con las angustias el llegado pecho,
> y con estar el pobre casi muerto
> se levantó a cubrirle de su lecho,
> y díjole: "Señor, tened por cierto
> que vos y yo no somos de provecho;
> encomendaos a Dios." Y en este punto
> de los dos cada cual quedó difunto.

La serenidad llegando hasta el umbral mismo del fin. Un estoicismo necesario para soportar los males que llovían sobre ellos. Todo por creer a los indígenas que les prometían muchas y ricas poblaciones más allá de donde ellos estaban, unas veces por creerlo así sin haberlas visto nunca; otras, las más, por quitarse de encima tan molestos huéspedes. Oigamos a Castellanos de nuevo:

> Hallarás extendidas poblaciones
> con toda la grandeza que deseas:
> oro, piedras preciosas, ricos dones,
> muy lucidos ropajes y preseas;
> sus ejercicios son contrataciones,
> ansí ciudades como las aldeas:
> es gran provincia, próspera, pujante
> de sal y bastimentos abundante.

Muchas veces no bastaba con abrir caminos y guerrear y levantar empalizadas. Además de ingenieros, militares y arquitectos, debían

saber construir un barco para seguir los caudalosos ríos que topaban en su camino. Así hizo Gonzalo Pizarro en el Amazonas, según cuenta Tirso de Molina en su *Trilogía de los Pizarros*:

Resolvióse don Gonzalo
a una cosa sólo digna
de los caprichos Pizarro,
porque temoso fabrica
un bergantín que asegure
los enfermos que peligran.

Hace falta hierro...

... y que le den solicita
las armas de los que han muerto;
cascos, arneses, cuchillas,
y hasta las propias pretinas
deshierra, forjando luego
todo lo que necesita
un bajel de esta materia.

El ejemplo del capitán, tan necesario en las altas empresas:

Don Gonzalo es el primero
que, porque todos le sigan,
ya en el taller, ya en la fragua,
trabaja, sopla, martilla,
compasa, mide, dispone,
desbasta, asierra, acepilla.

Los más difíciles materiales son sustituídos:

Bejucos sirven de jarcias,
y la goma que destilan
los árboles de las selvas
suplió la brea y resina;
para que no falte estopa,
mantas de algodón deshilan,
que el casco calafatean,
y de las rotas camisas
velas remendadas hacen,
conque logrando fatigas
al agua alegres le arrojan
y en él sus remedios libran.

* * *

Habiendo Magallanes, el portugués al servicio de España, muerto en un islote de Mactán, en el Pacífico, Juan Sebastián Elcano, terminó la difícil empresa llevando a Sevilla la nave superviviente *Victoria,* hazaña por la cual fué ennoblecido por el emperador. Francisco Mosquera describe la emocionante llegada en su poema *La Numantina*:

Entraba en el breado y hueco pino,
tomando el dulce y suspirando puerto,
Juan Sebastián Elcano, vizcaíno,
piloto de este mundo el más experto,
después de haber andado en su camino
cuanto del mar se halla descubierto
en una nave dicha *La Victoria,*
¡hazaña digna de inmortal memoria!

* * *

En *El nuevo mundo descubierto por Colón,* Lope de Vega hace pedir a la cautiva india Tacuana la unión de conquistadores y conquistados:

... Ansí veáis esta tierra
sujeta a vuestros pendones,
y este vuestro Dios y Cristo
triunfador de nuestros dioses;
y la cruz que nos predica
aquese bendito monje,
que la trujo en sus espaldas
por la redención del orbe,
desde Haití a la hermosa Chile
generalmente se adore,
y la misa que esperamos
mueva nuestros corazones;
y así veáis esas barbas,
que acá tal espanto ponen,
hasta la cinta crecidas,
por tan larga edad se logren;
y volváis a vuestras patrias,
y que vuestros hijos pobres
jueguen ricos al tejuelo
con el oro de estos montes,
o los traigáis a casar
con nuestras hijas, adonde,
mezclándose nuestra sangre,
seamos todos españoles.

Esta era la idea. Y si abusos hubo, tampoco faltó quien los denunciara a voz en grito. El Padre Las Casas, la más revolucionaria y discutida figura de la empresa americana, es elegida por Castellanos (25):

En aquesta sazón que voy diciendo,
hubo por estas partes y regiones
un clérigo bendito, reverendo,
testigo de muy grandes sinrazones,
a quien Dios levantó, según entiendo,
por favorecer de estas naciones;
Bartolomé Casaus se decía,
padre de esta moderna monarquía,
cuyo nombre merece ser eterno
y no cubrirse con oscuro velo,
pues procuró dar tan buen gobierno
a los conquistadores de este suelo,
que sacó muchas almas del infierno
a las contemplaciones del alto cielo,
aqueste pareció tal cual lo pintó
ante la majestad de Carlos Quinto.
El fué quien descubrió la gran solapa
de males hechos en aquesta gente,
defensa fuerte, protector y capa
de los bárbaros indios de Occidente;
siendo después obispo de Chiapa,
acabó su carrera santamente;
y en Indias el protervo y el sencillo
tienen justa razón de bendecillo.

---

(25) *Elegía XIII, Canto II.*

CAPITULO V

EL DEFENSOR DE LA FE

De Carlos V heredaba Felipe los Estados de España y posesiones americanas e italianas, plazas fuertes del Norte de Africa, Franco Condado y Países Bajos. Por el Milanesado dominaba en la Italia del Norte y enlazaba a través de la Valtellina y el Franco Condado, los territorios españoles de los dos extremos de Europa. No obtenía el imperio alemán, que iba a Fernando. Como dice Francisco Medrano explicando la abdicación:

> De sostener cual nuevo Atlante el mundo
> el siempre augusto Carlos ya cansado.
> "Gentes—dice—no vistas he tomado,
> hollado el suelo, hollado el mar profundo.
> Hecho el persa monarca a mí segundo,
> preso al francés, al moro leyes dado,
> el cielo en ambos hombros sustentado;
> más grave con las glorias que en él fundo.
> Luego del mundo desdeñoso y harto,
> "tú gobierna—al hermano le decía—
> de Roma el ancho imperio y de Alemaña".
> Y al hijo: "Tú de la invencible España
> y del indio, tendrás la monarquía,
> y entre ambos junte amor lo que yo parto."

Y con la herencia llegaban también los enemigos. Franceses, turcos, protestantes de todas las sectas que veían un valladar a su expansión en el catolicismo militante de Felipe. Con los primeros siguió la lucha, que ya parecía de necesidad en todo gobernante español.

Y la batalla de San Quintín sobre la siempre enemiga gente francesa produjo tal impresión entre los espíritus de la época que para cantarla, Ercilla abandona la lucha araucana, y en el Canto XVII...

... Viendo el hijo la próspera carrera
del victorioso padre retirado,
por hacer la esperanza verdadera
que siempre en sus obras había dado,
por el principio y ocasión primera
aquel copioso ejército ha juntado,
para bajar de la enemiga Francia
la presunción, orgullo y arrogancia.

... Aquella es San Quintín, que ves delante,
que en vano contraviene a su ruina,
presidio principal, plaza importante,
y del furor del gran Felipe digna:
hállase dentro della el almirante,
debajo cuyo mando y disciplina
está gente práctica de guerra
a la defensa y guarda de la tierra.

En tres partes allí como se muestra
el enemigo campo se reparte,
Cáceres con su tercio a mano diestra,
donde está de Felipe el estandarte,
el pronto Navarrete a la siniestra
con el conde de Mega, y de la parte
del Burgo y Julián con otras naciones
españoles, tudescos y valones.

Llegamos, pues, a tiempo que seguro
podrás ver la contienda porfiada,
y sin escalas por el roto muro
entrar los de Felipe a pura espada;
verás el fiero asalto y trance duro,
y, en fin, la fuerte Francia aportillada:
que al riguroso hado incontrastable
no hay defensa ni plaza inespugnable.

... Encarnizada resistencia.

Los franceses, con muestra valerosa,
armas y defensivos instrumentos,
resisten la llegada impetuosa
y los contrarios ánimos sangrientos;
mas la gente española más furiosa,
cuanto topaba más impedimento,
con temeroso coraje y porfiado
rompe lo más difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
gran contienda, revueltas y embarazos,
muertes extrañas, golpes y heridas
de poderosos y gallardos brazos;
cabezas hasta el cuello más hendidas,
y cuerpos divididos en pedazos:
que no bastaban petos ni celadas
contra el rudo rigor de las espadas.
con esfuerzo y valor por todos lados;
era cosa de ver la herrería
de las armas y arneses golpeados;
la espantosa y horrenda artillería,
las bombas y artificios ar rojados
de pólvora, alquitrán, pez y resina,
aceite, plomo, azufre y trementina.
Y a vueltas un granizo y lluvia espesa
de lanzas y saetas arrojaban,
peñas, tablas, maderas, que a gran priesa
de los muros y techos arrancaban:
la fiera rabia y gran tesón no cesa,
hieren, matan, derriban; y así andaban
los unos y los otros tan revueltos
en hornos, fuego, sangre y humo envueltos.

El asalto:

... De tal manera la francesa gente
sin bastar resistencia y fuerza alguna
la arrebató la próspera corriente
del hado de Felipe y su fortuna,
que ya sin poder más, forzadamente
a la furia rendida, por la una
parte que estaba Cáceres dió entrada
a su enemiga gente encarnizada.
Y aunque por esta parte el almirante
el golpe de la gente resistía,
no fué ni pudo al cabo ser bastante
a la pujanza y furia que venía;
quedó en prisión con otros, y adelante
la victoriosa y fiera compañía,
dejando eterna lástima y memoria,
iba siguiendo el hado y la victoria.

Empieza el saqueo, plástica y objetivamente descrito:

... Pero los vencedores, cuando vieron
su gran temor y poco impedimento,
los brazos altos y armas suspendieron
por no manchar con sangre en vencimiento;

y sin hacer más golpe arremetieron,
vuelto en codicia aquel furor sangriento,
al esperado saco de la tierra,
premio de la común gente de guerra.
Quien las herradas puertas golpeando
quebranta los cerrojos reforzados,
quien por picas y gúmenes trepando
entra por las ventanas y tejados;
acá y allá rompiendo y desquiciando
sin reservar lugares reservados,
las casas de alto abajo escudriñaban,
y a tiento sin parar corriendo andaban.
Como el furioso fuego de repente,
cuando en un barrio o vecindad se enciende,
que con rebato súbito la gente
corre con priesa y al remedio atiende;
y por todas las partes francamente
quien entra, sale, sube; quien desciende,
sacando uno arrastrando, otro cargado
el mueble de las llamas escapado.
Así la fiera gente victoriosa
con prestas manos y con pies ligeros
de la golosa presa codiciosa
abre puertas, ventanas y agujeros,
sacando diligente y presurosa
cofres, tapices, camas y rimeros,
y lo de más y menos importancia,
sin dejar una mínima ganancia.
... Mas del piadoso rey la gran clemencia
había las fieras armas embotados,
que con remedio presto y diligencia
todo el furor y fuego fué apagado;
al fin, sin más defensa y resistencia,
dentro de San Quintín quedó alojado,
con la llave de Francia ya en la mano,
hasta París abierto el paso llano.

Contaba entonces, además, Felipe con la alianza de María Tudor, reina católica de Inglaterra, cuyo marido fué por deseo de Carlos. Sin embargo, era muy extraño el país para los españoles. Felipe II no vivió en él más que como obediente hijo, ligado sin amor a la reina. Y del espíritu de los caballeros que acompañaban, dan idea los versos anónimos:

Que yo no quiero amores
en Inglaterra,
pues otros mejores
tengo yo en mi tierra.

¡Ay Dios de mi tierra,
saquéisme de aquí!
¡Ay, que Inglaterra
ya no es para mí!

O la otra poesía más violenta, que empieza:

Me veo morir agora de premura
en esta desleal isla maldita.

Poco después empezaron a cambiar las tornas. El rey Felipe no tenía en los Países Bajos el ambiente favorable de Carlos V. Porque éste había nacido en Gante, y su carácter y costumbres eran muy parecida a los flamencos, a los que le unía, además, el uso de la lengua común, que Felipe ignoraba. Desde el primer momento consideraron los señores que sus fueros peligraban con su gobierno, y el recelo de castellanos y aragoneses ante la venida de Carlos I se repetía a la inversa en el caso de su hijo en Flandes. Margarita de Parma, hija natural de Carlos, y gobernadora, se veía impotente ante la presión de los nobles del país pidiendo la libertad religiosa, único extremo en el que Felipe II no estaba dispuesto a ceder un ápice. La propaganda calvinista, cada vez mayor en vista de la anuencia tácita de los aristócratas indígenas, llegó a tal punto, que en agosto de 1566 fueron asaltados los templos y destruídos gran número de signos del culto. El rey no pudo contenerse ante la ofensa a los principios para él más sagrados y organizó la famosa expedición de los Tercios, a cuyo frente colocó al duque de Alba.

El poeta anónimo contará su camino:

La fe lleva por bandera
como fiel y buen cristiano,
que, según las gentes dicen,
es el duque de Alba hispano,
que el rey don Felipe envía
—mayor que Alejandro Magno—
para castigar la secta
del malvado luterano.

Exactamente "calvinista", pero el poeta no hace distinción de sectas; para él, católico intransigente como todos sus compatriotas, no serlo es ya un crimen...

Pasa por la alta Borgoña,
deja Alemania a una mano;
atravesaba a Turín
y también al saboyano.

Primeras medidas al llegar a la zona peligrosa:

Entre Bruselas y Amberes
meten muchos castellanos,
reedificándose los templos
de aquel tumulto inhumano.

Siempre lo religioso presidiendo a lo político. Egmont y Horn son detenidos:

Los condes mete en prisión,
oye misá el que cristiano,
lo que antes no se hacía
que era todo luterano.

Se castiga a los enemigos del rey. Pero uno escapa...

Después degolló a los condes
y a otros muchos hijosdalgo,
sólo el príncipe de Orange
por las artes se ha escapado.
Metídose ha en Alemaña
y un gran campo había juntado
para venir contra el duce
a ver si podía pescarlo.

Pretensión desmedida. El de Alba deshace su ejército:

... con gran pérdida de gente
a Alemaña se ha tornado,
y mostrando gran tristeza
a solas se ha retirado;
unos dicen que se ha muerto,
otros, loco se ha tornado.

El duque de Alba, que tantas plumas movió en contra entre los enemigos de España, tiene favorecedores entre los poetas hispánicos. Andrés de Claramonte *(El valiente negro en Flandes)* le elogia, aunque supone que llega por mar:

CAPITÁN 1.º
No se ha visto tan próspero viaje.

CAPITÁN 2.º

Las naos no eran naos, sino cometas.

CAPITÁN 1.º

Al duque se le debe el buen pasaje
que las furias del mar tienen sujetas.

CAPITÁN 2.º

Viento en popa el felice marinaje
tocó en Flandes las heladas metas
en ocho días.

CAPITÁN 1.º

César es segundo.

CAPITÁN 2.º

Y fuera otro Alejandro a hallar más mundo.

CAPITÁN 1.º

!Con qué gusto el país lo ha recibido¡

CAPITÁN 2.º

La plata de su barba venerable
a unos temor y a otros respeto ha sido

CAPITÁN 1.º

Es severo.

CAPITÁN 2.º

Es señor.

CAPITÁN 1.º

Y es todo amable

CAPITÁN 2.º

El de Orange, sabiendo que ha venido,
lamenta ya su estado miserable.
Mas ¿qué es esto?

CAPITÁN 1.º

La guarda al duque meten.

CAPITÁN 2.º

Sus virtudes la gloria nos prometen.

Su dureza se consideraba necesaria y su sentido de la disciplina capital para conservar ésta en un país rodeado de peligros. El mismo

Claramonte hace una descripción perfecta de las condiciones en que se luchaba en los Países Bajos y de las mejores posibilidades de los rebeldes (jornada segunda de la misma obra).

DUQUE

A nuestro honor y la opinión de España
la retirada es vil y es afrentosa.

CAPITÁN 1.º

Pues muramos, Señor, en la campaña,
porque vivir es imposible cosa;
el invierno es terrible, y es extraño
la injuria de sus nieves, que en copiosa
multitud se desata de los cielos;
que todo es confusión y todo es hielos.

DON AGUSTÍN

Los carteles están en los pantanos
y en agua y llama los soldados todos,
sobre quien nada la fagina y ramos,
resisten la fortuna entre los lodos.
Cada día soldados sepultamos
que amanecen helados.
... Los rebeldes son hijos de la nieve
y están de puesto y sitio mejorados;
no los ofende el agua, aunque más llueve,
ni el cielo, entre quien viven conservados;
el sitio donde están el agua embebe,
defendidos de montes y collados,
y nosotros tenemos importunas
(a la espalda, Señor) cuatro lagunas;
y ansí es acción forzosa retirarnos
por la puente que el príncipe promete,
y el agua en las trincheras se nos mete.

Dramatismo que como en tantas cosas españolas se remansa y distrae con una "flamenquería" graciosa. Juan, el negro de Flandes, promete al duque traerle banderas enemigas como alfombras.

JUAN

... Señor, así no se requiete
vuecelencia, aunque el coro así se altera.
Por ahora la traigo esta bandera;
tapete sea de estos pies, en tanto
que voy por todas las que el campo tiene
y hagan los capitanes otro tanto
si un negro tanta infamia les previene.

El peligro musulmán expulsado de las tierras españolas se había quedado muy cerca de la costa, en figura de corsarios berberiscos o turcos y a veces en combinación con los moriscos españoles. Góngora describe el peligro en un romance:

Según vuelan por el agua
tres galeotas de Argel,
un Aquilón africano
las engendró a todas tres.
Y según los vientos pisa
un bergantín genovés,
si no viste el temor alas,
de plumas tiene los pies.
Mortal caza vienen dando
al fugitivo bajel
en que a Nápoles pasaba,
en conserva de virrey,
un español con dos hijas,
una sol y otra clavel,
que tuvierón a León
por Oriente y por vergel.

Muchas veces el enemigo de la fe era un renegado conocedor de las costumbres y modo de combatir cristianos.

Derrotóle un temporal,
y ya que no dió al través,
a vista dió de Morato,
renegado calabrés.
El tagarote africano
que la español garza ve,
en su noble sangre piensa
esmaltar el cascabel.

Afortunadamente las muchachas se libran del serrallo gracias al puerto de Denia:

... Ya surcan el mar de Denia,
ya sus altas torres ven,
grandeza del duque ahora,
título ya del marqués.

Duque de Lerma y marqués de Denia:

De sus torres los descubren,
y en distinguiendo después
la cruz en el tafetán,
la luna en el alquicel,
ocho o diez piezas disparan,
que en ocho globos o diez
envuelven de negro humo
al corsario su interés.

Los corsarios actuaban protegidos siempre por la sorpresa. En otro romance lo dice el mismo poeta:

Levantando blanca espuma
galeras de Barbarroja
ligeras le daban caza
a una pobre galeota.
... Y cuando a los sordos remos
más se humillaban las olas,
más se ajustaba a la vela
el blando viento que sopla,
espiándola detrás
de una punta insidiosa
estaba el fiero terror
de las playas españolas.

Quien caía en manos de los infieles sabía que le tocaban años y años de remar en las galeras musulmanas hasta que la muerte o la derrota del dueño de su nave le liberase. Su sentimiento lo reflejó Góngora en su famosa elegía:

Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo
ambos ojos en la tierra,
un forzado de Dragut,
en la playa de Marbella,
se quejaba al ronco son
del remo y de la cadena...
... pues eres tú el mismo mar
que con tus crecientes besas
las murallas de mi patria,
coronadas y soberbias;
tráeme nuevas de mi esposa,
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros

que me dice por sus letras;
porque si es verdad que llora
mi cautiverio en tu arena,
bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas.

El llanto queda truncado por los caballeros de Malta, que cooperaban con el español en la persecución de los piratas:

En esto se descubrieron
de la religión seis velas,
y el cómitre mandó usar
al forzado de su fuerza.

Los peligros musulmanes hicieron continua la alarma española, y se procuró mantener siempre en vigilancia algunos puntos de la costa africana. En estas bases, rodeadas enteramente por difíciles adversarios, la vida no era fácil. Nos lo dirá mejor el poeta cordobés al describir un intento de sorprender a la guarnición cristiana:

Servía en Orán al rey
un español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
a una gallarda africana,
con quien estaba una noche
cuando tocaron al arma.
Trescientos cenetes eran
de este rebato la causa,
que los rayos de la luna
descubrieron sus adargas;
las adargas avisaron
a las mudas atalayas,
las atalayas los fuegos,
los fuegos a las campanas;
y ellas al enamorado,
que en los brazos de su dama
oyó el militar estruendo
de las trompas y las cajas (26).

---

(26) José María de Cossío: *Romances de Góngora*, en *Revista de Occidente*. Madrid.

El pueblo español siempre había recelado de ellos. Juan Rufo, en la Austriada, al comentar su alzamiento, se queja de la moderación con que siempre habían sido tratados:

Tanta solicitud, tanto aparato
andaba entre esta gente endurecida
¡oh pueblo desleal, linaje ingrato,
sacrílega nación, falsa, homicida!
Bien pudiera salirnos más barato
el daño que a lamentos os convida,
si la misericordia en vos usada
no dilatara el golpe de la espada.
También daba lugar a la clemencia
el pensar que las malas intenciones
iban tras vanidad e insolencia;
y lejos de llegar a ejecuciones,
España restribaba en su potencia,
temida en remotísimas naciones,
y el rey Felipe, cuanto poderoso,
tanto menos del caso receloso.

Sus ventajas eran muchas. No eran llamados por el rey y mientras los cristianos españoles se desangraban en guerras, ellos se fortalecían física y económicamente...

... no andaban los moriscos muy errados
para atinar el blanco de su intento,
ni en vanas esperanzas sustentados
ni fabricaban torres en el viento,
pues eran españoles esforzados,
y sus designios iban en aumento;
crecían sus haciendas y linajes
y nuestras guerras y peregrinajes;
ellos gozando de sus largas vidas
en los fértiles senos de Vandalia,
nosotros en batallas muy reñidas
con toda el Asia, el Africa, la Galia;
nosotros por las ondas homicidas
desde el ludo remoto hasta Italia,
ellos bien reservados destos daños,
teniendo cuatro hijos en tres años.

De los cuales ninguno profesaba
religión, castidad, letras ni guerra,
ni vagabundo al viento velas daba
por altos mares lejos de su tierra;
una patria común los albergaba
y un común ejercicio en llano y sierra,
por el cual la gran madre agradecida
se mostraba el sustento de su vida.
Tanto, que en menos de una edad entera
crecido habían ya y multiplicado
en número y riquezas, de manera
que parecía caso no pensado.
Previstas estas cosas, ¿quién no viera
el peligro que estaba aparejado?
¿O quién no procurara no pensarlo,
si el remedio estuviera en olvidarlo?

El problema se hace grave, y el rey intenta tomar medidas para incorporar a la patria católica este cuerpo injertado...

... El tiempo daba fuerzas al destino
de aquella más nacida y torpe gente,
hasta que permitió el favor divino
que declinase miserablemente;
y comenzó a impedirles el camino
nuestro rey, severísimo y prudente,
mudándoles el traje a la cristiana,
y el arábigo en lengua castellana.
La voz deste precepto, a ellos tan duro
como contrario objeto de su intento,
hizo portillo al aparente muro
de su vergüenza, y vióse el sentimiento;
porque desconfiando en lo futuro,
trataron de venir en rompimiento,
cortando el hilo a muchas prevenciones,
que donde hay fuerzas cesan elecciones.
La instancia misma con que se apelaba
de la nueva ordenanza y la querella
que de cada morisco se fundaba
para excusar el cumplimiento della
era argumento con que se comprobaba
cuán buen principio fué el establecella,
cuán importante medio confirmalla,
cuán justo y santo fin ejecutalla.
El tiempo volador llegar quería
al fin del plazo que les fué asignado
de dos años; mas nadie en aljamía
hablaba ni mudaba el traje usado.—

Ninguno la pragmática temía,
porque a más entre sí estaba obligado,
y todos de consumo se animaban
para el levantamiento que tramaban.

Habilidad de los moriscos para saber su número:

Es la necesidad gran inventora,
sutil maestre de artes no aprendida;
tiene de Argos la vista veladora
y del lince las señales conocidas.
Este les enseñaba cada hora
astucias y cautelas nunca oídas
y entre ellas una que les fué maestra
para hacer reseña y tomar muestra.

Fingen que su hospital está sin renta,
sin propios ni hacienda competente,
y para remedio desta afrenta
importe hallar forma y expediente
tal, que el público bien provecho sienta
sin que el particular se descontente,
porque a servir al alto Dios se atienda
y el prójimo en su nombre se defienda.

Después que un medio y otro fué apuntado
se resolvió, el acuerdo concluyendo,
en que todo morisco esté obligado,
los viejos y muchachos eximiendo,
a dar un estipendio señalado,
porque la devoción vaya creciendo.
Hecha, pues, la instrucción, los diputados
salieron a los pueblos aliados.

... Así que resultó de la cobranza
la brava alteración de aquella tierra,
y por padrón abierto averiguarse
la gente que era útil para armarse.
Pasaron de cien mil, ¿quién lo creyera?,
de edad robusta y juveniles años,
de los cuales ninguno la carrera
rehusa de pasar a muerte y daños.

Y arroje de la careta. Los hermanos de los moriscos no están entre los españoles, con los que viven, sino entre los moros, con los cuales suspiran el mismo nombre de Alá. De Africa vendrá la ayuda quién sabe si para una nueva conquista de El Andalus:

... un viejo: Seréis de Africa y Asia socorridos
de gentes, vituallas, municiones,
y podréis, si quisiéredes partidos,
pedir aventajadas condiciones,
que al cabo es imposible ser vencidos
adonde con murallas y bastiones,
baluartes, fosos, sitios y asperezas
os hace fuertes la Naturaleza.
Mas, sobre todo, en todo caso os pido
un rey alcéis por evitar señores,
de cuya división han procedido
perpetuamente envidias y rencores;
y pues que de Granada está ofendido
un noble descendiente de Almanzores,
no hallo para rey más útil hombre
que quien la sangre afronta con el nombre.

Así fué nombrado jefe de los moriscos Fernando de Córdoba y Válor, descendiente de los Omeyas y empezaba la guerra.

Salió a combatirlos el marqués de Mondéjar, según *La Austriada*, de Rufo Gutiérrez:

Pasa el marqués a Lanjarón, y en ella
rompe la furia el bárbaro enemigo;
ya en Orgiva le vence y atropella,
ya en Pitris hace en él igual castigo.

Por el otro lado entraba en campaña el marqués de los Vélez con sus milicias andaluzas:

Entra Vélez con otro estrago y mella
lo hace de su mal, parte, y testigo
en Anderox le ofende y le maltrata;
en Paterna le vence y desbarata.

Empezaron los rebeldes a cejar, y entonces empezó la separación celosa entre los jefes cristianos. Para aunarlos, Felipe nombra general a don Juan de Austria, su hermano bastardo, hijo de Carlos V y Bárbara de Blomberg:

Así lo quiso y fué tanbien servido
de dar a don Juan de Austria (que tal era
del príncipe fatal el apellido)
los mayores aplausos de la esfera,
gallarda agilidad, claro sentido,
hermosa proporción, beldad severa,
ser a todos hermoso y apacible.

El marqués de Vélez, por no sufrir el mando único, cesa en la empresa. Lo explica Pérez de Hita en el Canto XXV, III de las *Guerras Civiles de Granada,* segunda parte:

Aquel de las ortigas valeroso,
viendo que don Juan era llegado
con el comendador tanto famoso,
con su venida fué regocijado.
Hablando con el príncipe glorioso,
mostrándole el aspecto sosegado:
Sea vuestra alteza bienvenido,
pues mi deseo ya hoy se ha cumplido.
Ya, señor, soy viejo, estoy cansado;
luego me conviene a mí partirme
a ver mis casas, mis hijas y mi estado;
quiero de la guerra despedirme;
campo queda hecho bien formado;
tiempo hay oportuno para irme;
gente queda toda de valía,
muy poco le hará falta la mía.

La suerte de la guerra está decidida. Sus últimas incidencias, según Pérez de Hita (segunda parte, Canto XI)...

Temeroso de la muerte
estaba Abenadó Audalla,
viendo como ya la guerra
con su daño se acababa,
y en ver que los capitanes
ya no curan de las armas
y que niños y mujeres
por las paces suplicaban.
Al fin recuerda, rendido,
de enviar a don Juan de Austria
que las paces le conceda,
como lo pide y demanda;
que las haciendas se queden
en los moros de Granada
como solían estar,
pagando su pecho y farda,
y que los turcos se embarquen
y pasen la mar salada,
y para tratar las paces
al buen Habaquí enviara,
por ser hombre muy prudente
y discreto en cualquier habla.

La última resistencia de la facción extremista es inútil...

Todo el escuadrón morisco
se rebela contra Audalla;
Audalla se va huyendo
junto a Sierra Nevada.
Allí, en una oscura cueva,
tiene el moro su posada,
con muy pocos que le siguen
de los Monfís, gente mala.
Luego los más capitanes
de la gente rebelada,
Abenayx de Cantoria
y el Maleh y su mesnada,
con otros muy muchos moros
Andarax hacen jornada,
y allí confirman las paces
como estaban ya tratadas.

El rey toma medidas severas para evitar otra sublevación:

... Su majestad mandó luego
que saliesen de Granada
todos los moros y moras
y los de las Alpujarras,
y que pena de la vida
aquel que al contrario haga;
mucho sintieron los moros
aquesta nueva demanda,
que más quisieran morir
que dejar su dulce patria;
mas alfin la patria dejan
y en Castilla se trasladan,
y en toda el Andalucía,
y en Sevilla la nombrada,
y en otras muy muchas tierras (27).

MUERTES EN LA CASA REAL

En este tiempo culmina la desventura que desde su nacimiento había tenido el príncipe Carlos. El heredero de la gigantesca monarquía demostró desde su primera juventud una descabellada forma de

---

(27) Ginés Pérez de Hita: *Guerras civiles de Granada, 1597*. Madrid, 1915.

ser y llegó a tener ideas fijas. Una de ellas la constituía el odio a su padre, y otra, consiguiente, el apoyo a sus enemigos, los calvinistas flamencos. Llevó su intemperancia a extremos, y su padre le mandó encerrar y poner guardias de vista. En la prisión—su propio cuarto—llevó intencionadamente una vida desarreglada en el comer y en el beber, lo que, unido a su flaca naturaleza, acabó con su existencia. Fray Luis de León saludó así al príncipe que se iba:

Ilustre y alto mozo,
a quien el cielo dió tan corta vida
que apenas fué sentida,

Y recordando la herencia a que su nacimiento le destinaba, incluída América:

fuiste muy breve gozo
y agora luengo llanto de tu España,
de Flandes y Alemaña,
Italia y de aquel mundo nuevo y rico,
con quien cualquier imperio es corto y chico.

Poco tiempo después, otra grave desazón afligió al rey. La reina Isabel de Valois, hija de Enrique II, y a quien la paz de 1559 con Francia había llevado a España como prenda de amistad, moría a consecuencia de un parto mal tratado. Cervantes la lloró glosándola como símbolo de unión entre ambas naciones:

Aquí el valor de la española tierra,
aquí la flor de la francesa gente,
aquí quien concordó la diferente,
de oliva coronada aquella guerra,
aquí en pequeño espacio veis se encierra
nuestro claro lucero de Occidente;
aquí yace encerrada la excelente
causa que nuestro bien todo destierra.

Pronto otro problema vino a preocupar al rey. Los turcos seguían su marcha triunfal por el Mediterráneo. Además de los auxilios a los moriscos, los mahometanos hicieron a Venecia, con quien habían mantenido hasta entonces buenas relaciones de amistad, la petición de la isla de Chipre.

Fernando de Herrera, en su *Por la Victoria de Lepanto,* describe así los planes de Selim II:

> ... Dijo aquél, insolente y desdeñoso:
> "¿No conocen mis iras estas tierras,
> y de mis padres los ilustres hechos,
> o valieron sus pechos
> contra ellos con el húngaro medroso,
> y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
> ¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
> pudo salvar los de Austria y los germanos?
> ¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
> guardar las de mi diestra vencedora?
> Su Roma, temerosa y humillada,
> los cánticos en lágrimas convierte;
> ella y sus hijos tristes mi ira esperan
> cuando vencidos mueran;
> Francia está con discordia quebrantada.
> Y en España amenaza horrible muerte
> quien honra de la luna las banderas;
> y aquellas en la guerra gentes fieras
> ocupadas están en su defensa,
> y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

Venecia, asustada, pide auxilio al Papa Pío V y España. No estaba ésta sin preocupaciones; pero el predominio turco en el Mediterráneo significaba el peligro para las costas del Estado español no sólo en Italia, sino en la misma España, y la ayuda enemiga a los moriscos, con lo que la guerra la tendría el monarca dentro de su propia casa. Por ello accedió a formar la Liga. Sin embargo, sus miras luchaban con el egoísmo de Venecia, que sólo ambicionaba acabar con la flota turca para seguir negociando con la Sublime Puerta y mantener su vida económica. Salvando momentáneamente las diferencias,

se firmó la coalición en 20 de mayo de 1571, y la elección del generalísimo recayó, tras alguna discusión, en el hombre destacado poco antes, don Juan de Austria.

Salen las lucidas escuadras. Por el camino se enteran de la capitulación de Famagusta y del horrendo suplicio a que han sido sometidos los jefes de la guarnición. En *La Santa Liga,* Lope de Vega describe la noticia que llenó de rabia a los cristianos. Lo cuenta el marqués de Santa Cruz a Soto, secretario de Juan de Austria, en el acto tercero:

CRUZ

Perdióse Famagusta.

SOTO

¿De qué suerte,
marqués de Santa Cruz?

CRUZ

De modo
que siendo la vencida, fué más fuerte.
... Los turcos al combate conducidos
por el soberbio Alí, la acometieron,
siendo del Bragadino resistidos.
Es éste un veneciano que temieron
otras veces, por ser tan valeroso.
Finalmente, ni entraron, ni pudieron.
Faltóles la comida, y fué forzoso
comer cosas jamás imaginadas.
... hizo el turco de tierra levantadas
torres fuertes iguales a la cerca
y minas por lo bajo solapadas.
Estuvo la canalla vil tan cerca,
que la batió sesenta y cinco días.
... Ciento y cincuenta mil dicen que fueron
los cañonazos que sufrió su muro,
y siempre los de dentro resistieron,
traían agua por lo más seguro
viejos, niños, mujeres y refresco
del puro vino y del bizcocho duro.
La hambre, que ha tenido parentesco
tan grande con la muerte, al fín forzóles
debajo del seguro barbaresco,
que se rindiesen al tirano, y dióles
Mustafá su palabra, si dejasen
a Famagusta dentro de dos soles.
¿Qué mucho que los tristes aceptasen
honrosas condiciones sin consejo?

Matólos sin que cuatro se escapasen.
A Bragadino, de la guerra espejo,
como un Bartolomé desolló vivo,
y colgó de una antena su pellejo.

El 7 de octubre, las naves de las dos flotas están a la vista en el golfo de Lepanto. Por consejo del almirante Doria, son cortados los espolones a las naves cristianas, a fin de bajar su línea de flotación y que los tiros enemigos queden altos. Avanza la escuadra enemiga en forma de media luna y los coaligados rompen su centro. He aquí la descripción que de la batalla hace Cristóbal de Virués:

Ya es todo fuego y humo el aire y cielo,
ya el son de las trompetas y clarines,
que llevado del aire claro vuelo,
recreaba el oído a los delfines,
es temor bravo y es moral recelo,
y un alto estruendo tal, que en los confines
de la más apartada mar y tierra
los corazones y ánimos atierra.
Las galeazas fueron las primeras
que la batalla horrenda comenzaron,
destrozando las bárbaras galeras,
cuya junta ordenanza aportillaron.
Ruromes, alaridos, voces fieran,
clamores por el aire resonaron,
el cual herido de balas, brama
entre el humo, las flechas y la llama.

El poeta tiene que recurrir al recuerdo clásico para poder explicar la consecuencia de fuego similar:

El mar en espumosa sangre vuelto,
con la mísera gente hierve y crece,
y de los cuerpos con furor revuelto
las galeras detiene y entorpece;
con hombres y madera ardiendo envueltos
a lo contrario de lo que es parece,
cual el espeso y fúnebre Aqueronte
y el infernal Cocito y Flagetonte.

El abordaje es la táctica naval; los barcos sólo se cañoneaban el tiempo de acercarse para convertirse en desvalidos ante la invasión de sus dominios:

Aquel salir y entrar en las galeras,
el caer en las aguas y en el fuego,
las bravas muertes de cien mil maneras,
las furias y el mortal desasosiego,
el abatir y enarbolar banderas,
el matar y pagar la muerte luego,
las voces de apellidos diferentes
nublaba los sentidos y las mentes.

Por fin, el coraje cristiano obtiene el triunfo. Enzarzadas las naves capitanas, el capitán mahometano Alí-bajá, cae. Su cabeza puesta en una pica fué el guión que explicó la victoria de unos y la derrota de los otros:

Más de doscientos fueron los bajeles
presos en el conflicto riguroso,
y quince mil los bárbaros infieles
muertos por el cristiano valeroso.

Hay algo más bello: la liberación de los galeotes cristianos, que, encadenados a los remos y oyendo sobre sus cabezas el rumor de la lucha, no sabían si les aguardaba la muerte o la libertad:

Y doce mil los cautivos fieles
libres en el suceso milagroso;
y es la demás riqueza allí ganada
tanta, que es imposible ser contada.

La nueva de Lepanto llegó a todas partes en muy poco tiempo, produciendo emoción y júbilo en la Europa cristiana. Pío V al saberla se hincó de rodillas y pronunció la frase evangélica: "Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan." En España reinó la alegría y como de costumbre se creyó que Dios había favorecido las naves españolas en su lucha secular. Así lo expresa Fernando de Herrera en su poema de Lepanto:

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció, del ancho mar, al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra,
salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero.

Porque los españoles, como el pueblo elegido, Israel, luchan contra el enemigo de Dios, que en el mundo toma formas diversas.

Todos los autores coinciden en que no se sacó el provecho necesario de la victoria. Los turcos se apresuraron a reorganizarse y la Liga, en cambio, a disolverse. Fernando de Herrera, en el mismo poema reseñado, después de entonar una diatriba simbólica y bíblica al gran hecho...

> ... Hoy se vieron los ojos humillados
> del sublime varón y su grandeza,
> y Tú solo, Señor, fuiste exaltado,
> que tu día es llegado.
> Señor de los ejércitos armados,
> sobre la alta cerviz y su dureza,
> sobre derechos cedros y extendidos
> sobre empinados montes y crecidos,
> sobre torres y muros, y las naves
> de Tiro, que a los tuyos fueron graves.
> Babilonia y Egipto amedrentada
> remeda el fuego y el asta violenta,
> y el humo subirá a la luz del cielo,
> y faltos de consuelo,
> con rostro oscuro y soledad turbada,
> tus enemigos llorarán su afrenta...

... vuelve curiosamente a la realidad de la política y aún de la geopolítica del siglo para indignarse contra Grecia. Grecia, puente entre Oriente y Occidente, coqueteando peligrosamente con los turcos por temor o por deslealtad innata:

> ... Mas tú, Grecia, concorde a la esperanza
> egipcia y gloria de su confianza,
> triste que a ella pareces, no temiendo
> a Dios y a tu remedio no atendiendo.
> ¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste
> en adulterio infame a una impía gente,
> que deseaba profanar tus frutos,
> y con ojos enjutos,
> sus odiosos pasos imitaste,
> su aborrecida vida y mal presente?
> Dios vengará sus iras en tu muerte;
> que llega a tu cerviz con diestra fuerte
> la aguda espada suya; ¿quién, cuitada,
> reprimirá su mano desatada?

Los intereses encontrados de antes se agravaron y cada uno de los beligerantes quería un objetivo distinto. El de España era, como

decíamos, el ataque a las plazas africanas, semillero de piratas, y, por consiguiente, se aprovechó la reunión de fuerzas navales para asestar un duro golpe a la fortaleza mahometana del norte de Africa. El 1 de octubre de 1573, don Juan de Austria zarpa de Mesina, y con ciento cuatro galeras y veinte mil soldados se presenta ante Túnez, ya una vez ganada por el emperador, que se rinde ante el alarde bélico. En esta ocasión explica la gesta Cristóbal de Virués en el soneto dirigido a don Juan Hurtado de Mendoza:

Aquí, Señor, donde a la gran Cartago
émula sucedió Túnez hermosa,
la armada de Felipe poderosa
hinche de gente el monte, el llano, el valle.
Teme el injusto turco el justo estrago;
desampara con fuga vergonzosa
la Alcazaba real, y a la espantosa
furia de Marte deja el pueblo en pago.
El huye y desampara sus haciendas.
Entra el famoso ejército de España,
don Juan de Austria, *Africano* apellidando
y él con justas y fáciles enmiendas,
clemencias y justicias, acompaña
y vuelve amigo al enemigo bando.

Como anteriormente hemos visto, la heredera de la Roma legendaria es España, que, al igual que ella, tiene que luchar contra bárbaros. Y como otro Escipión, don Juan toma su título de gloria.

LA UNION CON PORTUGAL

Con la batalla de Lepanto, la efemérides más grandiosa de la vida de Felipe es la anexión de Portugal a España; más que el logro de una comarca para los dominios del rey, significa la fusión de la parte lusitana con la obra de los Reyes Católicos. Porque, como explica Joaquín Romero de Cepeda, el reino portugués había sido declarado independiente por el rey Alfonso Enríquez:

Si el sabio rey Alfonso ha libertado
con larga mano el reino, al dulce nieto
que siendo tributario, era sujeto
a Castilla y León do fué condado.

Los Reyes Católicos habían logrado el milagro con su política de matrimonios ya estudiada, y a pesar de las muertes que, sucesivamente, tronchaban sus esperanzas. Los reyes casaron a su hija Isabel con el heredero de Portugal. Muerto éste, casó la viuda con Manuel, rey, y al quedar viudo, matrimonió con María, hija de los reyes. Entonces se logró una hija, la más tarde emperatriz Isabel, casada con Carlos V y de la que había de heredar Felipe II los derechos al trono portugués, desaparecido el rey don Sebastián en Alcazarquivir.

La muerte de éste fué cantada por Fernando de Herrera:

> ... ¡Ay de los que pasaron, confiado
> en sus caballos y en la muchedumbre
> de sus carros en ti, Libia desierta,
> y en su vigor y fuerzas engañados,
> no alzaron su esperanza a aquella cumbre
> de eterna luz, mas con soberbia cierta
> se ofrecieron la incierta
> victoria, y sin volver a Dios sus ojos,
> con yerto cuello y corazón ufano,
> sólo atendieron siempre los despojos!
> Y el Santo de Israel abrió su mano
> y los dejó, y cayó en despeñadero
> el carro, y el caballo y el caballero...
> ... Los impíos y robustos, indignados,
> las ardientes espadas desnudaron
> sobre la claridad y hermosura
> de tu gloria y valor, y no cansados
> en tu muerte, tu honor todo afearon,
> mezquina Lusitania sin ventura;
> y con frente segura
> tus armadas escuadras y braveza.
> La arena se tornó sangriento lago,
> la llanura con muertos, aspereza;
> cayó en unos vigor, cayó denuedo;
> mas en otros desmayo y torpe miedo.
> ¿Son estos, por ventura, los famosos,
> los fuertes, los belígeros varones
> que conturbaron con furor la tierra,
> que sacudieron reinos poderosos,
> que domaron las hórridos naciones,
> que pusieron desierto en cruda guerra
> cuanto el mar indo encierra,
> y soberbias ciudades destruyeron?

Al final, hay un deseo de vengar al hermano caído.

... Tú, nefanda Libia, en cuya seca arena
murió el vencido reino lusitano
y se acabó su generosa gloria,
no estés alegre y de ufanía llena;
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal vitoria,
indigna de memoria;
que si el justo español mueve a venganza
alguna vez el español coraje
despedazada con aguda lanza,
compensarás muriendo el hecho ultraje;
y Luco, amedrantado, al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

Lo que ocurrió luego y los derechos de Felipe II a Portugal son contados por Alonso de Ercilla. (Canto XXXVII y último de *La Araucana):*

... Después que el mozo rey voluntarioso
al africano ejército asaltando,
en el ciego tumulto polvoroso
murió en montón confuso peleando,
derrocó cuatro reyes, ahogando
la fama y opinión de tanta gente,
revolviendo las armas del Poniente.
Fué luego en Portugal por rey jurado
don Enrique, el hermano del abuelo,
cardenal y presbítero ordenado,
persona religiosa y de gran celo,
de años y enfermedades agravado,
más que para este mundo para el cielo,
ofreciéndole el reino, la fortuna,
con poca vida y sucesión ninguna.
El gran Felipe, en lo íntimo sintiendo
del reino y muerto rey la desventura,
y del enfermo don Enrique viendo
la mucha edad y vida mal segura,
como sobrino y sucesor queriendo
aclarar su derecho en coyuntura,
que por la transversal propincua vía
a los reyes y títulos tenía.
Con celosa y loable providencia
hizo juntar doctísimos varones,

de grande cristiandad y suficiencia,
desnudos de interés y pretensiones,
que, conforme a derecho y a conciencia
no por torcidas vías y razones
mirasen en el grado que él estaba
si el pretendido reino le tocaba.

Había otros pretendientes...

Que doña Catalina, como parte,
duquesa de Berganza pretendía,
por hija del infante don Duarte,
que derecho el reino le venía;
y también don Antonio, de otra parte,
a la corona y cetro se oponía;
mas aunque del común favorecido,
era por no legítimo excluído.

Pero ninguno con tanto derecho...

... Todos los cuales, claramente viendo
que el transversal por ley y fuero llano
no representa al padre, sucediendo
el legítimo deudo más cercano,
el varón a la hembra prefiriendo,
y al de menos edad el más anciano,
yendo la sucesión y precedencia
por derecho de sangre y no de herencia.

Don Antonio excluído y apartado
por ley humana y por razón divina,
y el derecho igualmente examinado
de don Felipe y doña Catalina,
descendientes del tronco en igual grado,
él sobrino de Enrique, ella sobrina;
él varón, ella hembra; él rey temido,
mayor de edad, y de mayor nacido.

Atento al fuero, a la costumbre, al hecho
y otras muchas razones que juntaron
con recto, justo, igual y sano pecho,
sin discrepar, conformes declararon
ser don Felipe sucesor derecho,
y el reyno por ley le adjudicaron
con tierras, mares, títulos y estados,
bajo la corona conquistados.

Romero de Cepeda exhorta a los portugueses a aceptar su destino:

Muy mayor libertad hoy has ganado,
dichoso Portugal en tu decreto,
pues a tan sabio rey y tan perfecto
con prometida fe te han entregado.
De tu nación ya sabes tienes parte
a su nombre fe pronta, pues espera
que no puede faltar de su esperanza.
Engrandece tu ser con su estandarte,
y aunque rendido a su celeste esfera
asegura tu nombre tal mudanza.

Envanecida España con la visión de sus banderas brillando en todos los confines del planeta, en la India y en las Molucas, en el Nuevo Mundo, en Italia, en Flandes, se considera capaz de los mayores éxitos. Sin embargo, todavía es tarea fundamental acabar con el poder musulmán. Lo recuerda Herrera:

Ya que el sujeto reino lusitano
inclina al yugo la cerviz paciente
y todo el grande esfuerzo de Occidente,
tenéis, Sacro Señor, en vuestra mano,
volved contra el suelo hórrido africano
el firme pecho y vuestra osada gente
que su poder, su corazón valiente,
que tanto fué, será ante el vuestro vano.

Se invoca el nombre de Dios porque en todo, pero especialmente contra el Islam, El nos ayuda:

Cristo os dé la pujanza de este imperio
para que la fe nuestra se adelante
por do su santo nombre es ofendido.

Confianza en los propios medios:

¿Quién contra vos, quién contra el reino hesperio
osará alzar la frente, que al instante
no se derribe a vuestros pies rendido?

Remate y toque de atención a las apetencias extranjeras a la corona portuguesa fué la conquista de las Terceras por el marqués de Santa Cruz, en 1583. García de Alarcón historia:

... Estaba ya sujeta y sosegada
la gente en Lusitania, y ya jurado
habían el gran Felipe, y les agrada
a su corona haberse sujetado.
Mas la tercera isla rebelada
se está, que de partido no ha curado;
aunque por nuestro rey le han requerido
con general perdón, no le ha querido.
En cuanto, levantándose, ofendieron
al pío hijo de Carlos, los perdona,
aunque tras un yerro un mal acometieron,
y un feo aleve, dando la corona
de estas rebeldes islas, como dieron
al gran prior de Ocrato, que es persona
que ni en ley ni en derecho le tocaba
ni menos por herencia lo heredaba.

Importancia estratégica de las islas:

Esto cansa al hispano y dió sospecha
en ver cómo la isla está en el paso
de India, y su armada muy derecha
por allí ha de pasar, y le hace al caso
el tomarle a partido, y no aprovecha
con ella, y así el rey no deja paso
en la costa de España que no aplace
o por mandato suyo no embarace.

... Los isleños pensaron que era daño
que fuese su gobierno nuestra España,
y urden una cautela y nuevo engaño
en contra de Felipe con gran saña;
no miran al castigo que hará un año
fué por el marqués hecho antes; con maña
a flamencos incitan nos enojen
y a la Francia se amparan y recogen.

Alarde de fuerzas españolas:

... Ya al afamado Tajo van llegando,
ya se junta la armada poderosa,
sus fértiles riberas ocupando,
que como ella jamás se vió tal cosa.
Y así como al llegar emparejando
al real estandarte, ¡oh victoriosa
insignia!, van pasando, selva haciendo,
sus estandartes todos abatiendo.

Arenga y desembarco:

... "No temas que Fortuna será avara,
¡Cierra Santiago! ¡Ea leones!
Que fío en el valor de vuestros brazos,
que isla, fuerza y gente haréis pedazos."
Apenas el marqués había acabado
la oración que hizo, cuando a una
las galeras a boga han arrancado,
que ya la dilación le es importuna
y de frente a la fuerza se han parado,
sin temor a enemigo ni a fortuna.
... Los franceses que están atrincherados,
viendo de nuestra parte el pensamiento,
no menos que animosos, esforzados,
con balas nos declaran bien su intento.
No les espanta el verse así asaltados,
antes les satisface el vencimiento,
que tienen por muy cierto y no dudoso,
según es su valor tan animoso.
Tirándonos muy mucho arcabuzazo
desde allí con muy justa puntería,
a quien rompe la pierna, cuerpo o brazo
retumbando la fuerte artillería.
Ya suena el esmeril, ya el mosquetazo,
haciendo en nuestra gente batería,
ya nos sueltan los cabos las galeras,
ya zabordan las barcas muy ligeras.
No bien aun las galeras alargaron
los barcos a las barcas que llevaban,
cuando el asaltar en tierra apresuraron
los nuestros, y del agua disparaban,
otros vi por mis ojos se arrojaron
en el profundo mar, y procuraban
tan breves ser en tierra ellos nadando
como los que en los barcos van bogando.

Lucha cuerpo a cuerpo, revisión de las armas de la época y, sobre todo, valentía por ambas partes:

... Los franceses asina estaban puestos
guardando sus paredes defensados,
volcando los primeros y más prestos
que subían a los puestos excusados,
y a uno que hay tendido otro hace gestos;
los más andan allí descalabrados;
Portugal, Francia, España ya revueltos,
sin dueños mil caballos corrían sueltos.

... Quien con alabarda y quien con pica;
quien con espada corre y con rodela,
y a golpes el ruido multiplica,
que peligro ninguno no recela.
Entremezclada asina nuestra gente
con la francesa y bando lusitano,
peleaba tan fuerte y duramente
cual de costumbre hacer suele el hispano.
No desmaya el francés ni menos siente
los golpes que le da tan cruda mano,
que si pesados golpes recibía
con otros espantables respondía.

Rendición de los rebeldes y franceses y generosidad del Duque de Alba:

... El duque como
estaba a toda prisa a la enemiga,
con palabras a todos consolando,
que más no podía hacer, si patria amiga
fuera de su querido y caro bando,
porque le sobrelleva su fatiga
diciéndole: "No hayáis pena ninguna,
que estas todas son vueltas de fortuna."
No consiente soldado a nadie enoje
por ninguna manera, modo y vía,
ni de palabra hablar nadie se arroje,
dando a entender su pena la sentía,
ni que a un francés tan sólo se despoje.
... Publicar hace un bando allí al presente,
en que perdona a todos el error,
así sea de la isleña o francés gente,
como se ponga dentro de tres días
en sus quintas, lugares, caserías (28).

LA LUCHA EN FLANDES

Mientras, Flandes. En su comedia *Don Juan de Austria en Flandes,* Lope hace hablar así al hermano el rey Felipe antes de la batalla de Gembloux:

---

(28) (Dos poemas de GASPAR GARCÍA ALARCÓN y... *Coronas épicas en loor de don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz.* Madrid, 1888; Valencia, 1585.)

"¡Arma, gallarda nación,
Mueran hoy por vuestra mano
los de contraria opinión,
si es rey, mi señor y hermano,
muro de la religión!
Dios mío, no os pido aquí
victoria porque de mí
se diga, para mi gloria
y honor, que tuve victoria
y a estos herejes vencí;
pídoosla porque sois Dios,
y porque digan que vos
sois Dios y que dais honor
a quien os sirve, Señor.
¡Ea, venzamos los dos!
¡Cristo, Dios-Hombre, mostrad
¡Ea españoles, seguid
vuestra clemencia y bondad!
el alcance, andad, oíd,
peleemos, pelead!"

A pesar de esta victoria, las cosas se tuercen en Flandes y en un vano intento de apaciguamiento, el rey ordena la salida de los Tercios. Mondragón, el militar, obedece:

Ved, señor cual vuestra alteza
ordena, dispone y manda
salgamos los españoles
de Flandes para ir a España:
las rodelas en las fundas,
las espadas en las vainas,
las trompetas en los hombros
y en los bagajes las cajas.
Ya se libró la cerviz
Flandes, de la dura carga
de la opresión española,
que tanto le ofende y cansa;
ya quedan con vuestra alteza
en prenda importante y cara;
del rey nuestro señor es,
del honor de España el alma...

Pero Sancho Dávila, menos político, interviene:

... ¡Ah Mondragón!
¿Por qué así a su alteza hablas?
Señor, vuestra alteza es
toda la honra de España.

Yo no hablo filosofías;
hanos quitado su guarda,
échanos de sus Estados;
vámonos a nuestras casas.
Queda entre sus enemigos,
que la lealtad castellana
era el freno de esta gente,
que con palabras le engañan.
¡Vive Dios que han de vendelle!

GUERRA CON INGLATERRA

La guerra con Inglaterra está indisolublemente unida a la lucha por la religión que ha caracterizado en casi todos los tiempos, las bregas españolas. Además de esto, la pugna se basa en dos hechos concretos: el apoyo de Isabel de Inglaterra a los rebeldes flamencos no sólo por atacar el prestigio de la católica España, sino por tratarse de aquella "acera de enfrente" geopolítica que, en el caso de Flandes, es, además, el lugar de donde proceden una serie de productos manufacturados importantísimos para los ingleses. En segundo término está la protección, más o menos abierta, dispensada por el gobierno de Su graciosa Majestad a los corsarios británicos, que desde hacía ya mucho acechaban a los convoyes venidos de América, o asaltaban directamente ciudades de la costa americana, huyendo después con el botín. El doctor Mescue lo explica así:

Quedará preso en hambre ciega
el hereje pirata,
cual escamoso pez que al cabo llega
si del anzuelo sus agallas ata;
que el sacrílego infame de esta suerte
a España viene por buscar su muerte
codicioso del oro y de la plata.

Y reclama el derecho a la venganza...

Y aunque venza un ratón a un elefante,
al áspid la mujer, al león el carro,
¿cómo es tan arrogante
que se pone el inglés así delante

al áspid, elefante, león bizarro,
al soldado español que ya se atufa,
y por hollar la cincha
el caballo andaluz salta y relincha,
huele las armas y erizado bufa?
¡Aquí guerra, allí guerra!
¡España viva, muera Inglaterra!

Inglaterra manda sus barcos al Sur, y el doctor Mescue se indigna ante la toma de Cádiz. Su razonamiento es ciego, fanático, patriótico. España no puede ser tratada así por su historia, por su personalidad, por su fuerza, aunque cada día los acontecimientos demostrasen lo contrario:

España, que en el tiempo de Rodrigo
viste tus vegas anchas
holladas de un feroz bravo enemigo,
que en láminas de bronce y duras planchas
dejó para memoria
tu mal, su bien, tu fin y su vitoria,
haciendo de tu sangre rojas manchas;
levanta la cerviz sin yugo y brava,
al mar mirando, que te cerca y besa,
que te ilustra y te lava,
surcando, no con remos de otra Cava,
mas de una flota inglesa,
que cortando tu espuma de alabastro,
con mil hambrientos hipos
procura destruir los dos Filipos
a quien da nombre el Austro,
a cuyas sienes orla
la eterna fama con su clara borla.
Menos muy pocas de doscientas velas,
sagrada mar de España,
cortan el nácar que en tu espuma hielas
de la Anglia hereje de encendida saña,
en cuyo regimiento
una caña preside, un fácil viento,
la mujer es viento, es fácil caña.
Y cuando blancas perlas vierte el alba,
llegan al puerto que Hércules rompía,
y haciendo alegre salva,
toman, sin darles la ocasión la calva,
de Cádiz la bahía.
Suena y dispara la española flota,
¡aquí, guerra; allí, guerra!
¡España viva! ¡Muera Inglaterra!

Vence ésta, aquélla es rota;
el flaco vence al fuerte;
mas no es victoria despertar la muerte.
Famosa España, que la espuma surcas
de las saladas olas,
idólatras, herejes, moras, turcas,
y cuando es menester las arrebolas,
ya que en tus templos metes
banderas, estandartes, gallardetes,
y a pesar de sus dueños las tremolas,
arma tus hijos, a tus hijos truenos,
que rayos y relámpagos escupen;
que quieren los ajenos
rasgar tus faldas y romper tus senos.
Tus ondas desocupen,
que se infama la mar ancha y profunda
con mano acerba y dura;
Cádiz les sea cáliz de amargura,
su armada se les hunda,
y deje fin protervo
el águila española al inglés cuervo.

Otro acontecimiento importante fué el suplicio de María Estuardo. Prisionera mucho tiempo de Isabel, sus desventuras y su condición de católica habían atraído nuestra simpatía. Don Juan de Austria soñaba con la conquista de Inglaterra, el matrimonio con la reina y la vuelta de la isla a la fe de Roma. La noticia de la decapitación de María bastó a llenar el vaso de la indignación. Prueba, estos versos de un poeta anónimo:

Ingrata reina, de tal nombre indina,
maldita Jezabel descomulgada,
¿qué turbas la divina paz armada?
¿Qué turbas la cristiana paz divina?
Tu soberbia cerviz al yugo inclina
de nuestra Santa Madre regalada;
mira que fuiste en ella bautizada,
piensa, cuitada, en tu total ruina.
No muevas más escándalos, retira
el alma triste del furor que tiene
a la razón cristiana en tal afrenta.
Vuelve en ti, miserable, advierte, mira
que aunque el haber escándalos conviene,
¡ay de aquel que los mueve y los sustenta!

Más tarde, la rebelde Amberes fué tomada por Alejandro Farnesio, que sucedió a don Juan de Austria a la muerte de éste. El

espléndido puerto frente a Albión hace pensar a Felipe en el ataque directo a Inglaterra. Farnesio recibe órdenes de concentrar tropas de desembarco, y tocará al marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazán, que ya estuvo en Lepanto, cuidar de que esta magnífica selección de infantes pueda llegar a encontrarse con el enemigo. Para ello, en Lisboa, se aprestaron hasta cien barcos con la ayuda de Nápoles, Sicilia, Milán, Borgoña y Alemania, y en ellos embarcaron tres mil marinos y dieciséis mil soldados, que habían de unirse a las tropas veteranas de Farnesio.

Mientras se hacían los preparativos, los ingleses avisados atacaron algunos puertos-arsenales. La indignación por el ataque a Cádiz se refleja en los conocidos versos de Lope de Vega:

> Atrevióse el inglés, de engaño armado,
> porque al León de España vió en el nido
> las uñas en el ámbar, y vestido
> en vez de pieles, del tusón dorado.
> Con débil caña, no con fresno herrado,
> vió a Marte en forma de español Cupido
> volar y herir en el jinete herido
> del acicate en púrpura bañado.
> Armó cien naves y emprendió la falda
> de España asir por las arenas solas
> del mar cuyo cristal ciñe esmeralda.
> Mas, viendo en las columnas españolas
> la sombra del león, volvió la espalda,
> sembrando las banderas por las olas.

Y en los de Bartolomé Leonardo de Argensola:

> Aunque en tus naves, ¡oh Bretaña ingrata!,
> por el mar de Filipo armada vueles,
> para robar católicos bajeles
> que le conducen tributaria plata;
> por más que el bronce pérfido combata
> o amanece con lágrimas crueles,
> en Gades surgirán las popas fieles
> a vista de tu herético pirata;
> y pues de tus designios infelices
> no infieres los auxilios que te envía
> el común Padre, por piedad severo,
> presto a la luz de un vengativo día
> podrá en tus gentes religioso acero
> confundir sectas y segar cervices.

La empresa era altamente popular. Por las calles se cantaba:

Mi hermano Bartolo
se va a Inglaterra
a prender al Draque
y a matar la reina.
Tiene de traerme
a mí de la guerra
un luteránico
con una cadena
y una luterana
a señora abuela.

El romance, atribuído a Cervantes, muestra claramente el doble aspecto de la expedición, contra la piratería del Draque (sir Francis Drake) y contra el enemigo de la fe católica. La armada recibió, por el entusiasmo de sus tripulaciones, el nombre de Invencible. Pero un desgraciado accidente la privó de su jefe. Alvaro de Bazán moría de fiebre, y Fernando de Herrera cantó su ida:

Pongan en tu sepulcro, ¡oh flor de España!,
la virtud militar y la victoria
grandes ciudades presas en memoria
y todo el noble mar que a Grecia baña.
Tú solo, tú, con singular hazaña
ganaste, vencedor, tan alta gloria;
que las voces se cansan de la historia
que tus ínclitos hechos acompaña.
El furor del otomano quebrantado
será justo despojo que, esculpido
en lengua de la fama, alce tu nombre.
Con tal blasón, valor nunca domado,
ingenio y arte hacen que, vencido,
no puede ser del tiempo, un mortal hombre.

Esta era la estampa del hombre que se perdió. A pesar de lo cual, la flota salió de Lisboa. Lope trató un asunto amoroso con el fondo sinfónico de la partida:

De pechos sobre una torre
que la mar combate y cerca,
mirando las fuertes naves
que se van a Inglaterra.
Así se queja Belisa
llorando lágrimas tiernas...

Se levan las áncoras, y los bajeles parten hacia la aventura.

Así se queja Belisa
cuando la prisa se llega;
hacen señal a las naves
y todas alzan las velas.

La apología de las naves que salen hacia Inglaterra en la literatura del tiempo es feroz, apasionada. Contra una Inglaterra pirata de naves hispánicas, contra un baluarte de herejía, contra una mujer que se mide con un hombre, dice Góngora:

Levanta, España, tu famosa diestra
desde el francés Pirene al moro Atlante,
y al ronco son de trompas belicosas
haz, envuelta en durísimo diamante,
de tus valientes hijos feroz muestra...
... Tú, que con celo pío y noble saña
el seno hundoso al húmido Neptuno
de selvas inquietas han poblado,
y cuantos en tus reinos, uno a uno,
empuñan lanza contra la Bretaña,
sin perdonar el tiempo, has enviado
en número de todos tan sobrado,
que a tanto leño el húmido elemento
y a tanta vela es poco todo el viento,
fía que en sangre del inglés pirata
teñirá de escarlata
su color verde y cano
el rico de ruinas oceano;
y aunque de lejos con rigor traídas
ilustrarán tus playas y tus puertos
de banderas rompidas,
de naves destrozadas y hombres muertos.
¡Oh isla católica y potente,
templo de fe, ya templo de herejía,
lumbre de Marte, escuela de Minerva,
digna de que las sienes que algún día
ornó corona real de oro luciente
ciña guirnalda vil de estéril yerba;
madre dichosa y obediente sierva
de Arturos, de Eduardos y de Enricos,
ricos de fortaleza y de fe ricos;
agora condenada a infamia eterna
por la que te gobierna
con la mano ocupada
del huso en vez del cetro y de la espada;
mujer de muchos y de muchos nuera!

¡Oh reina infame; reina, no; mas loba
libidinosa y fiera:
Fiamma del ciel su le tue treccie piova!

Ante una tempestad, la flota se refugió en Galicia, desorganizando el principio de la empresa. Rehecha, salió para Inglaterra. Le faltó decisión al nuevo jefe, duque de Medinasidonia, para atacar a la escuadra inglesa en Plymouth y pasó de largo, convirtiéndose en perseguido ante la indignación de Farnesio, que esperaba paso libre para atravesar el Canal con sus soldados. A la salida de Calais, unos brulotes deshicieron de nuevo el orden. Cada buque de alto porte tuvo que sufrir el fuego combinado de los ingleses, que se mantenían a distancia en la nueva táctica naval. Los arcabuceros fueron vencidos por los marinos y artilleros, y la mayoría de los barcos se perdieron. Otros rodearon la isla, y, pasando por el canal de San Jorge, llegaron a puertos españoles con la noticia del desastre. Cervantes canta, en un triste poema, la desilusión nacional al ver regresar en tal estado la escuadra que había zarpado tan ufana:

Madre de los valientes de la guerra,
archivo de católicos soldados,
crisol donde el amor de Dios se apura,
tierra donde se ve el que el cielo entierra
los que han de ser al cielo trasladados
por defensores de la fe más pura;
no te parezca acaso desventura,
¡oh España, madre nuestra!,
ver que tus hijos vuelvan a tu seno
dejando el mar de sus desgracias lleno,
pues no los vuelve la contraria diestra,
vuélvelos la borrasca incontrastable
del viento, mar y cielo, que consiente
que se alce un poco la divina frente,
odiosa al cielo, al suelo detestable,
porque entonces es cierta la caída
cuando es soberbia y vana la subida.

Ahora sabemos ya por lejanía de los fenómenos históricos que aquella batalla perdida por la Armada Invencible, fué el inicio de nuestra decadencia como potencia marítima y, por consiguiente, del poderío general. Pero bastaría ver el estilo de la composición cervantina para que nos demos cuenta de que algo ha cambiado. Compárese el tono alegre y esperanzado que informaba la poesía imperial

vista hasta ahora y el tono melancólico del soldado Miguel de Cervantes. Algo muy grave acaba de ocurrir, a pesar de la confianza del mismo Cervantes en el desquite:

> ... Pide, toma, Señor; que todo aquello
> que tus vasallos tienen se te ofrece
> con liberal y valerosa mano,
> a trueque que al inglés pérfido cuello
> pongas el justo yugo que merece
> su injusto pecho y proceder insano;
> no sólo el oro, que se adora en vano,
> sino tus hijos caros
> te darán...

ASUNTOS DE FRANCIA: 1590-1598

Francia está atravesando por esa época la crisis que la historia conoce con el nombre de guerras de religión. Católicos y hugonotes (nombre de los calvinistas franceses) andaban a la greña apoyados por facciones cercanas al poder real. Los Guisa, católicos y amigos de España, fueron asesinados. Alejandro Farnesio entró en París en apoyo de la Liga Católica, y tras algunas batallas, regresó a Flandes. La muerte del caudillo, aquejado de fiebres, y la conversión de Enrique de Borbón al catolicismo acabaron con la presión española. Juan Rufo Gutiérrez define el país vecino hablando de la Europa que tuvo que ver Felipe:

> No viéramos a Francia que solía
> resplandecer con fe tan poderosa
> que a las otras naciones excedía,
> y en tierra y cielo se hacía gloriosa
> andar agora por diversa vía.

ULTRAMAR

Mientras, proseguía lenta, dificultosamente, la labor de conquista y colonización. Unos hombres separados de su tierra por miles de millas y centenares de peligros, seguían manteniendo el guión de su rey y obrando en su nombre. Los peores enemigos fueron los arau-

canos, contra quienes combatió Valdivia; de la dureza de su pelea nos habla Alonso de Ercilla:

> Partióse esta batalla, porque cuando
> Valdivia llegó adonde combatía,
> parte acudió del araucano bando
> que en su ayuda y defensa se metía.
> Fuése el daño y destrozo renovado,
> de un cabo y otro gente concurría,
> sube el alto rumor a las estrellas,
> sacando de los hierros mil centellas.
> Gran rato anduvo en términos dudosos
> la confusa victoria desta guerra,
> lleno el aire de estruendo sonoroso,
> rota de sangre y húmeda la tierra;
> quien busca y sólo quiere un fin honroso,
> quien a los brazos con el otro cierra,
> y para darse más presto cruda muerte
> tienta con el puñal lo menos fuerte.

Y en el Canto XXV:

> Venida, pues, la noche, los soldados
> en orden de batalla nos pusimos,
> y a las derechas picas arrimados
> contando las estrellas estuvimos;
> del sueño y grandes armas fatigados,
> aunque crédito grande nunca dimos
> al indio, por pensar que sólo vino
> a tomar lengua y descubrir camino.
> ... La gente de caballo aparejada
> sobre las riendas la enemiga espera;
> mas antes que llegase anticipada
> se arroja por una áspera ladera,
> y al escuadrón siniestro encaminado,
> le acomete furioso, de manera
> que un terrapleno y muro poderoso
> no resistiera el ímpetu furioso.
> ... Pero Caupolican, que gobernando
> iba aquel escuadrón algo delante,
> el paso hasta su gente retirando,
> hizo calar las picas a un instante
> desde los pies y brazos afirmando
> en las agudas puntas de diamante,
> reciben el furor y encuentro extraño
> haciendo en los primeros mucho daño.

Caída de los caballeros sorprendidos por los indios:

> Unos, sin alas, con ligero vuelo,
> desocupan atónitos las sillas;
> otros, vueltos las plantas hacia el cielo,
> imprimen en la tierra las costillas,
> y los que no probaron allí el suelo,
> por apretar más recias las rodillas,
> aunque más se mostraron esforzados
> quedaron del encuentro maltratados.
> ... Hubo muchas caídas señaladas,
> grandes golpes de mazas y picazos;
> lanzas, gorguces y armas enastadas
> volaron hasta el cielo en mil pedazos;
> vienen en un momento a las espadas,
> y aun otros más coléricos a brazos,
> dándose con las dagas y puñales
> heridas penetrables y mortales.

Un golpe vigoroso:

> ... y de un revés y tajo arrebatado
> arrojó dos cabezas con celadas
> muy lejos de sus troncos apartados.

Con la furia de quien sabe que sólo él ha de salvarse o perderse y que toda ayuda exterior es problemática, los conquistadores luchaban y vencían, levantando en el lugar de los ídolos derribados, la iglesia parroquial, y en el dejado por las costumbres toscas, el monumento jurídico de las leyes de Indias.

Y más allá del océano, ocupaban las Filipinas, que, según un romance anónimo, exalta el nombre del rey:

> Pues en Japón y en la China
> se espera otro nuevo estado
> con que para siempre sea
> el nombre de Dios loado;
> y así nuestro rey invicto
> quiere estar siempre ocupado
> en sembrar por todo el orbe
> el Evangelio sagrado,
> y con este santo celo
> todo lo tiene allanado.
> No se ha visto mayor rey
> en lo presente y pasado.

A todos los sinsabores morales se añadieron en el rey dolencias tan dolorosas como la gota y la hidropesía. La historia dice que antes de morir dió muestras de la desconfianza hacia su heredero con la célebre frase: "Dios, que me ha dado tantos reinos, no me ha concedido un hijo capaz de gobernarlos; temo que me lo gobiernen." El romance anónima expresa esto y la preocupación vital del rey: la defensa de la Religión. Dice, dirigiéndose a Isabel Clara Eugenia:

Doña Isabel de la Paz,
discreta en sabiduría,
que aconsejéis vuestro hermano
como regirse debíais,
porque este mozo en el mundo
poca experiencia tenía.
Encárgoos la santa Iglesia
que vaya bien defendida,
que plegue al sagrado Verbo
y a la sagrada María,
que lo hagáis mejor que yo
mi alma descansaría.

Su alma descansó, efectivamente, en la paz del Señor el 13 de septiembre de 1598.

Un poeta anónimo expresa sus sentimientos: son los de todo el país:

Veis un segundo Sansón
qu'en Israel defendía;
veis ahí la luz del mundo
que se eclipsa en aquel día;
veis la majestad real
la muerte la deshacía:
la autoridad de Felipe
echada en polvo y ceniza.
No quiero contar el llanto
que en el palacio había...

Reyes Católicos, Carlos, Felipe... Gloria, expansión del nombre español acá y allá de los mares, pero, naturalmente, y como inevitable premisa, guerra, batallas y destrucción. Así al hábil político ha tenido que abrirle camino el militar que heredó de la reconquista su ímpetu católico y su temple. Pero el esfuerzo a cumplir en las mil fronteras amenazadas por los enemigos es tan grande que a veces el cansancio se asoma a las filas españolas y llegan los motines en busca de la paga debida. A veces la ironía, como en estos versos de José Julián de Castro, describe la vida de un soldado de la época:

Con el ardiente deseo
de ganar dinero y honra,
cosa que, si bien se atiende,
en estos tiempos de ahora
sacara de sus casillas
al tabernero de Atocha;
se mete uno a ser soldado,
religión la más penosa,
con más trabajo que algunas
y menos ración que todas
mientras hay paces,, tal cual
pasa un hombre su derrota
bien, porque hay alojamiento,
hay gallinas y hay patronas;
más, declarada la guerra,
empieza la batahola;
marcha aquí, marcha acullá,
hoy a Argel, mañana a Roma,
pasado mañana a Flandes,
y el esotro día a Liorna.
Descúbrese el enemigo,
¡fuego de Dios, y qué tropa!
Ya se mueven las escuadras,
ya el general las exhorta
a despreciar una vida
como si uno tuviera otra;
ya comienzan los cañones
a echar almendras tan gordas,
y ya trompetas y cajas
a tocarse el cuadro tocan;

aquí es ella. ¡Ay Virgen mía,
que nos cercan, que nos cortan!
Animo y nadie desmaye
aunque en aquesta derrota
le hagan los sesos tortilla
y los huesos pepitoria.
¡Bum, bum, bum, Jesús mil veces!
¿Qué ha sido eso? No fué cosa,
una bala que a seis hombres
les hizo abrir tanta boca.
Nuestro es el día, muchachos;
ahora es la ocasión, ahora;
a uno sin brazos le dejan,
a otro las manos le cortan,
a otro los ojos le sacan
y a otro envían por las costas.
Nadie aflojen, mueran todos,
cruja el parche y arda Troya,
ánimo que ya desmayan;
a ellos, a ellos, que aflojan.
¡Qué batalla hemos ganado!
Buen suceso. ¡Gran victoria!
De esta vez a cada pobre
plaza de tambor le toca.
Acábase la campaña,
a la corte un hombre torna;
va a pretender, y en un siglo
no encuentra una buena hora,
porque después que anda el pobre
tres años a la maroma,
corriendo por esas calles
como caballo de posta,
que sólo en considerarlo
sudo la gota tan gorda,
logra... ¿qué?, una ración de hambre
y esto acaso si la logra.

Rey de Artieda trazó en su poema *El centinela* el estado de espíritu del soldado del tiempo, ambicioso dentro de su carrera y, al mismo tiempo, devoto de su señor:

Como a su parecer la bruja vuela,
y untada se encarama y precipita,
así un soldado, dentro una garita,
esto pensaba haciendo centinela:
"No me falta manopla y escarcela,
mañana soy alférez, ¿quién lo quita?

Y sirviendo a Felipe y Margarita (29),
embrazo y tengo paje de rodela;
vengo a ser general, corro la costa,
a Chipre gano, príncipe me nombro
y por rey me corono en Famagosta,
reconozco al de España, al turco asombro."
Con esto se acabó de hacer la posta
y hallóse en cuerpo con la pica al hombro.

Cuando el soldado marcha de un lado a otro de la inmensa patria en busca de alojamiento, resulta protagonista de *El Alcalde de Zalamea* en ruta hacia Portugal (Primera jornada, 1.ª escena):

REBOLLEDO

Cuerpo de Cristo, con quien
desta suerte hace marchar
de un lugar a otro lugar
sin dar un refresco.

TODOS

Amén.

REBOLLEDO

¿Somos gitanos aquí
para andar desta manera?
Una arrollada bandera
nos ha de llevar tras sí
con una caja...

SOLDADO 2.º

No muestres deso pesar;
si ha de olvidarse, imagino,
el cansancio del camino
a la entrada del lugar.

Pero Rebolledo teme que los alcaldes del pueblo, para evitarse la molestia de alojar soldados, sobornen a los comisarios:

REBOLLEDO

¿A qué entrada, si voy muerto?
Y aunque llegue vivo allá,

(29) De Parma, gobernadora de los Países Bajos.

sabe mi Dios si será
para alojar, pues es cierto
llegar luego al comisario
los alcaldes a decir
que, si es que se pueden ir
que darán lo necesario.
Responderles, lo primero,
que es imposible, que viene
la gente muerta; y si tiene
el Concejo algún dinero,
decir: "Señores soldados.
orden hay que no paremos.
Luego al instante marchemos.

Su pesimismo en ese caso no está justificado:

CAPITÁN

Señores soldados,
albricias puedo pedir;
de aquí no hemos de salir,
y hemos de estar alojados
hasta que don Lope venga
con la gente que quedó
en Llerena
... y está hecho el alojamiento;
el comisario irá dando
boletas como llegando fueren.

Juan le recuerda a Pedro Crespo que los nobles no tienen la obligación de alojar tropas:

JUAN

¿Que quieras tan rico
vivir a esos hospedajes
sujeto?

PEDRO

Pues ¿cómo puedo
excusarlos ni excusarme?

JUAN

Comprando un ejecutoria.

Pero aún la murmuración y las quejas significaban más el mal humor natural en circunstancias difíciles que auténtica insubordina-

ción. En *El asalto de Maestrique por el príncipe de Parma,* Lope describe la curiosa reacción de los soldados de España. El gobernador flamenco de la plaza sitiada quita importancia a lo que le cuentan del malestar en campo español:

Eso de quejarse de él,
no engañe sus pensamientos;
que a Carlos Quinto decía
en Túnez un capitán:
"Los españoles están
murmurando todo el día."
Y él respondióle: "Pues id;
y para vengarme en ellos,
murmurad delante de ellos,
mal de mis cosas, decid.
Fué el alemán, y no había
del emperador hablado,
cuando cayó por un lado
de una puñalada fría.
Experiencia de ellos hice,
no creas que se le irán:
dicen mal del capitán,
y matan a quien lo dice.

Los soldados, efectivamente, al volver de Flandes cantaban:

No me pesa de ello, rey,
ni de ello tengo pesar,
que por él y por la ley
y por madama Isabel,
mucho más hay que pasar.

Una orientación en la vida, algo en que creer y por lo cual vivir. Pedro Crespo dice a Lope de Figueroa (alcalde de Zalamea II), hablando de su hijo:

¿Qué había de hacer conmigo,
sino ser toda su vida
un holgazán, un perdido?
Váyase a servir al rey.

La admiración por el soldado español es típica en los ingenios de la época. Bocángel y Unzueta glosa la muerte del militar que quedó en pie después de perder la vida.

Tu obstinado cadáver nos advierte
que hay vida muerta, pero no vencida,
pues sólo en tu valor, sólo en tu vida
algo miró después de sí la muerte.
Fuerte es la Parca, pero tú más fuerte;
no se debió a su golpe tu caída,
tú contra ti la ayudas ya rendida,
que, ¿quién pudiera si no tú, vencerte?
Tú dividiste el trance indivisible
de morir y postrarte, tan altivo,
que en el daño común no hallas ejemplo.
¿Cuánto más que inmortal y que invencible
contemplaré que fuiste cuando vivo
si el cadáver intrépido contemplo?

CAPITULO VI

REYES BRILLANTES Y HOLGAZANES

Si su padre no confiaba en él, su llegada, como la de todos los príncipes nuevos, fué recibida con grandes esperanzas por sus súbditos. Así saluda Francisco de Medrano la entrada de Felipe III en Salamanca:

Ilustre joven, cuya rubia frente
en edad tan dichosa el oro ciñe,
cuya diestra ya rige el cetro justo,
ya del venablo vengativo tiñe
los aceros en púrpura caliente
del fiero jabalí, del oso adusto,
entra gozoso, cual tu padre augusto,
en pacífica toga, alegre mira
de la ciudad vistosa el rico adorno.

Le recuerda la sangre que lleva en las venas:

Alienta, alienta tu nativo instinto,
generoso león, y con la cola,
que atrás de mil hazañas vas dejando,
azota tu coraje, pues no es sola
la sangre de un invicto Carlos Quinto,
de un Juan, de un Alfonso y de un Fernando,
la que en tus venas arma está tocando.
Mas la de una Isabel y otras mujeres
que a sus pies derribaron con la rueca
el orgullo del ídolo de Meca,
y con sus vestes, Galia y sus haberes
temió sus alfileres;
del capitán francés, glorioso ultraje,
y de gloria eterna de tu real linaje.

Le recuerda la lucha:

Sienta España la espuela, sienta el freno
quien, desbocado, no te sufre encima,
y esa diestra, señor, tal vez esgrima
contra cien mil estoques una espada,
tal una lanza oponga a cien mil dardos,
y tal vez de tus jóvenes gallardos,
con el bastón gobierna respetada
la poderosa armada,
hasta que el galo y el inglés molesto
rindan al yugo tuyo el cuello enhiesto.

Luis Barahona de Soto cantó luego las bodas con Margarita de Austria:

... Tu sagrado Philipo, tu monarca,
en cuyo mar navega de continuo
la religiosa militante barca
del gran piloto que del cielo vino,
aunque le pese al tiempo y a la barca
con tu valor excelso y peregrino,
que, aunque tan claro está, sirve de tina,
tu nombre escribes en la esfera quinta.
Esos pies que naciones infinitas
sujetarán, y entre ellas africanos,
tártaros, chinos, moros, turcos, citas,
persas, indios, húngaros, halanos,
árabes, graamantes, trogloditas,
cíclopes, patagones, araucanos,
que, siendo humanos, comen carne de hombre,
beso infinitas veces en su nombre.

... confianza, seguridad...

... Y de ver como el rey estuvo un rato
descubierto y en pie, mientras besaron
las manos a su esposa y a su hermana
los que hicieron la fiesta soberana.
Esta fuerte cabeza que acompaña
el cuerpo de su gente valerosa,
es el sujeto que mi musa extraña
quiso emprender con fuerza milagrosa.
Dichosas Indias, venturosa España,
pues tenéis tal cabeza, y más dichosa
que todas juntas ha de ser Valencia,
pues la vió descubierta en su presencia.

* * *

En el 96, 97 y 98 mandó Felipe escuadras ofensivas a Inglaterra, y en 1599 los ingleses maniobraron contra La Coruña, Canarias y las Azores, además de seguir su guerra corsaria contra el comercio español de las Indias. Brotó en 1601 una rebelión católica en Irlanda, y se creyó necesario apoyarla. Una escuadra fué a la isla de Wigth y quedó deshecha por una tempestad. Al año siguiente salió otra, que desembarcó tropas en Erín para apoyar la sublevación. Su marcha la cantó Quevedo, alborozado:

Escondida debajo de tu armada
gime la mar, la vela llama al viento,
y a las lunas del turco el firmamento
eclipse les promete en tu jornada.
Quiere en las venas del inglés tu espada
matar la sed al español sediento,
y en tus armas el sol desde su asiento
mira su lumbre en rayos aumentada.
Por ventura la tierra de envidiosa
contra ti arma ejércitos triunfantes
en sus monstruos soberbios, poderosa:
que viendo armar de rayos fulminante,
¡oh Júpiter!, tu diestra valerosa
pienso que han vuelto al mundo los gigantes.

... Y en tanto, tú, gran reino de Bretaña
(de armas un tiempo singular trofeo),
sacude aquesta infamia que te infama;
adorna tu blasón con el deseo
con que te quiere honran la invicta España
(pues ves que a voces te apellida y llama),
antes que encienda su corrusca llama
tus muros, capiteles y molduras,
y las torres del tiempo no seguras;
¿por qué sujetas tu feroz braveza
a mujeril vileza,
y tu gran valentía
a cabeza de seso tan vacía?
Pues la regia corona y la diadema,
por verse puesta en frente tal, blasfema,
por ser más digna tan lasciva frente
que el rizo de oro encrespo el fuego ardiente.

La empresa de Irlanda fracasó, aunque hubo una retirada honrosa de los ejércitos que allí enviamos, y la subida al trono de Jacobo I vino a poner un paréntesis de paz en la ya larga y porfiada lucha entre ambas naciones.

Había otro enemigo mortal de España, Enrique IV, el calvinista convertido a la fe católica ante la golosa corona de Francia. Por este tiempo aguzaba sus armas apoyando la eterna rebeldía de Flandes contra el archiduque Alberto y su esposa Isabel Clara Eugenia. Mauricio de Nassau, hijo del príncipe de Orange, atacó a las tropas del archiduque de las Dunas, cerca de Nieuport, y la asistencia de la escuadra le procuró el triunfo. Decidió Felipe III mandar de nuevo los tercios de Italia a Flandes, y con ellos a un gran general: Ambrosio Spínola. Este italiano al servicio de España atacó a Ostende, que, defendida por franceses e ingleses, se rindió en 1604; siguió luego la toma de Maestricht, pero la flota española fué derrotada en Holanda y Gibraltar. Se firmó luego la tregua de doce años entre España y Holanda, a quien se le reconoció con ello capacidad jurídica para tratar.

Mientras, España se adormecía en manos del favorito del rey, don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y duque de Lerma.

Según Villamediana, hay que comentar su voracidad económica:

De que en Italia barbados
anden obispos y Papas,
y en Castilla anden sin capas,
y los más de ellos rapados;
y que en Lerma con candados
esté de España el dinero;
afirmar que por cierto quiero
que el que el dinero ha guardado
y a los obispos rapado...,
será de España barbero.

Y en otro poema insiste en el aprovechamiento de los cargos públicos:

Las Indias están rindiendo
el oro y plata a montones,
y España con sus millones,
aunque la van destruyendo.
Cada día están vendiendo
cien mil oficios, Señor.
Usan muy gran rigor
en destruir vuestra tierra,
gastóse aquesto en la guerra
o en Lerma diré mejor (30).

---

(30) B. de Pantorba: *Felipe IV y su tiempo*. Madrid.

Se empobrecía España a pesar del dinero que llegaba de las Indias; también se culpó de ello a los comerciantes genoveses que medraban en ella. Tirso de Molina dice en su comedia *En Madrid y en una casa:*

Aunque vengan de Pirú
virginales intereses,
hallarlos es maravilla,
pues después que hay en Castilla
barbirrubios genoveses,
dicen que es cosa tan rara,
que no se ha de hallar en ella
un doblón ni una doncella
por un ojo de la cara.

El dinero pasa de Indias a Italia u otra parte de Europa, asegura Lope en *El Anzuelo de Fenisa:*

Es toda España montaña
bárbara en ingenio y trato.
¡Mira tú qué Policía,
pues de plata que le ofrece,
la India a Italia enriquece,
a Francia y a Berbería!
¿Qué nación sustenta el mundo,
donde no corra por ley
plata y armas de su ley?

* * *

Aquella preocupación por los moriscos que sintiera Felipe II se había hecho mayor en tiempos de su hijo. Varias veces se advirtió al rey que los nuevos cristianos no sentían la conversión; se les consideraban enemigos de la patria y cómplices de franceses y rebeldes flamencos. Deliberaron sobre ello, y conociendo al rumor de que pensaban levantarse en masa, se ordenó su salida inmediata por los puertos del Greo, Denia, Alicante y Vinaroz, en el reino de Valencia; luego siguieron los de los restantes reinos. A pesar de la riqueza material que en sí representaban por su amor al trabajo y su conocimiento de la agricultura, su expulsión fué saludada con gran alegría por el español medio, que andaba siempre receloso con ellos. Así lo demuestra el romance popular:

Gran revuelta han en España
los reinos alborotados
de la morisca nación
enemigos de cristianos.
Viva Dios y viva el rey,
a pesar de los pesares,
y a la santa Inquisición
téngala Dios de su mano,
castíguese al que es hereje,
conózcase al que es cristiano,
y todos vivamos unos
como muy fieles hermanos.

Con el mismo odio pagaban los moriscos a los cristianos y cantaban, a pesar de las prohibiciones en contra, su fe en Mahoma y en Alá:

Con biz milah (31) comenzamos,
su santo nombre invocamos,
no hay otro dios sino él;
todo necesita de él
y a él solamente adoramos.

Y el poeta Ibrahim de Bolfad entona su canto de ira contra su opresor:

Cuervo, maldito español,
pestífero cancerbero,
que estás con tus tres cabezas
a la puerta del infierno.

Para Villamediana, eterno malicioso, la expulsión de los moriscos no tuvo más que un fin: el de enriquecer con sus despojos a los nobles españoles que rodeaban al de Lerma:

Cien mil moriscos salieron
las haciendas que se hallaron,
¿en qué se distribuyeron?
La moneda que subieron
causa es de pena y lloro,
y subir también el oro
con tan poco fundamento;
arbitrio, en fin, de avariento
para aumentar su tesoro (32).

---

(31) Bismi Allahi: *En el nombre de Alá,* fórmula mahometana de principio de escrito.

(32) B. de Pantorba: *ob. cit.*

Un anónimo historia la operación grave, pero necesaria.

"De cómo y por qué el rey don Felipe III expulsó a los moriscos de España y de la pena que les causó el destierro":

Viva Margarita de Austria
y gócela muchos años
el león, que con su nombre
tiene al Gran Turco temblando.
Tiemblen nuestros enemigos,
lloren con ojos entrambos,
que más vale que ellos lloren
que no leales vasallos;
y aquel cuchillo sangriento,
y el corvo alfanje afilado
que tenían para nosotros,
Pasen presto a Berbería,
sea en ellos ejecutado.
tomen sitio reformado,
que aquí se comen las capas,
otro poquito a otro cabo.
El morisco que ponía
duro alpargate esparto,
ahora trae borceguíes
argentados alosados,
en tafetán aforrado,
vestido de terciopelo
y espada muy plateada
y puñal sobredorado.
... Aquestos polvos señores
estos lodos han causado:
la desorden pone orden
al que está más descuidado.
... Todos juntos van a un tiempo,
y cien mil casas dejaron;
pues en un tiempo pecaron.
Sabe Dios cuánto nos pesa
siquiera por ser criados,
nacidos en nuestra patria
y en nuestra fe confirmados.
Unos dicen: "¡Ay mi tierra!
¿Quién de ella me ha desperrado?
Mas no hay que lo preguntar,
que lo han hecho mis pecados.
Y las moriscas mujeres,
torciendo las blancas manos,
alzando al cielo los ojos,
a voces dicen llorando:

"¡Ay Sevilla, patria mía!
¡Ay iglesia de San Pablo!
¡San Andrés, Santa Marina,
San Julián y San Marcos!"

Mientras, Enrique IV seguía su labor ofensiva contra las provincias españolas, buscando agregar a su patria el Franco-Condado. Estaba a punto de llevar a la práctica sus proyectos cuando Ravaillac le mató. Francisco de Quevedo hizo al enemigo caído un soneto de caballeresca generosidad:

Su mano coronó su cuello ardiente,
y el acero le dió cetro y espada;
hízose reino a sí con mano armada;
conquistó y gobernó francesa gente.
Su diestra fué su ejército valiente,
sintió su paso el mar; vió fatigada
el alto Pirineo de gente osada
la nieve ceño cano de su frente.

Sin nacer rey, lo mereció:

Su herencia conquistó, por merecerlo;
nació rey por la sangre que tenía,
por la que derramó fué rey famoso.
A fortuna quitó (por no deberla
sólo a la sucesión) la monarquía
y vengó a la fortuna un alevoso.

Seguía dándose extrema importancia a la lucha contra el infiel. A la toma de Larache, en 1610, proclamó Góngora con exaltada voz:

La fuerza que infestando las ajenas
argentó luna de menguante plata,
puerto hasta aquí del bélgico pirata,
puerta ya de las líbicas arenas.
A las señas de España sus almenas
rindió al falso león que en escarlata
altera el mar y el viento que lo trata,
imperioso aún obedece apenas.

Y de la misma forma se alegra al enterarse de la marcha de los caballeros madrileños, llamados a socorrer la fortaleza de la Maamora, en 1614:

¡A la Maamora, militares cruces!
¡Galanes de la corte, a la Maamora!
Sed capitanes en latín ahora,
los que en romance ha tanto que sois duces.
¡Arma, arma, ensilla, carga! ¡Qué arcabuces!

Pronto empezó en Europa otra tremenda y mayor guerra, que al principio parecía sólo una disensión civil entre reformados y católicos austríacos. Pero las religiones en pugna hicieron que lucharan por un lado o por otro todos sus fieles. A Fernando II, emperador, le ayudó, como es lógico, España. Había para ello no sólo el enlace dinástico y el religioso, sino, además, la natural enemiga a los protestantes alemanes, que habían ayudado a los rebeldes flamencos. Ambrosio Spínola invadió el Palatinado y ayudó al emperador en la batalla de Praga, que dió a los católicos el primer triunfo de una lucha que había de durar treinta años.

En España, el rey se dedicaba cada vez más y por partes iguales a prácticas religiosas y a diversiones. Tomaban mayor confianza los validos y las concesiones y sobornos eran extraordinarios. Se distinguió por su ambición el marqués de Siete Iglesias, don Rodrigo Calderón, secretario del duque de Lerma. Pero pronto vió acercarse su fin; se había formado alrededor del príncipe don Felipe y de la reina el partido del duque de Uceda, hijo del de Lerma y el conde de Olivares. Llegó la lucha hasta el triunfo de éstos. Lerma fué destituído, y en su lugar subió su hijo y enemigo.

Uceda, Lerma y el rey,
que procede de los dos,
trinidad, mas no de Dios,
antes de diversa ley;
porque del hijo cruel
el padre echado del cielo
padece, no por el suelo,
antes el suelo por él.
Mi señor,
mire que viene engañado,
que si al padre ha desterrado
el hijo es mucho peor (33).

Inmediatamente se empezó un proceso contra don Rodrigo Calderón. Como lo explica la musa del poeta anónimo:

(33) Anónimo. B. de Pantorba: *ob. cit.*

Sabrás que el triste Rodrigo,
que de Calderón se nombra,
ya pareció, ya dió en tierra
su encumbrada Babilonia,
prendióle el rey en su casa
y por cárcel se la otorga,
que no es muy poco favor
ser cárcel su casa propia.
Dos años y medio estuvo
en esta prisión hermosa,
que a veces es la prisión
purgatorio de las horas.

Permaneció en la cárcel tanto tiempo porque su valedor póstumo, el rey, mantuvo la espada en alto sin atrever a descargarla contra quien había obrado, quizá mal, pero desde luego no peor como favorito que él en su papel real. Convencido totalmente de su incapacidad estaba Felipe III cuando entregó su alma al Creador, en 1621.

Góngora lo despidió recordando generosamente el único título positivo con que podía pasar a la posteridad este rey de España, es decir, su triunfo de Larache. En su soneto *Al Túmulo de Felipe III,* dice:

Este funeral trono, que luciente,
a pesar de esplendores tantos, piensa
fragante luto hacer la nube densa
de los aromas que lloró el Oriente.
Avaro riega con rigor decente,
y poderoso oprime sin ofensa
en breve, mas real polvo, la inmensa
jurisdicción de un cetro, de un tridente.
Rey de ambos mundos, fruto de ambos mares,
rey, pues, santo, que ya Africa dió almenas
a sus pendones y a su Dios altares;
que las reliquias expelió agarenas
de nuestros ya más de hoy seguros lares,
rayos ciñe en regiones más serenas.

El desorden en la administración había llegado a tal extremo, que todos se alegraron de la venida de Felipe IV por joven y porque los hombres de su partido, encabezado por Olivares, habían aludido muchas veces a la regeneración del Estado que iban a verificar una vez llegados al poder. El *Memorial Anónimo* que dieron al nuevo rey al entrar en las Descalzas Reales, concretando acusaciones de soborno y cohecho contra los personajes de la corte que desaparecían, muestra el deseo del pueblo:

Veinte borregos lanudos
tiene vuestra majestad
que trasquilar para mayo,
¡bien tiene que trasquilar!
Y en trasquilando estos veinte,
otros veinte quedarán;
que es bien que a su casa vuelva
lo que en otras está mal.
Osuna, Lerma y Uceda,
Calderón, Tapia y Bonal,
Ciriza, Angulo, el Buldero,
Confesor y San Germán,
Gamboa, Heredia y Mejía,
Soria, Tejada y Tobar,
y el arzobispo de Burgos,
y Trejo, aunque cardenal,
don Octavio de Aragón,
y todos juntos darán
lo que a su corona deben.
¡Viva vuestra majestad!

La respuesta atribuída al mismo Felipe IV muestra la misma confianza en un total cambio de costumbres.

El servicio os agradezco,
que él es muy particular;
tijeras tengo amoladas,
que sabrán muy bien cortar.
Treinta millones me faltan,
aunque dicen que son más;
pero si la lana es fina,
yo creo que los valdrán.
Para hacerlos beneficios,
yo los pienso aligerar;
que es entrada de verano,
y les podrá hacer sudar.
Guárdeme Dios muchos años,
porque les pueda enseñar
cómo se carda la lana
y aparejo un cruel batán.

No se describe la personalidad de Felipe IV si no se hace referencia a la de don Gaspar de Guzmán. Sus enemigos fueron los enemigos de la monarquía, y así don Rodrigo Calderón vió acercarse la hora del fallo ejecutorio. El mismo poeta anónimo explica un proceso que,

por la prosapia del reo y la ampulosidad de que había dado muestras en vida, había de interesar al hombre de la calle. Cuando se le comunica la condena, el procesado reacciona orgullosamente. Dice que fué:

... y señor de Siete Iglesias,
gran capitán de la guardia,
conde de Oliva y su tierra,
y comendador de Ocaña
y regidor de Plasencia;
más fuí del rey secretario,
a quien Dios en gloria tenga,
y fuí de Valladolid
alguacil mayor, yo era
conde de Villalonga,
que asedió al duque de Lerma,
con otros muchos ditados
con más de seis mil grandezas;
mas ser del rey secretario,
ser quien en España gobierna,
entre todos los que tuve,
es mi mayor excelencia.

Se ve al prisionero vanagloriarse de su pasado. Hay algo que no le podrán quitar mil muertes, y es el haber sido el amo de España. Marchan hacia el suplicio y grita el heraldo:

Manda el rey nuestro señor
que se cumpla la sentencia,
conducir a degollar
al marqués de Siete Iglesias
por sus atroces delitos
que en el pregón no se cuentan.

Digno y altivo como había vivido, el marqués da sus últimos pasos mortales:

Recibe la absolución
a tanto favor atento,
dos veces llegó el verdugo
que le amenaza sangriento.
La venda para vendarse
los ojos se la dió él mesmo.
El ofrece la garganta
que fué su ánimo sincero,
y murió dejando al mundo
admirado y satisfecho.

Otras muchas medidas de orden y moralidad siguieron a la muer-

te del marqués de Siete Iglesias. Se promulgaron disposiciones encaminadas a impedir el enriquecimiento de los ministros en los cargos públicos y la opinión pública las aplaudió. Sin embargo, seguían las nubes en la política exterior. Terminados los doce años de tregua, la guerra con Holanda había vuelto a encenderse; el marqués de Spínola se pone en marcha, invade el ducado de Juliers y en una famosa campaña rinde la ciudad de Breda. Plásticamente reflejó su hazaña el genio de Velázquez. Poéticamente, Pedro Calderón de la Barca, en su obra titulada precisamente así: *El sitio de Breda,* que sirve de documento para conocer la organización del ejército español y sus aliados. La admiración a los propios soldados se mezcla con la discusión acerca de la capacidad de italianos y valones y la fama de bebedores de los germánicos.

ALONSO

Aquí la plaza de armas has mandado
hacer, y aquí la frente de banderas
que son ciento y noventa, y numerado
el ejército ya por sus hileras,
es la muestra que han hecho y se ha hallado,
que entre propias naciones y extranjeras
de ejércitos del rey sólo son treinta
y cuatro mil seiscientos y noventa,
los del país que llaman *escogidos;*
son dos mil de felices esperanzas
y seis mil y ochocientos prevenidos
de los que llaman gentes de finanzas;
de la liga católica lucidos
cinco mil y trescientos, que a venganzas
ya se previenen; cinco mil la gente
de nuestro emperador noble y valiente.
Hasta aquí repetí la infantería,
y no menos admira la opulenta
majestad de la gran caballería,
si se reduce a número su cuenta,
de ejército del reino, mas había
siete mil y seiscientos y sesenta;
dos mil (no se diga Martes, fieros)
de bandas, de hombres de armas y de arqueros.
... ¿Estos quiénes son?
Seis regimientos llevan
de borgoñés, cuatro de alemanes,
cuyos tercios al conde Juan se entregan
y marqués Barlanzón, ambos Roldanes.
Estos son italianos y valones.

blicos y la opinión pública las aplaudió. Sin embargo, seguían las

¿Sufren mucho en un sitio estos soldados?

ALONSO

Si el saco esperan, sí.

ESPÍN

No les baldones
que pelean también.

ALONSO

Si están pagados.
Estos son españoles. Ahora puedo
hablar encareciendo estos soldados
y sin temor, pues sufren a pie quedo
con un semblante bien o mal pagados.
Nunca a la sombra vil vieron del miedo,
y aunque soberbios son, son reportados.
Todo lo sufren en cualquier asalto,
sólo no sufren que les hablen alto.

Una maniobra típica de los holandeses en la guerra de Flandes.

DON VICENTE

Otra vez han intentado
hacer con un terrapleno
los de la muralla un dique;
y debe de ser su intento,
que como las ondas bajan
retardando y deteniendo
su curso venga a verter
sobre el ejército nuestro
todo el río y aneguemos.

ALONSO

Yo
diera un arbitrio más bueno
para impedirlo.

DON VICENTE

¿Y cuál es?

ALONSO

Poner allí los tudescos,
y dijérales: "El dique

o moriremos ahogados",
que yo aseguro que ellos
por no beber agua vayan
a derribarlo al momento.

Descripción de la ciudad.

ESPÍN

Esta, príncipe excelente,
es Breda invencible, y ésta
es del rebelde enemigo
la más importante fuerza.
Yace en los Países Bajos,
donde los confines cierra
de Balavia, de Celandia,
y Brabante, bien lo muestra
el río que dicen Marc
en flamenco idioma suena
lo que término o confín
en la castellana lengua.

La escena de la rendición: sumisión digna por una parte, hidalguía generosa por la otra, como en el cuadro velazqueño.

JUSTINO

Aquestas las llaves son
de la fuerza, y libremente
hago protesta en tus manos,
que no hay temor que me fuerce
a entregarla, pues tuviera
por menos dolor la muerte.
Aquesto no ha sido trato,
sino fortuna que vuelve
en polvo las monarquías
más altivas y excelentes.

ESPÍN

Justino, yo las recibo,
y conozco que valiente
sois, que el valor del vencido
hace famoso al que vence.
Y en el nombre de Filipo
Cuarto, que por siglos reine,
con más victorias que nunca,
tan dichoso como siempre,
tomo aquesta posesión.

En 1624, ejemplo de un peligro varias veces repetido, los holandeses atacan el Callao buscando el camino de la opulenta Lima. Un personaje de Lope de Vega explica el cómo y por qué en el acto segundo de *Amar, servir y esperar,* loando la defensa del virrey:

DIEGO

Tuvo aviso de Felipe,
desde el otro al mundo nuevo,
Felipe Cuarto de España,
hijo de Fénix Tercero,
el marqués de Gualdalcázar,
que, enojados y soberbios,
los de Zelanda y Holanda,
de saber que no les dieron
libertad para seguir
de Calvino y de Lutero
la secta que contradice
la verdad del evangelio,
poblaron de gentes y armas
(la numerosa flota)
una ciudad, que corriendo
portátil el mar del Sur,
pusiese a sus costas miedo.
Reparó el marqués la tierra,
como capitán discreto,
para que hallase en llegando
defensa su atrevimiento.
A nueve de mayo el sol,
sobre las ondas del puerto,
descubrió las altas naves
vestidas de acero y lienzo.
Al defenderles la tierra
un mozo holandés fué preso,
que dijo el marqués la causa
de su venida instrumento.
Nueve ciudades de Holanda
se juntaron al concierto
de esta armada, haciendo, alegres,
de sus haciendas empleo
para saquear a Lima,
y con dos mil y quinientos
hombres, que bien lo serían
soldados y marineros,
aportaron al Callao...

Sigue el peligro berberisco. Diego, duque de Estrada, cantará ju-

bilosamente una victoria del marqués de Santa Cruz contra unas galeotas piratas de Alí Araez Ruanzín, en 1624.

> ... Embisten, cañonean, desbaratan,
> popas, mesanas, árboles, antenas.
> Deshacen, hunden, rompen, hieren, matan,
> las balas, anjelones y cadenas.
> Rimbomban balas, el tambor maltratan,
> pífanos suenan; mientras tu resuenas,
> ¡oh pirata!, la trompa (infeliz suerte),
> que es para ti el juicio de la muerte.
> Defiéndese el cruel y los timones
> vuelve y revuelve; bordos a las naves
> hinchadas que parecen tres pavones
> les da; y ellas al mar humillan graves,
> vomitan gentes; fieros paladines
> con estrépitos tales, que las aves,
> peces y cielo están al caso atentos,
> testigos de estos casos y portentos.

Todavía la artillería no representa más que el prólogo del abordaje decisivo...

> ... La *Capitana y la Real Patrona*
> rayos arrojan que temblaba el suelo
> la fama eterna, su valor pregonan.
> ... Duró el combate un tanto, y embestimos
> con el bajel que traen por *Capitana*.
> Abordó mi galera y le rendimos
> por popa, y por la proa la vezana.
> La patrona de Malta a popa vimos,
> ¡oh gran Solorte!, que arroja una andana,
> con una bala (muerte a tu trofeo)
> envuelta en fuego claro, en humo feo.
> Por medio de la popa, con trinquete
> a vela hinchados, San Francisco embiste.
> La proa arrumbada dentro mete,
> al galeón que en vano se resiste;
> gente Zavallos por las bandas mete;
> don Francisco seguro a proa asiste,
> con tal valor que el moro se rindiese,
> huyendo su rigor si antes le viese.

Así pudo obtener su libertad el forzado de Góngora.

> Estaban en el lastre los cristianos,
> que de éste corso en la prisión traía,
> ligados con esposas pies y manos
> que con voces piedad a Dios pedían.

Libres en ver alarbes inhumanos,
presos y muertos a subir porfían,
mostrando voluntad de dar ayuda
de quien esperan libertad sin duda.

En ultramar se lograba una victoria que apasionó a los españoles del tiempo uniéndolos a los portugueses: la liberación de San Salvador en la bahía de Todos los Santos del Brasil, tomada por los holandeses. Si Maino pintaba su cuadro célebre, Lope de Vega componía con el mismo motivo su comedia *El Brasil restituído,* a la que pertenecen estos versos finales mostrando la rendición de la ciudad en 28 de abril de 1625. Se dirige Leonardo al vencedor, Fadrique de Toledo:

De parte del coronel
monsieur Armelingues vengo,
¡oh general español!
¡Oh generoso Toledo!
De esta plaza que tenía
deste mar y deste puesto,
por las islas a ofrecerte
salud, paz y rendimiento,
con aquestas condiciones,
que ha firmado su Consejo
en este papel.

FADRIQUE

Mostrad

....

Pues el perdón les concedo,
dejando cuanto han hurtado
y solamente saliendo
con los vestidos que tienen,
tres meses de bastimento
y embarcación a sus tierras,
sin que lleven sólo un verso,
pólvora ni munición.
Esto en su nombre os concedo,
y si queréis otra cosa,
holandeses, defendeos;
que solamente tres horas
daros de término puedo,
porque mañana han de estar
en vuestras murallas puestos
los estandartes de España.

LEONARDO

Las condiciones acepto.

Además de la campaña flamenca, empezó la de Valtellina, camino del imperio entre Italia y el Flandes amenazado. Por otra parte, Richelieu se hacía, cada vez más, nuestro enemigo. Quevedo advierte al rey que no debe asombrarse de la cantidad de guerras, porque:

No siempre tienen paz las siempre hermosas
en el coro azul ardiente;
y, si es posible, Jove omnipotente,
publican que venció guerras curiosas.
Si habitan en el cielo mal seguras
las estrellas y en él teme el Tonante,
¡qué extrañas guerras, tú! ¿Qué paz procuras?

No hay sino sacar el mayor partido posible:

Vibre tu mano el rayo fulminante;
castigarás soberbias y locuras,
y, si militas, volverás triunfante.

Una curiosa aventura romántica vino a mezclarse al factor político. Se había hablado ya del matrimonio posible entre la hermana de Felipe IV y el príncipe de Gales, Carlos, hijo de Jacobo I. Los pueblos de ambos países recelaban de una boda entre príncipes de religión distinta; pero Inglaterra quería el apoyo español para devolver el Palatinado al cuñado de Carlos, Federico V. En estas circunstancias se presentó el príncipe en Madrid, acompañado de su valido Buckingham. Este gesto agradó a los españoles, y por la calle se cantaba su romance.

Carlos Estuardo soy,
que, siendo el amor mi guía,
por mar y tierra me voy
buscando mi estrella María.

Pero no bastó la poesía de su llegada para acercar a los dos jóvenes. Olivares se opuso terminantemente, así como el rey, y tras de agasajarlos brillantemente, lo describe Luis de Góngora...

Parió la reina; el luterano vino
con seiscientos herejes y herejías;
gastamos un millón en quince días

en darle joyas, hospedaje y vino.
hicimos un alarde o desatino
y unas fiestas que fueron tropelías
al ánglico legado y sus espías
del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico,
que nació para serlo en las Españas;
hicimos un sarao de encantamiento,
quedamos pobres, fué Lutero rico;
mandáronse escribir estas hazañas
a Don Quijote, Sancho y su jumento.

... se volvieron los ilustres viajeros con las alforjas vacías. El fracaso arrojó a Inglaterra en los brazos de Holanda, y España contó desde entonces con un enemigo más.

Por otra parte, se le morían los amigos. Don Pedro Girón, duque de Osuna, virrey y capitán general de las dos Sicilias, que tanto hiciera en favor de los asuntos españoles en Italia, murió en la cárcel mientras pendía un proceso sobre su cabeza. Sus enemigos y su extraordinario orgullo hicieron que se viera comprendido en los procesos que, por malversación de fondos públicos, inició el conde-duque a su llegada al poder. Francisco de Quevedo, insustituíble cronista de la época, que estuvo en Italia a las órdenes del duque y con él tomó parte en una conspiración contra Venecia, nos explica su vida:

Diez galeras tomó, treinta bajeles,
ochenta bergantines, dos mahomas;
aprisionóle al turco dos coronas
y los corsarios suyos más crueles.
Sacó del remo más de dos mil fieles,
y turcos puso al remo mil personas.
¡Y tú bella Parténope aprisionas
la frente que agotaba los laureles!

Y en el final de otro soneto recuerda su esfuerzo inconmensurable vencido por los leguleyos enemigos:

Divorcio fué del mar y de Venecia,
sus desposorios dirimiendo el peso
de naves, que temblaron Chipre y Grecia,
¡y a tanto vencedor venció un proceso!
De su desdicha su valor se precia:
murió en prisión y, muerto, estuvo preso.

Las tormentas bélicas arreciaban. Nos atacaba el francés, el holandés y los protestantes alemanes. La guerra de los treinta años se iba desarrollando a favor de los enemigos de España, y la Valtellina, codiciado pasillo, cayó también en manos de los franceses.

Marañón ha estudiado la curiosa burla del destino, dándonos como rey al débil Felipe, mientras su generoso y brillante hermano Fernando no podía pasar de infante-cardenal. Esta nostalgia parece aletear también en los versos de Bocángel y Unzueta cuando describe las hazañas del vencedor de los suecos en Nordlingen.

Su *Fernando o templo de su fama* (poema histórico al infante-cardenal), refiere:

> ... Ya consumado en fuerzas le dirige
> el Júpiter fraterno a empresas grandes,
> al franco, al belga, al holandés corrige
> la amenaza, que hará el estrago en Flandes.
> Salen,pues, los hermanos tan lucientes,
> que la puesta del sol ve tres Orientes.

A Cataluña le envió el rey a aprender difícil política en las cortes del principado.

> Cataluña, Aragón le aclaman Numa;
> estadista en las Cortes; ya se embarca;
> sésgase el mar, y duerme hasta la espuma,
> de fiel tranquilidad lisonja zarca.
> Dejando su obedece equivocado
> o al barón, o al tridente o al cayado.
> Llega a Milán, ejércitos compone,
> corazones admite, excusa gestos
> bien que prospera, fiiestas le propone,
> que en triunfos Roma no miró, ni en faustos
> que mucho sí jamás admiró tanto,
> de fuerte, sabio, libertad y santo.

Saldrá de Italia, y Venecia respirará.

> Trasciende a Flandes, y al Real Pasaje,
> Hidra del Septentrión Weimar se ofrece,
> animada ponzoña del coraje,
> de aquella infiel cerviz que herida crece;
> mas sus venenos y su cuello extinguen
> aceros de Austria en campos de Norlingen.

La batalla de las dos infanterías famosas: la sueca y la española.

... Cual huye al bosque incauto conejuelo,
a la sombra del cañón del miedo alado,
el escuadrón sueco elige un suelo
de engaños y de robles trincherado,
y opuesto en su labor al propio intento
su laberinto obró su monumento.

Actividad del general en tiempos en que éste iba en primera línea.

Allí cae el soldado, y le socorre;
Allí el campo se engríe, y le sosiega;
mengua una tropa, y a llenarle corre;
al osado amenaza, al flaco ruega;
bombardas ceba centinelas muda;
susurra nombres y caballos suda.

... Como excede entre rojos arreboles
el sol, que los educa de la tierra
los olimpos de acero, ¡oh españoles!,
hacen, y los demás sufren la guerra,
bien que el gran duque de Lorena hería
tanto, tanto, que España le adoptó aquel día.

Es de copia marcial cualquiera cuerno
en fortaleza y sitio, altivo y alto;
el príncipe del Tajo da el gobierno
a Leganés, a Idiáquez, y a Torralto
a Escobar, al audaz Panigarolas,
a Alagón, por quien Palas fué española.

El sol de las dos águilas bohemias,
que hacen planta diestro, audaz y fuerte;
óyense de Vehimar altas blasfemias,
que el cielo manchas de veneno y muerte,
salvas que fingen al rayar del alba,
pues la muerte no más es libre y salva.

Suena parches, y pífanos asordan,
rotas, formas las picas voz espesa,
balas de sacres las trincheras bordan,
y al sólido pavés hacen pavesa,
rotos miembros de cuerpo desunidos,
hacen sombra en el aire entre tejidos.

La pólvora montaña de humos explica
en ambos campos, y suspenso Marte,
tres veces fué neutral, al fin rubrica
con sangre del contrario nuestra parte,
nuestra victoria, y en los fieros bandos
prevalecen victoriosos y Fernandos.

De polvo y sangre y de sudor teñidos,
gracias a Dios, a España da pendones,
triunfa cortés, y expende agradecido,
al noble cargos, y al humilde dones,
reconoce valientes, premia osados,
que el ser testigo los armó soldados.

Después del triunfo, sabe llevar disciplinado a los suyos.

Ya que en premios y en pagas hizo alarde
del metal que vasallo da Occidente,
porque el dictamen de Felipe guarde,
a Flandes la ordenada gente,
que impedida de presas y trofeos
logró ambiciones que ignoró en deseos.
Marcha, pues, y en arneses y en colores,
en su campo acerada primavera,
vence siempre al pasar como a las flores
vence el arado en su eficaz carrera.
Rinde el inferior Palatinado,
con las armas de amor y lid del trato.

Llega cerca de París en audaz incursión por tierras francesas, mientras Madrid contesta "no" a sus pretensiones de hombres y material.

Abátese la indómita Francona,
y es pretensión amante el rendimiento,
antes que vegas pise de Colonia,
la Alsacia evita con sagaz intento,
donde celado el crédulo enemigo,
sólo sirvió de triunfo y de testigo.
Witember, Franconia, el Palatino,
la Colonia, Maguncia, el Rin y el Meno,
superados termina el real camino;
a Flandes, donde a Marte ve sereno,
Flandes, que fué primero templo vano
de Marte, y ya sus olas rinde a Jano.

Quevedo, siempre al cuidado del estado del cuerpo nacional, trata de explicar el porqué se ve tan asaltada la patria, haciendo historia de su grandeza. Empieza con Pelayo:

Un godo que una cueva en las montañas
guardó, pudo cobrar las dos Castillas;
del Betis y Genil las dos orillas,
los herederos de tan grande hazaña.

A Navarra, que dió justicia y maña
y un casamiento en Aragón las sillas,
con que a Sicilia y Nápoles humillas
y a quien Milán, espléndida, acompaña,.

Viene luego la sucesión portuguesa y el descubrimiento de América:

Muerte infeliz en Portugal arbola
tus castillos. Colón pasó los godos
al ignorado cerco de esta bola.
Y es más fácil, ¡oh España!, en muchos modos,
que lo que a todos les quitaste sola
te puedan a ti sola quitar todos.

La guerra se extendía por todas partes, y el hecho de que los imperios coloniales de España y Portugal obedeciesen al mismo rey hacía más fácil la presa de los merodeadores de otras naciones. Esta vez, Quevedo apunta directamente al blanco, y acusa al monarca de entregarse a sus distracciones y a dar títulos a Olivares mientras el país se va deshaciendo...

Los holandeses, señor, y los persianos
han conquistado a Ormuz; las Filipinas
del holandés padecen mil ruinas.
Lima está con las armas en la mano.
El Brasil en poder de luteranos,
Temerosas las islas sus vecinas;
la Valtellina y treinta Valtellinas
serán del turco en vez de los romanos.
La Liga de furor y astucia armada,
vuestro imperio procura se trabuque,
el daño es pronto y el remedio es tardo.
Responde el rey: "Destierren luego a Estrada,
llamen al conde de Olivares, duque
case su hija y vámonos al Pardo."

Pronto esta voz aislada se hizo general. El pueblo se irritaba ante la postura del rey, que dejaba a sus soldados morir en tierra extraña mientras él vivía solazándose y colmando de honores a su favorito. Con motivo del ataque de los franceses a Fuenterrabía, el ministro mandó los socorros necesarios, y sólo por ello el rey le concedió como recuerdo una copa de oro que le mandaba todos los años por la misma fecha. Empezaron los movimientos políticos de separación en la misma España. Cataluña, maltratada por las tropas del

conde-duque y porque sabía de la ojeriza que éste tenía a la región, empezaba a agitarse. Lo mismo sucedía en Portugal, que, a la pérdida de sus colonias veía añadir el nombramiento de gobernadores castellanos contra las promesas de Felipe II. Así se queja el poeta anónimo:

Hablemos claro, mi rey;
toda España va de rota,
el portugués más se engríe,
el catalán más se entona,
lo militar no se ejerce,
lo político le estorba,
los que pierden nos gobiernan,
los que ganan se arrinconan.

No hay posibilidad de hacer nada mientras exista un rey que abandona sus tropas en marcha hacia Cataluña para irse al Retiro, donde le esperaba su esposa:

León que invencible ruge,
prevenga aparato y pompa
a vuestra vuelta a Castilla
más que a sus césares Roma.
Venga vuestra majestad
muchas veces en buen hora,
y apréstense arcos triunfales,
como han sido las victorias.
De conquistadas banderas
colgad la iglesia de Atocha,
y al labrador San Isidro
remitiréis las que sobran.
Este sí que es rey valiente,
que deja su tierra propia,
no como otros reyes diablos,
que en la extraña se coronan.

En tiempos en que religión y política iban muy mezcladas, el enemigo era siempre hereje.

Estén Lutero y Calvino
muy despacio en Barcelona,
y si ha de dar Dios remedio,
por acá no se disponga.
Y que Rosas no se gane,
chico pleito y poca ropa;
que se hará la primavera
lo mismo, señor, que ahora.

Perpiñán cae en manos francesas...

Si Perpiñán se perdió,
poco, gran señor, importa;
que hacia atrás la socorrieron
Leganés y la Hinojosa.

Descalabros en Italia...

... Gran soldado es Leganés,
testigo Italia en sus obras,
que el casal de Monferrato
ya le pilló por la cola.
... Hoy no se acierta en España
acción humilde ni heroica,
desdicha es errar algunas,
malicia es errarlas todas.
Vaya Oropesa a Navarra
para perder a Pamplona,
será vuestro hijo Pelayo
el de las Asturias solas,
porque ya or vió en la jornada
el que más se os apasiona,
con pies de plomo a la ida,
y a la vuelta por la posta.

De la lentitud en ir a la guerra catalana y de la prisa en volver, puede colegirse el amor del rey a sus deberes militares.

Si cariños del Retiro,
señor, tan apriesa os tornan,
rey que a retirarse llega,
mucho sus armas desdora.
No se castiguen soldados
aunque se vuelvan a tropas;
que buen ejemplo les da
el mismo rey en persona.

... Y aludiendo al frustrado intento del duque de Medinasidonia de levantarse con Andalucía independiente...

Justamente se quería
el de Medina Sidonia
alzar con algunas tierras,
pues han de perderse todas.

Mirad que es Guzmán el Bueno,
soltadle, aver si las torna,
y os podrá volver aquéllas
después que perdáis estotras.

El hijo del conde-duque, falso defensor de Fuenterrabía, se casó contra la voluntad del padre y fué descasado a la fuerza.

Y advertir al conde-duque,
pues por alcaide le toca,
conserve a Fuenterrabía;
si no que os vuelva la copa.
Julianillo el jacarero
es fuerza que la socorra,
el casado por ventura,
descasado por tramoya.
... Volved, pues; tenga el Retiro
fiestas, banquetes, pandorgas;
que para perderse aprisa,
así se han de hacer las cosas.

¡Que distinto ese tono melancólico y pesimista del que hemos visto páginas atrás cuando se glosaba el esfuerzo al frente de las tropas de un Carlos V o de un Juan de Austria! Ahora incluso se duda de la capacidad del rey y de su consejero para gobernar el país. El soneto anónimo finge una conversación entre los dos:

¿Qué es lo que hacéis? — En nada discurrimos.
¿Pensáis en algún medio? — No sabemos.
¿Buscáisle en la justicia? — No podemos.
¿Esforzáis la milicia? — No la vimos.
¿Dónde está el bien común? — No lo sentimos.
¿Su honra, dónde está? — No la tenemos.
Habladme sin rebozo. — No queremos.
Advertidme siquiera. — No advertimos.
¿Qué consultáis? — Los cuandos y los comos.
¿Y los motivos? — Esos no alcanzamos.
¿De guerra qué sentís? — Perdidos somos.
¿Socorréis al Imperio? — No atinamos.
¿Hay alguna esperanza? —Ni aun asomos.
¿Y el caso de la copa? — En eso estamos.

Ya se ha desbocado la literatura contra el antes omnipotente señor de Olivares. Por todas partes surgen pasquines, y el español medio no vacila en considerarle la causa de todo el mal que España su-

fre. La guerra de Cataluña, si bien con resultado final victorioso para el Gobierno, es costosa, mientras en Portugal crece y se afianza la insurrección, a pesar de que el favorito dió, con afectada ligereza, la noticia de la sublevación de Braganza, asegurando que sólo se trataba de un paseo militar. Reacciona el pueblo:

La guerra de Portugal,
que se juzgaba tan breve,
con tanto espacio se mueve,
que va aspirando a inmortal.
Tanto estrépito marcial,
tanta gente levantada,
a pie y a caballo armada,
tanto aparato ¿qué ha sido?
Mucha costa y gran ruido,
¿y tanta jornada? Nada.

Y Quevedo vuelve a levantar su voz iracunda contra quien cree responsable:

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, ya la frente,
me representes o silencio o miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Y por decir lo que sentía Quevedo fué recluído. Sucedió tras el hallazgo de un papel bajo la servilleta de Felipe IV, que envolvía amargas verdades en estilo quevedesco.

Católica, sacra, real majestad,
que Dios en la tierra os hizo deidad.
Un anciano pobre, sencillo y honrado
humilde os invoca y os habla postrado...

... A cien reyes juntos nunca ha tributado
España las sumas que a vuestro reinado.
Y el pueblo doliente echa a recelar
que le echen gabela sobre el respirar.
Aunque el cielo frutos inmensos le envía,
le infama de estéril nuestra carestía.

... Ved que los pobretes, solos y escondidos,
callando os invocan con mil alaridos.
Un ministro en paz se come de gajes
más que en guerra pueden gastar diez linajes.

Pero ya que hay gastos en Italia y Flandes,
cesen los de casa superfluos y grandes,
y no con la sangre de mí y de mis hijos,
abunden estanques para regocijo.
Plazas de madera costaron millones,
quitando a los templos vigas y tablones.
Crecen los palacios, ciento en cada cerro,
y el gran San Isidro, ni ermita ni entierro.
El que por la guerra pretende alabanza,
con sangre enemiga lo escribe en su lanza.
Del mérito propio sale el resplandor
y no de la tinta del adulador.

Y lo que más debía avisar la irritación del monarca...

Grande sois, Filipo, a manera de hoyo...

La privanza de un hombre que llevaba el país a la ruina llegó a parecer tan extraordinaria al vulgo, que se creyó que el conde-duque tenía hechizado al rey. Se basó la sospecha en la muletilla que el de Guzmán llevaba a menudo y de la cual se creía daba la suerte:

... a quien él no quiere
por milagro se tiene si no muere;
mas si le es amable
parece que le da la perdurable;
y todo lo sujeta
con la santa hermandad de su muleta,
donde por testimonio
el gobierno se ha visto del demonio.

Como en el caso del condestable don Alvaro de Luna, con quien tanto parecido guarda el conde-duque, fué una mujer, la reina, la principal causante de su caída. Doña Isabel de Borbón tenía motivos para estar ofendida con el orgulloso Olivares, y uno de ellos era el convencimiento de que el privado había protegido los amores del rey con la actriz llamada la *Calderona*. Ella y los muchos enemigos que se había granjeado el conde-duque, lograron la caída de éste en 1643. Jubilosamente lo proclamó el poeta:

El día de San Antonio
se hicieron milagros dos,
pues empezó a reinar Dios
y del rey se echó al demonio.

A los sesenta años de edad y cuarenta y cuatro de reinado, moría al conde-duque en la privanza, apenas pudo hacer otra cosa que certificar con su presencia la derrota en el exterior.

Siguieron, a pesar de ello, los desastres de la política exterior. La larguísima guerra con Francia dió por resultado la paz de los Pirineos. Por ella se cedía a Francia el Rosellón y el condado de Conflans, y el Artois, en Flandes. Don Luis de Haro, que había sucedido Felipe IV, en 1665. Dejaba como heredero a su hijo Carlos, de cinco años, bajo la tutela de su esposa doña Mariana de Austria, y reconocía como hijo natural, habido con la *Calderona,* a don José Juan de Austria. Dejaba un país prácticamente desintegrado en sus torpes manos.

Sin embargo, hubo quien todavía achacó a mala suerte el fracaso de sus acciones. L. Enríquez de Fonseca lo escribió en el túmulo de Felipe IV levantado en Nápoles.

> Mira, advierte, contempla, oh tú, cualquiera!,
> en este funeral, pompa sagrada,
> la gloria de dos mundos tubulada,
> y cuanto mayor fuere, la venera.
> Yace aquí el que intentó y el que pudiera
> hacer romano al orbe con su espada,
> si política envidia conjurada.

Refiriéndose a la unión de Francia, Inglaterra y Suecia para ayudar a Holanda rebelde.

> Si aleve rebelión no lo impidiera.
> El monarca mejor, el más glorioso;
> en su piedad mayor que todo humano,
> adorado en aquel y este hemisferio.
> Felipe Cuarto el grande, el generoso,
> refugio de coronas, cuya mano
> tres veces a la Iglesia dió el Imperio (34)).

(34) Sepúlveda, E.: *Ocio de los estudios.* Nápoles, 1683.

CAPITULO VII

PUNTO DE INTERROGACIÓN

Al morir Felipe IV, aquella supremacía militar que ostentaba la España de Carlos y de Felipe II, había pasado, en su aspecto naval, a Inglaterra, y en el terrestre a la Francia de Luis XIV. Y quedaba como monarca un niño de corta edad, bajo la tutela de su madre doña Mariana de Austria, una extranjera a quien la nación no tenía ninguna simpatía. Y por si fuera poco, ésta se trajo de su corte de Viena a su confesor, el padre Nithard, nombrándole inquisidor general con entrada nata en el consejo de regencia. Molestó ello a los españoles, y muchos se unieron al joven partido de don José Juan de Austria, cuyo solo nombre evocaba la gloria. Un partidario suyo escribió en un pasquín:

> Para la reina hay descanso
> y para el rey hay tutor,
> si no se muda el gobierno
> desterrando al confesor.

Otro acusa al rey de no mantener la energía primera para llevar a cabo sus tareas de gobierno:

> Carlos, el primero día
> que empezaste a gobernar
> ya quisiste dominar
> el mal de tu monarquía.
> ¿Cómo de tanta alegría
> tan apriesa lo has privado?

Aludiendo al dominio que doña Mariana ejercía sobre él:

Mira, rey mal informado,
que, aunque hijo, eres rey,
y que debes, según ley,
mostrar que eres como diestro.
Padre Nuestro.

La polémica poética y política siguió mucho tiempo. El estado físico de Carlos ofrecía serios temores, y los cortesanos preferían enrolarse en los bandos que habían de triunfar un día no lejano a uncirse a un carro pronto a ser destruído. El desgobierno de la nación se acentuaba con ello, y los poetas, como en tiempos de Juan II, se permitían las mayores irrespetuosidades. Un comentarista ironiza, incrédulo, sobre la real procedencia de don José Juan de Austria:

Un fraile y una corona,
un duque y un cartelista,
anduvieron en la lista
de la bella Calderona.
De tan santa cofradía
procedió un hijo fatal,
y tocó al más principal
la pensión de la obra pía;
claro está que le daría
lo que quisiese su madre,
pero no habrá a quien no cuadre
una razón que se ofrece:
mirad a quién se parece,
porque aquél será su padre.

Y explica los descalabros militares del bastardo. Vencido en las Dunas y causante de la pérdida total de Portugal, cuya independencia fué reconocida en este reinado.

Así perdió a Portugal.
En las Dunas su arrogancia
dió tantos triunfos a Francia,
que es cosa de admiración
cobrar tanta perdición
con un hijo de ganancia.

Y le pide al rey que averigue si, efectivamente, es don José Juan hermano suyo.

Mande, pues Carlos Segundo,
ver si le hubo sin recelo

el rey que vive en cielo
con una mujer de mundo.
Es un misterio tan profundo,
sólo puedo decir yo,
que por suyo lo juzgo;
mas si con todo es extraño,
no será el primer engaño
que Felipe padeció.

La diatriba contra don Juan obedecía al desengaño con que sus partidarios le vieron dedicarse a las intrigas palaciegas—a Nithard depuesto había sucedido el aventurero Valenzuela—, en lugar de aceptar mandos en el ejército de Francia o el de Mesina, en Italia.

Un partidario de don Juan ataca a la reina y a Valenzuela con la pasión reveladora de la desunión del país (35).

El "rey sin reino" es el rey,
y España clamando está
que el "tirano castigado"
(Valenzuela)
sea de tan gran maldad.
El "príncipe esclavo" es
nuestro rey, Dios le da
"libre" desde "cautiverio
por la "orden de S. Juan".
(Juan de Austria)
La "mujer que manda en casa"
es la reina; reparad
que "mujer contra consejo"
nunca sabrá gobernar.
"Reinar después de morir"
su ambición también querrá,
si el "mejor par de los doce"
no obra con riguridad.
El "príncipe perseguido"
es, y es la firme verdad;
el "señor don Juan" imita
a la más "firme lealtad".
"No hay contra el amor poder",
dice su alteza; y está
"amor, lealtad y ventura"
en una balanza igual.

---

(35) (Antonio Restori: Piezas de títulos de comedias. Mesina, 1903.) Romance M. 78, fol. 78. Biblioteca Nacional de Madrid.

Ni el "gran cardenal de España",
ni el infante cardenal,
ni el "cardenal Albornoz"
fueron como el cardenal.
... El traidor contra su sangre",
al almirante llamad,
que si es pariente de reyes
traidor fué al señor don Juan.
... El "garrote más bien dado"
en Valenzuela será,
y el "lucero de Castilla"
lo mandará ejecutar.
... Véase la reina perdida,
aunque diciéndole están
en carroza con las damas:
"Mujer, llora y vencerás."

Mientras Luis XIV nos obliga a firmar la paz de Aquisgrán y la de Nimega, con pérdida de ciudades y rentas. El estado del rey seguía preocupando, y se intentó que diera un heredero a la corona. La elegida de la reina madre fué la archiduquesa María Antonia de Austria. El pueblo, recordando la privanza de Nithard, pegaba por las paredes:

Pues que permitís, señor,
nos nazca una reina bella,
hija del emperador,
no permitáis que con ella
nos nazca otro confesor.

Pero se impuso el parecer de José Juan de Austria, y la que llegó como reina fué María Luisa de Orleáns. Se consideraba tan importante su papel de transmisora de la sangre real, que se escribía:

Si parís, parís a España;
si no parís, a París.

Toda la literatura del tiempo está llena de la angustia por lo que ha de venir tras la muerte de Carlos. En el exterior se ve a Luis XIV cada vez más fuerte y cada vez más hostil a los intereses españoles. El Imperio que había de ser el natural valedor de los Austrias no parece querer asegurarse más que su tajada en el botín. ¡Si ese pretendiente, don José Juan, fuera realmente un hombre de Estado! Pero el hombre en quien, mientras militó en la oposición, todos tenían pues-

ta la confianza, fracasó cuando llegó al Gobierno. Las innovaciones se limitaron a cambios en las prendas de vestir—el tahalí por el cinturón, el cuello blando por la golilla—y en la decoración urbana, como el hacer descender "el caballo de bronce"—estatua ecuestre de Felipe IV—desde los altos del jardín del palacio. Así comentaba el anónimo libelo:

La carne el año pasado
valía a sólo catorce.
el pan no vale a sus once,
y en éste no se ha bajado
más que el caballo de bronce.

Y otro, parodiando al valentón del soneto de Cervantes:

vino su alteza,
sacó la espada
y no hubo nada.

A lo que, indignado, hizo añadir don Juan, reprochándole la impaciencia:

Villano,
aún no se ha cogido el grano.

Pero no había grano ya para la España desorientada del final del siglo XVII. Fracasó el de Austria, fracasaron todos los que intentaron poner un parche en la herida abierta en el Estado. Enfermo el rey, empezó la lucha diplomática entre las potencias europeas, especialmente entre el emperador y Luis XIV para dividirse su monarquía. Hasta tres tratados de reparto se hicieron a escondidas y menosprecio de la voluntad de Carlos II. Cuando éste, moribundo y esperando mantener íntegra y unida la herencia de sus abuelos, firmó el testamento a favor de Felipe de Anjou, nieto de Luis, no sabía que había abierto la puerta a la discordia civil que la Historia conoce con el nombre de Guerra de Sucesión española.

CAPITULO VIII

AIRES FRANCESES

Con el siglo XVIII empezaba en España la guerra de Sucesión. No bastaba con que el país viera caer, una a una, sus esperanzas exteriores. Tenía que suceder, además, que el frente interior se escindiese a favor o en contra de un pretendiente. Estos eran, a la muerte de Carlos II, Felipe de Anjou, Carlos de Austria, Pedro II de Portugal, Víctor Amadeo de Saboya y el duque de Orleáns, títulos que indican que en toda Europa existía la apetencia del botín español. Pronto quedaron solos Felipe y Carlos como más autorizados. Felipe es nombrado, por el testamento de Carlos II, heredero del trono, y toma posesión de él ante el fervor del pueblo, ganado por el oro y la propaganda francesa. Sin embargo, las provincias orientales, como Valencia, Cataluña y Mallorca, recelosas del centralismo representado por Luis XIV, se colocan al lado del archiduque. Los triunfos sonrieron en el primer momento a los imperiales, y su jefe, Carlos, llegó a entrar en Madrid siendo recibido fríamente. Arrojaba monedas, y el pueblo decía:

> Viva Carlos Tercero,
> mientras dure el echarnos dinero.

La parte pro borbónica española está representada por Luis Enríquez de Navarra, que en su *Laurel histórico y panegírico real de las gloriosas empresas del rey nuestro señor Felipe V el* Animoso, *desde su feliz exaltación al trono*... Madrid, 1708, describe episodios de la guerra.

Sólo pudo aliviar su desconsuelo
la noticia feliz que disponía
piadoso a tu persona, enviar el cielo
el remedio del mal que padecía;
magnánima elección de tu abuelo
convirtió su tristeza en alegría,
si otra fuera, cual pudo (piedad rara),
¿qué de estragos Castilla no llorara?

La renuncia de la infanta María Teresa, hermana de Carlos considerada nula...

... Pretendió la ignorancia, deslumbrada
con algunos pretextos aparentes,
la disputa poner, justificada
advertencia de juicios más prudentes,
y en consistorio lleno ventilada,
resuelve la cuestión con evidentes
argumentos, cuanto se porfía,
de justicia y razón te se desvía.
... Renunciar tal derecho sin violencia
ella bien pudo ser, pero lo dudo,
que poner todo un reino en contingencia
fué del libre albedrío fuerte nudo.
Obligóle de un padre la presencia,
y aunque ley de su reino hacerla pudo,
¿quién ignora que son libres los reyes
para hacer y anular cualesquier leyes?

... Nápoles conspira...

Hipócrita el Vesubio amenazaba
oscurecer con su ceniza ardiente
la piedra más preciosa que adornaba
corona rica de tu augusta frente;
sediciosas malicias ocultaba
en su pecho oprimidas insolente,
y al oír de tu nombre el eco sólo,
sereno se vió el mar, sin sombra el polo.

... Los alemanes propagaban el recuerdo del saco de Roma entre los napolitanos para azuzarlos contra los Borbones...

Tumulto popular ocasionado
de cobarde temor mal concebido
en sus mismas ruinas sepultado
de los pechos con ella desterrados,

su lealtad nuevo lustre ha conseguido,
pues supieron, gozando fiel reposo,
de tu mano esquimar lo generoso.
Motivó su recelo errado juicio,
que envidioso escuadrón favorecía
de su mal corazón es claro indicio,
lastimoso romano desperdicio
pues confunde la plebe y la hidalguía;
acordar procuró su alevosía,
queriendo hacer odiosa para Italia
con ecos de Borbón a toda Gallia.

Felipe V en Milán...

... De finos corazones detenido
con sus ruegos tu agrado condesciende,
y el pueblo milanés agradecido
de mordaz pensamiento te defiende;
su nobleza mantuvo fiel partido,
dando a entender que su esplendor ofende
presumida traición, y que, enojado,
volverá por su honor su noble espada.
Campal batalla; guarnición valiente
en breve espacio resistió animosa,
mas traidor casi llega un accidente,
el aplauso a quitar de victorioso,
cuando más encendido rayo ardiente
aun pavesa no fué su luz hermosa;
que la empresa no logre se ha debido
a advertido reparo de un olvido.

El triunfo de Almansa:

Florido campo que el abril recuerdo
y agradable miró la primavera,
numeroso tu ejército, si inunda,
en el valiente al enemigo espera;
cierta seguridad del triunfo funda,
que quizá en otra parte no tuviera,
en la innata lealtad con que mantuvo
la dicha Almansa, que por tuya tuvo.
La primera estación era del día,
cuando ver se dejaron los pendones
enemigos, cargando su osadía
avanzados piquetes y escuadrones,
recibió la formada valentía
animosa oponiendo batallones,
que a tu lado aprendía con denuedo
a no entender las voces que da ei miedo.

Que el bronce, la tierra estremecida,
en polvos y humo envuelta la campaña,
y con silbidos la bala despedida
asustaron el llano y la montaña;
recibieron tus guardias la embestida,
y al vibrar el metal, sonora saña,
en volcanes prorrumpe el ardimiento,
que su pecho guardó, sopló tu aliento.
Carga toda la fuerza hacia esta parte
en el puesto perdido, y recobrado,
si el acero jugó sangriento Marte,
más airoso que en él nunca ha quedado;
por tres veces volvieron a alojarte,
dejando al enemigo escarmentado;
entre oscuras tinieblas con gran gloria
empezó a descubrirse la victoria.
Por el centro ambas líneas derrotadas,
a ceñirse al laurel veloz corrió;
mas al golpe de furias aceradas
rompió el costado tu caballería;
de su esfuerzo las líneas abrigadas
por su punto volvió la infantería:
bayoneta calada, espada en mano,
pareció el más bisoño veterano.

Por su parte, un partidario del archiduque comprende la difícil situación y se queja del abandono y la lentitud con que son llevadas las "cosas de la guerra":

En las cosas de la guerra
dicen que todo va bueno;
bien puede ser que así sea,
mas yo, ciego, no lo veo.
... En toros, misas, disputas,
gastamos unos momentos,
más calvos que la ocasión
y más veloces que el viento.

El testigo teme. Teme por sus fuerzas inactivas, teme por la sagaz habilidad política de Luis XIV, que puede separar a un aliado de la coalición.

¡Guay de nosotros si Holanda
con Luis hace un convenio!

... O por el valor militar del duque de Vendòme...

¡Guay si Vandoma nos coge
sumergidos en el sueño!

Por otro lado, además de la fortaleza francesa que, en este siglo, representa al primer estado militar de Europa, existe el tesón de Luis y de su nieto Felipe para atacar y vencer. Un romance popular saluda al Borbón vuelto a la capital:

Invicto Alcides hispano,
en cuyo valiente acero
la fama imprime victorias
y la justicia escarmientos...
Si de Alejandro y César
volúmenes guarda el tiempo,
por tus triunfos parece
que son los siglos estrechos.

A pesar de los reveses de Almenara y Zaragoza, las victorias de Brihuega y Villaviciosa lograron la total posesión de la corona española para Felipe. Por otra parte, Carlos era ya emperador de Austria, e Inglaterra no quiso luchar para engrandecer más a su Estado, ya que había entrado en la guerra precisamente para evitar el excesivo poder de la monarquía francesa. Se firmó, pues, la paz de Utrecht, y, por su mediación, Inglaterra se quedó con Gibraltar y Menorca. Al emperador se le daba, por otro tratado, el Milanesado, Nápoles, Cerdeña, el Luxemburgo y Flandes, y al duque de Saboya, Sicilia. Se contraía, pues, la monarquía española a la misma velocidad que, en otro tiempo, había extendido sus alas.

Con Felipe llegaba la influencia francesa en el traje, en las costumbres, en las academias y en el ejército. Luis XIV dicta su voluntad durante mucho tiempo ante el disgusto de los españoles, y el padre José A. Butrón se indigna contra la civilización imitada de Francia.

¡Que un gallo que de viejo ya es capón (Luis XV)
pueda así el gallinero alborotar!
¡Que ponga en confusión la tierra y mar
este grande gusano revoltón!
¡Que haga así de lo ajeno partición
para mejor lo propio conservar!
¡Y que la pobre España ha de pagar
todo lo que ha pecado su ambición!
¡Que por otro se nos trueque el oropel,
y la jerga nos venda por tisú;
y porque cuando amigo es más infiel

nos lleva a los tesoros del Perú!
¡Oh Felipe! ¿Qué hacéis? ¡Oh España fiel!
¡Oh Fráncia vil! ¡Oh tú, tiranía, oh tú!

La influencia francesa, sin embargo, no desagradaba a todos. Hubo quien se acostumbró a los aires transpirenaicos, y R. Melchor de Macanaz, por ejemplo, gusta de la doctrina de Versalles y comparte las diatribas de nuestros vecinos contra la religión. El siglo que ha de dar más tarde a Voltaire y a las enciclopedias parece adelantarse en estos versos dirigidos al rey contra los frailes:

El soberano Monarca,
rey de los reyes supremo,
que el orbe formó de un soplo,
lo mantendrá con el mesmo.

....

En Francia hay frailes muy pocos,
en España hay un mar de ellos;
y allí son los triunfos más,
habiendo quien rece menos.
... Cuando se perdió a Larache
y otras plazas se perdieron,
fué por los pocos soldados
y hubo frailes en exceso;
con que hallaréis, gran señor,
claro es aqueste argumento
que, o los soldados faltaron
o los frailes se durmieron.
Los que entran en religión
que te hacen gran falta, es cierto;
si buenos para las armas,
si malos para los buenos,
pues a tus reinos importa
quien cuarenta moros mate,
más, cuando Ceuta está ardiendo,
que quien rece un Padrenuestro.

La labor guerrera de Felipe en Africa fué importante. Por su empeño y el valor de sus tropas se recobra, en 1732, a Orán y a Mazalquivir, perdidos en 1708. Eugenio Gerardo Lobo encomia a los que se embarcan para la empresa:

Ve, lucido escuadrón; ve, fuerte armada,
del monarca de España empeño augusto,

y el pendón infeliz del moro adusto
su luna llore en ti siempre eclipsada.
Vete y vuelve de triunfos coronada,
gloria de Dios y de la patria gusto;
haga en los moros tanto estrago el susto
que quede en el ocio la invencible espada.
Contra viles sectarios mahometanos,
¡ah Señor!, de tu causa no te olvides,
que en tu brazo se fían, no en tus manos.
Vuelve en triunfos, Señor, todas tus lides;
tiempo es ya de que en leones africanos
la clava esgrima el español Alcides.

Y un oficial anónimo de los Regimientos de Guardias Españolas y Valonas hace su descripción de la batalla:

... Del general, entonces el talento,
la observancia, el cuidado, la experiencia
va cebando la acción, con pensamiento
de que sea el preludio consecuencia;
manda salir (y manda el vencimiento
al denuedo, a la muerte, a la violencia,
al terror, al asombro y al espanto,
granaderos valones valen tanto,
marchan iguales, sin que nadie pierda
su formación en paso, espalda y pecho;
siguen los granaderos de la izquierda
con noble audacia, con marcial despecho;
su disciplina valerosa y cuerda
aprovecha descargas trecho a trecho,
siempre a la boca del cañón sujetas
las punzantes y firmes bayonetas.

(Representación de la nueva estrategia que había hecho una sola pieza de la pica y mosquete antiguos.)

La política francesa que triunfó al principio del reinado de Felipe con Orry, Amelot, la princesa de los Ursinos y Louville, es sustituída desde 1715 por la italiana de Alberoni, apoyada por Isabel de Farnesio, la nueva reina. En un empeño de revitalizar a España en lo exterior, el ministro arma una escuadra que desembarca en Cerdeña y luego en Sicilia, tomando fácilmente unas islas de las que nos había despojado la paz de Utrecht. Pero Inglaterra, alarmada, deshace sin previo aviso nuestra escuadra en el cabo Passaro, y Alberoni, declarado responsable, cayó en 1719.

En 1724, los reyes muestran cansancio de la corte—alguien supone que esperan la sucesión de Francia—y abdican en su hijo Luis, que no tenía diecisiete años. Grimaldo, antiguo secretario de Estado, deja el puesto a Orendayn, pero sigue llevando prácticamente los asuntos políticos de acuerdo con los reyes, refugiados en la Granja. Como dice el soneto anónimo:

Ahí os quedan las llaves, dice el rey,
y al nuevo rey el pobre reino dan,
desnudo de mercedes, como Adán,
cuando las dió Grimaldo, su virrey.
Mudóse la baraja, no la ley;
todos los cuerdos en aquesto están,
pues uno y otro pobre sacristán
no son pastores de la excelsa grey.
Uno en la corte, otro en Balsaín
es querer aumentar la confusión,
viendo a Grimaldo ser Orendaín.
En discurrir se pierde la razón;
pero en yo discurro que este fin
más parece emboscada que cesión.

Otro soneto anónimo es bien explícito:

Rey y reina en el monte retirados;
rey y reina en la corte, ya reinantes.
Aquéllos, como siempre, dominados;
Aquéllos, como siempre, dominantes;
pero éstos, como siempre, dominados.
Los grandes (inocentes), exaltados.
Los grandes (que lo son), como eran antes.
Secretarios a pares, como guantes,
mal merecidos, pero bien calzados.
El gabinete de varones fríos.
El ministro de Francia (gran lagarto),
En Balsaín afecta sus desvíos.
De este preñado, ¿qué monstruoso parto
podemos esperar, paisanos míos?
A quien me lo acertare daré un cuarto.

La muerte del joven rey vino a resolver el problema de la dualidad de mando. Torres Villarroel cantó...

A la temprana muerte de nuestro rey Luis I de España:

No he de llorar por más que con lamento
oiga gemir a las esferas tanto,
que este que tiene visos de quebranto
es en los fondos superior contento.
Al depósito real, al monumento,
llega festiva el alma, joven santo,
pues venir a la pira con el llanto
es faltar a la fe en el sentimiento.
Yo no quiero llorar, por ser trocada
mortal corona por eterna vida,
eterna vida por la ya acabada;
esta fe debe darse a tu partida,
siendo el creer doctrina bien mirada,
como el dudar ofensa mal nacida (36).

Una política exterior extraordinariamente activa, tanto por la ambición de Isabel de Farnesio como por la existencia de cuatro potencias respetables que se disputaban alianzas (Francia, Inglaterra, Austria, Prusia), hacen del siglo XVIII español un movimiento continuo. Firmado el pacto de familia en 7 de noviembre de 1734 para defendernos de Austria e Inglaterra, la guerra de sucesión de Polonia nos arrastró a todos. Al terminar, por el tratado de Viena (18 de septiembre de 1735), se imprimen clandestinamente décimas sobre "la paz de otoño de 1735 entre el emperador y Francia", cuando ésta, única vencedora, se quedó con Lorena; las firma el *Duende*.

Guerra y no de ceremonia
estamos viendo ha cuatro años,
y a costa de muchos daños
un rey intruso en Polonia.
Austria se hace Babilonia,
sangra Moscovia su vena,
al inglés no le da pena;
pórtase neutral la Holanda,
y al cabo de la demanda
puede Francia con Lorena.

Porque, a la larga, Francia juega su carta, y España es sólo un peón a pesar de su brillante triunfo de Bitonlo. Austria cede a todo para conseguir la sucesión de la hija de Carlos VI, María Teresa.

(36) TORRES VILLARROEL: *Juguete de Talía.* Entretenimientos del Numen. Varias poesías que a diferentes asuntos escribió el doctor don Diego Torres de..., t. I-VII. Madrid, 1795.

Logra Austria, que es muy justo,
la pragmática sanción,
porque en cuanto hubiere Borbón
no la lograra sin susto.
Ceda su derecho augusto
y séale enhorabuena;
ya Baviera se enajena
de su segunda esperanza,
a todos el golpe alcanza,
pero Francia con Lorena.

España, sin embargo, tiene que abandonar los ducados de Toscana, Parma y Plasencia. El *Duende* se lamenta:

A Toscana esclarecida,
que enfermó de la dolencia
y agoniza con violencia,
hagan sepultura en vida.
Si es feudo o no de batida
fué cuestión y hoy se condena,
de su dueño se enagena
para brindar a un cuñado
cuando el otro está cantado.

Con Portugal, vieja aliada de Inglaterra, nos miramos enfurruñados, pero sin llegar la sangre al río:

Entre España y Portugal
se acaban las diferencias;
quedan estas dos potencias
así, así, ni bien ni mal.
Mucho armamento naval
ciertos ímpetus enfrena,
a don Carlos se enajena.
Toscana, Plasencia y Parma
arma naos, galeras arma;
pero Francia con Lorena.

El *Duende* es pesimista con la nueva adquisición de don Carlos:

Sicilia y Nápoles, dos
reynos son del bello infante,
y en dos años adelante
¿serán suyos? Sabe Dios.

¿Y Venecia? Muerta, resto arqueológico de una antigua grandeza.

Expone quejas Venecia
de faltarle a su respeto,
y de este león, en efecto,
el bramido se desprecia.
Con curiosidad bien necia,
de una corte en otra ajena,
el príncipe de Modena
(permitan lo alargue aquí)
anda sin salir de sí,
pero Francia con Lorena.

En el *Testamento de España*, el *Duende* ironiza sobre la Italia codiciada:

Mando que de Italia a los honores
nunca sean mis hijos acreedores,
porque sus beldades
mirán sólo a arruinar mis heredades;
y éstas son invenciones poco pías
que me han muerto sangrías.

Y sobre el abandono de dos ciudades españolas:

... Mando que por precisa obligación
aquese Gibraltar y puerto Mahón
jamás se restituya,
pues dice Inglaterra es cosa suya.
Y si algo descontentos se mostrasen
que les den encima seis millones
con que excuso armar líos de abogados

y acaba de quedaron desarmados
... y quiero, ya que muero congojada
de gálico afrentada,
se sepulte mi cuerpo en laberinto
por ser esposa infeliz de ese rey quinto,
que me ha muerto a dolores...

Esto contaba el *Duende,* temido por su lengua en la corte madrileña y que se llamó en la vida militar don Manuel Freire de Silva, y luego en la religiosa, fray Manuel de San José.

El 9 de julio de 1746 moría Felipe V, subiendo al trono Fernando VI, único hijo superviviente de su matrimonio con María Luisa de Saboya.

CAPITULO IX

LOS GRANDES REFORMADORES

FERNANDO VI

De carácter apacible y tranquilo, Fernando odiaba la guerra. Se consideraba muy español y se negó, desde el primer momento, a vivir bajo la dependencia francesa. Torres y Villarroel saludó su llegada, tras la muerte de Felipe:

> Al pie de aqueste regio, triste, adusto,
> pálido monumento, en que se encierra
> al mayor rey que veneró la tierra, llora, noble Fernando,
> que es muy justo.
> Pero no llores, no, que a su partida
> mejora de fortuna, reino y suerte
> en premio a su virtud esclarecida
> y a ti te deja, aunque en dolor tan fuerte,
> infinitos ejemplos en su vida,
> y a todas nuestras vidas en su muerte.

Fernando se encontró con una guerra entablada. La que había de procurar el ducado de Parma, Plasencia y Guastalla a su hermano el infante don Felipe. Creyó su deber proseguirla hasta que el tratado de Aquisgrán reconoció aquellos derechos. Luego se encerró en una enérgica neutralidad, y a pesar de ser entonces la época de lucha entre Francia e Inglaterra, enemigas en el Viejo Continente y en el Nuevo, el rey se mantuvo impertérrito ante los mejores ofrecimientos, sin querer entrar en la contienda. Sin embargo, Antonio Porcel cita una

posible cruzada del rey, el emperador y Francia contra los mahometanos:

> ... hasta que del gran Padre, suscitando
> el ánimo, la espada y la fortuna,
> del sólido haga caer la media luna,
> cuando el león glorioso,
> el águila y el gallo generoso
> con fe se junten, con afecto puro,
> y sus armas católicas triunfantes
> cubran el mar de bárbaros turbantes.

En lo espiritual, sin embargo, la influencia que seguía triunfando en España era la francesa. Así lo reconoce Torres y Villarroel en unos versos:

> Castellana es esta musa
> y nunca más le valiera,
> que ser musa castellana
> ser una musa francesa.
> Pues dicen que nada es bueno
> como de París no venga,
> y hasta la misma herejía
> si es de París será acepta.
> ¿Cuándo ha de llegar el día,
> incauta España, en que entiendas
> que aún afilan contra ti
> los cuchillos en tus piedras?
> ¿Cuándo has de desengañarte
> de que, astuta, Francia intenta
> introducirte los usos
> para ponerte las ruecas?

Del mismo tiempo es el anónimo *El cazador más sabio del católico bosque;* muestra este romance las experiencias de la caza política a su muy amado rey don Fernando VI, y dice así en sus estrofas finales:

> Ya sé que cazas, Fernando,
> hasta ahora con acierto,
> y que todos tus vasallos
> los tienes de gozo llenos.
> Ya sé que se miran todos
> en ti como en un espejo,
> y que te estiman y adoran
> como enviado del cielo.

Corresponde a sus finezas,
desvélate en sus consuelos,
y el cielo te amparará
con muy felices progresos.

Confianza en la persona del rey y desconfianza en sus ministros:

La espera en el cazador
para su logro es acierto,
y un buen rey ha de tener
mucha espera en sus decretos.
En resoluciones prontas
está muy probable el yerro,
y es bien que se piense un año
lo que se hace en un momento.
No hay cosa que más desprecie
lo que se hace en un momento.
las órdenes del Supremo
que ver que de sus mandatos
se suspende el cumplimiento.
Para pronunciar la ley
mirarla bien es primero,
y después lo que ella ordena,
si no es contra Dios, hacerlo.

Los puestos deben darse a los idóneos:

... Conforme sale la caza
así has de aplicar el perro,
porque si truecas la suerte
no hay que esperar buen suceso.
Si al paje le das bengala,
siendo sólo en hachas diestro,
haciendo dos cortesías
volverá casaca luego.
¿Cómo podrá dar buen voto
en militares consejos
quien sólo sabe que hay guerra
por lo que oyó en los braseros?
Darle al acero la mitra,
darle la mitra al acero,
es dar puesto a la persona,
mas no dar persona al puesto.

Los validos deben desaparecer. El recuerdo de Alberoni y de Riperdá hacen que el poeta anónimo diga:

Unos perros hay que van
por la caza: aquí te advierto
que pongas mucho cuidado,
porque te va mucho en esto.
Pues hay perros tan golosos
y de natural tan fiero
que ellos se comen la caza
y dejan burlado al dueño.
¿Qué importa que caces rentas
abundantes en tus reinos,
si los que van a cogerlas
se quedan con el provecho?
... Con lo que aquestos se comen
tu renta no tiene aumento,
sangran al pueblo y no puede
hacerte los pagamentos.
Ellos hacen su negocio,
que el del rey es lo de menos,
pues estando ellos pagados
más que nadie esté contento.
... Ellos triunfan y atesoran,
tienen el riñón cubierto;
están ricos, siendo pobres;
pues ¿cómo puede ser esto?
Si no es quitándote a ti
o a los pobres el dinero,
y creo que es uno y otro,
que hay mucha trampa en los huecos.

... Sobre los problemas americanos, intermediarios, piratas extranjeros, contrabandistas...

Perros de agua no hacen daño
al buen cazador tenerlos,
y más que tú tienes Indias
con el océano en medio.
Si estos tales no son fieles,
como está el tiro tan lejos
te traerán gato por liebre,
y así, cuidado con ellos.
Cuando vienen con la caza
ten vigilancia en los puertos,
porque te la cogerán
cazadores extranjeros.
Nunca concedas indulto,
que los que tienen manejo
sacan sus caudales libres
y al pobre cargan el peso.

Pero que dé facilidades...:

... Bajándoles el tributo
le pagarán por entero,
y multiplicas sumando
lo que perdiste partiendo (37).

Al llegar el rey a Navarra, Juan Francisco de Isla le saludó con un entusiasmo que no escondía un recelo. El temor compartido por muchos españoles de que el rey no tuviera descendencia:

Oh tú, rey, de aquel nombre, cuyo agüero
de tres en tres anuncia al mundo espantos,
si es que va por los treses el ser santos,
ya está en casa el segundo en lo tercero.
Tú sacaste el adagio verdadero,
que a los tres la vencida va; otros tantos,
Fernando, visten ya reales mantos;
bástete a ti la gloria del primero.
Tu piedad, tu valor quiere heredarte
y tu virtud fecunda prodigiosa
en nueve hijos que al mundo dieron leyes;
el ser conquistador lo deja aparte,
que hoy España, en dominios portentosa,
no necesita reinos, sino reyes.

... Y demostrando que en este sentir coincidían eruditos y pueblo, dice el cantar callejero:

La Virgen del Camino
dijo a San Fermín:
"Si Dios quiere, la reina
luego ha de parir.
Viva el rey don Fernando;
siglos de siglos,
pero dénos primero
cien Fernandicos."

La orientación francesa en la política la interpretaba el marqués de la Ensenada, y la inglesa don José de Carvajal. Entre los dos, el rey supo mantenerse en el justo medio, porque ninguno era un fanático de su idea y anteponía el amor a España al de otro país cual-

(37) (A. Bermejo de la Rica: *Arbitristas en prosa y verso en el siglo XVIII*, "El Español". Madrid, 5-5-45.)

quiera. Por instigación del inglés Keene, fué desterrado Ensenada, que había dado cuenta al infante Carlos, presunto heredero, de un tratado cediendo la colonia de Sacramento a Portugal. Pero la nación supo mantenerse en paz, y Fernando renunció a los golosos ofrecimientos de Menorca y Gibraltar, que traían aparejada la guerra.

Gran influencia alcanzó en este reinado el padre Rávago, confesor de Fernando. El vulgo, dispuesto siempre a creer en secretos de palacio, recelaba de su figura. Su caída fué celebrada con vulgares coplas, en las que se enaltece al duque de Huéscar, primogénito del de Alba, al conde de Valparaíso y a don Ricardo Wall como autores del hecho:

Cayó Luzbel, causó horror,
dejó infeliz su memoria,
y perdiendo gracia y gloria
cayó el padre confesor;
por su soberbia y furor
Dios le dejó de su mano;
pero el rey, cual soberano,
abriendo los ojos ya,
hoy a todos gusto da
derribando este tirano.
Enemigo capital
es de santos y de Dios,
y aquí, para entre los dos,
les tiene un odio mortal.
¿Quién hoy nos hace la salba?
Alba.
¿Y quién sazonó este guiso?
Parayso.
¿Quién dió la herida mortal?
Wal.
Pues no hubo en España igual,
ni se espera en lo futuro.
Vivan los tres del conjuro,
Alba, Parayso, Wal

En 1758 murió la reina Bárbara de Braganza. De carácter apacible y tranquilo, muy enamorada de su marido, no había intervenido en política. Sin embargo, tenía pocas simpatías populares porque no había sabido dar descendencia al rey, y se le achacaba, además, un ansia de atesorar con las riquezas públicas, que dió motivo a los versos siguientes:

La estéril reina murió,
sólo preciosa en metales.
España engendró caudales
para la que no engendró.
Bárbara desheredó
a quien la herencia le ha dado,
y si la Parca no ha entrado
a suspenderle la uña,
todo lo que el rey acuña
se trasladará al cuñado.

Las buenas intenciones del monarca estuvieron a punto de acabarse con la muerte de su esposa, a quien quería extraordinariamente. Los arrebatos de locura que tuvo entonces pusieron en peligro a España en un momento en que Europa se agitaba. Los versos anónimos siguientes lo explican:

El rey está como quiere
uno y otro adulador:
ya come, ya está peor,
ya se ríe, ya se muere.
El grande que más prefiere
nos dice que se está así;
las papeletas de allí
no añaden cosa especial,
ni por bien, ni por mal,
nunca salimos de aquí.
Carlos espera impaciente.
Luis lo tolera constante
e Isabel calla prudente.
el inglés armada miente;
el francés dispone tropa;
va el prusiano viento en popa,
mientras el húngaro rema;
y éste es el plan de sistema
político hoy en Europa.

El peligro lusitano:

Del portugués la codicia
se emplea su otra proa
en dilatar a Lisboa
a pesar de la justicia.
Hallan doctrina propicia
las ideas de su afán,

porque unidas se le dan
(sin que pierda más que el cielo)
en máxima, Machiavelo;
en influjos, Cumberlán.

Pero, afortunadamente, la nación pudo mantenerse en paz, y cuando bajó a la tumba el rey Fernando, en 1759, se había logrado una época de tranquilidad aprovechada por la industria y la agricultura nacionales. Al no tener hijos con Bárbara de Braganza, sucesor fué su hermano Carlos, ya rey de Nápoles.

CARLOS III Y SUS REFORMAS

La fama de buen gobernante había precedido a su llegada a la península. Por ello, y porque un nuevo rey siempre despierta el entusiasmo popular, se le recibió con gran alborozo y festivales. La exposición de los países que iba a regir le esperaba en una larga teoría de carteles en verso que, a su entrada en la villa y corte, figuraban en todas partes. Los había escrito Vicente García de la Huerta, y eran la expresión de todos y cada uno de sus nuevos estados.

Por ejemplo, decía Castilla:

Sus altivos homenajes
hoy van de Castilla a Carlos
para mejor ensalzarlos.

Aragón ofrecía sus barras:

En tantas aclamaciones
y comunes parabienes
ofrecen Aragón por dones
para que orléis vuestras sienes
el oro de sus bastones.

Cataluña levanta su brazo leal:

Si al esfuerzo catalán,
Carlos, la rienda soltares,
árbitros de tierra y mares
tus ejércitos serán.

Siguen las pruebas de lealtad y fidelidad de las restantes regiones peninsulares y de las Filipinas, Marianas, Chile, Perú, Nueva Granada, Orinoco, Río de la Plata, Costa Rica, la Española, la Florida, Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Yuctán, Canarias, Presidios africanos...

Carlos era Borbón como su hermano y antecesor en el trono; pero si a éste su sangre no le impidió mantener una neutralidad beneficiosa para el país ,el nuevo rey se apresuró a firmar un Pacto de familia con los franceses, pacto que nos dejaba al descubierto frente a las naves inglesas en Honduras y Terranova, mientras teníamos que ayudar a los galos en su guerra más tarde llamada de los Siete Años contra Inglaterra y Prusia. Perdimos La Habana, y en esta campaña se distinguió la valerosa actuación de Luis de Velasco, defensor encarnizado del Castillo del Morro contra fuerzas muy superiores. Don Juan de Iriarte selló su gesta:

Del Morro el muro por tierra
yace todo, y sólo en pie
del gran Velasco se ve
el valor que el pecho encierra.
Cae al rigor de la guerra
cubierto del mortal hielo;
mas a tocar en el suelo
no bien su cuerpo llegó,
cuando de España subió
la gloria a tocar el cielo.
Al Morro, mas no a Velasco,
lograste rendir, ¡oh inglés!;
antes un mundo rindieras
que un soldado como aquél.

Luego invadimos Portugal, aliada de Inglaterra. Cadalso, que sirvió en esta campaña, cantó ante el sitio de Almeida:

Dónde hallarás quien resistirte pueda...
....
... las melenas del león hispano
coronarse con lises, y a su saña
rendir Almeida el alto muro ufano.
....
Deseaba llegase la batalla
en que las tropas que la Lipe ordena
huyese de Lisboa a la muralla
o rindiese el cuello a la cadena.

Como es lógico, la guerra de las dos metrópolis peninsulares se extendió a las colonias. Motivo de fricción era, de antiguo, la colonia del Sacramento, entre el Brasil y la Argentina de hoy. Contra esa posesión fué mandada la fuerza de don Pedro Ceballos. Nicolás Fernández de Moratín glosó la empresa:

El gran monarca hesperio,
desde el trono que ocupa, gobernando
el universo que le está adorando,
miró en otro hemisferio
menospreciar sus leyes,
y a la santa amistad con saña dura
rasgar la respetable vestidura.
La fe pública hollada
implorar los auxilios de su espada
y bélica justicia,
y llamando al blasón de su milicia:
"Ve y vence—dijo—al luso fementido."
Y fué al punto el monarca obedecido,
porque ardiendo el soberbio castellano
con el ansia marcial de la victoria,
ganoso de alta gloria,
su armada entrega al móvil océano,

Sale la escuadra con animoso andar...

... llevando desde Europa
la fortuna de Carlos en la popa,
sujetando a sus pies fieras naciones
con nuevos timbres que a su patria canta.

Un ministro extranjero dará motivo a un motín, casi revolución, contra un rey muy querido. Su carácter de italiano y su vanidad le había ya granjeado esa...

"Décima anónima sobre Esquilache."

Yo, el gran Leopoldo primero,
marqués de Esquilache augusto,
rijo la España a mi gusto
y mando a Carlos Tercero.
Hago en los dos lo que quiero,
nada consulto ni informo,
al que es bueno le reformo
y a los pueblos aniquilo,
y el buen Carlos, mi pupilo,
dice a todo: "Me conformo."

Con este ministro chocó la natural antipatía de los españoles a las reformas tajantes impuestas desde arriba. Estas exigían cambios en el vestido y sombrero. Lo que pasó lo explica la...

"Carta en que un sujeto da cuenta a otro de lo sucedido en Madrid en el domingo de Ramos":

Amigo, mil novedades
te diré en este correo,
porque han ocurrido tantas,
y tan grandes, que pretexto
no he hallado en cuantas historias
se han escrito, igual suceso.

... y así va de cuento, amigo,
mas no es cuento lo que cuento;
fué el caso que en el Domingo
de Ramos pretendió el pueblo
si allí echar al suelo capas,
aquí faroles al suelo.

Viva el rey, todos decían,
muera Esquilache; y no puedo
decir cómo a su mujer
la llamaban...

... los faroles que Grimaldi,
genovés (bástele esto),
mandó poner y alumbrar,
ya, amigo, se oscurecieron;
la primer noche quedaron
los más rotos, y el entero,
por no sufrir un cantazo,
él se quebrantó de miedo;
se fué el pueblo a los cuarteles,
pretendiendo poner fuego
a todos los individuos
si no seguían al pueblo,
los Blanquillos o los Pobres
del Hospicio, que es lo mesmo,
no han dicho esta boca es mía,
porque valor no tuvieron
para abrirla contra tantos
nobles españoles fieros.

... Con el rey capitularon,
y los artículos fueron
el que se bajase el pan;
no (h) aiga junta ni aun por pienso,
que sean siempre españoles
todos los del Ministerio.

... Aprender, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer Squilace fuí
y hoy Squilado soy.

El motín, incluso una revolución en esa época, no pone nunca de manifiesto una actitud hostil al rey, pero sí a su Gobierno. Tanto en Madrid como, por ejemplo, en Zaragoza, donde aparece también el pasquín rebelde:

¡Viva, viva, viva el rey!
¡Viva, viva, viva Castelar!,
que es nuestro general
en el reino de Aragón.
Muera el gobierno infeliz,
y con él Domezaín,
que es el ladrón más sagaz.
... cuidado, gobierno;
mira por el pueblo luego,
que si no lo has de pagar (38).

Arreglado este problema, llegó un difícil expediente: la expulsión de los jesuítas. El enciclopedismo francés a que antes aludíamos se mantuvo en todas partes de Europa y América en pugna abierta con los miembros de la Compañía de Jesús. De Portugal fueron expulsados por Pombal en 1759, y de Francia en 1764, bajo el pretexto de unas especulaciones mercantiles del padre Lavalette. En España el choque se debió, en primer lugar, a la inquina de Aranda.

Había, además, el caso de la canonización de Juan de Palafox y Mendoza, obispo de la Puebla de los Angeles y defensor del pensamiento real en América. Carlos intentó desde el primer momento su subida a los altares, apoyado por el Papa y contra la tesis de la Compañía. Un partidario de ésta escribía:

—¿Qué es el Papa? Un fiero hereje.
—¿Y el rey Carlos? Fracmasón.
Pues aquesta es la razón
que a Palafox le protege.

(38) (Rev. *A. B. M.*, t. IV, 1874.)

Quéjese, pues, quien se queje,
que se le ha de hacer lugar
a gusto de paladar;
porque así van los gobiernos:
Palafox en los infiernos
y adorado en un altar.

A estos versos siguieron inmediatamente los que hizo un partidario del rey:

Sólo quien fuese un hereje
injerto en el fracmasón,
blasfemará la razón
que a un venerable protege.
El Papa y el rey se quejan,
y arranquen de su lugar
de quien muerde ambos gobiernos,
diciendo: Está en los infiernos
el que es digno de un altar.

Vencieron los enemigos de los jesuítas. Con silenciosa precaución y movido todo por Aranda, fueron sacados de sus casas el 1 de abril de 1767 y embarcados hacia los Estados Pontificios. A la carta de Carlos comunicándole la resolución tomada, Clemente XVIII respondió con un breve recordándole, entre otras cosas, que la Compañía de Jesús había nacido en España y era valedora de la Inmaculada Concepción, devoción extrema de Carlos. Esta consideración, así como la constancia que el rey tenía de que los jesuítas eran los sacerdotes que mejor se habían portado en América en relación con el indígena, hacen más curiosa y extraordinaria la resolución de destierro. "Mis razones—dijo Carlos III—sólo Dios y yo debemos conocerlas", y sus instancias posteriores lograron la disolución de la Compañía de Jesús.

Dijo Juan de Iriarte, a la expulsión de los jesuítas:

El portugués a esta grey,
como Pontífice, ha hechado,
el francés como abogado,
y el español como rey.

Portugal obró como Papa anulando el Instituto, Francia como abogado por las formalidades empleadas y España como rey (¿pública seguridad?).

A pesar de ello, el sentimiento religioso del rey lo refleja Tomás

de Iriarte en su *Poema al nacimiento del infante don Carlos Clemente e institución de la Orden de Carlos III;* en él se ve la misma fe que vimos al tratarse de Carlos I y Felipe II.

> ... Sostiene el mismo rey la dulce carga,
> en las tiernas mejillas de su nieto
> no se sonroja de imprimir la estampa
> de los augustos labios, y con ojos
> que el gozo sin igual de la grande alma
> y la piedad eterna humedecían,
> contemplándole tierno así le habla:
> "¡Oh niño soberano, don del cielo,
> de toda esta nación firme esperanza,
> de mi cara delicias! Sí, tu nombre
> vivirá, ¡te lo juro!, edades largas,
> vivirá el feliz día en que has logrado
> ver la luz y al hesperio suelo darla.
> Yo, padre, lo deseo; rey, lo mando.
> Y para que los siglos más te aplaudan,
> instituyo en memoria de esta dicha
> una Ilustre y Real Orden hispana,
> que del Tercer Carlos se apellide;
> protégela, María Inmaculada,
> y de la Cruz la insignia venerable
> sea su distintivo, adorno y armas.
> El galardón más noble y decoroso
> a la virtud y al mérito reparta.
> Vaya, pues, pregonando al orbe entero
> que ha nacido un infante a las Españas."

Proseguía, entre tanto, su labor de reforma nacional concediendo gran importancia a las comunicaciones, a la higiene, a las obras públicas, a América. Utilizó, cuando fué necesario, ministros extranjeros a pesar de la hostilidad ya manifestada por el pueblo contra ellos. Una expedición a Argel, que mandaba O'Reilly y que fué ideada por Grimaldi, motivó un pasquín:

> Si O'Reilly no muere,
> Aranda no viene
> y Ceballos no va,
> España se perderá.

Pero no pudo ir Ceballos, que pidió demasiadas tropas, según los técnicos ministeriales, y se encomendó la empresa a O'Reilly, quien se

comprometió con muchas menos a acabar con Argel. Empezó el ataque a las cinco de la mañana, y a las cinco de la tarde estaban reembarcados todos. Dejaron sólo tres cañones, pero muchos muertos. La indignación española al saber el hecho se manifiesta en esta sátira madrileña:

> Que por fin todo se errase,
> que la función se perdiese,
> que la gente se muriese,
> porque Dios lo quiso así,
> esto sí;
> pero querer persuadirnos
> en cada error un acierto,
> que no han muerto los que han muerto
> y que miente quien lo vió,
> ¡eso no!

Tres poetas nos cantarán los esfuerzos reformadores de Carlos III en el interior. El primero se llama Vicente García de la Huerta. "Endecasílabos recitados en la Real Academia de San Fernando, en la Junta General que se celebró para la distribución de premios, el día 23 de julio de 1778":

> ... Hablad vosotras, soledades yermas,
> en pueblos numerosos convertidas,

... poblaciones de Sierra Morena, la Parrilla, etc....

> y vosotros, incultos peñascales,
> que ya habita Vertummo y Ceres pisa;
> monumentos eternos, que la gloria
> de Carlos el amor grato dedica,
> en cada piedra consagrando un voto,
> y una oblación humilde en cada espiga.

... canales de Manzanares y Murcia...

> Hablen también las dóciles corrientes
> de los ríos que aprenden nuevas vías,
> y gloriosos de haberle obedecido,
> ufanos a morir al mar caminan.

... caminos abiertos en Sierra Morena para el paso a Andalucía:

Hablen, tratables ya, los altos montes,
que el comercio y el tráfico impedían;
soberbios obeliscos, que a su gloria
alzó la Naturaleza preventiva.

Félix María Samaniego glosa a un protegido del rey, al conde de Peñaflorida, director perpetuo de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País:

Mientras que con la espada en mar y tierra
los ilustres varones
engrandecen su fama por la guerra,
sojuzgando naciones,
tú, conde, con la pluma y el arado,
ya enriqueces la patria, ya la instruyes,
y haciendo venturosos has ganado
el bien que buscas y el laurel que huyes.
Con darte todo el bien de los humanos,
no contento tu celo,
supo unir a los nobles ciudadanos
para felicidad de patrio suelo.
La hormiga codiciosa
trabaja en sociedad fructuosamente,
y la abeja oficiosa
labra siempre, ayudada de su gente.
Así unes a los hombres laboriosos
para hacer sus trabajos más fructuosos.
Aquél viaja observando
por las naciones ocultas;
éste, con experiencia, va mostrando
las útiles verdades más ocultas.
Cual cultiva los campos, cual las ciencias;
y de diversos modos,
juntando estudios, viajes y experiencias,
resulta el bien en que trabajan todos.

... y Francisco Gregorio de Salas. 177 ... lanza su elogio por la providencia adoptada para los camposantos, retirándolos de las iglesias:

¡Viva la providencia saludable!
¡Que Dios da culto y a los hombres vida!
Huya la corrupción abominable
de su sagrada casa esclarecida;
respírese en el templo el agradable
aromático olor que a orar convida;
triunfen ya los inciensos primitivos,
y no maten los muertos a los vivos.

Al espíritu de reformas de Carlos le fué grato el proyecto de repoblar los eriales de Sierra Morena con campesinos alemanes. Fué el más amplio y más difícil. El abogado peruano don Pablo Olavide, que se cuidó de llevarlo a la práctica, topó con muchas dificultades, y la principal fué la de luchar con el padre espiritual de los colonos, fray Romualdo de Friburgo. Este le denunció a la Inquisición como amigo de Voltaire y de Rousseau, y fué condenado al extrañamiento por un rey que, aunque enemigo de jesuítas, tenía en mucho la pureza de la fe. La caída del antaño poderoso colonizador motivó una sátira en la que se ironiza sobre "las luces del siglo". Es un folleto largo que le llama don Guindo Cerezo, y que termina así:

El que macho nació tan ilustrado;
el que instruído fué con tantas luces;
el hombre más civil contra andaluces;

... refiriéndose a sus campañas en Sierra Morena...

el timbre luminoso de su estado;
el bachiller don Guindo el alumbrado;
el marido que obtuvo más capuces;
el juez más recto contra el inculpado;
el que tuvo buen modo de pensar;
el enemigo del clerical congreso;
el opuesto a todo pobre regular,
oprimido de luces yace; exceso
fué de la muerte tal vida arrebatar,
que era para alumbrados embeleso.

En las guerras exteriores, los españoles apoyaron a su monarca con todo empeño. Ya hemos visto la glosa a la empresa de Ceballos. La ayuda a la independencia de los Estados Unidos provocó una renovación del pacto de familia y el ataque a la fortaleza de Gibraltar por las naves que mandaba don Antonio Barceló.

Vicente García de la Huerta lo explica así:

... Jactábase el inglés de inexpugnable
en las rocas que el mar Hérculo baña;
rocas que no es valor el defenderlas,
y es gloria el solo intento de expugnarlas.
Gloria propia de aquel talento y brío
que recomienda a la nación hispana,
a quien, por su carácter, toda empresa
más agradable le es cuanto es más ardua.

... Así el héroe balear, a quien desvelan
de su patria las glorias, las ventajas
de tierra y mar que a Gibraltar protegen,
por la Naturaleza prodigadas,
superar se propone; halla en su ingenio
medios con que el feliz proyecto allana;
la sola idea al anglo atento asusta,
tiembla la roca al verla efectuada.

El poeta se maravilla ante el revolucionario estilo de las lanchas cañoneras:

Aparecen las máquinas sutiles,
la diestra arquitectónica se pasma
al ver ejecutarse a su tiempo mismo
buque, diseño, gálibos y escala.
Crece la admiración a sus efectos;
entran, salen, revuelven y disparan,
y de su pequeñez misma al abrigo,
flechan sobre el inglés lluvia de llamas.
Sienten los edificios más robustos
el estrago; destruyen, despedazan
la ciudad; el horror, la muerte, el pasmo
vuelan en los globos rápidos que lanzan.
La paz se muestra al suelo; evita al anglo
la ruina que ya teme, y las gallardas
naciones que el empeño unió y peligro,
émulas y concordes se separan.

El patriotismo del poeta engrandeció sensiblemente los éxitos obtenidos frente a Gibraltar. Con mayor justicia cantó *El bombardeo de Argel por las armas españolas* para castigar las continuas ofensas del rey de aquel lugar.

Después de la tempestad que les acogió en sus cercanías, los barcos...

... Vuelven a Argel las proas; felizmente
arriban, se aseguran y reparan;
ni disimula el susto que la oprime
la prevenida bárbara arrogancia.
Entre tanto el caudillo, que desprecia
riesgos y agüeros, en la misma playa,
en aquel mismo mar que fué teatro
de escenas mil gloriosas, pero infaustas.

... se refiere a la acción fallida de Carlos V...

Representa la acción más generosa
de que es capaz el heroísmo; nada
le turba, ni aun del orbe, que le atiende
la censura que a todos acobarda.

... y que tanto atacó a O'Reilly:

Forma el ataque, distribuye, regla
con oportunidad la más exacta,
sin sujección a inciertas teorías,
movimientos, lugares y distancias.
... Describen larga línea los flotantes
abreviados volcanes, cuyas alas
forman también flotantes basiliscos,
que horror vomitan y exterminio exhalan.
Las bóvedas azules de los cielos
rimbomban al furor de las bombardas,
y el estrépito solo, a quien perdona
el tiro horrible, a dar la muerte basta.
... Busca asilo en los campos, pavorosa,
la multitud del pueblo, y, asombrada,
olvida aun la codicia sus tesoros,
sus lares abandona y desampara.
No por eso descuida su defensa
la Tarifa infame; la atmósfera cuajan
innumerables tiros, que despiden
baluartes, fortines y topanas.

... las baterías de la bahía. Pero inútilmente:

... Desplómanse, entre tanto, las tronantes
fortalezas, incéndianse las casas,
y en humo, en llamas, en estruendo, en llantos,
el horror infernal Argel retrata.
Atento el héroe, a todas partes vuela;
las menos esenciales circunstancias
previene y aprovecha; a su presencia
todo es proezas, todo son hazañas.

La conquista de Menorca en 1782 es narrada por Ignacio de Merás como un complemento bélico a la gran política del admirado Carlos III, que alcanza sus mayores triunfos cuando más sigue el espíritu de la época. Así:

... Todas las bellas artes ya florecen
hoy bajo de un gobierno tan precioso;
las fábricas y agricultura crecen,
y el comercio al país tan ventajoso;

y aunque tales progresos bien merecen
de hacer su reinado el más famoso,
de armas y letras protección notoria
a sus timbres añade mayor gloria.
Díganlo, pues, Señor, tanto Colegio
Militar y las nuevas sociedades
cómo a la sombra de tu amparo regio
a España ofrecen mil felicidades;
que durará aún más que las edades,
singular distinguido privilegio
quedando eternamente acreditado
de buen rey, de buen padre y gran soldado.

Después de comentar la indignación nacional por la injustificada agresión inglesa a la Habana cita la empresa mediterránea:

... A cuyo efecto, poderosa armada
de fuertes galeones y veleros,
surcaron de Neptuno la ondeada
habitación con seis mil guerreros.
De Mahón se presentan a la frente
formidables, temidos armamentos,
conduciendo la flor sobresaliente
de los más alentados regimientos,
cuya gloriosa expedición valiente
auxiliaron las aguas y elementos.
Y presididos del sangriento Marte
las valerosas tropas españolas,
tremolando de España el estandarte,
los oficiales todos con sus golas
en lanchones la gente se reparte,
y surcando del mar las crespas olas,
entre balas y fuegos espantosos,
en tierra saltan todos animosos.
El general Murray, que descuidado
se hallaba de este ataque repentino,
medroso, sorprendido y conturbado
su fortuna maldice y su destino;
del riesgo y confusión enajenado
y sin acción, sin orden y sin tino,
con pasos prontos y precipitados,
retira a San Felipe a sus soldados.

Los menorquines acuden jubilosos a su bandera:

... Los vecinos honrados generosos,
los nobles con ilustre ayuntamiento,
y toda, por fin, la isla en competencia,
al gran Carlos rindieron la obediencia.

Llegan los aliados. El poeta justifica su ayuda:

... A cuyo efecto cuatro mil franceses
desembarcan de tropas esforzadas,
que, en religión, pactos e intereses,
con las nuestras están muy hermanadas.
Tiembla el castillo, tiemblan los ingleses
al mirar tantas fuerzas combinadas;
se cubre de gran luto la Inglaterra
y tiembla todo el globo de la tierra.
... Con espantosas bocas infernales
inundando de nuevo las esferas,
baten el fuerte castillo las reales
bombardas y las fieras cañoneras.

El avance:

... a cuyo efecto fuerzas duplicadas
se levantan, y nuevos espaldones,
y otros varios reductos, y estacas
guarnecidas de fuertes salsichones,
de modo que las guardias avanzadas
tocaban los contrarios bastiones,
y todo con vigor y tal acierto,
que apenas ha costado un hombre muerto.
... los granaderos fuertes, que jayanes
parecen por su prócer estatura,
en los penosos, bélicos afanes
sobresalen en furia y en bravura,
con tal daño de ingleses y alemanes,
que parece el infierno se conjura.

Victoria con la rendición:

... Las anglicanas tropas, fatigadas
y llenas de temor en tal conflicto,
se rinden a las leyes tan sagradas
que les impone el vencedor invicto;
se confirman, y, ya ratificadas,
de ambas partes se firman por escrito:
rinden la plaza, arrean la bandera,
la guarnición de guerra prisionera.

Por el Tratado de Versalles, en 1783, adquirimos Menorca y las dos Floridas, aunque no se logró la restitución de Gibraltar. Juan Pablo Forner cantó la paz que trajo, además, en el mismo año, el nacimiento de dos infantes gemelos:

Con pompa heroica la victoria santa,
en carro de marfil y oro eminente,
palmas tremola entre la ibera gente,
que tiernos humos en su aplauso canta.
La paz le sigue con serena planta,
coronada de rosas la alba frente
y de cándida risa el inocente,
viste el semblante y el furor espanta.
Pomona en tanto da purpúreos frutos;
Cornucopia feliz derrama activa,
y de flores se puebla el blando suelo.
Duplicados le da regios tributos
Luisa; el pueblo clama: "¡Viva! ¡Viva!"
Y los votos risueño aprueba el cielo.

En general, el pueblo español se sentía solidarizado con un rey que había logrado que el prestigio de España pesase otra vez en Europa. El mismo se convirtió, al morir Federico de Prusia, en el monarca decano, y resolvió, en arbitraje, diversos problemas europeos. Cuando murió, en 1788, el sentimiento fué grande. Dejaba una hacienda floreciente y una escuadra numerosa entre fragatas, corbetas, urcas, jabeques, balandras, etc., América comunicada con la península por medio de los correos y se habían tomado otras medidas de buen gobierno.

Leandro F. de Moratín esperó lo mismo de su sucesor en su poema *A la muerte de Carlos III y advenimiento de Carlos IV al trono:*

... ¡Oh Carlos, cuanto espera
de ti la patria! ¡Oh, cuánto ha concedido
con manos generosas
el cielo a tu nación! Ya se engrandece
por ti, tu nombre aplaude y le venera,
y alzando los pendones de Castilla,
hoy el cetro te ofrece
de un mundo y otro, que a tu pie se humilla.
El cetro que heredaste
lo mereces también. La paz festiva
entre las ciencias y las artes bellas,
que desde tu niñez remuneraste,
ciñe de verde oliva
tu diadema real. Edad dichosa
darás al mundo, si prosperan ellos
que la ignorancia torpe en vituperio
y ruina lastimosa
muda la pompa del mayor imperio.

No, no acerquéis la planta
al solio de mi rey, abominados
monstruos de que el vicio de las cortes cría;
calumnia atroz que la inocencia santa
pisas, y a los malvados,
indignos de vivir, de honores llenas;
fanatismo cruel, licencia impía;
y tú, nacida para oprobio eterno
del orbe que envenenas,
pérfida adulación, huye al averno,
... el estruendo espantoso
de Mayorte y las trágicas victorias
con los excesos del furor violentos
gratos no son a un amigo piadoso.
A más ilustres glorias
aspira, ¡oh Carlos!, más si acaso intentan,
violando los sagrados juramentos,
enemigas potencias ofenderte,
fulmina el rayo y sientan
juntos amago y golpe, y ruina y muerte,
que así verás temido
tu nombre excelso.

CAPITULO X

OTRA VEZ EL FAVORITO

De nuevo un rey holgazán en el trono. Llegaba Carlos IV, ya mayor—cuarenta años—, entregado a la fuerte influencia de su esposa María Luisa de Parma, de la que ya tenía a Carlos y a Fernando, este último príncipe heredero del trono. Quiso el rey, cuando se juró a Fernando, restablecer la antigua Ley de las Partidas, en virtud de la cual, las hembras de mejor derecho tenían preferencia sobre el varón más lejano. Reunidas las Cortes, éstas acordaron lo mencionado, pero, por una extraña y tardía vacilación del rey, no se ratificó la votación en una nueva ley, y así quedó la idea general de que se mantenía el "auto acordado" de Felipe V, excluyendo las hembras de la sucesión al trono. Este fué el germen de las guerras carlistas, que luego habían de infestar a España.

Mientras tanto, Juan Pablo Forner saludaba alborozado los días del nuevo rey; en sus versos exponía la necesidad de paz del pueblo español:

> Hoy es el fausto y venturoso día
> en que el rápido giro de los años
> tu nombre augusto a tu nación renueva.
> ¡Oh Carlos! Y hoy con pía
> veneración, al Rey omnipotente
> votos tu pueblo agradecido eleva,
> que, seguro de daños,
> haga en ti su imagen permanente.
> No estrépito feroz de horrenda guerra
> salve tu gloria, ni a futuras gentes
> vaya envuelto tu nombre en mortandades.
> ¡Ay! Desolar la tierra
> por ansia de ambición facinerosa
> no es, ¡oh deidad de Iberia!, de deidades.
> Ni a la muerte inclemente
> nunca un padre a su hijo llevar osa.

Pero la suerte dispuso lo contrario. Casi al mismo tiempo de su subida al trono, comenzó en Francia la enorme pugna que se conoce en el terreno de lo político, de lo social y de lo religioso con el nombre de Revolución Francesa. Un año después del acceso de Carlos IV, esto es, en 1789, se producía en el vecino país la toma de la Bastilla por el pueblo sublevado. En nuestra patria, donde toda la influencia francesa del siglo no había logrado acabar con el inmenso baluarte de la fe y de la tradición, el acontecimiento produjo un indignado estupor. El mismo Floridablanca, ministro bien conocido por sus ideas liberales, intentó cortar el mal de raíz, concentrando tropas cerca del Pirineo y vigilando a los extranjeros y a sus papeles. La diplomacia revolucionaria de Francia hizo creer al rey que esa actitud comprometía la vida de Luis XVI, móvil importantísimo en las gestiones de Carlos, y Floridablanca fué exonerado. Le siguió el conde de Aranda, que procuró ponerse a bien con la Asamblea Legislativa reconociendo el nuevo estado de cosas.

Nicolás Fernández de Moratín exalta su actuación. Por vez primera y a impulsos del siglo de la Razón, del siglo de la cultura se felicita al político, tanto o más que por sus capacidades bélicas, por sus ánimos científicos y su protección a los intelectuales.

... La gran Madrid, ornato y alegría
te debe, y paz. Su pueblo numeroso,
al ver que rigen las soberbias gentes,
de lenguas y costumbres diferentes,
con fácil yugo, tus aplausos canta,
y a tu nombre levanta
monumento triunfal, en donde, unidos,
coronen tu trofeo
la espada, la balanza, el caduceo.
En tu escuela, intrépidos,
los alumnos de Marte
templaran con prudencia la arrogancia
(que el valor se desluce en la ignorancia),
y siguiendo el católico estandarte,
siendo tú su caudillo esclarecido,
será el nombre temido de la nación hispana
por cuanto ilustra el sol y el mar rodea.
... Otros, al son de cítara suave,
los ánimos feroces
templen con estudiadas armonías;
otros honor procuren, imitando

bellezas naturales,
dando espíritu al lienzo y piedras frías,
o velen, calculando
de los astros la máxima distancia,
o del mundo el origen y la infamia;
que reprimir con ánimo prudente
la malicia insolente,
dar justísimas leyes a la tierra,
en paz segura y prevenir la guerra,
ocupar en virtud de larga vida
que ya le tiene el cielo prometida
temido y grato a la nación que manda,
éstas las artes son del grande Aranda (39).

En junio de 1792, las Tullerías son asaltadas y Luis XVI depuesto y encerrado en el Temple. Provocó esto el enfriamiento de las relaciones. Veamos una muestra de la actitud española en unos versos anónimos.

Receta para fabricar franceses:

De Caín las propiedades;
de Absalón la rebeldía;
de Longinos la osadía;
de Herodes las impiedades;
de Mahoma las maldades,
y de Ennio la inclemencia,
son los simples que la esencia
constituye de un francés,
quien por consecuencia es
el monstruo de la fiereza.

Otro recordando lo que predijo Torres Villarreal en 1756:

Cuando los mil cantarás,
con los trescientos doblados,
los cincuenta duplicados
y los nueve dieces más,
entonces, tú lo verás.
Mísera Francia, te espera
tu calamidad postrera
con tu rey y tu delfín,
y con esto tendrá fin
tu mayor gloria primera.

(39) (BAE 21.)

Juan Pablo Forner, en *La Convención,* insiste:

> ¿Querrásme decir, Damón
> (ya conoce mi ignorancia),
> qué quisicosa es en Francia
> lo que llaman Convención?
> De sus labios la opinión
> es que la comunidad
> forma civil sociedad
> cuando, convenidos todos
> en las cosas y en los modos,
> reina la unanimidad.
> Allí se infaman, se ultrajan,
> se calumnian, se acriminan,
> se destruyen, se asesinan,
> hienden, hunden, cortan, rajan,
> leyes y cultos barajan
> doctores con furia impía;
> dime, ¿en la filosofía
> (pues yo lo ignoro, Damón),
> la palabra Convención
> indica piratería?

... y hasta el abate Marchena que cantaba así contra la Inquisición:

> La horrible Inquisición, ese coloso
> que del cieno nació de Flagetonte,
> y manió de Megera el ponzoñoso
> jugo, y bebió el azufre de Aqueronte,
> aún agita sus tetas horroroso
> y entre ruinas descuella.

... no vacila en condenar la Revolución en su *Epístola a José Sanz sobre la Libertad Política:*

> ... el efecto fatal de la terrible
> revolución francesa, ¿cuál ha sido?
> La guerra general, un lujo horrible.
> El orbe por dos pueblos oprimido,
> repúblicas y reinos devorados,
> de Europa el equilibrio destruído.

Los idealistas han sido mal interpretados:

> De la filosofía los sagrados
> principios por la chusma de escritores
> con descaro increíble calumniados;

de cuanto del delirio en los furores
un populacho vil ejecutara,
culpados los más célebres autores.
... Dónde los proletarios su horrorosa
dominación ejercen la anarquía,
¿qué vínculo social disolver no osa?
En el abismo de la tiranía
al pueblo precipita la licencia
que por sus falsas máximas se guía.

... aunque destaca lo que puede haber de justicia en la revolución:

... tal un pueblo empeora sus destinos
cuando se entrega a locas sugestiones
de demagogos de alentar indignos.
Con las horribles exageraciones
de la revolución, el despotismo
perpetuamente asusta a las naciones,
como si el más absurdo fanatismo
de un vulgo vil fuese razón bastante
para que, en un profundo parasismo,
los pueblos se aletarguen, y triunfante
de los esfuerzos de animosos pechos,
la soberbia opresión vaya arrogante.
El hombre jamás pierde sus derechos;
cobrar la libertad es siempre justo;
rompamos nuestros grillos, que, deshechos,
al suelo caigan, y que pongan susto,
cayendo, a los tiranos macilentos
que nos oprimen con su cetro injusto.
Sofisma es confundir con los violentos
furores de la plebe arrebatada
de una nación los grandes movimientos.

Igualmente, don Alberto Lista reacciona contra las nuevas fuerzas del mal en su soneto *A Robespierre*:

Mata, destroza; de exterminio fiero
sáciate, Robespierre; vierte inhumano,
la pura sangre de tu triste hermano,
y otra vez y otras mil alza el acero.
Al golpe atroz de tu segur primero
perezca el orbe, y con furor insano
al astro de la luz llegue tu mano,
y hunda feroz al universo entero.

Húndase, y vive solo tú, malvado,
ante el Dios de tu bondad; en él te queda
el castigo a tus furias reservado.
Mira esa sangre que tus labios baña;
oye el remordimiento que ya hereda
de innumerables víctimas la saña.

Ni Enrique IV ni Nelson, grandes enemigos de España, fueron tratados con mayor antipatía. No había tantos motivos ideológicos.

Vencen los revolucionarios en Valmy y cae el conde de Aranda. Para sustituirlo es nombrado ,en medio del general comentario, un guardia de Corpus, Manuel Godoy, protegido de la reina María Luisa. Con asombro se apercibieron los españoles de que otra vez volvía la época de los validos, otra vez se ascendía desde lo más bajo a lo más alto, por el capricho de una majestad, esta vez femenina.

Juan Pablo Forner cantó al Príncipe de la Paz:

... Y sin vos, mi principito,
tan de paz, que en su alma invicta,
o no luchan las pasiones,
o postradas se apaciguan;
de quien, atónita, Europa
la diversidad admira,
del tino en el gabinete,
la cordura en la milicia.

González del Castillo protesta airadamente del trato dado a los monarcas franceses; la apetencia pacífica de antes se ha trocado en afán bélico:

Nunca llegó mi ruego a tus umbrales,
sangrienta guerra; sólo, sólo ahora
invoco tus estragos y tus males;
pon en París la planta vencedora,
arrasa furibunda sus cimientos,
y envuelve al morador entre fragmentos.

El poeta parece un profeta llamando a la muerte y a la destrucción contra la capital de los vicios y el terror:

No cese tu furor hasta que hacinen
tanto deshecho cráneo, que en las nubes,
la funesta pirámide termine
y en cuya punta, si orgullosa subes,
descubra el orbe tu sañuda frente,
tu voz oiga el ocaso y el oriente.

El 23 de marzo de 1793 se declaraba la guerra. Todas las provincias españolas, pero especialmente las que, lindantes con los franceses, veían más cercano el peligro de la contaminación, acudieron a las armas. Incluso el amplio y comprensivo espíritu de Jovellanos canta la marcha de la flota a Francia:

¡Oh, cuánta noble juventud do espera!
¡Oh, cómo hierve y animosa explaya
sobre la playa su valor de triunfo
impaciente!

Sobre las altas naos presurosa,
y por el ancho piélago cruzando,
irá bramando cual león hambriento
busca su presa.

Tiembla a su vista, pálida, y se esconde
despavorida la feroz quimera
que la bandera tricolor impía
sigue proterva.

¡Guay de ti, triste nación, que el velo
de la inocencia y la verdad rasgaste
cuando violaste los sagrados fueros
de la justicia!

¡Guay de ti, loca nación, que al cielo
con tan horrendo escándalo afligiste
cuando tendiste la sangrienta mano
contra el ungido!

Firmó su santa cólera el decreto,
que la venganza confía a la España;
ya su saña corre el golfo, armada
del rayo y trueno...

Los sacerdotes predicaron contra los enemigos de la Iglesia, y el ejército, mandado por el general Ricardos, invadió el Rosellón, venciendo a Dagobert en Trouillás; el conde de Noreña describió el ataque francés a nuestras trincheras:

Cual la robusta encina ya arraigada
en un agrio repecho,
que la hacha aguda ni el robusto pecho
logran verla en el suelo derribada,
pues siempre, siempre crece,
y a pesar de los golpes, reflorece,
resiste el impetuoso ataque horrendo
del galo en las trincheras;

detiene su furor y sus banderas;
valiente arrolla, y el cañón tremendo
en la alta cumbre suena
y sus haces persigue y desordena.

La confianza en la raza que tantas veces ha parecido ya muerta, mueve la voz del poeta:

¿Cuándo engendraron águila rampante
ni lobo carnicero,
mansa paloma ni tímido cordero?
Pues tan difícil es, tan repugnante,
que el español osado
nazca un hombre cobarde y desmayado

Y glosa la hazaña de la caballería:

... Cual arroja feroz, cual acomete
las puntas aceradas,
y cómo, enrojeciendo las espadas,
se apremian el infante y el jinete;
pero aquél luego cede,
que a tanto impulso resistir no puede.
No gana herida de mortal caeta;
huye de los sabuesos
por los collados ásperos y espesos,
del más pequeño ruido tan inquieta,
que a todas partes mira
y a cada paso ya su muerte mira.

Muerto Ricardos, el conde de la Unión perdió todas las ventajas ganadas por su antecesor. Las hostilidades seguían por la influencia de Godoy, partidario de vencer totalmente, pero desde entonces no hubo sino descalabros, y exhausta y con el enemigo llegando a Miranda de Ebro, España no tuvo más remedio que concertar la paz.

Quizá sea éste el momento más dramático de la caída de España como potencia. Y para subrayarlo más tomemos al mismo conde de Noreña, que antes hemos visto parodiando a Herrera, para percibir que los tiempos han cambiado. Los adjetivos que antes ofreciera a las tropas españolas tiene ahora que dedicarlos al galo:

La discordia levanta su cabeza,
de víboras crinada;
... todo es fuego y furor, todo se llena
de horrorosa matanza;

ya en medio de la Galia se abalanza,
con sangre humana enrojeciendo el Sena;
ya en su centro se irrita,
desploma el templo, el trono precipita.
Ya revuelve su carro fulminante
hacia el belga animoso;
no le deja un momento de reposo,
le estrecha, apremia, oprime, y ,arrogante,
le arranca en un solo día
lo que antes en cien años no podía.
Ya de la altiva Albión derriba al suelo
las huestes sanguinosas,
que, ganando las playas arenosas,
al mar se arrojan con medroso anhelo,
y en sus naves veleras
abandonan confusas sus riberas.

Ya los muros de hielo, que a su paso
el bátavo le opone,
osado pisa y en su suelo pone
el victorioso pie; su cuello laso
el holandés inclina;
le abate y hacia el Rhin veloz camina.
Allí, como un torrente impetuoso,
cuanto encuentra arrebata,
y tala, y quema, y desordena y mata.
El robusto alemán y el belicoso
prusiano se retiran;
tiemblan al verle, con rubor se admiran.
Y los Alpes también al grave peso
bajos la erguida cima;
pasa la presta muerte por encima,
envuelta en polvo, en sangre, en humo espeso;
y queda sin aliento
el sardo a tan altivo movimiento.
Así el francés guerrero, conducido
por la tremenda muerte,
aterra al animoso, rinde al fuerte,
y sumerge en el seno del olvido
todas cuantas victorias
al griego y al romano dieron glorias.
Y tú, España valiente, que infundiste
terror al Lacio Imperior;
tú, que del sarraceno cautiverio
la pesada cadena destruíste
y con ardor guerrero
humillaste a tus pies otro hemisferio;
tú, que te viste del francés triunfante,
y con marcha atrevida

ya del Tec refrenaste la corrida;
ya diste espanto al Canigó gigante
mil laureles cogiendo,
cuando la Europa toda estaba huyendo;
tú, pálida y errante; tú, aterrida...

Terror ante lo inevitable:

... ¿No ves ya solos los paternos lares,
los techos humeando,
los caminos, las sendas ocupando,
ancianos y mujeres a millares
que huyen horrorizados
del sangriento furor de los soldados?
... Qué, ¿serán otra vez los templos santos
con raya destruídos?
¿Mis hijos a cadenas reducidos?
Volverán a mi seno los quebrantos,
y Dios, para castigo,
renovará los tiempos de Rodrigo?
No, España, no te afanes y serena
el turbado semblante;
el cielo justo con amor constante
te quiere y te protege,
mira el alma llena de alegría,
mira la paz amable que te envía.

El alto al fuego sirvió para varias cosas. Por de pronto, para que Godoy reuniese a sus títulos el de "Príncipe de la Paz". Como un intenso clamor se dejara oír ante la insólita y poco merecida prebenda, un poeta áulico, uan Meléndez Valdés, tuvo que reaccionar en su epístola XI al Príncipe de la Paz, poniendo a su lado otros varones víctimas, según él, de la misma envidia. Pero dice más Meléndez Valdés en la defensa que otros con sus ataques:

En el silencio de la noche, cuando
en profunda quietud el ancho mundo
huye azorado de mis tristes ojos,
sumido yace entre su manto umbrío,
Señor, el sueño plácido, acosado
del monstruo horrible de la atroz calumnia.
Ella, silbando furibunda, anhela,
su ponzoña fatal vertiendo en torno,
cubrir de sombras mi inocencia inerme;
abulta, finge, infama, y a vos osa
llegar, príncipe amado, por lanzarse
de vuestro noble generoso pecho.

... Allá, doblando el áspero Pirene,
escapa apenas del hispano suelo
el que en trueque feliz sus agrias sierras,
antes sólo mansión de fieras bravas,
supo en pensiles convertir, do opina
ríe Pomona y la dorada Ceres;
mientras, duerme el pacífico Ensenada,
desdeñado en Medina, y su suspiro
último es por el bien que ardiente anhela.
Allí, apartado de los hombres, gime
en Batres, Cabarrus, y el noble
siente apagarse de su excelsa mente.
A par que tú, Jovino, gloria mía,
(Jovellanos)
honor ilustre de la toga hispana,
de patriotismo y de amistad dechado,
se armaron contra ti; pero tu nombre.
ves anublada tu virtud sublime;
la envidia vil y la ignorancia ruda
Y aquí, malgradi que en su diestra lleva
la suma del poder, miró del dardo
también herido de la atroz calumnia
de mi príncipe el seno: da a los pueblos
la dulce paz porque llorando anhelan,
y esta dichosa paz es un delito,
que estúpida le increpa la ignorancia.

La paz sirvió también para que la política de alianza con Francia que venía dominando en el siglo XVIII se fortaleciese de nuevo. Bonaparte imaginó el partido que se podía sacar de nuestra ayuda, y nos hizo firmar el Pacto de San Ildefonso. Contribuyó a esta alianza la enemiga que Inglaterra seguía demostrándonos en ultramar, y así España reincidió en servir con una armada insuficiente los intereses franceses contra la potencia naval de la Gran Bretaña.

En 1798 Nicasio Alvarez de Cienfuegos demuestra que un espíritu de admiración al corso existía en España. He aquí su *Elogio del General Bonaparte,* con motivo de haber respetado la patria de Virgilio:

"¡Oh Fabricio! ¡Oh Camilo! ¡Oh Epaminondas!
¡Oh tú, que de tu patria Salamina
fuistes el fundador! ¡Y tú, oh Arístides!
¡Oh Leónidas! ¡Oh Aníbal! ¡Oh Scipiones!
¿Quién, ¡ay!, dará a la tierra
cuanto ya en vuestros túmulos se encierra?"

Mira entre tanto a Bonaparte y clama:
"No habéis muerto; vivís, héroes gloriosos,
todos, todos vivís. Joven valiente,
tú, Marcelo, serás", dijo. Y el héroe,
el bastón empuñado,
va al enemigo rápido marchando.

Llega, acomete y desbarata y triunfa.
Batalla, y un ejército enemigo
fué, y otro y otros; vuela, es la victoria;
y a una sola campaña un siglo entero
de heroísmo cargando,
gana la paz, la guerra esclavizando.

Sí; que al oírle desnudar la espada
tiemblan los muros de diamante, tiemblan
ríos y montes. Sólo sin espanto
la pobre aldea de Marón le mira,
que el héroe la respeta.
Viólo en su tumba y sonrió el poeta.

Y rebosando en júbilo mi pecho:
"Cumplióse—dijo—mi feliz presagio,
Bonaparte inmortal. ¡Oh, que a la vida
no pudiese otra vez volver ahora!
¡Quién loarte me diera
y que luego a mi túmulo volviera!

Por su parte, el inglés seguía atacando nuestras naves. Tomás González de Carvajal, en su *En la guerra con los ingleses,* invoca a Santiago, patrón de España. Su apelación suena a desesperada:

... Y mientras esto llega,
mira cómo tu España se ve ahora
de guerra en cruda brega,
donde tu cuerpo mora,
y por ti al verdadero Dios se adora:
Mírala, y vuelve luego
tus ojos al inglés, que, apoderado
de los mares, y ciego
de codicia guiado,
la paz ha tantas veces estorbado.

O templa su porfía,
y haz que se canse de la dura guerra
o cual caudillo y guía
nos fuisteis en la tierra,
selo en el mar, y su furor aterra.
Aterra el insolente
orgullo con que quiere avasallarnos,
míralo puesto enfrente

de Cádiz, insultarnos,
saltear nuestras naves y robarnos.
Si tu brazo no acude,
¿quién librarnos podrá de tal afrenta?
¿Quién hay que nos ayude
en la fiera tormenta
que ya en el horizonte se presenta?
Solos y desvalidos,,
la tropa sin pagar, pobre el erario,
los bienes consumidos
que ha dado al santuario,
y expuestos de fortuna al viento vario.
Defiéndenos a España
por cuanto el mar extiende su rodeo;
guárdanos la montaña,
¡oh ilustre Cebedeo!,
de Pirene y el término europeo.
No quede alguna parte
por donde airado y fiero el enemigo
o con astucia y arte
el engañoso amigo
entre, y sea más duro su castigo.

Consecuencias de esta guerra fueron la derrota naval del cabo de San Vicente (1797) y la pérdida de la isla de Trinidad en el mismo año. Las conquistas de Napoleón en Italia levantaron las coaliciones contra él, y vino el episodio de la guerra con Portugal. De parecida forma que en tiempos de Carlos III, se intimó al monarca portugués a separarse de la alianza inglesa, y con la misma lógica negativa respondió el lusitano. Atacaron los españoles con un cuerpo auxiliar y vencieron en Olivenza y Arroches. Godoy mandó unas ramas de naranjo a la reina y de ahí proedió el nombre de "la guerra de las naranjas", ante la que el pueblo se mantuvo indiferente, porque presentía que jugábamos cartas ajenas a nuestros intereses. Con el seudónimo de *Pascual Canuto,* se le dirigió una poesía:

En daros excelencia o bien alteza,
la pública opinión no se ha fijado;
dúdase, gran señor, si sois casado
y cuál es vuestra esposa con certeza;
si son vuestros honores y riqueza
la gloria o el ludibrio del estado,
y si de guerra debe ser llamado
el título de "Paz" que os dió grandeza.

Ultimamente al ver los veteranos
tercios marchar, a cuya frente brilla
la doncella tizona en vuestras manos,
nos ocurre, señor, una dudilla:
¿Irán a Portugal los castellanos,
o vendrán portugueses a Castilla?

En la paz de Amiens (27 de marzo de 1802), si se recobró a Menorca, tomada por los ingleses de nuevo en 1798, no pudimos alcanzar a Trinidad, definitivamente perdida.

Poco después los ingleses efectuaron un ataque a las fragatas Medea, Fama, Mercedes y Llara, salidas de Montevideo el 9 de agosto de 1804, cuando llegaban a la vista de Cádiz el 5 de octubre. Mandaba Bustamante el convoy, y la sorpresa fué absoluta por existir paz entre ambos países. Juan María Mauri fué el portavoz poético de la indignación española. Después que el oro fué embarcado en América...

... Deja el rico metal su cuña estrecha
para bogar por los inmensos mares.
¡Ay!, que ya astuta y ávida le acecha
la vil codicia. Altivos insulares,
no os infaméis; sin dolo ni sospecha
juró España la paz; en sus altares
ardiendo está la antorcha todavía
de esperanza y contento, aurora y guía.
... Cargadas van del mineral luciente;
¿qué ansiáis? ¡Acometed! En son tremendo
así concita a la britana gente
Erinnys otra vez; y, al fin, mordiendo
al corazón la férvida serpiente,
que antes les arrojara el monstruo horrendo,
ciegos, furiosos, abrasados bramas,
y ¡acometer! ¡Acometer!, exclaman.
... Vagan sin recelar que artero lazo,
que el interés en asechanza tiene,
lanzado a su cerviz por ágil lazo
a servidumbre indigna le condene;
próxima así de su llegada el plazo,
leda la flota navegando viene;
mas ved: ¿Son nubes o remota sierra?
¡Tierra, tierra, piloto; tierra, tierra!
Albricias, vengan las votivas copas,
y el más puro licor que cedro encierra
al marinero y militantes tropas
viértase. Atérrate, náutico, aterra.

Mas..., ¿qué otras naves?... Las subidas popas
manifiestan alcázares de guerra.
Sí; y vuelan, llegan y a ceñiros vienen;
alzan bandera y el cañón previenen.
... ¿Qué aparato agresor? ¿Cuál es tu empresa?
El español prorrumpe: ¿Acaso pudo
entre mi patria y la nación inglesa
ya disolverse el amistoso nudo?
No, responde el bretón, la paz no cesa;
tal vez de tu monarca el regio escudo
nos cubre en Francia; en Londres se respeta
su pabellón; España nos acoge.
Ríndete, empero, al punto, y nadie intente
resistir; obedece. Antes abiertos
los abismos del mar, naves y gentes
en esta inicua guerra Anglia lamente;
del galo invicto atónitos los puertos
oigan romper tronante el bronce y trompa;
españoles en tanto el vuestro rompa.
Indefensos estáis, lo sé; lo sabe
quien al cauto agresor el rumbo traza;
a vuestro lado la niñez suave
y al dulce sexo débil amenaza
hundan; sus héroes destrozados, muertos
esta misma opulencia en cada nave.
peso fatal la abruma y embaraza;
no hay esperanza de vencer; mas llenos
de honor, morir lidiando ansiáis al menos.
Id y cerrad, y buque a buque embista;
tórnese en rayo el hierro, en furia el arte.
Mas, cielo, ¿qué espectáculo mi vista
hiere con más furor que el mismo Marte?
Como ligera revolante arista
... este bajel, ay, triste!, ardió, subiendo
del agua al aire va la nube lenta
de llama y humo en remolino horrendo,
con mil vidas cargadas. ¡Ay Dios! Violenta
la combustión con espanto estruendo
tronó; sobre su espalda empero ostenta
hirviente el mar errátiles despojos
de humo negros o con sangre rojos.
... Llévese el agresor, llévese, guarde
los tesoros en ellos, su traición cobarde
el odio y maldición de tierra y cielo.
Vaya de su victoria haciendo alarde,
¡victoria infame!; que en amargo duelo
convertirán con vengadora furia
los que lloraron la alevosa injuria.

Francisco Sánchez Barbero, en su *A la Batalla de Trafalgar*, explica el origen jurídico de la guerra que ya había puesto a otras naciones, como Dinamarca, en contra de Inglaterra. El problema del mar y su libertad:

> ... Tú, de la sacra Humanidad desdoro,
> ¡oh tétrica Albión!, tú, de la tierra
> execrada por siempre, a precio de oro
> conquistas la maldad; en dura guerra
> al hombre contra el hombre precipitas,
> y la cólera irritas
> del cielo sufridor; tú, en cautiverio
> anhelas sólo encadenar los mares;
> sola extender el insaciable imperio
> de tu codicia atroz; a las regiones
> tributarias hacer... "A mi albedrío
> el comercio y el mar sujetos están."
> "El comercio y el mar libres se vean."
> Responden las naciones:
> "Del vano y usurpado señorío
> con que Albión, injusta, las oprime.
> Lo que es del orbe, el orbe
> disfrute a su placer; y nuestra saña
> pruebe cualquiera que, voraz, absorba
> la propiedad común..."

Napoleón imaginó llevar la guerra al propio suelo inglés, preparando cuantiosos navíos de transporte de tropas y, como antaño Alejandro Farnesio, sólo deseaba que el canal quedase un día libre de enemigos. Para ello obligó a España a que colaborase en los preparativos de distraer a la armada inglesa. Gravina se unió con sus barcos a Villeneuve y salieron para América para atraer al enemigo; éste no les siguió, y no lo toparon hasta Finisterre, donde fueron vencidos. De allí pasaron a Cádiz. Villeneuve, que conocía su inmediato relevo, quiso jugarse la victoria a una carta y salió en 19 de octubre de 1805 con la flota combinada. El 20 de octubre descubría a la escuadra inglesa de Nelson, y el 21 se daba la gran batalla de Trafalgar..., dejemos explicarla a Manuel de Quintana:

> ¡Oh España! ¡Oh patria! El luto que te cubre
> muestra en tan grave afán tu amarga pena,
> pero espera también, y con sublime
> frente de vil abatimiento ajena,

la alta Gades contempla, y sus murallas,
besadas por las olas,
que asombradas aún y enrojecidas
tiéndense allí por las sonantes playas,
cantando las hazañas españolas.

Por el mar vino la gloria de la batalla de Lepanto, pero el mar trajo también la rota de la Invencible y ahora la de Trafalgar.

Se alzó el bretón en el soberbio alcázar
que corona su indómito navío,
y ufano con su gloria y poderío
"allí están—exclamó—; volved los ojos,
compañeros, allí; nuevos despojos
va a conseguir en los endebles pinos
que España apresta en su defensa en vano".

Recuerda la tradición marinera del pueblo inglés:

"Libre de esclavitud no sea ninguno,
hijos somos nosotros de Neptuno.
¿Y ellos osan surcar el océano?
¡Acordaos de Abukir: sólo un momento,
llegar, vencer y devorarlo sea!
¡Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
que el opulento Támesis nos vea!"

Los preparativos de la batalla. Nelson dice: "Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber." Y Churruca, en el *San Juan Nepomuceno:* "Hijos míos, en nombre del Dios de los ejércitos, yo prometo la dicha eterna al que muera cumpliendo con su deber."

...el día
abre campo al furor, y horrendo Marte
con clamores de guerra hinche la esfera
y levanta en los aires su estandarte.
Responde a esta señal el hueco bronce;
con mortal estampido el eco truena,
y por el mar llevándose bramando,
hasta en las costas de Africa resuena;
vuelan movidas de rencor las naves
con naves a encontrar; menos violentos
despide el polo austral sierras de hielo;
por las fáciles ondas se deslizan
y el audaz navegante atemorizan.

El empuje británico ataca en cuña la línea de la escuadra franco-española:

Tres veces fiero el insular se avanza,
creyendo, en su pujanza,
romper de nuestra escuadra el fuerte muro;
tres veces rechazado
por el hispánico esfuerzo, ya dudosa
ve la victoria, que esperó seguro.
¿Quién su despecho pintará y su saña,
cuando aquel pabellón antes tan fiero
miró invencible el pabellón de España?

Pero la superioridad inglesa nos ahoga:

No hay saber, no hay valor; sólo ya fía
su fortuna al poder doble de sus naves,
y la redobla en desigual pelea;
de proa a proa en uno y otro lado
cada español navío
de mil rayos y mil es contrastado,
y él con igual aliento
que recibe la muerte, así la envía...

Uno a uno los barcos españoles son rodeados, cañoneados y obligados a rendirse o a saltar por los aires. Sin embargo...

No empero sin venganza y sin estrago,
generoso escuadrón, allí caíste;
también brotando a ríos
la sangre inglesa invade sus navíos;
también Albión herida
los montes de cadáveres contempla,
horrendo peso a su soberbia armada.

Hidalguía ante la muerte del gran inglés:

También Nelson allí... Terrible sombra,
no esperes, no, cuando mi voz te nombre,
que vil insulte tu postrer suspiro:
Inglés, te aborrecí; héroe, te admiro.

Sánchez Barbero recuerda el triste despertar de los gaditanos, con el desastre a sus puertas:

...De entre su lecho al punto
de Cádiz los llorosos moradores,
y todos de tropel a la muralla
solícitos ascienden.

Por el inmenso mar la vista tienden,
y ven, ¡qué horror!, de la cruel batalla
los destrozos sin fin y los furores.
Navíos estrellados;
navíos sin velamen junto al puerto,
hendidos y varados;
orgulloso el océano; cubierto
de triunfos y despojos, las riquezas;
el afán y sudor de las naciones
de ondas y vientos al impulso blando;
acá y allá con lentitud llevando,
cadáveres deshechos
meciéndose en la margen espumosa...

Con el anochecer en Trafalgar han caído las sombras sobre el pasado esplendoroso de la España temida y respetada. En toda Europa había decrecido su prestigio, y como nos sucedía siempre en momentos de crisis—si es que era efecto y no causa—, en la corte sólo importaba la lucha sorda entre las camarillas formadas, de un lado, por Godoy, mantenido por los regios esposos, y, por el otro, de Fernando y su profesor Escoiquiz, con los cuales formaban los que tenaín resentimientos con el privado. El desconcierto del país era extraordinario, y Jovellanos lo reflejó cumplidamente en sus versos nostálgicos:

Sí, Arnesto; disipóse cual espuma
el tiempo bienhadado
en que el valor de España vió asombrado
el lacio imperio, el moro y Montezuma.
Hubo, Arnesto, hubo un día
en que la patria tuvo nombradía.
Mas hoy, triste, llorosa y abatida,
de todos despreciada,
sin fuerza casi al empuñar la espada,
que ha sido en otros tiempos tan temida,
mueve apenas la planta
y los ojos del suelo no levanta.

Y refiriéndose al rumor sobre las relaciones entre María Luisa y Godoy:

Ya la notoriedad es el más noble
atributo del vicio, y nuestras Julias
más que ser malas quieren parecerlo.

En esos tristes años no todo fueron lamentos. Alberto Lista pudo

cantar todavía la recuperación de Buenos Aires contra el inglés invasor en 1806:

... ¿Qué nuevo grito de victoria escucho
gira por su alta cumbre?
¿Es el escita feroz de quien el trace
ya acobardado fugitivo tiembla?
Mas, ¡oh!, que desde el margen apartado
del Paraguay inmenso
Es el galo animoso
del Vístila y del Albis victorioso?
vuela sobre los golfos de occidente:
¡Victoria!, clama a la indomable España;
y el eco repetido
la playa aterra de Albión vencido.
¿Dó está la fuerza y el orgullo osado
que el piélago espumoso
abrumó con mil naves? Si soberbio
al dilatado mar impone leyes,
ya entre sus turbias olas
huya de las banderas españolas.
Tú en tus murallas dominar los viste,
metrópoli opulenta,
reina del Paraguay; cual pronto brilla
relámpago veloz, y luce apenas
cuando a la parda nube
a sepultarse entre sus sombras sube.
De la traición no del valor vencido,
su yugo padeciste;
allí cantaron himnos de victoria
los fieros de Albión; de tus tesoros
su codicia saciaron,
y el cetro de la América empuñaron.
Empero cual cohorte valerosa
a tus manos se acerca.
Llega, combate, aterra, el orgulloso,
que nuevos triunfos de ambición soñaba,
humilde gime ahora,
y la piedad del vencedor implora.
...Mas, ¡ay!, velad; no el sueño del descanso
mortífero os sorprenda
a la sombra falaz de los laureles.
¿No veis cruzar por el cerúleo Estrecho
las naves empinadas,
de muerte y de furores recargadas?
... Volvieron, sí; mas en la lucha fiera
otra vez encontraron
hijos de España. El rayo de Navorte
brilla en sus diestras; las guerreras frentes

coronadas de gloria
ciñen el sacro laurel de la victoria.
El pueblo, sus hogares defendiendo,
al soldado se iguala,
y el soldado a los héroes: truena ardiente
el cañón, y el mil ecos alternado
su horrísono estallido
dilata hasta los Andes el sonido.
... ¡Cayó el tirano al fin! Victoria a España!
A los ilustres hijos
del Ebro y Tajo inmarcesible gloria!

Alguna vez vence la justicia, casi solloza el poeta:

¿Acaso siempre triunfara el impío?
¿El hispano ardimiento
cederá al genio de Albión sangriento?
¡Ah, no! Aquellos valientes en un día
las victorias vengaron
que el envidioso mar robó a la España.
De Trafalgar los manes insepultos,
las playas recorrieron,
y en la lid sus espadas dirigieron.

Y Juan Nicasio Gallego ensalza la defensa de la misma ciudad contra un ulterior e inútil esfuerzo británico en 1807:

... De allí no lejos las britanas proas
viera el indio pacífico asombrado
sus costas invadir, y furibundo
el hijo de Albión, que fatigado
tiene en su audacia y su soberbia al mundo,
cual lobo hambriento su indefenso aprisco,
entrar, correr, talar Montevideo,
que ya amarrado a su cadena gime,
con espanto en sus muros orgulloso
ve tremolar su pabellón, ansiando
lanzar del cuello el yugo que le oprime,
mientras la rienda a su ambición soltando
el anglo codicioso,
la rica población domar anhela,
que de Solís el río
en su ribera occidental retrata
cuando a la mar con noble señorío
rinde anchuroso su raudal de plata.
... Ya doce mil guerreros,
de mortíferos bronces precedidos,
a las débiles puertas se abalanzan,

y los limpios aceros
del rayo brillan de Titán heridos;
ya sus columnas en las anchas calles
intrépidas se lanzan;
por montes y por valles
del militar clamor retumba el eco,
y el trémulo batir del parche hueco.
Trábase ya la desigual pelea
y del fiero enemigo el paso ataja
furioso el español; cruza silbando
el plomo; inexorable se recrea,
sus víctimas la Parca contemplando;
crece la confusión; al cielo sube
el humo denso en pavorosa nube,
y al bronce estruendo del cañón britano,
que muertes vil y destrucción vomita,
impávido el esfuerzo castellano
lluvias arroja de letal metralla.
No hay ceder, no hay ciar. De nuevo estalla
retumbante el metal del anglo fiero,
que el horizonte atruena,
mas el valiente ibero
ni el ruido escucha ni el estrago atiende;
que en almas grandes que el honor enciende
Suena y el pecho del esclavo inflama,
más alto el grito de la patria suena.
y es un guerrero ya. Los moradores
invictos héroes son. ¿Cuál multiplican
la ciega rabia y bélicos clamores
las artes de dañar? Inmensas trabas
y lumbre y peñas por los aires bajan
sobre el mísero inglés; profundo foso
y alta trinchera su furor atajan.
El en tanto, animoso
redobla el fuego y el tesón, y truenan
contra su hueste horrísonos cañones,
ríos de sangre de Albión vertiendo,
Desplómanse los fuertes terrones
con roncos estallidos,
y al espantoso estruendo
con que los altos techos se derrumban,
se oyen gemir los vientos comprimidos
y hasta en las naves de los Andes zumban.
... Muéstrase entonces el caudillo ibero
Al britano que atónito enmudece
(Liniers y Whitelock)
y de la salva América las playas
dejar le ordena; el anglo le obedece.

A las naves temblando
los restos suben del vencido bando;
y cual suele medrosa
la garza huir del sacre furibundo,
así la escuadra huyendo presurosa
surca asombrada el piélago profundo.

La enemiga de Portugal y las ambiciones de Godoy procuraron los planes del reparto del vecino país, y tras varias proposiciones, se convino en que la nación lusitana sería repartida en la siguiente forma: la provincia de Entre Duero y Miño, con Oporto, se darían a la soberana de Etruria, mientras los Algarbes y el Alentejo formarían un principado para Godoy. El tratado de Fontainebleau disponía, además, que entraría en España un cuerpo auxiliar francés de veintiocho mil hombres.

Mientras, en el interior, la desmoralización aumentaba. El partido fernandino, acusado de querer atentar contra la vida de la reina, era procesado con su jefe, el príncipe, a la cabeza. Y a pesar de que el miedo de siempre a Napoleón, con quien Fernando estaba en relaciones, obligó a Godoy a pactar y a hacer perdonar al príncipe los acontecimientos de El Escorial parecían demostrar a todos que España estaba madura para la muerte como nación.

Mientras, las tropas francesas empezaban a entrar en España por la raya de los Pirineos...

CAPITULO XI

ESPAÑA INDEPENDIENTE

El número de soldados que los franceses debían mandar para ayudar a la empresa de Portugal era, como hemos dicho, de veintiocho mil hombres. Pero desde octubre de 1807 a marzo de 1808, entraron en España cien mil, que se apoderaron, como amigos algunas veces, y como enemigos otras, de las principales plazas fuertes halladas a su paso. Clonard descubre algún recelo en un pasquín anónimo:

Escucha, Napoleón,
si como fiel aliado,
tus tropas has enviado,
hallarás en la nación
amistad y buena unión;
si otro objeto te guió,
Numancia no se rindió,
numantinos hallarás,
en España reinarás,
pero sobre españoles, no.

Inquietóse más el vulgo al saber que los reyes y Godoy planeaban la huída. La marcha de Josefa Tudó, amiga del Príncipe de la Paz, provocó ya el primer motín. Hizo responsable el pueblo al primer ministro y se alzó en armas contra él con tal violencia que, para salvarle, el rey Carlos no tuvo otro remedio que abdicar en Fernando, en quien la nación, veía a un ser colmado de gracias y perseguido por las malas artes del favorito. Proclamado el príncipe, fué saludado con el júbilo general.

Napoleón había ya pensado en su hermano José, entonces rey de Nápoles, y le ofreció la corona. Carlos firmó un documento declaran-

do que había sido coaccionado y reclamando de nuevo sus derechos reales. Le apoyó Murat, y Fernando, asombrado del cambio verificado en sus protectores, se dejó convencer de que, yendo a Bayona a hablar con el emperador, se desharía el engaño. Poco después llegaban sus padres con el Príncipe de la Paz, del cual Murat había logrado la libertad. Toda la familia real estaba en la ratonera.

Napoleón los manejó a su guisa. Los careó, les hizo ofenderse mutuamente y ante sus amenazas, Fernando devolvió la corona a su padre, y éste se apresuró a ponerla en manos del emperador.

A muchos españoles, especialmente entre las clases distinguidas, entre los intelectuales e incluso el clero, les había parecido grande Napoleón e incapaz de engaño. En esta oda de Francisco Sánchez Barbero titulada *La invasión francesa de 1808,* el poeta ataca a Bonaparte con un curioso "mea culpa" de su confianza en el corso. A través de sus líneas se ve hasta qué punto había sido hábil la propaganda francófila antes de ser desmentida sangrientamente en el Madrid del 2 de mayo:

... Doscientos mil y más ejecutores
de tus designios bárbaros, en tanto,
furiosos por la España se derraman,
validos de un traidor; traidor los fuertes
ocupas; las ciudades populosas
avasallas, traidor. *Libertadores*
de nuestra patria, los incautos claman,
y a sus hogares con placer los llaman.
Y todos a porfía
de su amistad los bienes
les dan gozar. El armonioso canto
de sol a sol en su alabanza suenan.
"El gran Napoleón a España admira,
el gran Napoleón a España llena"

... en recompensa
destruccción y maldad tu mente gira,
destrucción y maldad a España mandas,
y en la maldad y destrucción te agrandas.
... Nuestro *gran aliado*
españoles, mirad: "Aquel que, armado,
protege la virtud, el que asegura
nuestra ley, religión y posesiones,
honor y libertad; aquel que infunde
en nuestros agitados corazones
el bálsamo de paz y de ventura;
el que a nuevo vigor nos regenera"

... ¡ay!, y nosotros la feliz bonanza
en su poder librábamos, insanos.
¡Nosotros a los cielos soberanos
demandamos su sólida alianza
con el iris de un plácido himeneo!

(La boda de Fernando y una hermana del corso.)

¡Oh cielos! Perdonad de los mortales
el inocente error y devaneo.
De nuestra aletargada confianza
harto espiamos los funestos males
que aún en nuestras cervices centellea
la afilada segur; la sangre humea,
en arroyos corriendo,
y todavía mis oídos rompe
del pérfido cañón el ronco estruendo.

El 2 de mayo. La protesta del paisanaje ante el palacio de Oriente, del que salían conducidos a Francia los últimos personajes de la casa real, provocó el fuego de los mamelucos de Murat sobre la multitud. Dispersose ésta en busca de armas; en todas las esquinas los regimientos franceses fueron atacados y combatidos hasta la última puñalada. La represión, inmortalizada por Francisco de Goya y Lucientes en su *Fusilamientos del Príncipe Pío el 3 de mayo,* fué feroz, y Juan Nicasio Gallego cantó algunas de las desgarradoras escenas:

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
mirad ese infelice
quejarse del adalid empedernido
de otra cuadrilla atroz. "¡Ah! ¿Qué te hice?
—exclama el triste en lágrimas deshecho—.
Mi pan y mi mansión partí contigo;
te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
templé tu sed y me llamé tu amigo;
y ahora, ¿podrás pagar el hospedaje
—sincero, franco, sin doblez ni engaño—
con dura muerte y con indigno ultraje?"
¿Dónde estaba el ejército entre tanto? ¿Qué hacía?
¿Dó están, ¡oh cara patria!, tus soldados,
que a tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
por jefes sin honor, que, haciendo alarde
de su perfidia y dolo,
a merced de los vándalos te dejan,

como entre hierros el león forceja
con inútil afán. Vosotros sólo,
fuerte Daoíz, intrépido Velarde,
que, osando resistir el gran torrente,
dar supisteis en flor la dulce vida
con firme pecho y serena frente.

Espronceda se entusiasmará ante el recuerdo:

¡Oh, es el pueblo! Es el pueblo, cual las olas
del hondor mar alborotado braman,
las esplendentes glorias españolas
su antigua prez, su independencia clama.
Hombres, mujeres vuelan al combate;
el volcán de sus iras estalló;
sin armas van, pero en sus pechos late
un corazón colérico español.

Tras la revuelta, Quintana invoca a gritos la guerra:

Guerra, nombre tremendo ahora sublime,
único asilo y sacrosanto escudo
al ímpetu sañudo
del fiero Atila que a Occidente oprime.

El recuerdo de su historia debe animar las gestas de los patriotas:

¡Guerra! ¡Guerra, españoles! En el Betis
ved del Tercer Fernando alzarse airada
la augusta sombra. Su divina frente
mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
blandir el Cid su centelleante espada,
y allí, sobre los altos Pirineos,
del hijo de Jimena
animarse los miembros gigantescos
en torvo ceño y desdeñosa pena.
Ved cómo cruzan por los aires vanos
y el valor exhalando que se encierra
dentro del hueco de sus tumbas frías,
en fiera y ronca voz pronuncia: "¡Guerra!"

Fernando III, el Gran Capitán, Díaz de Vivar, Bernardo del Carpio, dieron una lección que aprovechar. Si el poeta cae en la lucha los verá y...

¡Salud, oh padres de la patria mía!,
yo les diré. ¡Salud! La heroica España
de entre el estrago universal y horrores,

levanta la cabeza ensangrentada,
y vencedora de su mal destino
vuelve a dar a la tierra amedrantada
su cetro de oro y su blasón divino.

Por todas partes el pueblo tomó las armas al enterarse de las noticias madrileñas, y el alcalde de Móstoles es el símbolo de la actitud de muchas autoridades nacionales. Y cuando la excesiva prudencia o el afrancesamiento de esa autoridad no le permitió tomar las medidas necesarias, el español pasó por encima de ella, organizándose bajo otro mando.

El símbolo de la resistencia, Fernando, realzaba la figura con su cautiverio. Juan Bautista Arriaza pone en verso el sentimiento unánime:

Triste la España ¿adónde va Fernando?,
al hijo fugitivo dice ansiosa;
y él sigue y deja de su madre hermosa
llevar los vientos del acento blanco.
Ya la materna falda, abandonando,
pisa de Francia la ribera odiosa,
y aún está oyendo aquella voz piadosa
que le repite: ¿Adónde vas?, llorando.
No ve ya al hijo la infeliz matrona;
mas su voz oye, que con regio brío
dice: "Tirano, ¡es mía esa corona!"
Ella, al primer dolor, grita: "¡Hijo mío!",
mas luego, vuelta al déspota en Bayona:
"¡Dame a Fernando!—exclama—. ¡Oh, tiembla, impío!"

No es necesario advertir cómo se engañaba al poeta, y cómo se engañaba toda la masa de partidarios que creían posible una reacción tan heroica en el príncipe prisionero. Por el contrario, no sólo escribió Fernando a sus súbditos recomendándoles tranquilidad, sino que llegó a felicitar al emperador por haber nombrado a José Bonaparte rey de España.

Para dar a la suplantación un carácter legal, se reunió en Bayona una diputación de notables españoles, de los que se presentaron noventa y uno de los ciento cincuenta convocados. Allí se aprobó la designación de José I y la nueva constitución redactada íntegramente por Napoleón. Las tímidas enmiendas presentadas por algunos diputados no surtieron efecto alguno.

Esta Constitución, al ser reconocida en España produjo indignación y sátira. Muestra de esta última es la canción que sobre ella salió. El prólogo era el siguiente:

Yo que soy Napoleón,
emperador de la Francia,
quiero y es mi voluntad
que haya jaleo en España.
¡Al jaleo, jaleo, soldados!
Mis planes están ya hechos,
su buen éxito depende
sólo de vuestros esfuerzos.

Se establecía que la religión sería la católica, apostólica y romana, sin permitir ninguna otra, maniobra política de Napoleón para halagar el sentido religioso del país. Pero no convence al poeta, que dice (en fandango):

Sólo habrá una religión,
la católica será;
quien guste la seguirá,
sobre esto no habrá cuestión.

José I era reconocido como rey de España y de sus Indias, aseguraba la Constitución. Y el poeta—quizá Eugenio de Tapia—contestaba:

Es mi voluntad y quiero,
ha dicho Napoleón,
que sea rey de esta nación
mi hermano José Primero.
Es mi voluntad y quiero,
responde la España ufana,
que se vaya a cardar lana
ese rey José postrero.

La corona se debía transmitir de varón a varón con exclusión de la hembra, lo que estaba en desacuerdo con la tradición española antes mencionada:

La sucesión del trono
de las Españas,
irá de macho en macho,
dice la Carta.
Si macho falta,
Napoleón Primero
lleva la carga.

Debía existir un consejo de Estado con más de treinta individuos y menos de sesenta, presididos por el rey...

Habrá un consejo de ministros
de probidad "a ma façon",
que no podrá ni bostezar
sino según Constitución.
Serán, pues, todos presididos
cuando se forma gran sesión
por el rey Pepe, y obrar deben
siempre según Constitución.
Luego que Pepe digo "quiero",
nadie podrá decir "sir, non",
a fin de que todo se despache
siempre según Constitución.

El artículo 82 afirmaba: "Las colonias españolas de América y Asia gozarán de los mismos derechos que la metrópoli":

Las colonias españolas
y posesiones del Asia
gozarán los mismos derechos
que gozará toda España.
Olé charandel, podrá cada uno;
olé charandel, libre comerciar;
olé charandel, a fin que el rey Pepe,
charandel y olé, pueda atesorar.

Por fin, la nación amenaza:

Olé charandel, Napoleoncito;
olé charandel, eso lo veremos;
olé charandel, pues algunas cuentas,
charandel y olé, que ajustar tenemos.

Por todas partes los batallones franceses trataban a España como país conquistado y, sin el nexo central de un gobierno fuerte, puesto que el Consejo Supremo de Castilla había pactado con el invasor, las juntas provinciales surgían autónomas. Se procuró armas y víveres, se intentó enlazar los servicios diversos y organizar las tropas que no existían. Comisionados de varias provincias lograron el apoyo inglés, y un ejército al mando de Wellesley (luego lord Wellington) desembarcó en Lisboa. Los marinos de ambas naciones fraternizaron, y Juan Bautista Arriaza pudo cantar un banquete celebrado por representan-

tes de las dos escuadras, en el que se ostentaban juntas las dos banderas:

Así enlazadas y jamás opuestas
las britanas banderas y españolas,
descuellan por los campos y las olas.
¿Qué valen hierros que la infamia forja,
si en este enlace, generoso y blando,
la mano experta del anciano Jorge
(Jorge II de Inglaterra)
sostiene al joven e infeliz Fernando?
Sólo a esta doble insignia corresponde
dar vuelta ufana al orbe agradecido,
mientras en Francia el tricolor se esconde,
triste blasón de un mundo envilecido.
Grata a un tiempo a los fuertes españoles,
¡oh noble insignia!, y a los ingleses bravos,
en la feliz comarca en que tremolas,
bastarás a anunciar que no hay esclavos.
Del continente al fin verás lanzado
el corso monstruo a su infernal destino,
ya que el valor inglés ha decretado
que no será jamás monstruo marino.

Los últimos versos son glosa de la noticia, según la cual había sido destruído en Benasque una expedición de avituallamiento galo. Mientras, José había llegado a Madrid ante la frialdad general.

Su proclamación fué recordada más tarde por Sánchez Barbero para comparar su frialdad con el entusiasmo que reinó a la vuelta de Fernando:

¡Qué noche tan distante
de aquel menguado día
en que un intruso a coronarse entrara!
Con él la vil usurpación, delante
el despotismo tétrico venía,
de falaces ofertas rodeado.
Al uno y otro lado
el ceñudo terror, con férrea vara
al leal español estremeciendo,
y grillos y cadenas previniendo,
en sangre salpicando,
por las calles desiertas
oscura soledad se espaciaba,
y luto los balcones,
luto cubría las cerradas puertas;

en todos los hispanos corazones
la despechada indignación bramaba,
y anchamente vagaba
silencio aterrador...

José, personalmente, no era tan odioso como la inquina de los españoles quería creer. Desde luego, no era tuerto como afirmaba el cantar popular:

Ya viene por la Ronda
José Primero,
con un ojo postizo
y el otro huero.

Ni borracho, como suponía el otro:

Ya se fué por las Ventas
el rey Pepino,
con un par de botellas
para el camino.

Esta marcha fué debida al primer triunfo de las armas españolas. Dupont, con 14.000 hombres, se había trasladado a Andalucía para terminar con el movimiento de las partidas y prestar ayuda a la escuadra de Rosilly, anclada en Cádiz. Se retiró luego a Bailén, y allí fué atacado por Reding y Castaños. Eugenio de Tapia explica las operaciones preliminares:

También llegó, Dupont, tu fatal ruina,
ya en la ciudad peligras, ya te estrechan,
¿adónde vas? ¡Oh mísero! ¿El camino
buscas aún en la encumbrada sierra?
Corre a perderte, pues, que allí te aguardad,
cerrando el paso, el animoso Peña,
el gallardo Reding y otros valientes
señalados en ínclitas proezas.
Te vencerá el primero con quien luchas...;
mas la suerte esta gloria te reserva
a ti, Reding, que, cual inmóvil roca
en medio de las olas turbulentas,
firme recibes el sangriento choque,
firme contestas la enemiga fuerza.
Llegó de la venganza el feliz día:
Héroes, matad. A compasión no os muevan
esos verdugos que con ciega rabia
nuestros templos profanan y saquean,

talan los campos y al infante débil
y a los ancianos tímidos degüellan.
Esos, los invencibles se llamaron,
y a vosotros, rebeldes... En el Sena
será, pérfidas almas, rebeldía
la gloriosa lealtad que nos alienta.

El 22 de julio se firmaba la capitulación de las fuerzas francesas, primera derrota sufrida a campo raso por los ejércitos napoleónicos y que provocó, como es lógico, un inmenso regocijo. El rey José salió huyendo de Madrid, y el entusiasmo se desbocó en esta ciudad al recibir a los garrochistas andaluces que habían combatido a los franceses formando la más curiosa caballería del mundo.

Dupont, terror del Norte,
fué vencido en Bailén,
y todos sus secuaces
perecieron con él.
Toda la Francia entera
llorará este baldón,
al son de la carmañola.
¡Muera Napoleón!
¡Muera Napoleón!

El deshonor se hacía mayor si se considera en qué poco se tenía en la Francia militar el grupo de paisanos armados que formaba entonces la mayoría del ejército español. A ese desprecio parece contestar una décima que el *Correo de Murcia* insertaba con motivo de la victoria:

Si con fleco en la montera
y capote de alamares,
pensáis que no hay militares
de arrogancia verdadera,
esta victoria primera
os hará acordar mil veces
que los que saben corteses
cortejar y gastar oro,
mentir y matar un toro
vencen también los franceses.

La salida del intruso colmó de júbilo a los españoles, que ya creían segura la victoria. Francisco Sánchez Barbero ataca a Napoleón:

Así a España en tu mente dominaste,
y en su trono vendido
un hermano ensalzar, ladrón, intentas.
Entró, mofado fué, tembló azorado,
cobarde, huyó acosado
de la garra sangrienta
del hispano león, que, desde lejos,
le estremeció con su mortal rugido.

Toda España vibra de alegría:

¡Guerra, guerra sin fin al tirano,
a la guerra, feliz juventud!
Toda Francia redúzcase a llano;
goce el mundo por ti la quietud.

En Cataluña, los franceses tienen otro tropiezo. El del Bruch:

¡Oh! Batalla del Bruch, la más gloriosa
afrenta de Marengo, Eylau y Jena...
¡Honor a nuestra gente valerosa,
de España gozo y de la Francia pena!
Ceñid ya la corona victoriosa
que la historia os concede a boca llena.
Gloria a los héroes de tamaña empresa,
de Igualada, del Bruch y de Manresa.

Y la gente repetía los versos populares:

De tota la Catalunya,
Igualada fou primer
la que perseguí al francesos
que van contra de la fe.
Ja'á baisava'l somatent
de la vila de Igualada,
ab lo sant Crist arbolat,
que's general de la armada.
... Armats de fe verdadera,
los ocurrí a la memoria,
que per lograr la victoria
portassen vostra bandera.
Fores l'única bandera
que'l somatent catalá
allá en lo Bruch desplegá,
quan per vegada primera,
vencé a la tropa altanera
del francés emperador.

Los franceses sufrían también fuerte castigo en su intento de apoderarse de Zaragoza. Fray Ramón Valvidares y Longo, en su obra *La Iberiada,* explica fases de la heroica defensa de la ciudad. Uno de los ataques está vivamente descrito:

¿Qué nube es ésta? Luego al punto grita,
cuando escucha el clarín y los tambores:
¿Veis al contrario cuál se precipita
sobre nosotros? ¿Veis sus batidores
que abriendo el paso cada cual se agita,
lanzando al viento furias y rencores?
Al arma, compañeros, luego, luego;
que entra el duro francés a sangre y fuego.
El bravo Palafox que esto escuchaba,
monta en el bruto y a tambor batiente
sus tropas con valor luego ordenaba,
oponiendo su ardor a tal torrente;
ya en las puertas y muros aguardaba
la lucha cada cual aún más valiente,
al tiempo que Moncey con hueste dura
del Torrero ocupó toda la altura.

Crece la presión. La artillería del invasor arrecia en sus fuegos.

Así, al ronco fragor, siempre horroroso,
que causaba allí las explosiones
temblaba la ciudad, y el pueblo honroso
miraba sin temor sus convulsiones.
Entre el nuevo rigor aún más rabioso,
avanzando tenaz a las legiones,
su brazo cada cual ya descargaba
armado del furor que lo alentaba.
Saltan las chispas del arnés templado
entre el humo y volcán de los cañones,
y el brazo aragonés jamás cansado,
va rompiendo feroz los escuadrones.
Manso y Velasco audaz que en tal estado
comandando se ven sus batallones,
como fieras están ya combatiendo,
y al peligro mayor siempre acudiendo.
Seis horas y algo más quizás habría
que la espada y cañón nunca cesaba,
y el campo del francés ya se cubría
con su sangre cruel que lo regaba.
El rabioso Mortier al fin cedía,
viendo que un paso aquí no adelantaba,
y en triste confusión se retirando
otro más fiero plan va meditando.

Pero todavía era muy fuerte Napoleón Bonaparte. Reúne 300.000 hombres, muchos más desde luego, de los que al principio juzgara necesarios para su empresa, y realiza una nueva invasión de España. Toma a Somosierra con una carga de su guardia polaca, rinde a Madrid y persigue hasta La Coruña al cuerpo expedicionario inglés que mandaba el general Moore. Gerona rindióse tras un sitio heroico, lo mismo que Zaragoza, según narra Juan Nicasio Gallego: "A Zaragoza, rendida por el hambre y la peste, más bien que por el valor francés":

Viendo el tirano que el valor ferviente
domar no puede del león de España,
ni al lazo odioso de coyunda extraña
dobla el fuerte Aragón la invicta frente,
juró cruel venganza, y de repente
se hundió en el Orco, y con horrible saña
del reino oscuro que Aqueronte baña
alzó en su ayuda la implacable gente.
De allí el desmayo y la miseria dusta,
de allí la ardiente sed, la destructora
fiebre salieron y el contagio inmundo.
Ellos domaron la ciudad augusta;
no el hierro, no el poder. Decanta ahora
tu triunfo,¡oh Corso!, y tu valor al mundo .

Sigue la ofensiva francesa hacia el Sur, y el mismo José logra llegar a Sevilla, Córdoba y poner sitio a Cádiz, donde se había constituído en Regencia la Junta de Defensa. Allí se abrieron Cortes Generales y Extraordinarias. Atacados por un bombardeo constante los gaditanos cantaban:

Con las balas que tira
el mariscal Sul (Soult)
hacen las gaditanas
mantillas de tul.
Con las bombas que envían
los fanfarrones,
se hacen las gaditanas
tirabuzones.

Mientras, por todas partes se levantaban partidas que hacían la vida imposible al invasor. Sus correos eran asaltados, sus comunicaciones destruídas. No había paisano en que pudiese fiar para una in-

formación sobre los movimientos de los guerrilleros, y éstos, en cambio, sabían de cada paso francés. La masa popular cantaba a los más conocidos, como en este caso:

Cuando don Julián Sánchez
monta a caballo,
se dicen los franceses:
"Ya viene el diablo."
"¡Ea, ea, ea,
ea, ea, eh!...
Es un lancerito
que me viene a ver;
él me quiere mucho,
yo le quiero a él.
Un lancero me lleva
puesta en su lanza.
¿Si querrá que yo vaya
con él a Francia?"

La guerra de Independencia fué considerada una guerra santa, como lo prueban versos como estos:

"Españoles no hay dudar;
los triunfos de ese bribón
nacen del dolo y traición,
no del valer militar;
ven a, pues, a guerrear
sus conscripciones de ateos,
viles, herejes y hebreos,
y el mismo Napoleón,
que aquí morirá Sansón
con todos sus filisteos.
¿Y qué causa, a la verdad,
les moverá para esto?
Se ve aún claro y manifiesto
que el vivir en libertad.
Pero ¿cuál? La de impiedad;
pues como en Napoleón
no hay más fe que su pasión,
quieren que el gobierno mande,
para que así todo ande
sin freno de religión.
¿No sucedió así a Dupont
en la fuerte Andalucía
con cuantas tropas tenía
y a Lefèvre en Aragón?

Nuestra casa de Dios es,
y la de ellos del demonio,
como es claro testimonio.
¿Qué se sigue de esto, pues?
Que ellos darán al través,
pues contra Dios no hay potencia,
orgullo ni violencia,
ni puede haberla jamás;
consulten a Satanás
y saquen la consecuencia."

Wellington reunía y organizaba a sus fuerzas; con auxiliares portugueses y españoles se dirigió contra Marmont, a quien halló y derrotó en los Arapiles, entre Salamanca y Alba de Tormes, en 1812:

Velintón en Arapiles
a Marmon y a sus parciales
para almorzar les dispuso
un buen plato de tomates.
Y tanto les dió,
que les fastidió;
y a contarlo fueron
a Napoleón;
¡y viva la nación!
¡Y viva Velintón!

Y más eruditamente cantó *A la victoria de Arapiles* el duque de Rivas:

"... Mira, ¡oh Tormes!, triunfante en tu ribera
al hijo de Belona, al anglo fiero,
libertador glorioso de Castilla,
al que Bengala victorioso viera,
a quien el Ganges la cerviz humilla,
al que es pavor de Galia en Tajo y Duero.
Mírale precedido
de la victoria por doquier. Su lanza
hoy sirve de instrumento a la venganza
del cielo tronador, y protegido
del furibundo Marte
libertará a España,
llevará su estandarte
a la vana Lutecia,
y del francés humillará la saña,
ofuscando las glorias de la Grecia.
... El poder de la Galia destrozado,
rota sus huestes, rota su esperanza,
y en roja sangre su adalid bañado,

huye desalentado,
huye de la venganza
del anglo vencedor.
La lanza fiera
arroja el polonés, y huye anhelante,
el soberbio bridón aguija en vano,
en vano tiende el brazo y la cuchilla,
que al vencedor se humilla,
y ante el inglés triunfante
en la sangrienta arena
o le alcanza la muerte o la cadena."

La finta de Wellington hacia el centro hizo retirarse rápidamente a las tropas francesas, temerosas de un corte de comunicaciones con su país. Soult levantó el sitio de Cádiz, y Wellington esperó a que las batallas perdidas por Napoleón en el centro de Europa debilitasen aquí su fuerza. Entonces persiguió a los franceses en retirada, obligándoles a aceptar la batalla de Vitoria, que cantó Arriaza, último triunfo en tierra española:

Venid Ticianos a ilustrar pinceles;
Fidias, llegad a eternizar metales;
prevenid plumas, cisnes inmortales;
prodigad musas, cantos y laureles.
Seréis divinos cuando seáis más fieles,
pintando ya de Galia en los umbrales
al Cid británico, y de pavor mortales,
huyendo de él los vándalos crueles.
Unid al cuadro mágicos colores,
la independencia hispana y su alta gloria
—si queréis más timbre a su memoria
como hermanas gozándose entre flores
llamadle vencedor de vencedores,
y a su triunfo, victoria de Vitoria.

CAPITULO XII

ESPAÑA DIVIDIDA

Napoleón, acosado, se decide a soltar a Fernando VII, y Juan Bautista Arrianza enalteció su regreso:

¡Cielos, qué miro!... ¡La española escena
de tanta majestad y gloria llena!...
¡Fernado el deseado, el combatido,
por quien todo español ha combatido,
mostrando entre los bélicos enojos
rabia en el corazón, llanto en los ojos!
La joya que la España ha disputado
contra ella a todo el universo armado,
recuperada vuelve a nuestro seno.
Gracias, eterno Dios, señor del Trueno
y el rayo justo que lanzó tu mano
para hacer polvo a un pérfido tirano;
Gracias, pues tal valor, tanta constancia
conservaste en los hijos de Numancia,
que en desprecio al enemigo bando
supieron proclamar: "Muerte o Fernando."

Al no poder cantar al padre y enemigo, Arrianza se refiere a Carlos III, admirado como hombre de su siglo:

Volved los ojos; vedle, si un momento
os lo permite el llanto del contento;
él es, sí, el nieto del augusto abuelo,
por quien las bellas artes nuestro suelo
vieron en mil prodigios floreciente;
la misma majestad brilla en su frente,
a nuestro amor conserva igual derecho;
igual beneficencia en su real pecho.

Aun ausente mandó en los corazones;
y hasta el soberbio autor de sus prisiones
al ver su porte y su semblante augusto,
decía, exclamado entre despecho y susto:
"Mi poder en Fernando al fin se estrella,
pues España le adora, y reina en ella."

Manuel María de Arjona saludó su entrada en Madrid con estos alborozados versos...

Ven, ¡oh desea
príncipe clemente!,
llena el voto ardiente
del pueblo español.
Tras de los terrores
de feroz tormenta,
sus rayos ostenta
más gallardo el sol.
... Sólo tu palabra,
¡oh dulce Fernando!,
ve de ti esperando
a tu pueblo ya.
De tus labios pende
darle nueva vida,
y España abatida
luego brillará.
y de las cadenas
de tu cautiverio
saldrá un nuevo imperio
cual jamás se vió.
Y su nueva vida
será más dichosa
que cuando gloriosa
dos orbes domó.

Que no dejaban de transpirar un cierto receloso temor:

Digno de dar eres
un bien tan preciado,
príncipe educado
por la adversidad.
En la escuela dura
de tu desconsuelo
te ha enseñado el cielo
a odiar la maldad.
De todos los monstruos
sabes que un tirano

es el más insano,
es el más traidor.
A su torpe aliento
mueren con presteza
glorias y riqueza,
virtudes y honor.

Vióse Fernando envuelto, por un lado en resistencias de los constitucionales, que se negaban a reconocerle sin jurar, y por el otro, en las insinuaciones de los elementos absolutistas que le forzaban al golpe de Estado contra la Regencia. Convencido finalmente por éstos, ordenó la detención de varios elementos liberales y la vuelta al régimen absoluto.

Quizá la desilusión mayor de los liberales españoles, que contribuyeron a traer a Fernando VII, soñando en un cambio político, nos la refleje el mismo Sánchez Barbero en dos composiciones con muy poca diferencia cronológica y tremendo cambio de espíritu. La primera fué leída en la inauguración de la Cátedra de Constitución Política en la capilla de los Estudios de San Isidro de Madrid, y en ella brilla una total esperanza:

... ¡Constitución! ¡Constitución!, resuena
do quiera ya; Constitución inflama
los españoles pechos,
y contra el crimen espantoso truena.
Ven, ven, ¡oh juventud! Ella te llama,
tus sagrados derechos
a revelarte fiel. ¡Cómo desdeña
al déspota y tirano!
¡Cómo a ser ciudadano
y a conocer enseña
tu excelsa dignidad y poderío!
Las ominosas trabas
con que hasta aquí, de la opresión esclavas,
las agraviadas artes lamentaron,
con indecible brío
desbarata y destroza,
y en la común felicidad se goza.
¡Oh jóvenes, venid! Y el ornamento
de vuestra patria sed! la patria os llama,
que ya en vuestro heroísmo y docto acento
su gloria y su baluarte
mirando está: mirando
en cada cual un denodado Marte;

y al tirano y al déspota doblando
a vuestros pies sus trémulas rodillas,
y animarse en vosotros
a los Lanuzas ve y a los Padillas.

La segunda es la Epístola a Ovidio, equivalente al despertar del sueño. Mandado desterrado a Melilla en compañía de Martínez de la Rosa, Argüelles, Alvarez Guerra, Calatrava, Ramajo (su coeditor en el diario *El Conciso),* tiene ocasión de manifestar en ella, más su decepción por la conducta de aquellos en quien creyó ver revivir a los Lanuza y a los Padilla que el mismo desengaño del rey que ayudaron a volver.

...Después que el revoltoso de la Europa,
con pretexto de paz y de alianza,
introdujo en mi patria combatida
sus bélicas falanges engañoso,
tamaña sinrazón y alevosía
vengar los españoles deseando,
parte abandonan sus queridos lares,
y mientras unos en las arduas breñas,
do nunca fué la libertad hollada,
dispónense a la lid desesperador,
otros buscando en gaditano asilo,
vieron la patria renacer, y alzarse
vieron al fin el español gobierno.
Las Cortes, instalándose, declarar
nuestros derechos, que, con grave pompa,
en presencia de Dios omnipotente,
alegre jura mi nación. Al punto,
altamente sintiéndome inflamado,
a mi patria deudor, en amigable
sociedad de tres sabios patriotas,
afanoso divulgo mis ideas,
las suyas ellos; *El Conciso* nace;
así nuestro papel apellidamos...
¿De su celebridad, ¡ay!, quién diría
que mi funesta perdición vendría?
Después del más atroz dudoso Marte
la espléndida victoria nos halaga,
y del suelo español, horrible, inculto,
de ruinas, de cadáveres cubierto,
lanzamos con valor los asesinos.
Luego, luego a Madrid, hispana corte,
patria común, con el triunfante lauro
volvemos; ¡con qué plácida alegría
nuestros hermanos fieles nos abrazan!

Allí las Cortes va, allí el gobierno
con indecibles vítores y aplausos
nosotros escribiendo proseguimos,
y nuestra ruina próxima nos vimos.
En esto, de las Galias se presenta
nuestro cautivo rey, el cual, entrando
con guerreras inúmeras legiones,
todo, todo colérico destruye.
Viérase entonces—con dolor prosigo—
a no pocos sacrílegos mofarse
del juramento que prestado habían.
Al interés estúpido venderse,
contra una piedra ensangrentarse locos,

(La lápida que daba nombre de la Constitución a calles y plazas.)

y con más frenesí, más inhumano,
el tiempo renovarse de Seyano.
Todo es horror y confusión. Ninguno
seguridad encuentra; las pesquisas
agólpanse; los odios, ¡ay!, reviven;
la venganza, con alas espantosas,
va persiguiendo, persiguiendo vuelve,
sin saciarse jamás; hablar, delito;
sospechoso, mirar; del hijo, el padre;
del amigo, al amigo desconfía...
... ¿Qué diré de los jueces, del sañudo
mirar, la sed hidrópica y ardiente
de preguntar, reconvenir capciosos,
para sacar al inocente *reo,*
y sus palabras de amargura llenas?
¿Qué de la chusma innúmera de escribas,
sobre el pobre caudal abalanzados?
¿Y del voraz procurador y agente,
que a la santa justicia escarneciendo,
su augusto nombre sin pudor usurpan?

Resonaba la lucha en la Prensa. El diario de *La Tarde,* de Cádiz, enemigo de la constitución, preconizaba:

De tanto tunante,
crítico escritor,
filósofo de moda,
líbranos, Señor.
De tanto sectario
como con error
extiende hoy su dogma,
líbranos, Señor.

Pues si de estas plagas
nos libra tu favor
saldrán Papa y rey
del centro del horror
que yacen en Francia,
y os dará mi amor,
con la Iglesia y patria,
las gracias, Señor.

Otro periódico, *El Procurador general de la nación*, arremetía igualmente contra las nuevas modas:

¿Quieres ser liberal?... Ten entendido
que has de traer muy compuesto el pelo,
gran corbatín, y cual el mismo cielo
de las lucientes botas el bruñido;
con las damas serás muy atrevido;
habla de la nación con grande celo,
y para gozar placeres sin recelo,
echa la religión luego en olvido.
Siempre la Constitución y ciudadanos;
siempre la ley resonará en tu boca;
a los serviles llamarás villanos,
pancistas, pitancines, gente loca;
y serás sin empeños ni cohecho
un gran liberalón hecho y derecho.

En cambio, el *Diario militar, político y mercantil*, de Tarragona, al defender moderadamente las ideas constitucionales, decía:

Si consiste el servilismo
en negarse a la razón,
y preferir su opinión
a toda verdad sutil,
yo detesto ser servil.

Fernando llevaba una política de acuerdo con los principios que regían en España antes de la guerra de la independencia, relegango al olvido lo legislado por las Cortes de Cádiz y castigando severamente a los que se habían distinguido por sus ideas liberales. El 26 de diciembre de 1818, muere su mujer, la reina Isabel de Braganza. La opinión pública, que esperaba de ella una influencia moderadora en el terreno político, queda reflejada en la poesía de Juan Nicasio Gallego, que la censura del tiempo impidió viese la luz y la memoria de Mesonero Romanos guardó para la posteridad:

De ti esperaba el fin de los prolijos,
acerbos malos que discordia impura
sembró con larga mano entre sus hijos.
No pocos hay; no pocos en oscura
mansión, al deudo y amistad cerrada,
redoblan hoy su llanto y amargura.
Otros, amantes de la patria amada,
el agua beben de extranjeros ríos,
mil veces con sus lágrimas mezclada.

Entre los desterrados y presos por sus convicciones se hallaba, en 1819, Teodoro de la Calle, en un presidio africano; sus versos reprochan al país el haber olvidado su antigua energía:

¿Y a tal afrenta, tal baldón, abates
tu cuello, patria mía? ¿Y tus guerreros
tus hijos propios son los que en coyunda
transforman los laureles? ¿Para esto
del fiero galo la sangrienta espada
con impavida frente resistiendo,
viste talar tus fértiles campiñas
y convertidos tus incautos pueblos
desde Pirene hasta la hercúlea fauce
en sepulcros, escombros, ruinas, yermos?
¿Qué acerbos frutos coges de tu sangre,
triste España? ¿Qué tu intento
a mudar de verdugo se limita,
no a ser libre y feliz? Repasa el premio
con que el déspota al fin te galardona.
En cárceles, patíbulos, destierros
paga tu amor y ceba vengativo
su cólera en tus hijos predilectos.

Tantas muertes y prisiones, así como la labor de las logias masónicas que se iban organizando clandestinamente en España, produjeron a la larga el movimiento liberal que se conoce con el nombre de pronunciamiento de Cabezas de San Juan, mandado por el comandante Riego. Este aprovechó el pésimo estado de espíritu con que se preparaba la expedición contra las colonias sublevadas de América, otra de las consecuencias del estado caótico de aquella España. Los países americanos, que se alzaron en primer lugar en defensa de los legítimos derechos de Fernando y para no reconocer la autoridad del intruso, derivaron insensiblemente hacia la independencia declarada. Como lo narra el poeta Manuel de Gráu e Iglesias:

Y pronto en las Américas retumba
grito de independencia y exterminio,
y pronto el plomo por los aires zumba
y el español, allí vendido, deja
de América el dominio;
y pronto el genio de Colón se aleja
y se encierra en su tumba.

Luego las nuevas naciones guerrean entre sí:

Miradlos, ¡oh dolor!, huérfanos hijos,
que en guerra cruel se hieren y destrozan,
sin pensamientos de gobierno fijos,
de marchar al abismo se alborozan.
a la hidra feroz de cien cabezas,
Vedlos ahí rindiendo vasallaje
que llena de furor y de coraje
les devora sus vidas y riquezas.

El grito de Riego iniciaba una triste teoría de actos similares. Al principio no logró su propósito, pero, al sumarse al movimiento varias guarniciones, Fernando VII reconoció el nuevo estado de cosas con su conocida frase: "Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional."

Seguía tan ahincado el sentimiento monárquico en el alma de los españoles, que nadie quiso ver en la resolución del rey doblez ni traición. Había llegado de nuevo el momento de ser felices en el respeto y la libertad. Heraldo del nuevo estado de cosas fué Tomás González de Carvajal, en su *Al juramento del rey a la Constitución* (1820):

Con el hacha encendida
la discordia feroz, en nuestro suelo,
la nación más querida
del piadoso cielo
llenaba de terror, espanto y duelo.
Seis voces su carrera
por la eclíptica el sol revuelto había,
y ardiendo en saña fiera,
aquí y allí corría,
y todo lo turbaba y confundía.
... Oyó del alto cielo
el Padre de los hombres soberano
el triste desconsuelo,
y quiso por su mano
la suerte mejorar del pueblo hispano.

... Y al ínclito Fernando
valor le inspira, que a la furia odiosa
de la mano arrancado
la tea tenebrosa,
la arroja al mar y la nación reposa.
... La justicia, mirando
vuelto el grave semblante
y apacible, a la paz, que está delante.
"Baja—le dice luego—,
baja a la tierra, y de tu altar sagrado
enciende el dulce fuego,
y estrecha en apretado
lazo a Fernando con su pueblo amado."
Baja la amable diosa,
y el código le entrega, en que asegura
la nación generosa
su paz y su ventura,
y la unión con su rey constante y pura.
Lo admite placentero;
un nuevo esmalte añade a su grandeza,
jurándolo él primero;
y así a reinar empieza
sobre las almas con mayor firmeza.

CORO:

Seremos alegres,
valientes y osados,
cantemos soldados
el himno a la lid.
De nuestros acentos
el orbe se admire
y en nosotros mire
los hijos del Cid.
Soldados, la patria
nos llama a lid,
juremos por ella
vencer o morir.
El mundo vió nunca
más noble osadía,
ni vió cuna un día
más grande el valor,
que aquel que inflamados
nos vimos del fuego
excitar a Riego
de patria el amor.

Soldados, etc., etc.

Blandamos el hierro
del tímido esclavo,

del fuerte, del bravo
la faz no saber.
Sues huestes cual humo
veréis disipadas,
y a nuestras espadas
fugaces correr.

No estaban todos tan seguros de la buena fe de Su Majestad. De este mismo año 1820, Pérez Galdós recoge, en su *7 de Julio,* una copla popular, bárbara y brutal, pero muy significativa:

Tintín sigue tan ufano
y *Trabuco* tan contento;

... Son el jefe político San Martín y al general Morillo, ambos tachados de poco enérgicos en defensa de las libertades:

don Coletilla en Bayona
está manando en dinero;
a fuerza de pesos duros
a media España ha revuelto;

... Se refiere al absolutista general Eguía:

andan por los barrios bajos
de la corte muchos puercos.
Nos custodian las fronteras
veinticinco mil podencos.

... El cordón sanitario francés...

El martillo se perdió;

... El arma con que fué asesinado el cura absolutista Vinuesa, símbolo luego del liberalismo inexorable...

los valientes se perdieron;
los gorros ya no son gorros,
se van tornando en jumentos.

... Y la desconfianza en Fernando, llamado Tigrekán por su crueldad:

Tigrekán salta de gusto
esperando ser rey neto...
Parece que estamos tontos;
la cosilla tiene pelos.

Los hombres que subieron al poder se empeñaron en deshacer todo lo que, bueno o malo, había hecho el régimen absolutista y reemplazarlo por las instituciones promulgadas por las Cortes de Cádiz. En Madrid se produjo una alegría populachera muy parecida a la organizada cuando los absolutistas triunfaban. A los que los absolutistas, sospechando de la veracidad monárquica de sus enemigos, contestaban:

Trágala, trágala,
tú liberal,
tú que no quieres
corona real.

Renacieron las sociedades llamadas patrióticas o liberales, como la de "La Cruz de Malta", donde se dió un banquete al general Arco de Agüero, amigo de Riego. El poeta Gorostiza entonó su canto:

Esos gritos de plácida alegría,
gritos de libertad, vivas sinceros;
no los pronuncian labios embusteros
ni los dicta servil hipocresía.
El odio hacia la infame tiranía,
el amor a la patria y a sus fueros,
son de los españoles verdaderos,
la divisa tan sólo de este día.
Recibe, pues, valiente ciudadano
(gloria eterna del cuerpo a que serviste),
de nuestra gratitud la fe sencilla.
Constitución y rey firmó tu mano;
Constitución y rey ganar supiste;
Constitución y rey diste a Castilla.

Con frase menos ampulosa, pero más intencionada, cantaban los liberales por las calles su canción de mofa:

Por los serviles
no hubiera unión,
ni, si pudieran,
Constitución.
Trágala y muere,
tú, servillón,
tú que no quieres
Constitución.
Ya no la arrancas
ni con palancas
ni con palancas
de la nación.

... Enmendar la palabra de Dios,
hacer a Cristo pecar,
atreviéndose a quitar
de Diez Mandamientos, dos;
seguir con denuedo en pos
cada cual de su pasión,
sosteniendo con tesón
cismáticos catecismos
de errores y fanatismos;
ésta es la Constitución.
Negar la obediencia al Papa,
si no cede a su locura,
destruyendo la clausura,
haciendo a su maldad capa;
aun sirviendo así de tapa,
a su sórdida ambición,
detener la profesión
a los novicios cumplidos,
no vestir los admitidos;
ésta es la Constitución.
Poner arzobispos presos,
no respetar la clausura,
romperla con travesura,
formando a monjas procesos;
y sin ser frailes profesos,
atar en la religión
tres días no en oración,
sino con dolor y ficciones,
tomando declaraciones;
ésta es la Constitución.
Despedir los empleados,
tres tantos más admitir,
lo pasado y porvenir,
cobrarse los desterrados;
sacar los penitenciados
que estaban en reclusión,
poniendo a la gran nación
en manos de presidiarios,
no dejar ni aun los vicarios;
ésta es la Constitución.
Llamar al rey ciudadano,
insultarle en sus bigotes,
autorizar monigotes,
lo sagrado hasta profano;
seguir al republicano,
aumentar la confusión,
prender ladrón al ladrón,

encarecer las viandas...
ésta es la Constitución

... Dar audiencia al liberal,
tiranizar al realista,
abrir la puerta al sofista,
encadenar la verdad;
abatir la Majestad,
valerse de la traición,
queriendo en la confusión
matar a nuestro Fernando,
y tomar ellos el mando;
ésta es la Constitución

En cambio, Juan Nicasio Gallego, en su oda a la bendición de la bandera del primer batallón de las milicias nacionales de Valencia, 16 de septiembre de 1821, se alboroza:

¡Qué insólita alegría,
qué falange, marcial, qué grato acento
de bélica armonía,
qué faustos vivas siento,
qué de plumas sin fin agita el viento!

... Pacífica bandera,
en sólo un ramo de modesta encina
cifrar su dicha espera,
y al templo se encamina,
pidiendo humilde bendición divina.

Allí, con santo celo,
doblando ante el altar desnuda frente,
al Dios de tierra y cielo
alza la armada gente
sus tiernos votos, su oración ferviente.

No palmas de victoria
implora de los santos tutelares,
sino la dulce gloria
de honrar los patrios lares,
guardando en paz los cívicos hogares.
Juran, sí, los primeros
verter su sangre por el libro amado
de los hispanos fueros
depósito sagrado,
al fulgor de mil bombas promulgado.

... Y defendiendo el catolicismo de los constitucionales que sus enemigos ponían en duda.

Que en él aún más brillante
el solio ibero indestructible dura,
y en sello de diamante
perpetua se asegura
la fe de Recaredo ilesa y pura.
Júranlo y de repente
al fiel concurso músicas festivas
lo anuncian, que, impaciente,
las bóvedas altivas
del templo atruena en redoblados vivas.
Plegue a Dios que cumplido
por tiempo largo y próspero se vea
su anhelo, y el erguido
pendón, que al viento ondea,
símbolo eterno de concordia sea.

El rey no se conformaba en ver su situación comprometida y los liberales exaltados, competían ferozmente con los moderados. Así, por ejemplo, *El Zurriago,* en 1820, hablaba contra Martínez de la Rosa, que se oponía a los extremismos:

"... Esperar que nos creamos,
porque Rosita lo cuenta,
que defendiendo al gobierno
la libertad se conserva,
interín que el tal gobierno
de liberal no dé pruebas,
es lo mismo, para el caso,
que acostarse con su abuela."

Fernando aprovechaba el tiempo animando subrepticiamente a los partidos que se habían levantado en el campo por el rey absoluto y pidiendo la ayuda de los gobiernos extranjeros. Por fin, temiendo que el contagio liberal llegase a sus respectivos países, los monarcas de Austria, Prusia, Rusia y Francia, firmaron el acuerdo de Verona (1822); el 1 de marzo de 1823, ante la amenaza de la invasión, los ministros acordaron el traslado del gobierno a Sevilla y luego a Cádiz. Los Cien Mil Hijos de San Luis cruzaron la frontera al mando del duque de Angulema y fué el suyo un paseo triunfal porque, por todos lados, los absolutistas se apresuraron a recibirlos en triunfo.

Para Espronceda, la llamada a los antiguos invasores fué naturalmente desleal e inhumana. Así dice en su recuerdo *Al dos de*

mayo, recordando a las víctimas. (Para él todos murieron tanto por el liberalismo como por la patria):

¡Ay! ¿Cuál fué el galardón de vuestro celo,
de tanta sangre y bárbaro quebranto,
de tanta heroica lucha y tanto anhelo,
tanta virtud y sacrificio tanto?
El trono que erigió vuestra bravura,
sobre huesos de héroes cimentado,
un rey ingrato, de memoria impura,
con eterno baldón dejó manchado.
¡Ay! Para herir la libertad sagrada,
el príncipe, borrón de nuestra historia,
llamó en su ayuda la francesa espada,
que segase el laurel de vuestra gloria.
Y vuestros hijos de la muerte huyeron,
y esa sagrada tumba abandonaron;
hollarla, ¡oh Dios!, a los franceses vieron,
y hollarla a los franceses les dejaron.
Como la mar tempestuosa, ruge
la losa al choque de los cráneos duros:
tronó y se alzó con indignado empuje,
del galo audaz bajo los pies impuros.
Y aun hoy, helos allí, que su semblante
con hipócrita máscara cubrieron;
y a Luis Felipe, en muestra suplicante,
ambos brazos, ¡imbéciles!, tendieron.
La vil palabra *¡Intervención!,* gritaron,
y del rey mercader la reclamaban;
de nuestros timbres sin honor mofaron,
mientras en su impudor se encenagaban...

Los elementos absolutistas lanzaron a la calle canciones contrarias como éstas:

"Décimas y otros metros sobre la Constitución española." "Llegada de Angulema."

Ya vienen los segadores
para segar la cizaña
que han sembrado los demonios
en el terreno de España.
Prevente, exaltado;
prevente, local;
prevenga el pescuezo
todo liberal.

Buena está la sementera
del ballico en nuestra España,
que como tuvo un buen Riego
creció pronto la cizaña.

Segad bien—dice Angulema—,
tiren todos grandes tajos;
segad bien y dense prisa,
porque venimos a estajo."

Baja la cabeza,
perro fracmasón;
baja la cabeza
que viene Marmón.

Angulema ha establecido
un juego de lotería
para premiar los bribones
que a nuestro rey perseguían.

... al masón, al comunero,
a los hijos de Padilla,
de Bravo, de Maldonado,
al filósofo del día
que pretende libertad,
igualdad, soberanía;
al hombre ilustrado y libre
le cayó la lotería.

Al que no dió culto a Dios
y adoró una piedra fría,
dejando su religión
por seguir la idolatría;
a aquel que dijo que el hombre
en la lápida debía
fijar toda su atención,
le cayó la lotería.

... a los secularizados,
que salieron a porfía
de sus claustros por seguir
las sendas de la herejía,
a estos que han juzgado
eterna salutio viam
a gambo y terno, y terno seco,
les cayó la lotería.

El sitio de Cádiz fué el punto crucial de toda la campaña, y el nombre de la ciudad andaluza constituyó motivo de elogio y anatema por ambas partes. Si Vicente Santos, en 1836, cantaba su defensa con elegíacos tonos de liberal...

... Y a ti, noble Basurti, que dejaste
por ser libre o morir, los verdes campos,
que riega el cano, desolado Tíber,
también te vi expirar. Entusiasmado
luchastes con Segur, el traidor, que, violando
la fe jurada al domador del Volga,
en Waterloo se uniera a los tiranos.
... Marmont, Marmont! Miradle, compañeros;
mil tiros asestad, que al mayor guerero
faltó vilmente al juramento santo.
No hay justicia en la tierra; vive, triunfa,
quien expirar debiera en un cadalso;
vive, y el bueno cae. Augusta sombra
del gran Napoleón, el sublimado
trono que ocupas de la excelsa gloria
un punto deja; ven a anodadarlo.

Alusión a los comuneros de Castilla:

... Y tremolando el estandarte al viento,
sí, el morado pendón que tremolaron
en Torrelobatón los comuneros...
... ¡Libertad! ¡Libertad!, dijo. Y mil gritos
¡libertad, libertad!, le respondieron.
Libertad retumbó en el mar océano,
y en torno, ¡libertad!, repitió el eco.
... Estos monstruos, Elcira, son los mismos
que llamaron, ¡oh mengua!, contra Iberia
innumerables huestes de extranjeros.
¡Ellos quienes desgarran las entrañas
de la mísera patria, anteponiendo
a sus glorias el bárbaro egoísmo
y proclamando el fanatismo ciego!
¡Amable religión, cómo te ultrajan;
cuál de juguetes sirves y de medio
a la ambición rastrera!
... ¡Dejadme respirar, dijo, infelices!
Dejadme respirar. Al llanto vuestro
dad libre curso; y de la triste España,
llorad, llorad el padecer funesto:
"Iberia fué, españoles; ya no hay patria."

Arriaza, en cambio, no vaciló en alabar a los sitiadores como representación de la verdadera España. Así, en su epístola *A Fanni:*

... Cádiz, la favorita de fortuna,
la más bella entre todas las ciudades,
alegre y opulenta cual ninguna,

ya de escándalo sirve a las edades,
como albergue de un bando sedicioso
que aspira a hacerla emporio de maldades.
... Tú, que amas ese pueblo, y que le viste
tres lustros ha, de gloria enardecido,
servir la misma causa que hos resiste.
La causa de ese príncipe afligido,
de su religión santa y leyes justas,
que a tan alta opulencia la han subido.
Y hoy robando el laurel a las augustas
sienes del rey, atarle con cadenas
a las columnas de Hércules robustas.
Para ti, que sus crímenes condenas,
para todo español, allí está escrito
el Non Plus Ultra de amargura y penas.
Y no lava el borrón de su delito
Cádiz, con proclamar que fué forzada
por ese enjambre bárbaro y precito;
pues de gruesas murallas rodeada,
ella pudo cerrar leal y fuerte
a la furiosa rebelión la entrada.
... ¡Con que está a la francesa bizarría
la ruina del gran monstruo reservada,
y el Trocadero es suyo en este día!
La noche saludó a la rebelada
insignia sobre el muro inexpugnable,
y al sol se halla la lis enarbolada.
¡Oh asombro de valor! Sólo explicable
por el honor francés, cuando es guiado
de Borbón por un vástago admirable.
No bastó el murallón tan decantado
por más que amaguen muertes a millares
cincuenta bocas de Vulcano armado.
Ni el foso, que era abrazo de dos mares,
al pánico terror defensa vana,
acumulando allí riesgos y azares.
Que como por pradera amena y llana
marcha el héroe Angulema, y los reparos
de Neptuno y Vulcano a un tiempo allana.
... Así son inmortales los que mueren;
así se hacen amar los vencedores,
en cualquier clima que a la luz nacieren;
cuando libran su sangre y sus sudores
a derrocar un monstruo abominable,
poniendo fin a crímenes y horrores.
... A mi sentir y a lamentar me llaman
la suerte de mi rey hollado y preso
y el gran borrón que a mi nación infama.

... Ver todo aquel renombre, aquella gloria
de la hispana virtud, que apenas pudo
contener en sus páginas la historia,
por tierra derribada al choque duro
de cien facciones entre sí luchando
sin ser ninguno de la patria escudo.
Por ellas lacerada está clamando
a extrañas gentes, que a volverla acudan
su dulce paz, su ley y su Fernando.
Y a ellos les deberemos, si se mudan
nuestros destinos, no a española diestra,
que pocos buenos a la empresa ayudan.

Y remató su apología con los versos que con motivo del regreso del rey aparecieron en el arco de la Puerta de Atocha y en el de la Puerta de Alcalá; en ellos y aun entre inciensos se auguraba tímidamente el fin de las represalias:

Triunfante de enemigos desleales,
hoy vuelve el rey a su glorioso centro;
salgan los corazones a su encuentro
y huya el que no le amó de estos umbrales.
Ya llega el que de reyes descendiente,
de rodilla en rodilla,
nació a ser soberano de Castilla.
Volad, ingratos, rodead su trono,
que es muy dulce en su labio un "Yo os perdono".

El duque de Frías remite, en cambio, a J. N. Gallego *El llanto de un proscrito,* quejándose de la invasión:

... Pero ¿hay, amigo, padecer que exceda
al ver que España a la francesa gente
sin combatir el triunfo la conceda?
¡Sombra inmortal de Córdoba valiente!
¡Sombra inmortal de Carlos el Primero!
¡Y tú, sombra inmortal del rey prudente!
Vosotros, que, con rostro lisonjero,
visteis España vencedora un día
blandir constante el indomable acero,
y del francés, postrando la osadía,
la gloria renacer esplendorosa
de San Quintín, Parténope y Pavía.
Ya en el campo feroz de la Barrosa,
ya de Bailén en la inmortal llanura,
ya en San Marcial, Tamames y Tolosa.

Pues veis que impune la fragosa altura
que debimos al Dios de las bondades
para guardar la independencia pura.
El vencido francés, que con maldades
nuestro suelo invadió, cruza atrevido
hasta embestir a la opulenta Gades.
A la tumba volved; no el dolorido
acento mío vuestra calma rompa.
Mas, ¡ay!, que escucho vuestro fiel gemido
viendo abatida la española pompa
y arrimado el acero fulminante
y enmudecida la guerrera trompa.
Pero la negra envidia devorante,
el ciego frenesí de las facciones,
la insensatez del bando gobernante.
encendido el volcán de las pasiones,
desoído el clamor del patrio suelo,
dieron paso de Francia a las legiones...

La reacción absolutista de 1823 fué tan extrema como lo había sido la primera. Se juzgó sumariamente, y el mismo vulgo que aclamó a Riego al entrar vencedor en Madrid, aplaudió gozoso su suplicio, aunque lamentó más el del *Empecinado,* célebre guerrillero al que no valieron sus méritos patrióticos en la guerra de la Independencia.

De entre las víctimas de la reacción, la más llorada fué Mariana Pineda, que entró en una conspiración para acabar con el régimen absolutista. Don Juan Bautista de Salazar así la canta en su muerte:

Del bronce herido el lúgubre lamento,
¿por qué hoy contrista la adorada patria?
¿Murió Isabela? ¿El dictador de Roma?
¡Murió Mariana!
Murió la bella del Genil orgullo;
murió el portento de virtud y gracias,
la mujer fuerte, la matrona pía,

Del fanatismo el ponzoñoso aliento
secó en su mayor flor, que envidia daba,
a cuantas flores en verjel eterno
ostenta Italia.

... Nunca tan bella en tenebrosa noche
tras densa nube apareció Diana,
como a ese ejido la gloriosa mártir
salió enlutada.

Síguela un pueblo estúpido, ignorante,
pero afligido, a la anchurosa plaza.

Por la mejilla del feroz guerrero
corren las lágrimas.
Suelto el cabello más que el oro rubio,
hacia el suplicio se encamina impávida,
mostrando unida a una firmeza heroica
piedad cristiana.
... Del Trino y Uno ante el augusto solio
el premio goza de virtudes tantas;
y para el pueblo, a quien su vida diera,
paz le demanda.

Se intensificó la emigración iniciada tras la guerra de la Independencia, habiéndose manifestado más claramente las opiniones en el Trienio constitucional. Alberto Lista describe la situación de los inconformistas en su *El emigrante de 1823*. En sus líneas se trasluce el deseo de eximir de culpa al rey.

Huye, Ernesto, infeliz; huye este suelo,
que devora sus raros habitantes,
y no conoce la virtud: do cubre
alma de tigre máscara alevosa
de religión mentida; do el perverso
en nombre de Dios mata y sonríe
y a su víctima insulta: do envenena
el vil error de la moral la fuente.
Ni el trono está seguro ni la choza
de su furia infernal... ¡Ay del monarca
que en reprimirla piense! Mil legiones,
agavilladas de furiosa plebe,
bajo la enseña de la paz, los hurtos
defienden, que a la estúpida ignorancia
un tiempo hicieran la ambición y el ídolo;
y el yugo asolador que las oprime,
la noble inteligencia embruteciendo,
proclaman ley del cielo sacrosanta.
¿Quién contrasta la infanda tiranía
que a las armas se atreve, do no llega
el dominio del cetro o de la espada?
¿Qué no osará el poder a quien se postra
la mente soberana? No hay afecto
libre de su opresión; el amor gime;
yacen rotos los lazos con que une
el padre al hijo, a entrambos la consorte
benéfica natura; ya vacilan
de la moral las leyes eternales,
obligación es delatar; dar muerte
un acto de heroísmo; las ideas,

impiedad y ruina; sólo ensalzan
la estupidez, que, sanguinaria y dócil,
reina de las virtudes se apellida.
Desgraciado de aquel que mostrar ose
tu antorcha, ¡oh razón pura!, los puñales,
que el rencor y calumnia ya preparan,
al fiero rayo del poder unidos,
le herirán indefenso. ¡Muy más triste
quien al público bien se consagrase
ardida el alma en noble patriotismo!
No hay más artes aquí que echar la garra
al fruto óptimo del sudor ajeno,
gritando: "¡Oh libertad! ¡Oh altar y trono!"
¿Qué importa a estos impíos que su patria,
árbitra en otro tiempo de ambos mundos,
pobre, inexhausta e ignorante, sea
ludibrio de las gentes? Si ellos gozan
del artista y colono los despojos,
que mil abusos a sus manos llevan,
reinen estos abusos; y el que intente
reformarlos, perezca; que es contrario
de las antiguas leyes venerandas
protectoras del ocio y de la fraude.
... ¿Y hay quién quiera morar en este bosque
de bandidos y monstruos? ¿Quién desee,
donde el poder al mérito persigue,
tener parte en el mundo?... Ajenos climas
busquemos, do tranquila la inocencia
en venturosa paz logra sus días;
do protege la ley sin echar lazos
y do la autoridad sólo se siente
en el bien que dispensa o mal que evita.

Con el tiempo, la división de la nación se fué soldando, porque Fernando dejó de apoyarse totalmente en los absolutistas. Cuando fué a Cataluña a dominar la sublevación debida precisamente al bando ultrarealista que luego había de llamarse Carlista (1827) muchas esperanzas le acompañaron. Ventura de la Vega compuso un canto épico con este tema:

De un fatídico aliento el soplo inmundo,
los catalanes campos infestando,
vierte el veneno, que abortó el profundo,
en corazones que rigió Fernando.
Guerra declara el angustiado mundo;
fiero convoca el seducido bando;
en voz envuelta en macilenta llama;
victoria el Orco enronquecido clama.

... Su voz retumbó en la celeste almena,
do resplandece el serafín armado:
en la diestra de Dios, que al mundo truena,
el rayo vengador bulle indignado.
No a quebrantar la bárbara cadena
vuela otra vez el escuadrón alado.
Tú, Fernando, serás, dijo el Eterno,
y temblarán las huestes del Averno.
Entre los brazos de su dulce esposa,
Fernando oyó la voluntad del cielo.
Corre a vencer, y Amalia, congojosa,
en llanto de dolor inunda el suelo.
"Marcha—le dice—; y de la paz hermosa
torna a la Iberia el bienhechor consuelo;
la verde oliva engarza a tu corona.
Vuela, esposo, a triunfar, triunfa y perdona."
... Ya del ocaso a la radiante aurora
la ilustre gloria de tu nombre gira;
ya por los aires resonar se escucha
gloria inmortal al que venció sin lucha.

Pero ésta todavía seguía en palacio; muchos se situaban al lado del infante Carlos María Isidro. Quintana, en la boda del rey con María Cristina de Borbón, en 1829, quiso ver el final de las luchas intestinas:

Dos siglos de dolores
vanse a cumplir, y aún viva
parece arder su saña vengativa.
¡Oh discordia! ¡Oh rencor! Tristes pasiones.
Ministras viles de venganza extraña,
y ajenas tanto al corazón de España.
¿No es tiempo ya de que ceséis? ¿No es tiempo
de que tus hijos alcen
la frente al cielo con rigor? Podrían
a tal fortuna y contratiempos hechos,
ser tan grandes aun si ellos quisieran!
Y habrán de serlo al fin; que decretado
sin duda fué por el querer del cielo
este enlace magnífico y sagrado,
para bien de un gran pueblo. ¡Oh digna esposa
del monarca español, fiel compañera
de su incesante afán y alto desvelo!
Tú, en obra tan sublime,
asístela eficaz: triunfo debido
sea ése a tu candor, a tu hermosura,
a tu espíritu excelso, ¡quién me diera

romper el velo que la edad futura
entre sombras esconde, y ver mi España
acorde dentro respetada fuera,
vuelta a la gloria y rica de ventura!
Acelerad, ¡oh cielos!, tales días,
y salgan ciertas las promesas mías.

Mientras tanto, la guerra en América seguía con desventaja para los realistas, y la retirada total se hizo inevitable. Así vió el duque de Frías la independencia americana en su *Oda a las Bellas Artes* de 1830:

¡Gente que alzáis incógnita bandera
contra la madre patria! En vano el mundo
de Colón, de Cortés y de Pizarro
a España intenta arrebatar la gloria
de haber sido español; jamás las leyes,
los ritos y costumbres, que guardaron
entre oro y plata, y entre aroma y pluma,
los pueblos de Atahualpa y Motezuma,
y vuestros mismos padres derribaron,
restablecer podréis: odio, venganza
nos juraréis cual pérfidos hermanos,
y ya del indio esclavos o señores,
españoles seréis, no americanos.
Mas ahora y siempre el argonauta osado,
que del mar arrostraste los furores,
al arrojar el áncora pesada
en las playas antípodas distantes,
verá la cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes.

La princesa de Asturias, Isabel, nació el 10 de octubre de 1830. Ventura de la Vega saludó su llegada:

Bajo tu imperio, religión sagrada,
otra Isabel, orgullo de Castilla,
las rojas luces tremoló en Granada,
lanzando al moro a la africana orilla.
Esta que hoy nace, de la patria anhelo,
destina el cielo a la paterna silla;
sagrada religión, tú la acompañas,
y el siglo de Isabel realza España.

Como en la época de Carlos II, las facciones se agitaban alrededor del monarca enfermo para situar en el trono al miembro de su partido. Fernando había hecho publicar la Pragmática sanción que

daba a las hembras derecho al trono; pero Calomarde aprovechó una enfermedad del monarca para lograr que su firma fuera puesta a una revocación de la Pragmática, con lo que correspondía la herencia al infante Carlos. La intervención de la infanta Carlota, hermana de María Cristina, logró otro decreto por el que se daba de nuevo el poder de sucesión a la princesa Isabel con su madre en la Regencia.

Un poeta anónimo describe, desde Barcelona, el origen del problema del carlismo y guerras subsiguientes.

"A la jura de la princesa doña María Isabel de Borbón y restablecimiento de la ley segunda, título quinto, partida segunda, observada felizmente desde tiempo inmemorial se dedican las siguientes décimas":

Desde tiempo inmemorial
en España es conocida
la justa ley de partida
para precaver el mal:
es su objeto principal
en la falta de varón,
entre la hembra en posesión
de la vasta monarquía;
ley tan sabia que en el día
vuelve a abrazar la nación.
Infinitas son las glorias
que de tal emanaron;
las guerras que se evitaron,
al mundo le son notorias:
nos recuerdan las historias
que a su sabia previsión
se unió Castilla y León
por la reina Berenguela;
y por la reina Isabela,
la Corona de Aragón.
A una ley tan meditada,
por tantos siglos seguida,
del vasallo apetecida,
de los reyes respetada,
la nación afortunada
debe su mayor riqueza,
su respeto, su riqueza,
su auge y su ilustración,
su grado de perfección,
su valor y su riqueza.

... Los antepasados, concretamente Felipe V:

... Tal vez con miras parciales,
intentaron alterar,
o de España transformar
las leyes fundamentales;
pero, en fin, los paternales
sentimientos de un buen rey,
vuelve el reposo a su Grey,
la ley sálica destruye,
y a la España restituye
la tan deseada ley.
Fernando, rey adorado,
cuya preciosa existencia
creo que la providencia
por el bien ha conservado;
con solícito cuidado
una ley tan eminente
(que ya su padre, prudente,
con buen celo decretó)
Fernando determinó
se cumpla inmediatamente.
La nación toda se place
viendo que ley tan deseada,
cuando la creyó enterrada,
con mayor esplendor nace;
¿quién habrá que no la abrace
con entusiasmo y lealtad,
si ella la tranquilidad,
el bien constante asegura,
y al pueblo todo procura
la paz y felicidad?
Todas las provincias van,
con solícito desvelo,
a manifestar el celo
de que poseídas están;
defenderla jurarán
delante del Solio mismo,
y si el ciego fanatismo
la intentase destruir,
sabrán por ella morir
con intrépido heroísmo.
Así, con fe verdadera,
bajo el augusto dosel,
a la princesa Isabel
jurarán por heredera;
¡qué felicidad se espera
de esta aurora matutina!

De tal tronco nos destina
el cielo la hermosa rama
para eternizar la fama
de Fernando y de Cristina.
Cual rebosar o el placer,
en esta invicta nación,
mirando la sucesión
por línea recta correr,
nadie la intente torcer
por escabroso sendero;
que el español verdadero,
antes que ultrajen su ley,
a su patria y a su rey,
prefiere morir primero.
... Y tu digna sucesora,
princesa invicta, Isabel,
que el español siempr efiel
con tal constancia te adora;
a ti, bellísima aurora,
nuestro afecto confirmamos;
pimpollo tierno notamos
que a nuestro bien te dispones,
y así en nuestros corazones
tu bella imagen grabamos (40).

Uniendo la jurisprudencia al verso, lo dice también J. B. Arriaza en su *Rasgo lírico en celebridad de la jura de la infanta doña María Isabel Luisa como princesa heredera* del 30 de junio de 1833, con una apasionada defensa de las monarquías femeninas:

... Dos reales hembras nuestro fuero ha hecho
en ley de sucesión fijas estrellas,
tanto, que en muchos reyes el derecho
fué un regalo de amor por mano de ellas;
del vuelo de los siglos a despecho
vivas aún duran sus acciones bellas,
y el brillo oscurecer de su memoria,
es robar los diamantes a la historia.
Con valor y virtud nuestros mayores
acataron a Urracas y a Isabeles,
como vemos regir riendas de flores
los leones del carro de Cibeles.

(40) (Barcelona, véndese en la librería de Luch, calle de la Libretería. Imprenta de B. España, 1833. Col. López Rubio.)

Y en su beldad templados los rigores
bravos los vimos ser, más no crueles;
que entonces arrostrar la lid más dura
era un feudo pagado a la hermosura.
Así evitaron tiempos de licencia,
en que a tantos se dictara la codicia;
que en aras de la propia conveniencia
se inmolen el derecho y la justicia;
y así, diademas dando a la inocencia,
y a Isabel siendo nuestra fe propicia,
España acata a sus antiguas leyes
jurando reina a la hija de sus reyes.

De este acto había protestado el infante don Carlos relegado en Portugal, cuando Fernando VII entregó su alma al Señor, el 29 de septiembre de 1833.

Con María Cristina en el poder como tutora de su hija doña Isabel en minoría de edad, empezó la primera guerra carlista, que había de durar siete años. En realidad, el levantamiento en favor de don Carlos obedeció al hecho de que María Cristina tomó el partido liberal enfrente de los Apostólicos o absolutistas, partidarios de la Inquisición. La rebeldía tuvo más importancia moral que material. Se valoró más la intransigencia de sus principios y la tenacidad con que se lanzaron al campo a defenderlos que la eficacia de sus acciones bélicas. Porque, a pesar de haberse levantado tres veces en el transcurso del siglo XIX y de la bravura indiscutible de sus parciales, los carlistas no lograron hacerse con ninguna ciudad importante, ni siquiera con la de Pamplona, centro natural de la Navarra sublevada por su rey y sus fueros contra los liberales.

La mayoría del pueblo, si bien deseó la paz, no la quiso a cambio de la cesión de sus derechos. Representa esta opinión Alberto Lista al celebrar el santo de Isabel en 1833:

Cuando el furor de la discordia impía
derramaba sin fin sangre española,
¿qué bandera, ¡oh patria mía!,
por tus antiguos muros se tremola?
En las manos benéficas de un numen
sobre las tierras, sobre el mar ondea,
y en vano el odio y error presumen
quemarlas audaces con su infanda tea.

"Paz", clama al español. "Cesen las lides
y "Paz", repite alborozado el viento
desde Pirene a la mansión de Alcide.
... Ya a tu nombre, Isabel, el fuerte hispano
vuela ansioso a la lid y a la victoria,
y, al besar con ardor tu tierna mano,
predice siglos de ventura y gloria.
Si de males la fúnebre Cohorte
se arrojó fiera sobre el patrio nido,
ya entre falanges que lanzara el Norte,
ya en las iras del pueblo dividido,
a una sonrisa tuya el trono amado
aparezca de Temis y Amaltea,
calme tu voz en piélago alterado
e iris grato de paz tu cetro sea.

Lo que más brutal y directamente decía el pueblo cuando por las calles cantaba:

Reinará don Carlos
con la Inquisición,
cuando la naranja
se vuelva limón.

María Cristina contó con el apoyo general de la nación, que sintió desde el primer momento una compasión romántica hacia la madre y la niña. El poeta cubano *Plácido* (Gabriel de la Concepción Valdés) saludó a las dos con versos encendidos:

Salve, salve, Isabel adorada,
nuevo sol que la Iberia ilumina;
salve, salve, adorada Cristina,
nombres dignos de lauro inmortal.

Igualmente se ve ese espíritu en el pie de un grabado representando unos infantes en marcha precedidos por un oficial a caballo. Todos con ros y dos tambores y un pífano. En lo alto, la inscripción: "Más vale morir que esclavos vivir."

"Despedida de los voluntarios de Isabel II al salir de Barcelona con su benemérito capitán don Mariano Borrell, el 18 de septiembre de 1834; compuesta por un voluntario de su misma compañía":

Morir en la batalla
juramos con unión,
hasta que veamos libre
nuestra heroica nación.

Adiós, Barcelona,
patria muy querida,
puesto que nos convida
la reina a la lid.
Iremos viajando
por remotas tierras,
y trepando sierras
que causan horror...

... Si a nuestras familias
cólera afligiera,
ninguno saliera
de su obligación.

... No llames, Barcino,
tus hijos amados,
mientras que malvados
intenten minar.
Funestas discordias
entre catalanes,
que a costa de afanes
hemos de acabar.

... A nuestra partida
temblará el malvado,
y el que quiera osado
hurtar el laurel.

Que en los españoles
brilla con victoria:
¡Viva nuestra gloria
y viva Isabel!

Muchas veces el buen espíritu de los soldados isabelinos se vió comprometido no sólo por la desorganización de los servicios centrales, sino porque cada general pensaba más en la política que en el frente, y en el empeño de obtener triunfos rápidos que fortalecieran su posición exponían a los soldados a innecesarios peligros. Así, circulaban versos anónimos como éstos:

Loor a los generales,
que a la batalla nos guían;
sólo en España podrían
llevar el nombre de tales.

En riscos y matorrales
ven la facción apostar,
mándannos luego atacar,
y ábrennos mil sepulturas
por ganar unas alturas
y volverlas a dejar.

El absolutismo de enfrente obliga a Cristina a apoyarse cada vez más en la izquierda. Si Mendizábal es considerado para los observadores de la historia de España principalmente un economista, para el vulgo fué pura y simplemente el enemigo del clero por la ley de desamortización eclesiástica.

La obra *Las elecciones de un pueblo* tiene estos versos que reflejan un sentir ingenuamente partidista:

Mendizábal..., ese hereje,
el que a los frailes echó,
quitándoles el sustento;
el que campanas a ciento
de las torres derribó;
el que cerró las ermitas
y mató de hambre a los curas;
el hombre que dejó a oscuras
a las ánimas benditas.

En la lucha entre Cristina y Carlos, el viejo ánimo liberal y revolucionario de Espronceda no podía dudar. El 10 de octubre de 1831 la reina Regente distribuye las banderas a los diferentes cuerpos de la guarnición de Madrid, y entre ellos al de Guardia de la real persona, en el que servía Espronceda, que canta:

El estandarte ved en que Ceriñola
el gran Gonzalo desplegó triunfante,
la noble enseña ilustre y española
que el indio domeñó el el mar de Atlante;
regio pendón que al aire se tremola,
don de Cristina, enseña relumbrante,
verla podremos en la lid reñida,
rasgada, sí; pero jamás vencida.

En el mismo espíritu comulga, cuatro años después, cuando fueron leídos esos versos suyos en una función patriótica del teatro de la Cruz:

... ¡Oh siempre dulce patria
al alma generosa!
¡Oh siempre portentosa
magia de libertad!
Tus ínclitos pendones
que el español tremola,
un rayo tornasola
del iris de la paz.

En medio del estruendo
del bronce pavoroso,
tu grito prodigioso
se escucha resonar.
Tu grito que las almas
inunda de alegría,
tu nombre que a esta impía
caterva hace temblar.

... ¡Al arma! ¡Al arma! ¡Mueran los carlistas!
Y al mar se lancen con bramido horendo
de la infiel sangre caudalosos ríos,
y atónito contemple el océano
sus olas combatidas
con la traidora sangre enrojecidas.
Truene el cañón; el cántico de guerra,
pueblos ya libres, con placer alzad;
ved, ya desciende a la oprimida tierra,
los hierros a romper, la libertad.

He aquí, en cambio, la canción del cura Gorostidi, levantado contra el régimen constitucional en 1833 y contestando a la acusación de ladrones hecha por los cristinos:

Somos voluntarios,
no somos ladrones;
somos defensores
de la religión.
¡Fuera la milicia, sí;
viva la Nación!
Muera eternamente
la Constitución.

La sublevación carlista tuvo desde el primer momento una gran figura: Zumalacárregi. Este venció varias veces a los generales cristinos, y el Gobierno tuvo que hacer frente, además, a la facción exaltada de los liberales, que hicieron posible las rebeliones en Cataluña, Murcia y Valencia, amén de las matanzas de frailes en Madrid. Pero el deseo de conquistar una capital que le hubiera granjeado a don Carlos el apoyo extranjero, obligó a su ejército a dirigirse a Bilbao. Allí fué derrotado el sitiador por el general Espartero, nuevo general en jefe de los cristinos. Los carlistas tuvieron que retirarse, y *Plácido,* liberal, rememoró en su violenta diatriba los manes del guerrillero Mina:

Mientras la fiera horda de canalla
con algazara súbita fulmina
a la invencible gente bilbaína,
lluvia horrenda de bombas y metralla.
Partió de sus numánticas murallas
la heroica sombra del heroico Mina,
pasó cual rayo de la luz divina,
tremendo como sol de las batallas.
"Añada en mi sepulcro el vate ibero
un triunfo más en mi brillante historia",
dijo la sombra del audaz guerrero.
Y fijando el laurel de la victoria
en las sienes del ínclito Espartero,
volvió severo al templo de la gloria.

Si Madrid seguía su vida durante y a pesar de la guerra carlista, no se puede decir, sin embargo, que ésta estuviese absolutamente ausente de la preocupación pública. Reflejo de ella es la obra de Bretón de los Herreros *Muérete y verás,* estrenada en 1837. La acción figura en Zaragoza en un ambiente de retaguardia. En la primera escena están a punto de salir los soldados cristinos.

LUPERCIO

Ya transita poca gente.

MARIANO

Como por aquí no sale
la columna...

LUPERCIO

Quiera Dios
que a los facciosos alcancen
y los destruyan.

ANTONIO

¿Qué fuerza
va a marchar?

LUPERCIO

Dos mil infantes
y ciento veinte caballos.

MARIANO

¿Cuántos son los nacionales
movilizados?

Lupercio

Mil hombres,
que en vivos deseos arden
de purgar el noble suelo
aragonés de esa infame
canalla.

En la escena octava del mismo acto, Jacinta se siente Mariana Pineda:

Jacinta

Mi corazón se desgarra
al verte partir. Si el freno
del pudor no me atajara,
tan briosa como amante
te siguiera a la campaña.
Ni el agua, ni el sol, ni el frío,
ni privaciones, ni balas
entibiarían mi ardor.
Quizá al manejar las armas
aprendiera de ti,
y con tu amor calentada
lidiaría defendiendo
la libertad sacrosanta;
que también late en mis venas
sangre zaragozana;
y a ejemplo de las gloriosas
heroínas que las águilas
en este suelo humillaron
de la usurpadora Francia,
verter sabría mi sangre
en el altar de la patria.

La reciente liberación de Bilbao (24 de diciembre, estreno 27 de abril) es recordada por Pablo, que discute con el pesimista Florián. Escena VIII, acto primero.

Froilán

... Está ya echada
la suerte. ¡Pobre nación!
Volverá a gemir esclava.
El genio del mal persigue
a la miserable España.
Tanto afán y tantos tesoros,
tanta sangre derramada,
¿de qué han servido? La hidra
de la rebelión levanta
sus cien cabezas. El cielo
nos abandona... ¡No hay patria!

PABLO

Mucho me admiran,
don Froilán, esas palabras
en boca de un español,
de quien libertad se llama.
Cuando humillada en Bilbao
toca a su fin la malvada
facción carlista, habla usted
de hidras y de desgracia.
... Ese cuadro
es el parto de una amarga
misantropía... No quiero
atribuírle otra causa.
Mas yo supongo que es fiel;
que mil desastres amargan
al Estado; que peligra
la libertad. Por ser ardua
la lid, ¿debemos acaso
abandonar la demanda?
¿Ha de faltarnos el brío
primero que la esperanza?
¿Doblaremos la cerviz
antes de probar la espada?
Sacrificios, no clamores;
tesón, virtudes, no lágrimas,
la nación pide a sus hijos.
¿Cuál es más pesada carga,
el fusil o la cadena?
Con declamaciones vanas
no se desarma al contrario.
Si hoy se pierde una batalla
no se recobra el honor
sino venciendo mañana.
... En las tristes circunstancias
se acrisola el patriotismo,
y el que noble tiene el alma
no se deja dominar
de miras interesadas,
ni de ocultan influencias,
ni de pasiones bastardas.
En tierra por tanto tiempo
con las lágrimas regada
de mísera esclavitud,
fácilmente no se planta
el árbol de la libertad.
Donde un hombre solo manda
y los demás obedecen
sumisos, ciegos, es llana
la ciencia de gobernar;

pero es forzoso que haya
encontradas opiniones
en un pueblo que trabaja
por regenerarse. ¡Y qué!
¿Porque tengamos en casa
disputas, olvidaremos
a la facción de Navarra?
¿No hay un común enemigo
a quien osado combata
quien blasone de patriota?
Hoy argüir en la plaza,
lidiar mañana en el campo;
hoy en el cuerpo de guardia
y mañana en la tribuna;
hoy votar que haya dos cámaras,
mañana andar a balazos
para no quedar sin nada;
hoy escribir un artículo
contra el ministro que no anda
derecho, y mañana dar
un buen susto a Sopelana.
¿Es esto acaso imposible?
En el establo regañan
las alanos entre sí;
mas contra el lobo se lanzan
siempre que le ven hambriento
perseguir a la manada.
... Deponga el buen español
sus rencillas ante el ara
de la hermosa libertad;
y pues a todos aguarda,
moderados y exaltados,
servidumbre, muerte, infamia,
si ciñe Carlos un día
la diadema soberana,
acuda animoso a donde
la voz de honor le llama,
y mientras una bandera
liberal se alce en España,
ella a combatir le guíe
contra la servil canalla.

En las canciones populares de la Mancha, los soldados de Puerto Lapice, 1838, mostraban al mismo tiempo que su entusiasmo la desorganización de la intendencia isabelina:

Aun que no me den la paga
y tampoco la ración,

he de defender a Cristina:
¡Muera Carlos de Borbón!
Aunque no me den la paga...
De los bigotes de Carlos
hemos de hacer un pincel,
para retratar Cristina
y la segunda Isabel.
De los bigotes de Carlos...
¡Suenan las trompas guerreras,
los clarines y timbales!
¡Muerte al infante don Carlos,
a l'Inquisición y a los frailes!
Suenan las trompas guerreras...

Mientras la guerra en las provincias vascongadas seguía con fuerza, los "cristinos" se dividían y se sucedían motines, como el de la Granja de 1836, donde un grupo de sargentos impuso a la reina regente la vuelta a la Constitución de 1812. Eugenio de Tapia ironizará en *Un militar valiente*:

Después que se alzó en La Granja
aquel bizarro sargento
que dió con las bayonetas
la ley al hispano suelo,
volvimos al año doce
a gatas retrocediendo,
como en el fondo del río
suelen andar los cangrejos.
La máquina del Estado
dió un estrepitoso vuelco;
los "urbanos" en milicia
nacional se convirtieron.

Pacificados los ánimos, se llegó con el Ministerio Calatrava a la Constitución de 1837, conciliadora de ambos bandos. José Somoza cantó la jura por Su Majestad la reina, en 18 de junio de 1837:

Yo vi a Cristina en el solemne día
que cual reina la ley del bien juraba,
donde senda de flores la guiaba
y aura de bendiciones la seguía.
El beso de Dione aparecía
en su boca gentil si saludaba
al pueblo, que por madre la aclamaba
y de amor homenaje la ofrecía.

¡Salve, que el cielo en maldición confunda
al infractor del pacto soberano,
del trono y de la ley firme cimiento!
Entre la Madre de Isabel Segunda
y el presidente del honor hispano
un ángel escuchaba el juramento.

Pero Juan Bautista de Salazar explica su *Resumen histórico de la Revolución española desde 1808 hasta... 1837*. Su escepticismo es natural ante tiempos más políticos que prácticos, ante estadistas más interesados que abnegados:

... La renta de diez años devorada
por los vándalos fué; la deuda inmensa
ha reducido el crédito a la nada.
¿Qué bienes nos ha dado en recompensa?
La discordia civil más encendida
cada vez se va haciendo y más extensa.
La facción al principio reducida
a una parte del Norte ya pasea
todo el suelo español lleno de vida.
Desde la capital hasta la aldea
de libertad el nombre se maldice,
y paz a toda costa se desea.
¿Qué libertad es ésta, que el pueblo dice,
que para enriquecer a unos tunantes
a mí me hace más pobre e infelice?
Sólo para el diluvio de cesantes,
que han hecho diez o doce gabinetes,
pago tres tantos que pagaba antes.
Se han quitado cogullas y golletes
para hacer uniformes y chaquetas...
¿Y yo he de alimentar cien mil pobretes?

Algunas lamentaciones recuerdan las oídas bajo Felipe IV; pero aquí las agrava el sentimiento del engaño.

... ¿Estas tan decantadas garantías
para la propiedad, no han resultado
leyes de expoliación, leyes impías?
¿Es menos insolente el empleado
desde que libertad se cacarea?
¿Es por miedo a la prensa más honrado?
¿Están en más honor Temis y Astrea,
y la ley, inflexible para todos,
escarmienta al que insulta o apalea?

¿No la interpreta el juez de varios modos,
obligado a ser bajo y complaciente
con el que quita y da los acomodos?

Alusión a Carlos de Borbón:

¿No es absurdo acusar al pretendiente
de un no experimentado despotismo
cuando déspota tanto se consiente?
¿Se acata por ventura el cristianismo
y se establece en punto a religiones
un justo y racional tolerantismo?
Se respetan aquí las opiniones
como en todo país libre de veras,
y se oponen razones a razones?

El poeta recuerda que la libertad de elección ya existía antes:

Abiertas antes todas las carreras
estaban a mí, y en el Estado
las dignidades ocupé primeras.
Con la ley misma siempre fuí juzgado
que lo fueron el noble y el magnate;
así, en punto a libertad nada he ganado.

... Y la de ser igual a todos no ocurrirá nunca:

Si borceguí aquél lleva y yo alpargata,
desde Adán otro tanto ha sucedido
y aspirar a impedirlo es disparate.
Dueño de mi persona siempre he sido,
no siervo como el ruso y el polaco,
y del bien que mi industria me ha adquirido.
... Verdad es que no tuve facultades
para impedir que el trono sin dar cuenta
me exigiese arbitrarias cantidades;
mas facultad tan dura, tan violenta
ya vemos la disfruta cualquier pillo

... Y termina con una casi alusión a la dictadura:

que en la poltrona por azar se sienta;
y encuentro menos duro y más sencillo
entregar a uno solo malo o bueno
que no a muchos al mísero bolsillo...

Los soldados de ambas partes, cansados de luchar, pudieron llegar sin esfuerzo al convenio de Vergara. Este acto, ansiosamente esperado por la nación, fué cantado por José Zorrilla en función patriótica celebrada en el Teatro del Príncipe el 6 de septiembre de 1839.

Hartas, ¡oh patria!, lágrimas corrieron,
de sangre fraternal hartos arroyos,
de hartos valientes el sepulcro fueron
charcas extensas y profundos hoyos.
Hoy, ya calmada la sangrienta lucha,
tremolan a la paz ambas banderas,
blando suspiro en derredor se escucha,
corren de paz las lágrimas primeras.
Con ellos, sí, los párpados preñados,
ha largo tiempo reventar querían;
mas en la lid los ojos ocupados,
a vista de la sangre no podrían.
Himnos de triunfo y de placer alcemos,
y ya, amigos y libres ciudadanos,
la sangre de las lizas olvidemos,
que quema el corazón, mancha las manos.

Como final de un combate fratricida más que como un triunfo de vencedor lo ve Alberto Lista en su *A la reina, nuestra señora doña Isabel II por la terminación de la guerra civil en las provincias Vascongadas y en Navarra* (1839):

Huyó el usurpador. Himno de gloria
resuena alegre en la afligida España,
y el lauro de victoria
enjuga el llanto acerbo que la baña.
Almas valientes, que en la lid sañuda
muerte arrostran firmes, muerte dieron;
ya la concordia anuda,
y amigos son los que contrarios fueron.
Merced al héroe, cuya invicta espada,
en mil trances sangrientos vencedora,
con la oliva sagrada
se enlazó de la paz que el hombres adora.

Su voz, que al fiero cántabro aterrara,
¡oh Luchana!, en tus campos funerales,
oyó absorta Vergara,
sepulcro de los odios y los males.
Y el fusil cae al suelo y se estremece
el hierro agudo en la homicida mano,
y el cañón enmudece,
y el hermano se abraza al caro hermano.
¡Oh suelo de mi patria! Monumento
de rencor, de furores, de venganza,
siente ya el dulce aliento
del aura celestial de la esperanza.
Sí; que el ibero, aunque engañado, tiene
su noble corazón por norte y guía,
y si tal vez sostiene
de la ajena ambición la enseña impía,
vuelve, ¡oh virtud!, a tu feliz sendero,
cuando la luz del desengaño brilla,
y con ánimo entero
depone fiel la indómita cuchilla.
Al que fué del error ciego instrumento,
da consejo mejor su pecho mismo;
y abjura ya contento
al infernal pendón del fanatismo.

Tras el triunfo militar vino el político. El general Espartero se constituyó en jefe de un partido: el progresista, de significación liberal avanzada. Sus partidarios eran cada vez más numerosos, y su red de servicios iba envolviendo a la reina por todos lados. Por el popular, movía las asonadas callejeras que asustaba a María Cristina. Y que se reflejan en el poema *La asonada del duque de Rivas.*

Ronco retumba el pavoroso ambiente
al hórrido bramido
de un mar enfurecido
que agita algún espíritu infernal:
mar hinchado, tremendo, altivo, hirviente
de plebe amotinada,
que inunda desbocada
las calles de esta hermosa capital.
Mar de demencia y de ignorancia furia,
de pálidos semblantes,
de pechos anhelantes,
de sed de sangre y bárbara embriaguez.
Es de la humana sociedad injuria
y baldón que en su seno

rompa así todo freno
ignorante canalla tan soez.

Los templos, los palacios, los talleres
y los sabios liceos
y los ricos museos
tiemblan, o vilipendio o destrucción.

"Vivas" y "mueras", en horrendos gritos,
lanzan bocas inmundas,
blasfemias furibundas,
que hacen la tierra en derredor temblar.

... Vivas dan, ¡y qué vivas espantosos!,
a viles criminales,
a inicuos desleales,
a ideas que ni aún pueden discernir.

... ¡Y qué mueras! ¡Qué mueras, patria mía!
A cuanto de alta gloria
te corona en la Historia
y te dió del poder la celsitud.

... Libertad sacrosanta; ¡ay!, en tu nombre
la horrenda tiranía
de la canalla impía
triunfa de la tranquila sociedad.

Y sin respeto alguno que la asombre,
mata, roba, arruina,
incendia y extermina,
y grita furibunda: "¡Libertad!"

Malvados, ¿qué queréis?... Mas no malvados,
ignorantes y viles,
instrumentos serviles
de una ambición infame y pertinaz,
con mentira y con vino entusiasmados,
y con una peseta,
que una mano secreta,
extranjera tal vez, os dió falaz.
pensáis, alucinados, que mañana
seréis más venturosos,
más ricos, más famosos,
¿qué pan en vuestras casas va a llover?

Ved que fundáis una esperanza vana
en un crimen tremendo,
a cuyo peso horrendo
más infelices vais mañana a ser.

Ved que sois instrumento despreciable
de cobarde malicia,
de insaciable codicia,
de un envidioso afán, de una traición;
que con vuestro furor nada hay estable:

ni riquezas, ni reyes,
ni religión, ni leyes;
que hundís en un abismo a la nación.

Y por el otro presentaba su amenazadora espada y el ejército que había llevado a la victoria. Villergas define sagazmente su doble juego:

Ya no es la senda de la suerte angosta,
porque empuña dos parte el tal brujo,
con Real Servicio en el primer oficio
y en el segundo Nacional Servicio.

Ante esa fuerza no tuvo más remedio la reina que nombrarle primer ministro. Levantó entonces el tono de sus peticiones exigiendo que fuera anulada la Ley de Ayuntamientos y se pidiera responsabilidad a los ministros anteriores. La pureza constitucional de la reina se vió tan humillada ante estas exigencias, que planteó a Espartero inmediatamente el deseo de abandonar el trono. Villergas, enemigo de Espartero, interpreta así sus palabras:

Yo te colmé de honores, te hice conde,
yo te hice general, yo te hice duque,
siento y lo digo con afán sincero
no haber podido hacerte caballero.

Y embarcó en el puerto de Valencia, marchando a Marsella y dejando a su hija encomendada a los cuidados del poeta Quintana, como ayo instructor.

Ya estaba Espartero en el poder, y los progresistas—los "ayacuchos"—demostraban su alegría por las calles. Villergas la define de esta manera:

Ya estalló la sociedad
¡Santa Bárbara que truena!
Siga la barbaridad
y ande la marimorena
¡y viva la libertad!
Tal facultad es verdad
que da la Constitución,
mas también da libertad
para hacerle algún jirón,
¡y viva la libertad!

Ante regente tan rápidamente subido y de tan personalista carácter empezó a incubarse la oposición. Salas Quiroga y Alvarez Miranda ironizaron sobre su ascenso:

En tiempos de gloria llenos
con humildad y llaneza
deseó ver vuestra alteza
alcalde, ni más ni menos.
Pero os dijeron los buenos
de la progresista ley
que reclamaba la grey
vuestro auxilio soberano,
y vos dijisteis ufano:
"El mejor alcalde, el rey."

En cambio, el poeta H. Ribot entona su ditirambo del general Espartero:

Pero ya en vano por triunfar se afana
la audaz pandilla que las leyes mella;
no teme el pueblo su arrogancia vana,
que de Espartero en el tesón se estrella.
Tú que abatiste el puente de Luchana
y humillastes los muros de Morella,
héroe inmortal; la ley es tu divisa...
¡Ay! ¡Ay!, mil veces, si un traidor la pisa.

Pero eran más los enemigos. Por un lado, la aristocracia vieja hacía causa común con la reina gobernadora que, desde el extranjero, sostenía su derecho a tutelar a la niña Isabel; por el otro, los liberales querían llevar más lejos el camino que el progresismo les había abierto con su subida al poder. Empezaron las conspiraciones, como las de O'Donnell, que costó la vida al general León, conde de Belascoaín. Ante el triste fin de este héroe de la guerra carlista, no hubo más que elogios. En su "corona poética" se publicaron los versos de Nicomedes Pastor Díaz, que terminan:

Esa sangre que brota,
que siempre invita a la marcial pelea,
sagrado pabellón al aire sea
su noble lanza rota.

Recordando su famosa carga de caballería contra los carlistas en Villarrobledo. Eugenio de Ochoa le evoca también:

El primero en la lid, como torrente
precipitado de fragosa altura,
lanza en ristre, jinete armipotente
y entre los más valientes, el valiente
Diego León, tu homérica figura
sobre sus negras páginas fulgura.

Pero Espronceda, en cambio, por "izquierdista" partidario de Espartero, el único digno de ser cantado en la desdichada empresa fué el fiscal de la milicia nacional de Madrid, muerto por los sublevados. A él se refiere en su soneto *A Guardia:*

Astro de libertad brilla en el cielo
y aumenta el lustre a la española gloria,
tú que de esta morada transitoria
a morada mejor alzaste el vuelo.
Los ojos vueve a nuestro amargo duelo,
tributo merecido a tu memoria,
tú, cuyo nombre vivirá en la historia,
timbre y honor del madrileño suelo.
Descansa, ¡oh Guardia!, en paz; la tiranía
cayó vencida en la inmortal refriega,
e imitar tu valor ansiamos fieles.
Descansa, y tiemble la caterva impía,
que en los sagrados túmulos que riega
el llanto popular crecen laureles

Los momentos de revolución, que aunque se extinguían rápidamente llevaban en sí bastante ruido, a veces muertes y siempre incomodidades, era mejor pasarlos en casa. Por salir de ella, a Ventura de la Vega casi le obligaron los de la milicia nacional a trabajar en fosos y trincheras en plena calle. Así lo cuenta en *Respuesta a una carta con gracejo:*

... No eran las diez
cuando me pasé
en la del Rey.
Mas, ¡ay amigos!,
no bien llegué
a la carrera,
cuando un tropel
de ciudadanos
veo correr;
y uno (que debe
quererme bien)

me grita: "¡Vega,
no pase usted!
Dos horas largas,
¡voto a Luzbel!,
ahí me han tenido
con otros cien,
sudando el kilo,
muerto de sed,
llevando a cuestas
hasta un cuartel
una cajones
no sé de qué;
y a esto se agrega
que tal cual vez
me sacudían
en el envés
un zurriagazo
que era un placer."
Yo, que tal oigo,
digo a mis pies:
"¿Para qué os quiero?",
y eché a correr.
Esta es la historia.
Hoy otra vez
la probatura
volveré a hacer;
y si consigo
pasar con bien,
sin vapuleo
ni otra merced,
a vuestra casa
iré a comer.
Adiós, amigos,
hasta después,
Madrid y julio,
diez y ocho de
mil ochocientos
cuarenta y tres.

Los enemigos de Espartero hicieron creer a los trabajadores catalanes que el regente perjudicaba las fábricas de hilados por estar vendido al oro inglés. Se sublevó Barcelona, y Espartero, en el dilema entre su popularidad y su poder, escogió el último y bombardeó a la ciudad. Se dijo que esto produjo alegría en Inglaterra, y Villergas, aludiendo a la vecindad del domicilio de Espartero y la casa del embajador británico, escribió:

Aquí vive el Regente,
el que manda vive enfrente

Todos los enemigos de Espartero aprovecharon la toma de Barcelona para atacarle. Se destacó la revista *Guindilla* con unos versos anónimos publicados el 18 de agosto de 1842:

Salve, Favencia ilustre...
... ¡Salve, del suelo hispano
rico tesoro, inapreciable joya
en quien la industria nacional se apoya!
¡Salve, ilustre Favencia,
que altiva y vencedora en competencia
de la soberbia Albión, contra ti lidia
devorada de celos y de envidia,
porque nunca doblar tu cerviz pudo!
¡Salve hermosa ciudad, yo te saludo!
En vano agita el detestable monstruo,
de horrible ingratitud las furias todas;
del hondo abismo contra ti triunfante
se alzará el pueblo ibero, y, en un día,
derrocando a la férrea tiranía,
lavará los ultrajes que ora lanza
contra ti el oro inglés, y de eco y eco,
resonando el clamor de la venganza,
no habrá poder que la victoria estorbe,
y el grito de !Libertad!, llenará el orbe.

El ataque se hace más directo:

... Un español ingrato y ambicioso,
a quien el pueblo catalán un día
elevara hasta el solio castellano;
y en galardón del entusiasmo ardiente
que rindiéndoles Barcino, en homenaje,
con el incendio atroz sujeta y doma
la justa indignación del pueblo culto
(como un día Nerón abrasó a Roma),
añadiendo al delito el torpe insulto
de holgarse con satánica sonrisa,
siendo Sarriá su tarpeyana roca,
en el horrible general estrago
que a la ciudad derroca.

Los generales del Regente tampoco se salvan de la violenta diatriba:

... Esclavo del inglés, llamó a las furias
del Averno en su pro; al vil Zurbano,
que al tigre sobrepuja en lo inhumano;
a Gutiérrez, el bárbaro insolente,
en cuyas venas arde
la ponzoña que nutre la serpiente;
a Van-Halen, estólido y cobarde,
que, sediento de sangre y de venganza,
contra la ilustre y bélica matrona,
cual lobo carnicero se abalanza
cuyo nombre glorioso es Barcelona.

Los emigrados españoles en Francia movían los hilos de la intriga, y pronto Prim, Serrano y González Bravo provocaron levantamientos en la península. Sevilla, sublevada, fué atacada por Van Halen, y los sevillanos parodiaron la copla de los gaditanos ante el sitio francés:

Con las bombas que tiran
los de Van-Halen,
encienden los cigarros
los nacionales.

Por fin, la coalición se hizo demasiado fuerte para el duque de la Victoria, y éste tuvo que abandonar el país en un buque inglés; era el 12 de agosto de 1843.

Al glosar la vuelta de María Cristina, la enemiga de Espartero, Pedro Sabater describirá la marcha de quien fué el amo de España:

... ¡Volaron a la lid! En su alto asiento
el soldado bastardo bambolea:
ha tronado en hora el firmamento,
y de furor el ángel centellea.
¡Oh!, cual huye el histrión, y en su pavura
alas de hierro a su alzán demanda;
su fuga de cobarde es la tortura,
que cuando más se aleja más se agranda.
Ya no se goza en derruir ciudades...

Por Barcelona, que bombardeó:

"¡La mar, sólo la már!", ése es su grito;
legiones ve en las yermas soledades,
y pálido y convulso está el precito...
... mas no bastaba que a esconder corriera
en las tinieblas del Támesis umbrío

el irrisorio fin de su carrera
el que a mi reina denostara impío.
... ¡Ver a la ofensa regia el desagravio,
al momento seguir! ¡Noble Cristina!
El cielo es justo, prepotente, sabio,
y premio ha dado a tu virtud divina.

Mientras Jaime Morales Soler da una romántica bienvenida:

¡Deja, reina querida,
el turbio Sena que entre nubes yace;
es triste esa guarida
para el que a orillas del Sabeto nace!
... el barco... Ayer cruzaba el piélago sañudo,
dejando atrás el hispalense suelo,
sin más que su inocencia por escudo,
sin más sostén que la piedad del cielo.
Ayer vagaba la merced del noto
hacia las tristes playas del Garona;
el manto imperatorio en trizas roto,
madre sin hijas, reina sin corona.
Hoy vuelve a nuestras mágicas riberas;
su nombre aclara la española gente,
y al soplo de las auras placenteras
se desnubla la enlutada frente.

Naturalmente, al ser vencido el progresismo en la persona del general Espartero, subió el moderantismo con el general Narváez—"el espadón de Loja"—, que intentó una política digna y seria manteniendo el orden en el interior y logrando, en cierto modo, el respeto de las demás naciones para España. J. del Castillo ya había cantado su energía cuando pacificó la Mancha, liberada de grupos carlistas en 1839:

Inmarcesibles lauros, cien coronas
tus sienes tiñan, valerós caudillo;
lució en la Mancha de tu espada el brillo,
el mundo te contempla... Tú perdonas
sarcásticos dicterios, ¡oh gran Narváez!
¡Lengua mordaz! ¡Y contra quién te enconas!

... ¿Dó está el pacificador
apoyo del liberal,
destructor de odioso mal
y de perverso terror?

Tenéisle ahí, carpetanos,
al frente de los guerreros,
que tiñeran sus aceros
en vil sangre de inhumanos.

Sin embargo, el estar, como todos los Gobiernos de su época, expuesto a ser derribado en las Cortes, no le permitía mantener un sistema, y la división de los ánimos encontró fácil camino en los regios enlaces de Isabel y su hermana María Fernanda. María Cristina quería que fuera rey su hermano el conde de Trápani, contra la voluntad de la mayoría de los políticos. Austria, Nápoles, Rusia, es decir, las potencias "de derechas" preconizaban la boda con el hijo de don Carlos. Luis Felipe quería que casara con un Borbón. Inglaterra, que con cualquiera menos con un francés, hijo de Luis Felipe. Acabó saliendo vencedor el candidato menos comprometedor: Francisco de Asís, duque de Cádiz.

Veamos la *Corona poética a Su Majestad y Alteza la reina Isa-Isabel II y su augusta hermana la infanta María Fernanda en su feliz enlace con sus augustos primos los serenísimos señores duque de Cádiz y de Montpensier*. Madrid, 1846.

Si Bretón de los Herreros felicita simplemente a la reina por su elección...

El pueblo fiel y libre,
que defendió tu cuna
cuando, bajel sin norte,
bogaba el mar sañuda;
el que vertió su sangre
en obstinada lucha
por preservar tu cetro
de usurpación injusta;
el que en edad de niño
te dió fueros de adulta,
precoz en su homenaje
como tú en la hermosura.
¿Negártelo pudiera
hoy, que en dulce coyunda
de un príncipe querido
sancionas la ventura?
Cuerdo, leal, valiente,
no ha desmentido nunca
que tu preclara sangre
por tus venas circula.

... España, que la gloria
en vuestra gloria funda,
sólo os pide en albricias
un príncipe de Asturias.

... En el caso de su hermana la infanta María Fernanda, el mismo poeta acusa la indignación del país ante la intromisión extranjera en las bodas:

El esposo que te adora
caballero es de alta ley:
Francia aplaude sus virtudes,
y sus proezas, Argel.
Mas, contento con la gloria
de sublimar a tu Edén,
en tu mano no codicia
la esperanza de un dosel.
Ni se turbará la Europa
porque afable se la des,
la paz que Francia desea
y a Bretaña le está bien.
No porque tu casto yugo
vea España con placer
está dispuesto a sufrirlo
del galo ni del inglés.
Tú serás feliz esposa,
como lo mereces ser.
Y España no menos libre
que sin tu boda lo fué,
insigne muestra daría
de su esfuerzo y su poder
si la falsía extranjera
burlase su buena fe.
Que no han de impedir las tramas
de este gobierno o de aquél
que los Altos Pirineos
donde se alzan estén;
y mientras otros glosaran
a la luz de su interés,
ora el Pacto de Familia,
ora el Tratado de Utrecht,
recordaría la España,
cuando fuere menester,
laureles de Buenos Aires
y trofeos de Bailén.

Y como resumen de una situación, J. Eugenio Hartzenbusch aprovecha la ocasión para pedir la amnistía y la vuelta de los desterrados.

Ya se preparan las nupciales teas:
la España. Ya de júbilo rebosa:
van Isabel a saludarte, esposa,
bien haya tu elección. ¡Bendita seas!
Nacen del bien magnánimas ideas:
magnánima eres tú y eres dichosa:
oye, pues, una voz que dolorosa
cruza el mar y las cumbres pirineas.
Hay españoles en país lejano
que no pueden llevar su ofrenda al ara
donde a Francisco das la hermosa mano.
¡Ay! Si por esa mano sostenida
Lábaro hermanador hoy tremolara...,
¡cuán dulce fuera la palabra Olvido!

Por fin llegó al poder el general O'Donnell. En su tiempo y en el del Gobierno de la Unión Liberal que él presidía, cesaron momentáneamente todas las disensiones y rencillas particulares para lograr una empresa de interés nacional: la guerra de Africa.

Melilla, Ceuta, Alhucemas, Chafarinas y Vélez eran continuamente atacadas por los rifeños. Se efectuaron diversas reclamaciones que, al no ser contestadas por el sultán de Marruecos, motivaron la declaración de guerra en 1859. Con ella, España entera pareció recobrar aquel sentimiento que muchas veces, a lo largo de este trabajo, hemos señalado, considerando al mahometano como enemigo principal de nuestro suelo. Toda la reconquista parece resucitar en los versos que los mejores ingenios de la época, Alcalá Galiano, el duque de Rivas, Campoamor, Tamayo y Baus, etc., compusieron como glosa de la expedición africana en el *Romancero* del marqués de Molins: éste empieza con la traición musulmana que ataca sin previo aviso a nuestras fortificaciones:

"¡España!", fieros gritaron
los berberiscos infieles;
y el rencor antiguo brota,
y los odios reverdecen.
Fija su torva mirada
de nuestro campo en los fuertes;
lo que al valor no confían
dan a la traición aleve;
y los fieles castellanos,
que aun entre moros son fieles,
del fronterizo enemigo
reciben villana muerte...

... El insulto...

... con satánica algaraza
nuestros blasones ofenden,
destrozan nuestros leones,
nuestros castillos demuelen,
del nombre español se burlan,
la santa cruz escarnecen.
"Sultana del mundo", gritan;
tu último sueño duermes;
tus armas cayeron rotas;
con el humo desaparecen
tus glorias; torna a mi yugo,
cautiva del Guadalete.
El Africa te lo manda;
humíllate, ¡Dios lo quiere!

Pero surge la reacción española (según el duque de Rivas):

Tornad a España los ojos
miserables; sí, tornadlos,
y temblaréis; la tormenta
que os amenaza mirando,
y de guerra y de venganza,
grito que llena el espacio,
y que retumba en los cielos
escucharéis aterrados;
tenga pronto su castigo
el arrogante africano.
¡Viva Isabel! ¡Guerra al moro!
¡Santiago, España, Santiago!

La primera batalla es narrada por Alcalá Galiano:

Lánzanse con nuevo arrojo
a la canalla moruna
que aquella luz milagrosa
la senda del triunfo alumbra.
Ya ni fusil ni espingarda
son de utilidad alguna,
pecho a pecho, brazo a brazo,
se sigue la lid sañuda.
Al alfange damasquino,
que cuellos y miembros trunca,
la afilada bayoneta
da respuesta con su punta.

El camino de Tetuán ha quedado abierto. Por él se dirigen los soldados al mando de O'Donnell:

Esta noche es Nochebuena
porque vamos a Tetuán.
¡A Tetuán! Voz que pasando
desde el cabo al general,
de éste a aquél, de aquél a otro,
del otro al de más allá,
del valle asciende a la cumbre,
de la cumbre baja al mar;
discurre de tienda en tienda
y de vivac en vivac;
y cambiando la consigna
del "¡Alerta! ¡Alerta está!",
la voz de los centinelas:
"¡A Tetuán!—dice—. ¡A Tetuán!"

El ataque moro hace que Campoamor recuerde la historia:

Mas vanamente el destino
quiere cual siempre arrostrar,
pues cuando el destino llega,
todo lo demás se va;
y así es que, dando los moros
recuerdos del cardenal,
les dice la artillería:
"Hijos de Tarif, atrás."
Y un "¡Viva Isabel Segunda!",
alto, fiero, universal,
que en su tumba a la Primera
hizo de gozo saltar,
a bayoneta calada,
después con más claridad
repite la infantería:
"¡Atrás! ¡Mucho más atrás!"

Llegan los voluntarios catalanes a reforzar las tropas. Prim, su paisano y jefe, les arenga:

A morir habéis venido,
o a vencer, que tanto da;
aquí la vida es lo menos,
porque el honor es lo más.
No contéis con la victoria,
mas con la muerte contad;
viva el cobarde; el valiente,
aun muriendo es inmortal.

Y recordando los héroes catalanes de la antigüedad heroica:

¡Ay, si amenguaseis su nombre!
¡Ay, si tornaseis la paz
como viles al peligro!
¡Aquella loma es Tetuán!

Sobreviene la batalla de los Castillejos. Los húsares cargan...

¡Gritos lanzan de alegría;
el ávido acero aprontan;
afírmanse en los estribos,
y al punto a la lid se arrojan.
Como huracán desatado
que rugiendo el campo asorda,
y cuanto a su paso encuentra
desgaja, trunca y arrolla;
sin tregua el hispano hierro
da estocadas matadoras;
sangre africana chorrea
de alquiceles y marlotas.

Y Prim de nuevo:

"Esas mochilas, soldados,
son prendas de vuestra honra;
venid conmigo o yo solo
corro a morir sin demora;
venid o en mano africana
pongo la enseña española."
¡Qué horrenda lucha! Las armas
ni al indefenso perdonan,
no hay quien por la vida ajena,
contento no dé la propia.

Triunfa España por fin. Tamayo y Baus resume:

Cantemos a Dios, que al moro
venció por mano española.

La vuelta fué triunfal. Narciso Campillo no olvidó en su bienvenida a los heridos:

Si miráis unos soldados
que en su faz pálida muestra
las señales indelebles
del fuego que las alienta,

y escucháis en torno suyo
votos y plegarias tiernas,
con que el pueblo generoso
salud y bien les desea,
no preguntéis sus hazañas;
cada pecho los recuerda,
cada español los bendice,
y el eco doquier les lleva.
Soldados son de la patria,
cayeron por defenderla;
por ellos se alza triunfante
la castellana bandera.

Pocos años después, en 1865, unos incidentes diplomáticos ocasionaron la guerra con las repúblicas de Chile y el Perú. La escuadra española, mandada por Casto Méndez Núñez, atacó y bombardeó Valparaíso y Callao. Francisco de Camprodón cantó la acción y a su héroe:

... Del mar azul entre las bravas olas
ve el Perú de la popa en el remate
que están izando naves españolas
sus gallardas banderas de combate.
Sólo entre torres de granito asoma
su cabeza el Perú, y en torpe lengua
espera allí el ataque del que toma
el mar por base y el cañón por lengua.
... Después del zafarrancho, la campana
dió la oración, y en nombre de las cielos
el sacerdote de la nave hispana
bendijo enternecido a sus hijuelos.
Asoma el almirante en el Alcázar;
y con la fe sencilla
puesta en Dios que al bueno galardona,
también recibe hincado de rodillas
la bendición que lava y que perdona;
y dijo a los demás, aunque os espero
que cada marinero hará una hazaña,
rogad a Dios, que hoy va a luchar España,
y rogad por España lo primero.

Atacan el fuerte más artillado:

No se oyó respirar; los campeones
toman por blanco el formidable fuerte;
del seno de los cóncavos cañones
brota exterminio, destrucción y muerte.

Y desde aquella hora,
la soberbia *Numancia* se convierte
en un volcán de lava abrasadora.
Retiembla el muro contra el cual asesta
la *Capitana* sus certeros tiros,
y creciendo la saña
el marinero de furor beodo,
dobla sus fuegos y lo arrasa todo;
y se escucha en los últimos suspiros
de algunos labios que la muerte enfría,
al exhalar el alma en playa extraña:
"Aunque nos llegue de morir el día,
¡victoria por España!"

Tras estos momentos de unión nacional, el país volvió a dividirse, y la reina no supo conservar la fe monárquica española. Los mismos generales vencedores de Africa, como O'Donnell y Prim, huyeron a Francia, desde donde dirigieron una serie de movimientos antiisabelinos; en la oposición se agrupaban desde los partidarios del duque de Montpensier, casado con doña Luisa Fernanda de Borbón, hermana de la reina, hasta los demócratas más avanzados. Federico de Vega, representante del ánimo revolucionario, escribe en París su sátira *Un Angulema, por el amor de Dios:*

Dice que doña Isabel
de Borbón, a quien desvelan
los laureles que a su padre
ciñó el duque de Angulema,
conociendo que su trono,
a pesar de las carenas
que le dan a cada paso
González-Bravo, Pezuela,
comienza a tambalearse,
como si el pobre tuviera
sus carcomidos cimientos
sobre movediza arena,
ha dicho a Napoleón:

Primo, yo soy una reina
comme il faut, buena cristiana,
constitucional, libérrima,
virtuosa, agradecida,
y, aunque sufra mi modestia
con un tacto prodigioso
para descubrir lumbreras
políticas...

...Los pícaros liberales,
a quienes tan grandes pruebas
de mi maternal cariño
tengo dadas, con las cuerdas
que he mandado a Filipinas
y otras muchas menudencias
que están proclamando a gritos
mi ternura, guerra abierta
le han declarado a mi trono.

Y solicita el apoyo nepoleónico haciendo referencia a los famosos fusiles Chassepot, adquiridos últimamente por el ejército francés:

Vuestra Majestad me auxilie
mandándome un Angulema
provisto de esos fusiles
que tanta maravillean.

Y el poeta termina clamando por la libertad en forma típica:

¡Animo, España! ¡Rompe tus cadenas,
rasga las negras nubes
que tu cielo encapotan, y en ruinas
caerá un poder que se estremece y cruje!
No temas, no, que del segundo imperio
las águilas ayuden
a mantener el sambenito odioso
con que tu ruina espaldas cubre.
Harto tienen que hacer hoy en su casa,
sin que en la ajena busquen
abrojos que enlazar a su corona,
complicaciones que su estrella anulen.

Cristalizada la conspiración, el grito de Cádiz, dado por Topete el 18 de septiembre, y la batalla de Alcolea, dieron al traste con el reinado de Isabel II, que había durado treinta y cinco años sobrados de sucesos y faltos de grandeza moral; así se cantaba por las calles el "Parlamento del general Serrano al marqués de Novaliches pidiéndole la paz por el bien de la patria y declaración de guerra por no aceptar".

GRAN BATALLA DE ALCOLEA

¿A qué vienes, miserable,
si defiendes a Isabel?
A perder toda tu sangre,
sabiendo que es tan cruel.
¿Sabes que la gran Sevilla
está toda de mi parte,
y la ciudad de Alicante
pronunció en el mismo día;
y la noble Andalucía
sabes que no es tan cobarde?
Procura pronto dejarles
libre todo su terreno;
vete con Bravo al infierno,
¿a qué vienes, miserable?
Mucho temo el ofenderte
por haber sido mi amigo,
pero defiendes partido
que lo que quiere es perderte;
date, pues, sin detenerte,
y no te muestres cruel,
y con ramos de laurel
la España podrá adorarte;
con que puedes entregarte
si defiendes a Isabel.
Porque no has de conocer,
Novaliches, a tu hermano;
hombre, no seas tirano;
no quieras sangre verter,
porque al fin has de perder,
aunque Bravo te lo mande.
Puedes del mando olvidarte,
porque ya no has de mandar,
y tú vendrás a parar
a perder toda tu sangre.
Abre, pues, tu corazón,
y no seas más ruin;
di: "¡Viva el general Prim!
¡Fuera Isabel de Borbón!"
¡Aplaca ya tu ilusión,
marqués, no seas infiel,

no quieras perder por el
tal Bravo toda la España;
y no mires que te engaña,
sabiendo que es tan cruel!... (41).

Manuel del Palacio, apasionado republicano, le lanzó como despedida un soneto violento: *La Profecía:*

Víctimas de sus vicios fué Sodoma;
Jerusalén, de su impiedad insana;
de su ambición, Cartago, la africana;
de su avaricia y su soberbia, Roma.
Hoy por su propio peso se desploma
de Pelayo la herencia soberana,
y hecho pedazos rodará mañana
el trono que de Dios su origen toma.
Y nadie, de la edad en el ministerio
buscará de esa ruina las razones,
de fácil comprensión al hombre serio.
Lo que sí ha de asombrar a las naciones
es cómo vivió siglos un imperio
gobernado por monjas y bribones.

(41) (Oliver Bertrand, R.: *El caballero Prim*, t. XI, págs. 364-5.)

CAPITULO XIII

EN BUSCA DEL CAMINO

Con la revolución de septiembre de 1868, España buscaba recuperar el pulso histórico con nuevas formas de gobierno. Los republicanos intentaron, desde el primer momento, llevar el agua a su molino moviendo disturbios en varias poblaciones. Se alzaban los carlistas. En el *Romancero español de Carlos VII* se lee:

> Vedlos cómo van llegando,
> en la bandera afiliarse;
> todos son mozos aguerridos,
> todos vieron a sus padres
> por Dios, patria y rey morir,
> y abandonan sus hogares,
> sus mujeres y sus hijos,
> para derramar su sangre
> por la noble y santa causa
> que la ventura ha de darles.

Las Cortes habían nombrado regente al general Serrano, duque de la Torre, que encargó a Prim formar gobierno. El conde de Reus procuró hallar monarca entre las familias reales de Europa, y su gestión a favor de los Hohenzollern-Sigmaringen (que la ironía española bautizó con el de "ole, ole si me eligen"), fué el motivo inmediato de la guerra francoprusiana del 1870. Por fin, Amadeo de Saboya aceptó el trono. Pero su entrada tuvo un triste augurio.

Su valedor, el general Prim, era asesinado en Madrid el 27 de

diciembre de 1870. Oigamos el romancillo popular o cante de ciegos surgido en la ocasión:

Sepan los propios y extraños
la mayor de las crueldades
que a las futuras edades
llevara la indignación,
por un hecho ignominioso
que a Europa dejó asombrada
y de espanto anonadada
a la española nación.
... Suceso horrible, inaudito,
el más feroz que en memoria
se registra en nuestra historia
desde el principio hasta el fin;
es el feroz atentado
contra el militar brioso
y liberal ardoroso,
conde y marqués don Juan Prim.
No se crea apasionado
este escrito, porque es obra
de quien no cobró ni cobra
de la nación ni un real;
es de un buen republicano
que un hecho indigno reprueba
y a su justa fama eleva
al célebre general.
Como no hay hombre perfecto,
él, aunque un día obcecado,
sirvió al bando moderado,
al punto en que conoció
que su patria peligraba,
francamente su odio eterno
y su guerra a aquel gobierno
de déspotas declaró.
... Era una noche de diciembre
que el veintisiete marcaba:
la nieve el suelo esmaltaba
por donquequiera en Madrid;
noche oscura y silenciosa,
propia por sus condiciones
para capa de ladrones,
asesinos u otro ardid.
Terminada en el Congreso,
a las siete de la noche
la sesión, Prim, a su coche,
cual de costumbre subió
con dos de sus ayudantes,

y por la calle llamada
del Turco, sin notar nada,
el carruaje partió.
Siguió éste la estrecha calle,
y al llegar a su salida,
que desemboca en seguida
en la calle de Alcalá,
dos coches allí parados
el paso a aquél obstruyeron,
y a la fuerza detuvieron
de la esquina cerca ya.
Entonces los agresores,
cuyo número se ignora,
con arrogancia traidora
y prontitud singular,
sus armas a Prim dirigen;
rápidamente hacen fuego,
y veloces huyen luego
su infame acción a ocultar.
A los tiros, el cochero
de Prim arrancó adelante,
y en seguida el ayudante
llamado, señor Nandín,
le preguntó: "¿Está usted herido?",
y bastante sosegado:
"Sí, creo que me han tocado",
contestó el general Prim.
... Como del viento en las alas
partió al palacio ligero
del conde el leal cochero
por librar a su señor,
y éste, aunque se hallaba herido,
con firme paso y aliento
ascendió hasta su aposento
la escalera, con valor.

Curas y amputaciones dolorosas que resiste estoicamente...

... pero a los tres días justos,
al ser la noche del treinta,
según por cierto se cuenta
al dar las ocho el reloj,
una voz y un triste llanto
a amigos como a parientes
en el palacio presentes
anuncian que Prim murió (42).

---

(42) (Oliver Bertrand, R.: *El caballero Prim*, t. II, págs. 383 y ss.)

La empresa iniciada por don Amadeo, fué tan honrada como falta de éxito. Su sinceridad topó con la división y la malevolencia, y así lo califica Enrique Rodríguez de Savedra, duque de Rivas *(Al borde del abismo),* en el invierno del 1872:

Patria infeliz, ve a sus reyes
en tierra extraña proscritos,
y llena de lodo y sangre
camina ciega al abismo.
¡Oh baldón, el solio hispano
de corte en corte ofrecido!
Y un príncipe de Saboya
aceptarlo, ¡oh desvarío!
A consejeros falaces
en mala hora prestó oído,
iluso triste monarca,
sin fuerza, poder ni brillo.
En torno dél la anarquía,
la autoridad sin prestigio,
la lucha de las facciones,
el patrio suelo en peligro.
Mientras los pueblos perecen
entre civiles conflictos,
son el terror de los campos
incendiarios y bandidos.
Ya no hay Dios, ley ni justicia;
se ultraja la fe de Cristo;
vienen abajo los templos,
y en auge van los delitos.
... Eso es la *España con honra;*
ésos, los altos designios
de charlatanes ilusos
y sediciosos caudillos.

Sucedió a Amadeo, con gran gozo de los extremistas, la República. Pero si la monarquía saboyana había durado poco más de dos años, la nueva expresión de gobierno no llegó a uno. Y en ese tiempo hubo cuatro presidentes: Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar.

De la gestión de este último da idea precisa el poema de Núñez de Arce. El poeta sitúa al político frente a la anarquía triunfante y en lugar del plácido y justo sistema de gobierno que el tribuno soñara:

"A Emilio Castelar"

¡Ya triunfó la república! Has vencido.
Tras prolongada y mísera agonía
lanzó a tus plantas el postrer gemido
nuestra sacra y gloriosa monarquía.
No vino a tierra como el cedro erguido
que el huracán y el rayo desafía:
cayó como la mustia y débil hoja
de que en octubre el árbol se despoja.
¡Ay! ¿Esta sociedad, que desespera,
logrará acaso tiempos más felices,
porque haya muerto, sin luchar siquiera,
la tradición excelsa que maldices?
¿Se desplomó quizá porque tuviera
podrido el tronco y secas las raíces?
¿Fué su impensada y rápida caída
torpe venganza o pena merecida?
... Mientras el cielo mi conciencia guarde,
jamás se apartará de mi memoria
aquella triste y vergonzosa tarde,
baldón eterno de la patria historia,
en que un Senado imbécil o cobarde
vendió sin fruto y entregó sin gloria,
cediendo a los estímulos del miedo,
el trono secular de Recaredo.
... Tal vez ceñida de fulgentes galas
forjóse tu ilusión, que en pleno día
la república, austera como Palas,
del cerebro del pueblo surgiría.
Tal vez pensaste que al tender sus alas
paz y ventura y luz derramaría,
siendo para tu fama, ¡oh nuevo Orfeo!,
la honrada encarnación de tu deseo.
Si el llanto no te ciega, en torno mira;
ya tu inspirada voz no la conmueve,
ya su templanza se convierte en ira,
ya revienta el volcán bajo la nieve.
Ya ha arrebatado tu sonora lira
la desgreñada musa de tu plebe;
ya suena en vez de tu rotunda estrofa
brutal insulto y sanguinaria mofa.

... Del sentir irreligioso de muchos republicanos:

Ya con sordo fragor se precipita,
y mueve a Dios desesperada guerra
la santa cruz de los sepulcros quita,
vuelca las aras y los templos cierra.

Ya con furor satánico medita
no sólo echar a Cristo de la tierra,
sino dejar en su insensato anhelo
mudo y vacío el solitario cielo.

... De los desmanes de cantonalistas y anarquistas:

... ¡Valor, Emilio! El pueblo se desborda
y nuestra gloria secular destruye.
¡Ya no existe el ejército! ¡Ya es horda
la que fué hueste, y se desmanda y huye!
La anarquía los ámbitos asorda,
la honrada libertad se prostituye,
y óyense los aullidos de la hiena
en Alcoy, en Montilla, en Cartagena.
Tu voz, que siempre condenó la saña
de la turba feroz, de nuevo estalle,
y vibre como el trueno en la montaña
y el bronce de los templos en el valle.
La triste España, nuestra madre España,
se desangra entre el cieno de la calle;
ebrio el desorden le denuesta y hiere .
Agonizando está. ¡Sálvala o muere!

La escisión entre federales y unitarios, aparte de la enemiga que a la república mostraban los monárquicos de don Carlos y los de don Alfonso, convirtieron al país en un desastre continuo. Fué una época difícil, de luchas callejeras y algaradas. Patricio Aguirre de Tejada las describió en *El Motín*:

Es el motín, es el motín; hirviendo
en gritos y amenazas,
desbórdase furioso discurriendo
por calles y plazas.
Ronca la voz, los trajes desceñidos,
como infernales seres,
en tropel bullicioso confundidos
van hombres y mujeres.
Sus manos el puñal del asesino
dejará de honra llenas;
la cólera mezclada con el vino
circula por sus venas.
Vedle trepar por rejas y balcones
con ímpetu salvaje,
injurias vomitando y maldiciones,
sediento de pillaje.

Seguid, seguid, inicuos campeones
de escándalo y maldades,
vituperio de todas las naciones,
de todas las edades;
sin temores seguid y sin cuidados,
que al despuntar el día
ya os guardarán cerrojos y candados
el sueño de la orgía.

Y con aire de ironía popular, los chistes versificados de la *Ilustración,* satirizaban las conquistas revolucionarias:

Sastre

Me está a mí que ni pintado.

Cliente

Lo creo, pero en mis carnes...

Sastre

Y a usted le estará lo mismo,
hoy todos somos iguales.

Libertad de cultos:

Borracho

Yo defiendo mi derecho.

Guardia

Vamos, al cajón, ¡borracho!

Borracho

¿No hay libertad de cultos?
Pues yo estoy por el de Baco.

Para Manuel de Palacio, en cambio, "la libertad" seguía siendo en 1873 digna de apología:

¡Celeste libertad! Astro Fecundo,
que triste a veces su fulgor derrama,
cuando al mirar su luz trocada en llama,
mejor destruye que ilumina el mundo.
Ya hundida del abismo en lo profundo,
ya rica de poder, de gloria y fama,
rival del hijo que su madre aclama,
aclamo yo tu imperio sin segundo.

Dentro del corazón su nombre leo;
antes que ausente de mi hogar te llore,
antes que el hierro del esclavo muerda,
de mi existencia el fin hallar deseo.
¡Maldito aquel que hipócrita te adore!
¡Maldito aquel que estúpido te pierda!

El empeño de demostrar que los republicanos no eran antirreligiosos y ateos dió motivo a los cantares anónimos:

Camina la Virgen pura
con San José liberal
para el Santo Nacimiento
república federal.
En la mitad del camino
iba San José cansado.
Fué a llamar a una posada
y le salió un moderado.
A otra posada llamó,
ya fatigado de andar,
y le dijo el posadero:
"Entra, Pepe Federal."

La república fué liquidada por el general Pavía con su entrada napoleónica en las Cortes, y el duque de la Torre volvió a encargarse del Gobierno.

Mientras, el partido alfonsino iba ganando adictos. Desengañadas las gentes, se volvían hacia la solución dinástica, cuya figura representativa era el joven don Alfonso. Por ello el grito de Martínez Campos, en Sagunto, produjo especial satisfacción y ninguna reacción violenta.

Pedro Antonio de Alarcón glosó la esperanza de los españoles en un soneto:

¡Alfonso! ¡Hijo de España! ¡Llega! ¡Mira!
¡Contempla el haz de tu nativo suelo!
¡Doquier devastación y sangre y duelo,
frutos de la soberbia y la mentira!
Cundieron los incendios de la ira
de América al Pirene en raudo vuelo,
y, escándalo del mundo, horror del cielo,
arde la patria cual inmensa pira.
¡Oh! Llega, nuevo Alfonso, y a tu nombre
cesen los odios en que hierve España...

Sé tú de amor y de justicia prenda;
soldado y rey que el universo asombre;
rayo en la lid contra invasión extraña;
iris de paz en la civil contienda.

Y en los Juegos Florales de 1879, Juan de Dios de la Rada y Delgado añadía:

Bueno has de ser, rey Alfonso,
que aprendiste en la desgracia,
y es maestro el infortunio
de fecundas enseñanzas.
Bueno has de ser; este nombre
juntará al tuyo la fama,
revelando a los futuros
cuanto hiciste por España.
desde tus tiernos abriles,
con generosa constancia,
luchaste ya como bueno
en los campos de batalla.
Tú de civiles discordias
apagaste la ira insana,
trocando crudos horrores
en la dulce paz ansiada.
Protector de artes, ciencias,
verás que a su influjo manan
raudales mil de ventura,
dicha y honor de la patria.

Los primeros actos de Alfonso XII consistieron, efectivamente, en acabar con la guerra civil, que todavía ardía en el Norte, y mandar a Cuba un ejército que acabase con el movimiento separatista que comenzaba a dejarse sentir en aquella isla y en Puerto Rico a imitación de sus hermanas americanas. En Zanjón se hizo un alto en la guerra que luego había de proseguir.

Manuel Cañete cantó *La paz de Cuba* en su epístola a don Abelardo López de Ayala:

... ¡Oh momento feliz! Tú, que supiste
coto poner en tal tormenta cruda,
al fiero empuje del astuto isleño
que a desgarrar la patria se conjura;
tú, que en la cima del poder velaste
por conservar la integridad augusta
de la mísera España, satisfecho

ves extinguirse la execrada pugna
que al emporio mayor de las Antillas
diez largos años aterró iracunda.
... Harto gimió la dolorida España,
presa infeliz de inconsolable angustia;
no por extraños, por sus propios hijos,
herido el corazón con flecha aguda.
Harto en su pena revolvió los ojos
a las regiones de eternal verdura,
restos insignes del antiguo imperio
que sometió a sus reyes la fortuna;
sólo viendo doquier rostros airados,
brazos movidos de impiedad sañuda,
incendio asolador, bárbara muerte,
charcas de sangre que tierra enlutan.

... Alusión a los instigadores de la independencia:

... Con ansia de arrancarles sus dominios,
sin más ley que codicia inverecunda,
el odio secular de otras naciones
pudo arrojarla de la excelsa altura;
mas no podrán oscurecer sus timbres,
que a los más envidiables sobrepujan,
ni los que fueron sus ingratos hijos,
ni la perfidia de extranjeras plumas.

... Tratando de la colonización, el poeta contesta a las críticas contra la obra española:

... Si alguna vez el huracán violento
de la humana pasión que nos impulsa
desbocados al mal, santos deberes
atropelló indomable; si a su furia
injusticias y crímenes surgieron,
ni al tiempo aquel ni a España se atribuyan.
Sin el vago temor de lo ignorado,
sin la distancia que el peligro abulta,
no en fabulosa sin igual conquista
incontables obstáculos en lucha;
hoy, que doquiera libertad proclaman
y al ser humano como a Dios saludan;
cuando tenue vapor vence a las olas
y la palabra eléctrica circula
de Norte a Sur y desde Ocaso a Oriente
como fugaz relámpago, y escuchas

por todo el orbe maldecir la fuerza
y el derecho ensalzar, hoy más que nunca
de inhumano furor y de barbarie
dan testimonio las naciones cultas.

... Siempre ha crecido el mal. Dígalo la guerra de Sucesión americana, la francoprusiana:

Hablen por mí las próvidas comarcas
que al septentrión de América pronuncian,
modelo de repúblicas felices,
"Muerte y desolación", en guerra cruda.
Del Ródano y el Rhin hablen las ondas
enrojecidas en sangrienta pugna.
Hablen los destrozados monumentos
que frenéticos vándalos injurian,
ardiendo en sed de inútiles horrores,
fruto de la soberbia o de la duda,
y ellos dirán qué llama los enciende
cuando la antorcha de la fe se oculta.

Elogio a Martínez Campos, pacificador:

... Mas no es eterno el infortunio. Mira
cómo tras noche lóbrega despunta
plácida aurora en la inmortal Sagunto,
que nuevos años de bonanza augura;
cómo el caudillo, cuyo heroico aliento
dió el grito salvador, rápido cruza
el proceloso Atlántico y apaga
la hórrida hoguera, destrucción de Cuba.

El rey Alfonso fué un rey romántico y popular. Le hizo más querido la muerte de aquella reina con la que se casara por amor, María de las Mercedes de Orleáns. Todavía los niños españoles entonan la canción:

¿Dónde vas, Alfonso Doce;
dónde vas, triste de ti?
Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde no la vi.
Si Mercedes ya está muerta,
muerta está, que yo la vi;
cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid.

Zorrilla dió la nota alta del dolor ante la desaparición de la esposa joven:

Iris de paz y de virtud lumbrera
la comprendió y la amó la hispana gente;
vos la amasteis, ¡oh rey adolescente!,
y ella os amó desde la edad primera.
Mas, fugitiva luz, flor pasajera,
brilló un instante, perfumó el ambiente,
doró el pasado y enlutó el presente,
y hoy la reza y la llora Europa entera.
De su faz guardan con amor los trazos
el palacio, el taller y la cabaña;
si os hizo, ¡oh rey!, el corazón pedazos
de la muerte al herirla la guadaña,
pensad que une su amor, de amor con lazos,
con el pueblo español al rey de España.

Pronto hubieron de sentir otra pérdida mayor. No había llegado al onceno año de poder el rey, cuando una enfermedad acabó con su vida.

MARIA CRISTINA

La archiduquesa de Austria, María Cristina, quedaba al morir Alfonso encinta y con dos hijas de corta edad, en parecidas circunstancias a como estuviera la también austríaca doña Mariana, madre de Carlos II. Sin embargo, y afortunadamente para doña María Cristina, la oposición no se hizo tan fuerte ni enconada. Desde el primer momento su actitud discreta se impuso a los detractores y logró una respetuosa adhesión incluso en sus enemigos políticos. Delgado Berbeo, sudamericano, glosó la atención que prodigó a nuestras tropas, que, al mando del general Martínez Campos, habían vuelto a defender el pabellón de España en Marruecos:

Si el cielo te protege, entusiasmados
llevarán victoriosas tus banderas
y trocados en héroes tus soldados;
o morirán gloriosos uno a uno
luchando con la rabia de las fieras,
sin humillarse a vencedor ninguno.

... Y Fernández Estrada corea diciendo:

Vale más la corona
de su clemencia
que la que dió a sus sienes
la Providencia.
Porque de sus virtudes
con el ejemplo
hace del regio Alcázar
altar y templo.
Esos son los laureles
más codiciados
de la que es reina y madre
de sus soldados.
Esas son las conquistas
que ella ambiciona,
y que tienen más oro
que su corona.
de la que es buena.
Ese es el gran consuelo
que el alma llena,
ése es el triunfo hermoso

La isla de Cuba se alzó de nuevo por su independencia. Al poco tiempo lo hicieron las Filipinas, y la débil España del siglo XIX tuvo que enfrentarse con terribles luchas de emboscadas y de guerrillas. La impresión producida en la península fué muy intensa. De ella se hizo eco José Pablo Rivas en su poema *Cuba:*

¿Qué grito es ése, amenazante y ronco,
que cruza el mar y los espacios rasga,
y llega entre dicterios y blasfemias
al seno de la patria?

La amenaza es grave. Y hay un presentimiento de desastre:

Y si Cuba ha de perderse,
que ruede al abismo y caiga
envuelta entre los fragmentos
de los escombros de España.

Pronto el apoyo subrepticio de los Estados Unidos a los rebeldes se manifestó claramente. Habiendo volado en el puerto de la Habana el crucero *Maine,* el Gobierno de Washington achacó toda la responsabilidad a España y declaró la guerra. Tan injusta se consideró aquí

la declaración, que las páginas de los diarios y revistas se llenaron de indignadas manifestaciones, en las que se llamaba a la nación a la empresa bélica. En abril del trágico año del 98, Carlos Luis de Cuenca se dirigía a la república *yankee* con estos versos:

¿Qué nos importa el insolente alarde
de tu poder, que la soberbia aumenta?
Calcula el riesgo el mercader cobarde,
no el caballero al vindicar su afrenta.
Quien por las leyes del honor se rige
al reto acude sin pasión bastarde;
siempre por el decoro que lo exige,
nunca por el provecho que le aguarda.

... Pero apunta la posibilidad de la derrota:

Y con gloria ha de ser si sucumbimos,
y con honor ha de ser como triunfemos,
que en Numancia y Lepanto lo aprendimos
y contra tu poder lo probaremos.

Manuel del Palacio, en sus *Chispas*, reafirma desde el campo izquierdista esa idea del señor contra el enriquecido sin blasón:

Es claro y salta a la vista:
¿a quién no aflige y contrista
ese duelo traicionero
entre un rico tocinero
con ribetes de dentista
y un hidalgo sin dinero,
pero con calma de artista
y escudo de caballero?

... Pero con más potencia militar. Se probó cumplidamente con harta desdicha para nuestras naves. El 1 de mayo, la escuadra de Dewey destrozaba a la nuestra en Cavite y la de Hudson, el 3 de julio, hacía lo mismo, y con la misma desproporción de fuerzas, con la de Cervera, en Santiago. Y como natural resumen de la derrota naval, cayeron, uno a uno, los fuertes terrestres. El 16 capitulaba Santiago de Cuba, y una sombría tristeza acometía a los españoles del tiempo, que veían desaparecer los últimos restos de una potencia mundial. Fernández Bremón se hace eco del ambiente:

Adiós, castillo del Morro;
adiós, Pancha de la Regla.
Dicen que sois extranjeros,

y no me avengo a esta idea.
Entre dos que fueron uno
no hay discusiones completas.
y hay cosas que no se ceden
y aun perdidas se conservan.
La Alhambra sería moruna
aunque España no lo quiera,
y el Morro será español
si no desmontan sus piedras.

Pero esto es metáfora. Existe una cosa cierta, trágicamente cierta:

Sólo siento que en el Morro
arríen nuestra bandera.

José Jackson, español a pesar de su apellido, lamenta la derrota:

Cayó la roja bandera
de la guera enseña santa,
y en el castillo del Morro,
que inexpugnable se alzaba,
como valeroso y fuerte
centinela de la patria,
pidiendo paz y clemencia
flota la bandera blanca.
Mudos están los cañones
y desiertas las murallas,
y ociosos van los soldados
por la silenciosa plaza,
repleta la cartuchera,
útil sobre el brazo el arma,
y sintiendo avergonzados
no poderle dar a España
con la sangre que les sobra
esa gloria que les falta.

Este fué el último acto exterior de la nación en armas porque no contamos como tal las pugnas africanas de este siglo, pugnas que, por lo antiguas y familiares, son casi luchas civiles. La Paz de París de 1898 es, pues, la que ha cerrado el ciclo de nuestra historia. Un último poeta, Núñez de Arce, animará a la patria caída después de la derrota en "A España en sus tristezas".

... En estas horas
de febril inquietud, ¿quién, patria mía,
merece como tú la pobre ofrenda
de mi respeto y de mi amor? Postrada

en los escombros de tu antigua gloria,
la negra adversidad, con férrea mano,
comprime los latidos de tu pecho
y el aire que respiras envenena.
Como tigre feroz clavó sus garras
la catástrofe en ti, y en tus heridas
entrañas sacia su voraz instinto.
¿Quién al mirar tus lágrimas no llora?

Pero hay que reaccionar. Es imposible que todo se haya terminado.

¡Ten esperanza y fe! ¡Descubridora
de mundos, madre de indomada prole,
tú no puedes morir, Dios no lo quiere!
Aún tienes que cumplir altos destinos.
Busca en el seno de la paz bendita
reparador descanso, hasta que cobren
tus músculos salud, y en cuanto sientas
el hervor de la sangre renovada,
ponte en pie sacudiendo tu marasmo,
que, como losa del sepulcro, oprime
tu enferma voluntad.

El poeta como los ensayistas de la generación del Noventa y ocho cree que hay que cambiar de rumbos. Acercarse a Europa, olvidar sueños guerreros, buscar en la industria, en la agricultura, en la educación los nuevos caminos.

... Surge del fondo
de tu aislamiento secular, y marcha
con paso firme y corazón resuelto
sin mirar hacia atrás, siempre adelante.
Sean la escuela, el taller y el surco
los solos campos de batalla, en donde
tu razón y tus fuerzas ejercites.
Entra en las lides del trabajo y vence,
que entonces de laureles coronada,
más fecunda, más próspera y más grande
seguirás, fulgurando, tu camino
por los arcos triunfales de la historia.
la prez de España.

INDICE

INDICE

	Páginas
La idea	5
La obra	7
Pórtico	13
Capítulo I — El declinar de Castilla	25
Capítulo II — El ascenso de Aragón	43
Capítulo III — La gran Epoca	51
Capítulo IV — El Emperador	77
Capítulo V — El defensor de la Fe	115
Capítulo VI — Reyes brillantes y holgazanes	165
Capítulo VII — Punto de interrogación	195
Capítulo VIII — Aires franceses	201
Capítulo IX — Los grandes reformadores	213
Capítulo X — Otra vez el favorito	237
Capítulo XI — España independiente	261
Capítulo XII — España dividida	277
Capítulo XIII — En busca del camino	337

Las opiniones emitidas en las obras que publica Ediciones Cultura Hispánica expresan exclusivamente el pensamiento de sus autores.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

HISTORICAS

TEXTOS:

La historia de España en sus documentos. El siglo XIX. Madrid, 1954.
La historia de España en sus documentos. El siglo XVIII. Madrid, 1955.
La historia de España en sus documentos. El siglo XVII. Madrid, 1957.
La historia de España en sus documentos. El siglo XVI. Madrid, 1958.

BIOGRAFÍA:

Teresa Cabarrús. Una española en la Revolución Francesa. Barcelona, 1943. (2.ª ed., Barcelona, 1958.)

COSTUMBRES:

La vida española en el siglo XVIII. Barcelona, 1946.
La vida española en el siglo XIX. Madrid, 1953.

DIVULGACIÓN:

Cuando los grandes hombres eran niños... Barcelona, 1942. (5.ª ed., Barcelona, 1957.)
Historia universal de la cultura. Barcelona, 1944. (2.ª ed., 1946.)
La historia de España en la poesía. Barcelona, 1946.
Ejército Imperial. Barcelona, 1951.

LITERARIAS

La muerte en la poesía española. Madrid, 1952.
La vida norteamericana. Madrid, 1955.
Teatro español de hoy. Antología 1939-1958. Madrid, 1958.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA
OBRA EL DÍA 24 DE JULIO DE
1958, VÍSPERAS DE LA FESTI-
VIDAD DE SANTIAGO APÓSTOL,
EN LA IMPRENTA GRÁFICAS
SANTO TOMÁS, MARTÍN MA-
CHÍO, NÚMS. 19 Y 21. MADRID.

860.9
D542